

— MARI PAU DOMÍNGUEZ —

LAS DOS VIDAS DEL CAPITÁN



Lectulandia

Cuando en 2007 la empresa estadounidense Odyssey Marine Exploration sacó a la luz el tesoro de la fragata *Nuestra Señora de las Mercedes*, hundida dos siglos atrás, nadie conocía las historias humanas que se escondían tras aquel trágico naufragio... Montevideo, 1804. El capitán Diego de Alvear está a punto de emprender el regreso a España. Atrás deja muchos años de experiencia en el antaño llamado Nuevo Continente, una tierra extensa y fascinante a la que ha dedicado los mejores años de su vida trabajando en la demarcación de los límites del territorio español. Atrás quedan también secretos de juventud... Ante él, sin embargo, se extiende un futuro que prevé plácido: ahora es un hombre rico, un marino reputado felizmente casado y padre de una numerosa familia, dispuesto a instalarse en su Andalucía natal.

La expedición compuesta por cuatro fragatas avanza viento en popa rumbo a Cádiz con una valiosa carga en las bodegas y con la esperanza y la ilusión de aquellos que vuelven por fin al hogar. Pero el destino nos depara a veces súbitos cambios de rumbo en la travesía de la vida. Solo los verdaderos héroes consiguen seguir adelante: capear la tormenta, reencontrar la calma en aguas más serenas. Y, por qué no, hallar la felicidad que se dibuja a lo lejos, en la línea del horizonte, para aquellos que saben descubrirla.

Con la sensibilidad que caracteriza su prosa, Mari Pau Domínguez nos acerca aquí a la figura de Diego de Alvear, un héroe desconocido, un hombre que sirvió a su país tanto en las peligrosas colonias de ultramar como en las calles tomadas por los enemigos franceses. Y, al tiempo que nos cuenta esta historia de amor y redención, nos introduce con maestría en los recovecos de una España que aún disfrutaba de su papel colonizador pero que a la vez sufría las presiones de reyes poco hábiles y el acoso constante de las tropas napoleónicas.

Lectulandia

Mari Pau Domínguez

Las dos vidas del capitán

ePub r1.0

liete 21.11.14

Título original: *Las dos vidas del capitán*

Mari Pau Domínguez, 2014

Editor digital: liete

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Esta historia está dedicada
a los corazones que al fin son libres.*

Y a mi hija Berenice.

*Con solo 9 años quiso conocer la historia que se narra
en la novela. Al hablarle de esta aventura de amor y valentía
de Diego de Alvear, ella la interpretó escribiendo lo siguiente:*

*«Entre lágrimas, el hombre miraba al mar y veía
restos de madera que le inundaban su corazón
salado.*

*El alma del pobre hombre se iba destruyendo.
Las lágrimas que le caían de sus tristes ojos
podrían formar un océano.*

*No podía con su soledad. Tan grande era su
tristeza que se quiso tirar al mar. Pero una voz
se lo impidió y le dijo:*

¡No haga eso! Queda detenido.

*Al oír esas palabras se le encogió el corazón.
Solo pidió que le dejaran ir a misa. Y así fue, le
dejaron. Unas semanas después conoció a una
chica y de repente sintió que la amaba de
verdad».*

BERENICE L. DOMÍNGUEZ
Madrid, julio de 2012

Felizmente se habían grabado en mi memoria, fijándose indelebles en mi imaginación, no solamente la imagen viva de la noble figura de mi padre, a pesar del largo tiempo transcurrido, sino que perenne también el recuerdo de todos los dichos y hechos que repetidas veces en mi infancia le oí contar; pareciéndome en mi ilusión que aún oía el sonido de su voz y sentía fijarse en mí el sorprendente brillo de su expresiva mirada.

SABINA DE ALVEAR Y WARD, Historia de D. Diego de Alvear
Madrid, 11 de mayo de 1891

Poco podía imaginar Sabina de Alvear y Ward que ciento veinte años después de escribir la biografía de su padre, Diego de Alvear y Ponce de León, brigadier del Cuerpo de la Armada y mayor general, una empresa cazatesoros —la estadounidense Odyssey Marine Exploration— rescataría el tesoro hundido con la *Mercedes*, la fragata cuyo destino cambió la vida de su progenitor.

Con el expolio cometido por Odyssey, de alguna manera también se profanaban en el fondo del océano Atlántico las tumbas de las doscientas sesenta y tres personas fallecidas en la mañana del 5 de octubre de 1804 frente a la costa del Algarve portugués. Regresaban a España desde las colonias de América, pero a un día de alcanzar Cádiz un injustificado ataque inglés truncó ese sueño. Y, junto a él, las grandes esperanzas de uno de los últimos héroes de nuestra historia; náufrago en un paraíso que se convirtió en un infierno.

Tras una azarosa vida, posiblemente este luchador impenitente se preguntara cuántas veces puede el ser humano volver a levantarse después de haber caído...

Lo más intenso de la vida se concentra a veces en pequeños universos. Una habitación, un camarote, quizá un jardín, o un embarcadero. O tal vez una joya, un juguete, un vestido... O un pequeño baúl donde guardamos verdaderos tesoros que nadie, salvo nosotros, sabe valorar.

O una sencilla imagen de lo que un día fuimos.

La vida posee la facultad de hacerse grande en lo supuestamente insignificante. Despunta un día cualquiera, en apariencia otro más, y, sin embargo, ocurre algo con lo que nos vemos inmersos en el comienzo de una nueva era, un tiempo inédito que enarbola la bandera de lo excepcional.

En cuestión de segundos, la vida puede perder su grandiosidad y empequeñecernos.

Lo cierto es que el destino no avisa de sus intenciones, porque si lo hiciera perdería su verdadera naturaleza. Si el azar diera una señal de lo que está dispuesto a hacer, hombres como Diego de Alvear y Ponce de León y mujeres como Josefa Balbastro o Louise Rebecca Ward habrían rubricado páginas distintas de una biografía en la que, como escribió José de Espronceda en el poema dedicado a Diego de Alvear:

*... tu saña y cólera cebaste
a un tiempo en la inocencia y la hermosura.
[...]
y alta y triunfante la alcanzada gloria
guarda en eternos mármoles la historia.*

10 de noviembre de 1774

A bordo de la nave *Rosalía*, el joven alférez de fragata Diego de Alvear arribaba a Montevideo, uno de los dos puertos más importantes de las Indias. El otro, el de Buenos Aires, ya tendría tiempo de conocerlo cuando llegara el momento, sin prisa. Mucho había corrido en la vida para avanzar en su carrera militar y para beber a tragos largos experiencias que hicieron de él el hombre aventurero que era al llegar a ese nuevo destino. Con solo veinticinco años, esta era su tercera gran expedición. Muy pocos podían presumir a su edad de haberse formado junto a los mejores marinos, astrónomos y matemáticos de la época. Sus primeras observaciones en el mar las practicó, a los veintidós años, acompañado por José de Mazarredo y Sebastián de Apodaca. Nunca estaría lo suficientemente agradecido de haber participado en la expedición científica ordenada por el rey y comandada por Juan de Lángara, en la que Mazarredo, Apodaca y también José Varela, a quien debía buena parte de sus elevados conocimientos de astronomía, tenían la misión de mejorar las observaciones de longitud utilizando todos los métodos hasta entonces conocidos a fin de convertirlos en útiles instrumentos al servicio de la Marina. Aún recordaba aquella madrugada en la que sorprendió a Mazarredo riendo solo en cubierta.

—Lo hemos conseguido... ¡Lo hemos conseguido! —gritó pletórico al tiempo que comenzaba a zarandearlo por los hombros emocionado.

—Debe de ser mucha la importancia para que se justifique tamaña alegría en usted.

—Lo es, Diego, lo es. Venga, siéntese aquí.

Le señaló un lugar en el suelo, en el que había desplegado varios mapas mezclados con dos cuadernos repletos de anotaciones. No era un comportamiento propio de Mazarredo, siempre tan ordenado y escrupuloso.

—¿Recuerda lo que aprendió en mi curso de matemáticas? Pues he aquí un compendio de lo más importante. —Fue señalando con una especie de puntero varias operaciones complicadas para cualquier neófito en la materia, pero desde luego no para Alvear—. Todo esto que ve me ha servido para descubrir una técnica revolucionaria: practicar las observaciones de longitud marítima por medio de las distancias lunares.

—Por todos los santos... ¿Es eso posible? —Su sorpresa era enorme—. La luna... ¿Lo ha averiguado durante esta travesía? —Su mirada se tornó como la de un niño ante la visión de un caramelo inalcanzable.

—Así es. Por primera vez, la luna es nuestra guía. En ella está la clave.

—¿Qué va a ser ahora de las pobres estrellas? —bromeó Diego, contento y

todavía impresionado.

Permanecieron callados unos minutos mientras el sol, en el horizonte, desconsiderado con el gran descubrimiento que se acababa de producir, emergía poderoso de entre las aguas. De pronto, Diego de Alvear dio un salto y desapareció para regresar de inmediato sosteniendo entre las manos un pequeño astrolabio dorado.

—Es bonito, ¿verdad? —Le daba vueltas, cuidadoso, como si se tratara de un preciado tesoro—. Fue el primero que tuve, y con él aprendí a disfrutar aún más de sus clases, don José.

—No imaginé que fuera usted un sentimental. —Mazarredo se sintió halagado. Tomó el instrumento y lo miró con detenimiento—. ¿Qué le pasó a la argolla?

—Eso me gustaría a mí saber. Debí de perderla en el trasiego de alguna travesía. Me molesta no haberme dado cuenta porque lo guardo con gran estima y como recuerdo de sus enseñanzas sobre matemáticas que tan útiles me han sido para entender la astronomía.

—Sin duda que es usted un buen astrónomo, y con el tiempo lo será aún más, ya entonces se vislumbraba.

A pesar de haber sido su alumno, apenas existía diferencia de edad entre ellos. Es más, Mazarredo era cuatro años más joven que Alvear.

—¿Cómo no ha de gustarme la astronomía y observar el cielo si en las estrellas hallamos respuesta a tantos interrogantes? —Diego hablaba con entusiasmo.

—Pues ya ve que a partir de ahora también hemos de escuchar lo que nos diga la luna.

—Quizá nos haya estado hablando antes, durante años, incluso siglos, pero no ha sido hasta ahora cuando alguien, usted, ha atendido a lo que tuviera que decirnos. Disfrute de la gloria de haber sido el primero. Se lo merece.

Mazarredo se quedó pensando en lo que acababa de decir su antiguo alumno. Le dio unas palmadas cariñosas en la espalda y concluyó:

—Es usted bueno, Alvear, es usted bueno... y generoso. —Seguramente sentía una honda satisfacción por haber contribuido a ello—. Quizá la luna nos haya estado hablando antes..., qué interesante lo que dice, realmente interesante...

El resultado fue extraordinario. Nunca hasta entonces se habían fijado posiciones más exactas y comprobadas como las que hizo posible aquella expedición. Islas como la de Trinidad o Ascensión, «a los 20° 31' de latitud, y 24° 12' de longitud occidental de Cádiz, en la mar del Sur, cuya posición hasta entonces era dudosa», anotó Mazarredo en su diario. No se equivocó. La luna, el astro de luz y plata, pasó a convertirse en el faro que alumbraba una verdadera revolución.

Aunque había transcurrido poco más de un año de aquello, Diego conservaba en la memoria el detalle de lo sucedido y hasta la caligrafía de las anotaciones de puño y letra de su mentor, como si hiciera lustros que se hubieran producido y llevaran desde

entonces formando parte de él, de su manera de ser. Así de importantes habían sido, y así de intensas, sus vivencias en un corto espacio de tiempo.

Aquel día de noviembre de 1774, la fragata *Rosalía* lo llevaba a tierras americanas. Había viajado como segundo comandante del navío bajo las órdenes del teniente Diego de Cañas. Le acompañaba el mejor de los equipajes: la fama de hombre valeroso y prudente, de firme carácter y sólida formación. Y unas ganas infinitas de descubrir un mundo nuevo.

Nada más bajar del barco le sorprendió el trasiego de mercaderías en el puerto y el latente bullicio de personas que pululaban como ríos serpenteantes por las calles de la ciudad. Costaba caminar. Diego lo hacía con la sonrisa condescendiente que suele delatar al recién llegado.

Una hermosa joven, de larga cabellera oscura y rizada, se le acercó con notable desparpajo y, sin darle tiempo a reaccionar, le echó mano a la entrepierna, lo que le hizo perder el equilibrio. La bolsa de viaje, que llevaba al hombro, y el maletín con el instrumental de trabajo cayeron al suelo.

—Discúlpeme, señor —le dijo la mujer con una sonrisa descarada al disponerse a ayudarlo.

—No, no, déjelo, ya lo hago yo. No se preocupe.

La joven se le acercó al oído, estando Diego agachado, y le susurró:

—Vamos, señor, ¿no le gustaría que yo le ayudara... en lo que sea que necesite...?

Diego carraspeó. La actitud provocadora de la mujer le intimidaba.

—No, gracias. No necesito ayuda —contestó seco y cortante.

Al incorporarse, ella se aproximó tanto que se podía masticar su olor a hembra. Al tiempo que le cortaba el paso con su cuerpo, que lucía, por cierto, un más que generoso escote, le habló exhalando las palabras en su cuello:

—Venga, español, no querrás perderte esto que te ofrezco.

—¿Cuál es su nombre? —preguntó él aguantando el tipo.

La mujer pensó durante unos segundos antes de decir:

—Rosalía.

—¡Vaya!, qué casualid... Oh... —Diego miró la proa de su embarcación y se rió de su propia torpeza.

—¡Ja, ja, ja! Pero no me digas que no es un nombre bonito. Lo mismo sirve para un barco que para una mujer. En el barco has venido desde muy lejos, pero ¿cuánto tiempo hace que no estás con una mujer? ¡Qué!, ¿vienes o no...?

—No me importune. No pierda el tiempo conmigo. Hágame caso.

La saludó con una leve inclinación de cabeza y continuó su camino. Ella se giró sin contestarle. A lo largo de la vía por la que obligatoriamente había que pasar para salir del puerto se apostaban racimos de prostitutas. Algunas lo disimulaban con una indumentaria que se esforzaba en parecerse a la de cualquier mujer, aunque los gestos y las maneras las delataban. Otras, en cambio, exhibían en público una procacidad

desconocida para Diego. En España no se las encontraba con aquella facilidad por las calles. Volvió la vista atrás antes de cambiar de dirección y vio cómo, a lo lejos, la falsa Rosalía le dedicaba un beso descarado y le sacaba la lengua, burlona. Él sonrió y siguió en busca de alojamiento.

A mitad de trayecto le llamó la atención un tumulto de gente reunida en torno a una especie de escenario desde el que alguien gritaba. Los congregados iban reaccionando según lo que vociferaba el hombretón que se divisaba con dificultad al fondo. Pasaban de jalear a silbar, aplaudir, increpar, reír, abuchear... El joven Diego se acercó para comprobar qué estaba ocurriendo sobre las tablas que originaba la desigual reacción del público. Se abrió paso con dificultad hasta donde pudo, que no era demasiado cerca, pero sí lo suficiente para colocarse en la antesala del infierno y la aberración. Una fila de hombres de piel más negra que la oscuridad de la noche, una docena aproximadamente, atados entre sí con grilletes y cadenas en manos, pies y cuello, eran exhibidos con enorme desprecio y humillación por el grandullón, que aunque era blanco no lo parecía, de la mugre que llevaba encima. Los mostraba de la misma manera que se muestran las reses en los mercados de ganado. Los hacía girarse a golpe de látigo y enseñar la dentadura para conseguir el mejor postor.

El estado de esos hombres era deplorable. A algunos se les distinguían heridas mal curadas, y a todos, la mirada perdida en una vida que no tuvieron pero que sin duda habría sido mejor que la que les aguardaba con un nuevo amo. Diego no había visto nunca una venta de esclavos, aunque sabía de su existencia.

La gente pujaba, pero sobre todo se mofaba de ellos. A Diego se le revolvió el estómago. No quiso quedarse a ver el final de la subasta humana y volvió a abrirse paso a empujones con prisa por escapar de aquel horror. Cuando por fin dejó atrás la multitud enfrascada en el regodeo del infortunio ajeno, volvió a ver a la prostituta alejarse cogida del brazo de uno de los oficiales de su navío.

Caminó sintiendo erosionadas sus ilusiones en el Nuevo Mundo, aquel al que llamaban «el paraíso» quienes jamás habían transitado entre tinieblas.

Las tinieblas en las que Diego creía estar adentrándose.

Su primera noche en Montevideo resultó horrible, incómoda y torturante. Diego consiguió dormir apenas una hora. El resto del tiempo lo pasó luchando contra varios contratiempos: la humedad, las chinches y la visión de los esclavos siendo vendidos sin escrúpulos. Y si las chinches y la humedad no abandonaban su cuerpo, la otra visión no abandonaba su mente. Anduvo dándole vueltas al interrogante de a qué parte del mundo había ido a parar; qué sitio era ese en el que el valor de la vida humana dependía del color de la piel.

Pero, en los meses siguientes, a medida que conocía mejor aquel lugar donde lo habían asignado, comprendió que también era una ciudad en ebullición, con una riqueza de negocios y bazares que ya querrían para sí muchas poblaciones españolas. Montevideo se estaba convirtiendo en el pulmón de América; el centro que movía gentes y dinero al son de un comercio pujante que le debía casi todo a la ganadería. Su posición estratégica y su puerto natural favorecían un intenso movimiento de buques mercantes, ganándole la partida a Buenos Aires, en parte gracias a la propia naturaleza. El hombre lo único que había hecho, en este caso, era saber sacarle partido. Porque lo que diferenciaba los embarcaderos de una ciudad y otra era sencillamente el fondo de sus aguas. El fondo arenoso de la rada bonaerense impedía que en sus muelles pudieran amarrar buques de gran calado. Lo contrario de lo que ocurría en Montevideo, donde las piedras y una mayor profundidad le otorgaban gran ventaja natural sobre su competidor llegando a superarlo en tráfico marítimo. La importancia provenía no tanto de la comunicación comercial con el resto de América, como con España. Eso era lo fundamental para la prosperidad económica, y en ese momento el negocio precisamente más próspero era el comercio de tránsito, que permitía cuantiosos ingresos procedentes del cobro de un impuesto que se pagaba por cualquier mercadería que permaneciera en el puerto. En la otra cara de la moneda, el comercio se introducía también por debajo de las faldas de las prostitutas, que sobrevivían gracias a ese intenso tráfico.

Para Diego, vivir en Montevideo, con su peculiar agitación social y sus costumbres aberrantes como la venta de esclavos, era comparable a asomarse a un abismo. Le maravillaba el hervidero humano y comercial que le había tocado como destino. O más bien como punto de partida de la primera de sus misiones en América, que lo llevó a participar en el conflicto que enfrentaba a España y a Portugal por los dominios americanos. Las guerras por la posesión de Colonia del Sacramento y de Río Grande de San Pedro fueron las primeras acciones en las que Alvear se vio involucrado, y también sus primeros triunfos al salir los españoles victoriosos de ambas.

Aquellos tres años siguientes a su llegada a América fueron tan vertiginosos que

volaron al surco de las naves que se abrían paso en el presente del joven Diego. Al regresar a Montevideo, Diego disfrutó con la inusitada exhibición de poderío de la Armada española desplegada en la rada. Cuánto había cambiado durante su ausencia. En la imponente bahía, España había ubicado su apostadero de Marina, en el que apenas quedaba hueco entre las naves, de tantas como había. Un paraíso dibujado de arboladuras que demostraban, rozando la ostentación, el gran dominio naval del reino, con la mayor fuerza que había operado hasta entonces en el Atlántico Sur, formada por más de diecinueve mil hombres. Nunca antes el joven, aunque experimentado, Diego había presenciado nada igual. Sintió el orgullo de estar participando en una empresa magnífica, a pesar de que la grandeza se escondiera en las sangrantes entrañas de la guerra.

Una guerra que parecía atisbar su posible fin. Portugal aceptó definitivamente su derrota. Muchas y muy cruentas habían resultado las últimas batallas, ganadas todas por España. El primer Tratado de San Ildefonso, firmado en La Granja, puso fin a tanta belicosidad y, con él, la vida de Alvear, allí, tan lejos de su patria, iba a dar un vuelco. El 1 de octubre de 1777 se firmó el Tratado Preliminar de Límites en la América Meridional, en virtud del cual Portugal cedía a España definitivamente Colonia del Sacramento, las islas de Fernando Poo y de Annabón, y las Misiones Orientales jesuíticas. España, por su parte, devolvió Santa Catalina y otros territorios, eso sí, menores, en la colonia de Río Grande de San Pedro.

Sin embargo, visto lo difícil que resultaba para los enviados de la Corona española controlar el territorio del Virreinato del Perú debido a que su dilatada extensión favorecía los ataques codiciosos de portugueses pero también de ingleses, el rey Carlos III decidió la creación de un nuevo virreinato: el del Río de la Plata, que incluía las provincias de Buenos Aires, Tucumán, Potosí, Paraguay, Santa Cruz de la Sierra, Charcas, Mendoza y San Juan del Pico. Don Pedro Antonio de Cevallos y Calderón, gaditano de nacimiento, fue su primer virrey.

Por fin el orden iba a establecerse, de una vez por todas, en las vastas posesiones de ultramar. Alguien tenía que ponerse manos a la obra para trazar la línea divisoria que fijara la demarcación de unos dominios y de otros, y determinara la zona neutral que los separara.

Los respectivos gobiernos designaron cinco divisiones, llamadas también «partidas», que tomaron como centro de operaciones las ciudades de Montevideo, para España, y de Río Grande, para Portugal. Faltaba ponerles nombre a sus responsables y dotarlas; un trabajo delicado, arduo y concienzudo, de muy alta responsabilidad, que requería de hombres extraordinariamente bien preparados. Los astrónomos, que habían de estar perfectamente formados, iban a ser imprescindibles para asegurar la exactitud de las mediciones.

Después de muchas deliberaciones, ya que no era fácil encontrar a los candidatos que reunieran el cúmulo de conocimientos que se requerían para el cargo, el oficial de la Real Armada, teniente de fragata Diego de Alvear y Ponce de León, quedó

designado con el título de comisario al frente de la segunda partida. Operaría desde la cabecera del río San Antonio hasta el Salto Grande del Paraná, teniendo que delimitar los territorios que se extendían ampliamente por las Misiones Orientales hasta la costa atlántica. Era insólita su designación para tan alto cargo siendo tan joven y tan escasa su graduación militar. Pero sus demostrados méritos habían conseguido colocarlo en el lugar que merecía. Aunque a partir de ahora de nada valía el éxito —y esto lo era, sin duda— si, en el engrimiento de creer merecerlo, no cabía el esfuerzo de trabajar hasta que se alcanzara la evidencia de que en efecto era justo que se le otorgara dicho honor.

Diego estaba a punto de participar en una gesta histórica, cuyas consecuencias se le antojaban un reto increíblemente al alcance de su mano. Y no solo se trataba de contribuir a crear países donde no los había, sino que también le tocaba vivir en una nueva demarcación perteneciente al Reino de España, nacida con intención de ejercer la mayor influencia social y política que se pudiera pensar.

Había abandonado su Montilla natal, tierra cordobesa de cepas y cultivos que nutrían los negocios familiares, de vides doradas al sol de su amada Andalucía, para acometer empresas de envergadura en las que pudiera demostrar su talla humana y su pericia. Escribió a sus hermanos Miguel, José y Manuel, contándoles lo mucho que echaba de menos su pueblo y la impresión que le habían causado algunas prácticas de esta parte del mundo, más propias de pueblos primitivos que civilizados. La nostalgia no remitía. Preguntó por las últimas cosechas con la curiosidad de quien hacía poco que se había marchado, o como si estuviera ya por regresar. Como si el tiempo no pasara. Hasta que se dio cuenta de que, por más batallas que ganara, o por muchos que fueran los lugares en los que tendría que vivir en el futuro, Montilla siempre viajaría con él.

Montilla era ya una presencia indestructible. Porque la cuna y el origen de lo que somos nunca se desprende del corazón.

Dos meses se tardó en organizar al personal que iba a participar en aquella expedición: ingenieros, pilotos, oficiales del ejército, dibujantes, decenas de hombres prácticos del país que, ayudados de las milicias del Paraguay, debían cumplir el importante cometido de ayudar en la navegación de los ríos y de abrir camino con machetes entre la espesura de selvas y bosques.

Qué poco tranquilizador resultaba lo que le habían contado de aquellas tierras, la mayoría de ellas inabarcables extensiones despobladas. Sus escasos habitantes pertenecían a tribus salvajes, de cuya existencia y costumbres nada se conocía y todo se temía. El territorio que tenía que delimitar, las Misiones Orientales, era un terreno hostil, selvático y plagado de ciénagas y pantanos, lo que venía a significar que en él campaban a sus anchas los más insospechados peligros: mortíferas alimañas, picaduras, enfermedades..., amén de los infieles.

Ese iba a ser su hogar durante un tiempo impreciso pero que se preveía largo. Tal

vez una década, o quizá dos, o quién sabía si incluso más, aunque de momento se limitaba a prospecciones preliminares.

Llegaba la hora, pues, de cambiar el combate en alta mar por la lucha contra los peligrosos elementos de la naturaleza en tierra, una tarea laboriosa y complicada que podía arrebatarnos la vida. Cabía preguntarse si los expedicionarios de los dos bandos, en un cuerpo a cuerpo, serían capaces de resolver lo que no habían conseguido en años los gobernantes cómodamente sentados ante mesas de negociación y redactando tratados bilaterales. La respuesta solo podían encontrarla, por fin, en el campo de trabajo, que no de batalla.

A Diego le aguardaba una misión compleja en la que en todo momento, fuera cual fuese la dificultad, habría que estar a la altura de las circunstancias, como se esperaba de él. Tenía por delante un largo viaje en el que tan importante como alcanzar la meta era lo que pudiera ir aprendiendo en el camino. Así le sucedió a Ulises con Ítaca. Así querría que le sucediera a él. En sus tiempos de estudiante leía a Homero convencido de que su vida iba a ser un continuo viaje. Una *Odisea*. Porque lo que más ansiaba, su deseo más poderoso, había sido siempre aprender sin detenerse; alcanzar la sabiduría y el enriquecimiento de espíritu a través de lo vivido en los lugares adonde la propia vida le condujera.

Quienes se embarcaban en esta aventura no eran hombres corrientes, sino curtidos en el esfuerzo y la entrega, como Ulises. Solo así era posible afrontar la hercúlea tarea de explorar y demarcar territorios sin confines que se adivinaban, y donde posiblemente de nada sirvieran las reglas conocidas; una tarea en la que sus identidades, tal y como las conocían hasta entonces, tenían visos de desdibujarse para convertirlos en seres apartados del mundo durante un tiempo incierto. Cuando un hombre tiene por delante un proyecto de tal magnitud, intuye quedar expuesto a que el destino resuelva sorprenderle en el momento más inesperado permitiéndole la fascinación de un mundo desconocido y atractivo que, en ocasiones, puede llegar a marcarle de por vida. O puede también conducir a la muerte. Pero Diego se mostraba prudentemente confiado en poder descifrar los misterios de la vida; sabía que contaba con la ayuda de los cuerpos celestes.

Nada estelar era el cuerpo de Rosalía, a quien la noche previa a su marcha encontró apostada en una esquina de la calle donde residía. Parecía estar esperándolo. Diego se detuvo y sonrió. Agachó la cabeza, no acababa de creer que fuera casualidad que en esa su última noche en Montevideo estuviera justo frente a su casa la primera mujer con quien había hablado el día de su llegada, tres años atrás. Ambos se miraron midiéndose en la distancia. Durante el tiempo transcurrido en Montevideo, Diego había llegado a conocer bien a la muchacha. Rosalía le confió la historia de su vida. A los diez años sus padres la enviaron al puerto para conseguir dinero. Ahora, la adulta y falsa Rosalía era la viva imagen del deseo. Desde sus labios hasta sus ojos, todo en ella ardía como pólvora de cañón. Tras titubear, Diego decidió acercarse a ella, pero justo cuando iniciaba el avance para cruzar la calle, un hombre alto y

corpulento la agarró de la cintura y la besó en la boca. El español contempló lo que debió de ser una breve negociación del precio del servicio, tras la cual ambos se marcharon cogidos del brazo mientras la falsa y juguetona Rosalía le regalaba una última mirada que lo situó tal vez en un recodo de las ocasiones perdidas.

A todo eso le daba vueltas Diego en la cama durante la noche previa a su partida. Se hallaba inquieto, con la emoción mordiéndole el estómago. Antes de dormir echó un último vistazo al cielo a través de la ventana intentando descifrar alguna señal. Esa noche apenas se veían estrellas, tan solo una, clara y brillante; un lucero que marcaba su camino en el infinito océano estelar de las Indias.

Nace el famoso Uruguay, que quiere decir Río de Caracoles, en las grandes sierras que llaman de Santa Catalina, sobre la costa del Brasil. Beben sus aguas occidentales varios pueblos de Misiones: San Javier, Santos Mártires, Concepción, Santo Tomé, La Cruz o Nuestra Señora de Mboré y los Santos Reyes o Yapeyú. Da a dichos pueblos hermosos y fértiles campos, regados por cantidad de arroyos. Los guarda y alimenta de pingües pastos y prodigiosa multitud de ganado. Los enriquece con excelentes maderas, ricos bálsamos y plantas medicinales, y les franquea buenos puertos para facilidad de su comercio.

Antes de Yapeyú se le agrega por la banda de Levante el río Ibicuy, cuyos complicados brazos recogen las aguas del Monte Grande. Discurre así bajo la dirección S. O. $\frac{1}{4}$ S. el dilatado tramo de ochenta leguas hasta la latitud de $30^{\circ} 12'$, en que se le reúne el río Miriñay, notable y caudaloso, sangradera de Iberá o Laguna de Carazares, por donde se asegura surten las aguas vivas del Paraná, sobre cuya ribera se halla recostada. Se inclina luego con suavidad y grandes vueltas hasta que se precipita en el paralelo de $31^{\circ} 8'$ por la mayor y más vistosa de sus cataratas, llamada por esta razón el Salto Grande.

Así describió Alvear, en el *Diario de la segunda división de límites* que empezó a escribir nada más emprender viaje, el primer río cuya ribera recorrió en sus prospecciones previas a la demarcación definitiva. El río origen de la que había de ser la gran aventura de su vida. Le maravillaba la explosión de una naturaleza salvaje, formada por senderos fluviales de violentas aguas, indómitas cataratas y una espesura tan alta que a veces no permitía ver el cielo. El sorprendente espectáculo convertía a las personas en diminutos seres que se movían con cautela haciendo frente a un gigante natural e incontrolable. Era imprescindible llegar a dominar esa naturaleza que tenían que ir haciendo suya poco a poco a golpe de pico y machete. Pero no estaba seguro de lograrlo.

El trabajo se inició a buen ritmo, y aunque el paisaje abrumaba, Diego intuía que posiblemente no fuera nada comparado con lo que le quedaba por ver. La primera noche no consiguió conciliar el sueño. El campamento era muy rudimentario, pero no iba a ser mejor en lo sucesivo. Era consciente de que tendría que acostumbrarse y que mejor más pronto que tarde. Al principio, por más disciplina que se impusiera, era inevitable el caos, que obligaba a inventar nuevas normas a diario. La novedad de sensaciones, los apabullantes escenarios naturales, el clima, los insectos, las alimañas, todo en el entorno desbordaba cualquier previsión y excitaba los ánimos más calmados. El cuerpo tenía que adaptarse. También la mente, que sin duda lo haría más despacio.

Harto de librar su primer combate contra un enemigo con el que no contaba, el insomnio, Diego salió de su tienda para buscar un rincón al aire libre. Los mosquitos zumbaban a su alrededor. Pronto descubrió que el silencio se erigía en un privilegio inexistente en la selva. Un permanente ruido de fondo formaba parte del paisaje, convertido en una molestia que se colaba en los oídos antes de instalarse en la cabeza... la mente... el cerebro. No había modo de sacarlo una vez estaba dentro.

Miró al cielo y se empapó de constelaciones entreveradas con el follaje que impedía que la visión fuera completa. No importaba. Alvear se entendía bien con las

estrellas incluso cuando no las veía. Aquella primera noche renunció a utilizar sus instrumentos de observación, se encontraba demasiado cansado. Tenía tantas noches por delante casi como astros iluminan el cielo. También a esto se aprende en la selva, a dejar que la paciencia se adelante a los pasos que se dan.

Acabó dejándose vencer por el sueño a la intemperie, lo cual resultaba una temeridad, hasta que un guardia marina fue a despertarlo para que regresara a la tienda.

A medida que iba conociendo los poblados y parajes de las misiones guaraníes, sentía un extraño e inexplicable apego a esas tierras y a sus gentes. Era una sensación que se le adhería a la piel del mismo modo que la densa humedad, que a duras penas permitía respirar. Tanta inmensidad sobrecogía el corazón y expansionaba la mirada. Qué lejos se sentía de todo.

A falta de dos jornadas para alcanzar Yapeyú, los insectos, cual expertos criminales, comenzaron a causar serios estragos. Daba la sensación de que conforme ascendía por el mapa aumentaban los riesgos. No parecía nada serio, pero sí molesto; era cuestión de ir aplicando el unguento correspondiente. Excepto en un caso, el de un oficial que parecía resistir al tratamiento y preocupaba especialmente al médico del campamento. Se trataba del jovencísimo guardia marina Manuel Alarcón, uno de sus ayudantes más directos. A Alvear le inquietaba el diagnóstico que le explicaba el doctor don Gonzalo de la Cueva.

—Al principio no me pareció tan grave. Recuerde que sufrió la picadura hará más de una semana. Pero ya va para cinco días que empezó con unas fiebres muy altas para las que no hay razón, salvo que se trate de algo que ha incubado y, en ese caso, se tome su tiempo antes de dar la cara. Hoy están remitiendo, pero eso no me tranquiliza lo más mínimo. La piel comienza a amarillearle, y esta tarde ha vomitado dos veces.

—¿Le sorprende que un enfermo en su estado acabe vomitando en este infierno?

—Sí cuando lo que escupen las entrañas es una sustancia negra que guarda más parecido con los posos de café que con cualquier otra cosa que podamos conocer. — Su voz respondía en gravedad a su preocupación.

—¿Lo ve...? Me está dando la razón: el negro es el color del infierno, y ya lo está expulsando. Vamos, doctor, no seamos pesimistas.

—Hace mal confundiendo pesimismo con realidad. Y, si le interesa —añadió con inquietud—, puedo avanzarle mi diagnóstico.

—Por supuesto, adelante.

—Temo lo peor. Hace unos años, un extraño mal, al que llamaron «vómito negro», esquilmo las tropas inglesas y americanas en Cuba, matando a sus oficiales por miles. El caso me llamó la atención y desde entonces he intentado estudiar cada detalle que me ha sido posible recopilar sobre esta enfermedad. No se sabe demasiado de su origen y menos aún de su tratamiento, pero sí lo suficiente como

para determinar que pueda deberse a la picadura de un mosquito.

—Eso parece lógico.

—Pero no sencillo. El mosquito puede habernos picado a usted o a mí sin que nos hayamos enterado siquiera. Sin embargo, otro insecto exactamente idéntico, de la misma especie, pero que haya picado antes a un mono puede después causar la muerte a los humanos. Y eso es lo que ha podido ocurrirle a Alarcón.

Se sucedieron unos segundos de profundo silencio, roto solo por los zumbidos de la selva, antes de que el médico prosiguiera:

—Recientemente llegaron a mis oídos los ecos de una expedición española de la que es posible que usted haya oído hablar, la de los botánicos Ruiz y Pavón. Vienen a Perú para recolectar plantas medicinales, entre ellas una que podría resultar muy preciada para los fines de la medicina: la quinina. En realidad buscan algo que Linneo descubrió hace más de veinte años, la llamada «casarilla de la condesa», también conocida como «casarilla de los jesuitas» por haber sido ellos quienes más han contribuido a su uso.

—Lo de los jesuitas se entiende, pero lo de la condesa... —Alvear seguía con verdadera atención los razonamientos del doctor De la Cueva.

—Tiene su explicación y es muy sencilla. A mediados del siglo pasado, los indígenas le salvaron la vida a la condesa de Chinchón, esposa del virrey del Perú, gracias a una preparación a base de corteza de quino. El proceso es sencillo: la extraen del árbol, la dejan secar y la muelen. Es el único tratamiento con el que se puede combatir la fiebre amarilla, aunque sin garantía de éxito.

—¿Fiebre amarilla...? Pero eso es una muerte casi segura.

—Exacto, la esperanza es escasa. Diría que cabe en el breve espacio del «casi» que usted bien ha dicho.

—¿Le han aplicado ya la corteza a Alarcón?

—Sí, desde hace dos días.

Preocupado por lo que acababa de escuchar, Diego de Alvear se acercó a la tienda donde el joven Manuel estaba siendo atendido. Su aspecto, aunque malo, no se correspondía con los pésimos síntomas descritos por el galeno, por lo que confiaba en que la enfermedad se pudiera combatir y el joven mejorara en las horas siguientes. Probablemente el aprecio de Diego por su subordinado le hacía ser más optimista de lo que debiera.

—¿Qué pasa, Alarcón? No me dirá que un mosquito va a poder con usted... —intentó bromear.

El muchacho temblaba por la fiebre pero conservaba la plena consciencia. Con una sonrisa forzada agradeció la visita del teniente. Era un joven fuerte y aguantaba cuanto podía.

—No volverá a ocurrir, señor, tiene mi palabra.

—Eso no ha de preocuparle ahora. Está visto que hemos de aumentar la cautela ante estos bichos que más parecen proyectiles que insectos.

—Sí..., señor... —Volvió a intentar con gran esfuerzo que la sonrisa saliera de sus hinchados labios—. Pronto cumpliré de nuevo con mi deber. Son unas simples fiebres, todos hemos pasado por esto alguna vez y aquí estamos.

—Claro que sí.

Pero no. Ninguno de ellos había pasado por nada similar. Los insectos en ese lugar remoto no se asemejaban a otros que pudieran haber conocido antes. Ni los mosquitos, ni nada. Por malas que hubieran sido las condiciones en algunos combates, no podían compararse con las que estaban teniendo que afrontar. Todas las precauciones eran pocas en esa tierra hostil. A pesar de lo cual, había algo inexplicable y carente de toda lógica que hacía que Diego se encontrara bien allí. Aún era pronto para que tuviera sentido, pero su presencia era rotunda. Algo que buscaba su lugar en algún rincón del alma donde creía comenzar a sentirlo ya. No podía hablar de eso con nadie porque sabía que nadie iba a entenderlo. Lo dejaría reposar en su interior hasta ir viendo cuándo y de qué manera daba la cara.

—Y dígame, Alarcón, ¿de qué parte de Galicia es usted? —Quiso centrar su atención en el enfermo.

—De Pontevedra. De allí es toda mi familia.

—Es muy joven...

—Tengo diecinueve, señor.

—¿Ha pensado ya qué hará cuando todo esto acabe? —Alvear intentaba darle conversación para tranquilizarle y conseguir que, al menos durante unos minutos, desviara su atención del dolor.

—No se me ha ocurrido, señor. Mi sueño era estar aquí y no he pensado más allá.

—¿Su sueño, dice?

—Sí... —respondió pudoroso—. Formar parte de esta expedición bajo sus órdenes es más de lo que jamás soñé.

A Diego le impresionaron sobremanera estas últimas palabras y quiso saber más.

—¿No le importará si le pido que se explique mejor? Siempre y cuando no le esté cansando con mi conversación...

—Oh, no, no, le agradezco mucho su compañía y la atención que está teniendo conmigo. Si le digo que ansiaba esta misión es porque mi verdadera pasión es la astronomía. Esa es la razón por la que me sentí tan feliz el día que me destinaron a su partida para ayudarle en sus mediciones. Me alisté en el ejército para satisfacer los deseos de mi padre, más que los míos propios. No es que esté arrepentido, por Dios, no vaya a creer que soy un desconsiderado o que faltó a mi juramento de lealtad, pero para mí habría bastado con completar mis estudios para ser astrónomo. Ahora, sin embargo, me alegro de no haberlo hecho porque no habría tenido ocasión de gozar del privilegio de aprender de usted y brindarle mi modesta ayuda.

El teniente puso su mano en el brazo del joven.

—No siga hablando, no le conviene. Va a cansarse demasiado.

Diego, conmovido por la historia, vio el reflejo de sí mismo en las palabras de

Manuel. Identificó idénticas ilusiones y la misma pasión por desentrañar los misterios del universo desde temprana edad. Si bien era cierto que, a diferencia de su oficial, él sí tuvo clara su vocación militar desde que inició los estudios en la Academia. O quizá incluso antes, siendo alumno del colegio de los padres jesuitas en su pueblo, Montilla, y también más tarde en Granada. Ya entonces jugaba con el mar y las estrellas, y ya entonces hizo de los libros la mejor guía para satisfacer sus ansias de conocimiento y para colmar su espíritu inquieto. Fue un alumno sobresaliente que se empeñó, por encima de todas las cosas, en aprender, consciente de que no hay mejor salvoconducto que el saber para transitar por las dificultades de la vida, también para poder disfrutarla. Matemáticas, álgebra, física, teología moral y eclesiástica, leyes y cánones, derecho público, astronomía, diplomacia, comercio, historia de las naciones, historia natural, empleándose a fondo en el conocimiento de los tres reinos, animal, vegetal y mineral, indispensable para el trabajo que debía realizar. Ah, y era también versado en lenguas: francés, italiano, portugués e inglés, sin excluir el latín, por supuesto. Con esa amplia formación llegó a América convertido en un alto cargo al servicio de la Corona española.

Tuvo un impulso que lo condujo hacia su tienda de campaña. Abrió las bolsas de viaje y los maletines en los que guardaba sus instrumentos y herramientas de trabajo, y rebuscó hasta que apareció el astrolabio que conservaba desde sus años de estudio pero que ya no usaba. Se lo llevó para ofrecérselo al joven Manuel, quien no daba crédito a la generosidad de su superior. Alterado por la emoción, intentó rechazarlo después de haberlo agradecido con insistencia.

—Es demasiado honor para mí.

—No me haga ese feo, acéptelo con la condición de reponerse cuanto antes para que le enseñe algún truco que seguro que aún no conoce.

—Será un orgullo para mí aprender junto a un hombre como usted, mi teniente.

—Vamos, déjese de gaitas, Alarcón, y guarde sus fuerzas para curarse —le dijo animoso.

—Tiene razón, queda mucho por hacer. Mire, le falta la argolla, señor —se percató, complacido por el regalo.

Diego rió, el comentario le hizo acordarse de Mazarredo y notó cómo empezaba a echar de menos a los suyos, intuyendo que las condiciones de la selva reclamarían con apasionamiento mantener vivos los recuerdos. Y a ellos se entregó. A los amaneceres tibios de la campiña de su Montilla natal; a los juegos con sus siete hermanos al calor de la lumbre en invierno; al olor humeante del pan recién hecho por su madre, doña Escolástica, la hija del ilustre corregidor don Luis Ponce de León. En el pueblo se contaba que el abuelo Luis salió a recibir al rey Felipe V cuando este viajó a tierras andaluzas buscando la alegría y la salud que le faltaban. A pesar de que los niños hacían guasa de ello en la calle, era cierto, y bien orgulloso se sentía el pequeño Diego.

Al volver a la realidad, vio a Manuel adormecido apretando el astrolabio contra

su pecho y abandonó la tienda en silencio.

La noche era clara, aunque presagiaba la ambigüedad de la vida que pende de un hilo jugando en contra del tiempo.

Diego tenía ganas de llegar a Yapeyú. Quedaban solo dos días. Alcanzar cada una de las poblaciones elegidas como base para moverse por los terrenos que pretendían explorar suponía un pequeño respiro entre tanta precariedad. Lo poco que llevaban de viaje era suficiente para ansiar comida y lecho calientes, mejores condiciones de higiene y la posibilidad de cierto descanso. En Yapeyú tenía previsto alojarse en casa del teniente gobernador, un español llamado Juan de San Martín que gozaba de muy buena reputación.

Pensó en el oficial enfermo. El próximo destino se convertiría para él en garantía de una mejor atención médica. Pero a falta solo de una jornada, empeoró. En efecto, los peores pronósticos del médico se confirmaron. En las últimas horas, y tras la que se mostró como ilusoria mejoría, el joven oficial había sufrido unas terribles hemorragias acompañadas de un nuevo acceso de fiebres altas, escalofríos, ausencia de orina y atisbos de delirio que no presagiaban nada bueno. El galeno desaconsejó que continuara la marcha; la expedición debía seguir viaje sin él.

—Sería una temeridad para su vida —le planteó abiertamente al teniente Alvear.

—Tanto como lo es abandonarlo a su suerte hasta que muera solo, igual que mueren las alimañas.

—Mi obligación es informarle de la situación en la que se encuentra este hombre, y esta es que no se halla en condiciones de viajar. Un paso más y podría morir.

—Eso está por ver —replicó Diego con firmeza—. Lo que sí es seguro es que morirá si se queda aquí solo.

—Usted decide.

—Sí, yo decido. ¿Algo más?

—No, nada más —concluyó el médico con el ánimo de quien asume lo inevitable, y se dispuso a retirarse.

—¡Doctor! —le reclamó el teniente, para añadir, suavizando el tono—: Gracias de todos modos...

No se dio por vencido. A pesar de lo cerca que estaban del destino, que podrían alcanzar en cuestión de horas, prefirió no correr riesgos y ordenó que la comitiva se detuviera para que el enfermo descansara y esperasen al día siguiente. «Mañana será otro día —se dijo—, y Yapeyú nos seguirá esperando mañana como hoy».

Al amanecer emprendieron la marcha. Diego se levantó con la sensación de que el descanso no había cumplido el objetivo previsto. Mientras cargaban con la litera de Manuel se acercó a él para infundirle ánimos. Pero su estado se había agravado y parecía que ya ni siquiera podía escuchar cuando se le hablaba. Le entristeció verle así. Era demasiado joven para perder la vida, no quería pensar que pudiera ocurrirle.

Acarició levemente el astrolabio, que todavía reposaba sobre el pecho del enfermo, y quiso creer que viviría. Tenía que vivir. Tenía que intentarlo. Y así, con ese convencimiento marcándole el sendero, marchó las pocas millas que restaban para llegar a Yapeyú.

El teniente gobernador, Juan de San Martín, y su esposa, Gregoria Matorras, le recibieron con todos los honores en su amplia casa, en la que se percibía el olor a humedad que desprendía el cercano río Uruguay. Resultaron unos anfitriones excelentes, y sin pérdida de tiempo lo hicieron pasar a su habitación para que pudiera reponerse del viaje y asearse en condiciones. Le habían asignado la que seguramente era la mejor estancia de la vivienda, desde la que se disfrutaba de hermosas vistas a través de un gran balcón que daba directamente al río. Eso fue lo que alcanzó a distinguir en una rápida ojeada, porque, al ir a entrar en el dormitorio, doña Gregoria y él se llevaron la sorpresa de que una sirvienta andaba a la carrera acabando de ponerlo todo a punto. Se veía al vuelo que su tarea tenía que haber estado lista. Diego no pasó del umbral, mientras que la señora de la casa se adelantó para reprender con dureza a la joven y hermosa indígena, de cabello azabache, que, azorada, se retiró con la cabeza gacha.

Alvear intentó restar importancia al hecho, pero la mujer se presentó como un duro hueso, no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—¡Es imperdonable! ¡Estos indios son tan perezosos como desobedientes! Cuánto lo lamento, don Diego —intentó disculparse ofuscada—. ¡Dejad el equipaje aquí! —les ordenó a los criados que estaban entrando las bolsas de viaje del teniente.

—No se disculpe, todo está perfecto y me siento muy agradecido. En serio, no tiene importancia. ¡Si viera los sitios en los que nos toca dormir habitualmente! ¿Cree usted que voy a ponerle pegas a su maravillosa casa?

—Oooh, qué amable es usted —respondió ella complacida y con el gesto cambiado—. Le dejo, le dejo. Estaremos esperándole para el almuerzo —dijo mientras salía como una joven atolondrada.

Al fin solo y en un lugar cómodo con el que soñaba desde que abandonó Montevideo. Al cerrarse la puerta tras el ciclón de doña Gregoria, se dejó caer boca arriba sobre la cama, ¡qué placer!, un colchón mullido y acogedor, pensando en que hasta ese día no había tenido tiempo de reparar en lo bellas que eran las mujeres de esas tierras. Recordando a la joven india y abrazado a ese pensamiento como una ensoñación, se dejó caer en un sueño profundo.

De la mesa llegaba un magnífico olor a carne guisada y a manjares que hacía tiempo que Alvear no cataba y que le recordaron la vida que había dejado atrás. Todo se dispuso con esmero para el primer almuerzo en casa del teniente gobernador de Yapeyú. La vajilla, la cristalería fina, el mantel, tan blanco como las nubes que se tumbaba a observar de niño colgadas en el cielo andaluz de su Montilla.

Estaban a punto de sentarse cuando aparecieron en el salón los cuatro retoños del matrimonio para serles presentados al huésped español. Tres varoncitos y la mayor de los hermanos, María Elena, de siete años, a la que le habían colocado un enorme lazo en la cabeza para la ocasión, con tan poco acierto que una de las puntas le caía de lleno sobre un ojo y la pobre niña no conseguía mantenerlo a raya. Diego, que ante la cómica escena se esforzaba en contener la risa, la primera que volvía a sus labios desde la enfermedad de su oficial, le ayudó a recomponerlo y la pequeña lo agradeció con un gesto de satisfacción acompañado de una graciosa reverencia. Guardaba un increíble parecido con la madre, dos gotas de agua no serían mucho más similares de lo que lo eran ellas. La misma robustez de cuerpo, que en una niña pasaba más desapercibida, idéntica cara redonda y pelo rizado, de color castaño claro, deslizado en tirabuzones sobre sus infantiles hombros.

Presentados los debidos respetos, doña Gregoria, que les hizo saber que se habían retrasado en exceso dando lugar a que la comida estuviera ya en la mesa, avisó para que se los llevaran y dejaran a los adultos almorzar.

No había sido tocada por la gracia de la belleza física, pero parecía una buena mujer, campechana y poco ilustrada. Y aunque sus modales se quedaban a un paso de la tosquedad, había que reconocerle, al menos, su empeño por desenvolverse lo más correctamente posible y, sobre todo, por agradar.

Al ir a ocupar su asiento, Alvear reconoció a la sirvienta que había sido reprendida en su dormitorio y no pudo evitar dirigirse a ella:

—Agradezco que hayas arreglado tan bien mi habitación, todo ha quedado muy de mi agrado.

Había hablado deliberadamente en un tono que permitiera que todos lo oyeran, convirtiéndose así en un agradecimiento público y, de ese modo, también en un reconocimiento de su trabajo. Un comportamiento al que no estaban acostumbrados en las colonias, pero lo cierto era que, a pesar de que le pudiera parecer de justicia que así fuera, le había incomodado la reprimenda de doña Gregoria por considerarla desproporcionada.

La joven, sin embargo, lejos de darse por aludida, y menos aún de sentirse agradecida, mantuvo la cabeza agachada. Hubiera querido corresponderle pero no se atrevió. Sabía que no debía hacerlo. Así eran las normas, y lo mismo daba que se tratara de un forastero. Una criada, con más razón siendo indígena, tenía que

respetarlas de igual manera. Sintiendo una mezcla de vergüenza y orgullo que solo captaba Alvear, esperó a que este acabara de sentarse para empezar a servirle.

Hay momentos en la vida en los que las certezas se imponen a cualquier vacilación. En cuestión de minutos, escasos y breves, al invitado había dejado de interesarle la comida. Ahora disfrutaba percibiendo el aroma de un pequeño triunfo y el sabor, que ya notaba en el paladar, de lo que precede a la aventura en territorio del pecado.

Durante el almuerzo, Diego empezó a conocer algo de la vida de aquel matrimonio. El teniente gobernador de la reducción de Yapeyú, don Juan de San Martín y Gómez, y su esposa, doña Gregoria Matorras, eran oriundos de Palencia. Él, de Cervatos de la Cueva; ella, de Paredes de Nava.

San Martín le sacaba diez años a su cónyuge, que tenía recién cumplidos los cuarenta. Había pasado un año en Colonia del Sacramento y luego había sido destinado a un mísero y solitario puesto de vigilancia en la desembocadura del Arroyo de las Bichas.

—En aquel lugar imperaba más el aburrimiento que la tarea. En definitiva, no hice nada que mereciera la pena recordar —bromeó.

—¿Llegaron juntos desde España? —preguntó Diego dirigiéndose a ella.

—No —se apresuró a responder él, y prosiguió con el relato—: Gregoria llegó en el año de Nuestro Señor de 1767, justo cuando me estaban destinando a la Calera de Las Vacas.

—Oh, sí... ¡Qué buenos tiempos...! —La mujer soltó ese insulso comentario, que no fue tenido en cuenta por su marido, y siguió engullendo.

—Mi esposa venía acompañando a su primo hermano, don Gerónimo Matorras, designado flamante gobernador de Tucumán. La conocí en uno de mis habituales viajes a la capital. Tres años después nos casamos, aunque por poderes, y no pudimos reunirnos hasta meses más tarde. ¡Pero aquí estamos! —dijo divertido alzando la voz y la copa incitando a un brindis—. Bueno, ya está bien de hablar de nosotros. ¿Cómo marchan sus prospecciones? Españoles y portugueses, tan cerca como aparecemos en los mapas, deberíamos estar condenados a entendernos, y sin embargo ya va para siglos que andamos como perro y gato.

—Le doy toda la razón, gobernador. Y no crea que desde tierra se tiene una visión muy distinta que desde el mar.

—¡Si no que se lo digan a Ceballos o a Vértiz! —volvió a bromear San Martín con desenfado mientras propiciaba otro brindis con su invitado—. ¿Y cuánto tiempo nos obsequiará con su visita, don Diego?

—Seguramente menos de lo que me gustaría. Son ustedes muy hospitalarios.

—Es un deber con la Corona, pero también es un placer, no tenga ninguna duda.

—Lo poco que he podido ver de la zona me gusta. Intuyo que viven en una buena tierra que bien merece la pena ser conocida a fondo.

—Ya habla así, con el poco tiempo que lleva entre nosotros. ¡Espere a cumplir aquí una semana!

Diego sonrió y bebió un trago. El vino le dejó un poso áspero en la garganta.

—La previsión es de no permanecer demasiado tiempo en Yapeyú. Hay mucho por hacer en las Misiones y es muy extenso el territorio, así que no podemos permitirnos detenernos demasiado en los lugares.

—Bueno, bueno, tómese el tiempo que necesite.

—También dependerá del estado del oficial enfermo.

—Ah, de eso no se preocupe, a estas horas ya estará siendo atendido como Dios manda, y en muy buenas manos, créame.

Doña Gregoria, cumpliendo con su papel de anfitriona y con su deber de no entrometerse en la conversación de los hombres, le dedicó una amable sonrisa con los carrillos llenos.

Todos siguieron comiendo apaciblemente y en armonía. Parecía mentira que hiciera tan poco que se hallaba luchando por avanzar en su trabajoso cometido contra los elementos de la naturaleza. Qué facilidad tiene el ser humano para olvidar el sufrimiento. Diego, aunque no se engañaba y sabía que esta comodidad de la que estaba disfrutando era momentánea y que no tardaría en dormir en el suelo acibillado por infames insectos y expuesto al zarpazo de cualquier fiera desconocida, no se negaba el derecho a disfrutar de la ocasión que se le brindaba.

Sus labios sonrieron a través del cristal de su copa, que apuraba sin prisa.

Tras un corto descanso, y con intención de no regresar demasiado tarde para poder visitar al enfermo antes de que anocheciera, Diego salió a inspeccionar la zona acompañado de un nuevo ayudante. Le atraía todo lo que encontraba a su paso, un lugar aparentemente inhóspito que, por el contrario, resultaba acogedor; una extraña combinación que le hacía estar más atento, si cabe, para que nada escapara a su observación.

Yapeyú, el más importante eslabón entre las provincias jesuíticas y Buenos Aires, poseía un amplio territorio comprendido por las poblaciones de La Cruz, Santo Tomé y San Francisco de Borja. En total sumaba unos ocho mil habitantes.

Años atrás, la reducción de Nuestra Señora de los Reyes Magos de Yapeyú se había convertido para la Corona española en una de las zonas más conflictivas de las misiones controladas por la Compañía de Jesús. El gobernador de Buenos Aires, don Juan José de Vértiz, empleado a fondo en concluir el proceso de expulsión de los jesuitas, estudió detenidamente a varios candidatos que pudieran cumplir con la tarea de administrar y gobernar la zona, que, dicho sea de paso, no se presentaba fácil. Eligió al palentino Juan de San Martín y Gómez, llegado a Buenos Aires a la edad de treinta y seis años, en 1764. Tras su paso por Colonia del Sacramento, del que le había hablado a Alvear, Vértiz le asignó como destino la administración de la Calera de Las Vacas al haber sido detenido el jesuita que se hallaba al frente de la gran

estancia que la orden tenía en la Banda Oriental. En los siete años que estuvo al frente de la Calera de Las Vacas consiguió un esplendor económico nunca antes conocido en la zona. Los hornos de cal y ladrillo de la antigua estancia jesuítica multiplicaron su producción. Fundó puertos, capillas y cuatro grandes estancias comunitarias dedicadas a la crianza del ganado y que fueron utilizadas además como postas en el camino de Yapeyú a San Antonio del Salto Chico. Todo ello estuvo muy bien visto por las autoridades de Buenos Aires, que supieron entender la importancia de que se intensificara el intercambio comercial de productos procedentes de las misiones. Aquella prosperidad fue el mejor escenario para que vinieran al mundo sus tres hijos: María Elena, Manuel Tadeo y Juan Fermín.

Juan de San Martín era un hombre de indudable honor militar, y su familia representaba un dechado de buenas costumbres y de recato, virtudes que agradaron a Vértiz, a las que se sumaba el nuevo embarazo de doña Gregoria. Una bendición para una tierra poco menos que apartada de todo. Que a la esposa del gobernador no le sentara bien el clima del lugar quedaba resarcido por la atención del esmerado servicio, que a todas horas contribuía a aliviar las molestias de su avanzada gestación y le hacían su estancia lo más tranquila y placentera que se podría esperar lejos de la urbe. En ese entorno nació Rufino, el tercer varón y cuarto de los hijos del matrimonio español destinado en aquella esquina olvidada del mundo. Tan olvidada que San Martín encontró Yapeyú hecho un desastre. Una reciente epidemia de viruela había mermado considerablemente la población.

Ese era el hombre de bien, compatriota suyo, que lo acogía haciendo gala de su amable hospitalidad.

Al final de su primera jornada en Yapeyú, Alvear regresaba satisfecho, cargado de jugosos datos sobre los terrenos que conformaban la ribera del río, anotados meticulosamente en su cuaderno. Como tenía previsto, antes de encaminarse a la casa de los San Martín, le pidió a su ayudante que le acompañase a visitar a Manuel a la precaria enfermería donde había quedado ingresado.

Nada más poner un pie en la entrada lo detuvo un escalofrío. El destartalado dispensario estaba sucio y la cal de las paredes había ennegrecido, eso en las partes que quedaban a salvo de los desconchones. Nadie salió a recibirlos. Observó varias puertas y decidió atravesar un largo pasillo para dirigirse hacia la más alejada, al fondo, por intuir que quizá allí llevaran a los pacientes muy graves. Su oficial lo estaba cuando llegó. Avanzó comprobando que las salas que iba dejando atrás estaban vacías y entonces creyó seguir el camino correcto. Sin embargo, la habitación del fondo, mísera y mal ventilada, también estaba vacía. Su acompañante, prudentemente, se quedó unos pasos atrás permitiendo que Alvear comprobara de primera mano las evidencias de que el enfermo había estado allí. Las más inequívocas eran el uniforme tirado en el suelo junto a una silla y la presencia del astrolabio que le había regalado y que ahora yacía abandonado entre restos de sangre

sobre la cama revuelta. No pensó, o tal vez no quiso pensar, que el final del proceso febril pudiera ser la muerte. Observó las paredes, el techo, la exigua luz de un candil que amenazaba con apagarse sobre un taburete cojo, y la estampa le pareció más desoladora de lo que seguramente era. Empezó a notar el polvo del camino deshaciéndose fundido en el sudor frío que le abrigaba pegajosamente la espalda.

El instrumento de las estrellas, en su abandono, le decía que el herido ya no estaba. Que el herido había pasado a ser un muerto. Y él lo creyó, porque las estrellas siempre cuentan todo y raras veces se equivocan.

—Nada se ha podido hacer para salvarlo —le informó el médico, que había entrado sin hacer ruido. Recogió el astrolabio del catre y se lo entregó—. Imagino que usted debe de ser el teniente Alvear —prosiguió el galeno—, y si es así esto es suyo. —Se lo ofreció—. En los escasos momentos de lucidez que le permitió la fiebre, el oficial me pidió que si moría se lo devolviera y le expresara su eterna gratitud. Tenga...

Diego contempló el instrumento durante unos segundos, pero no fue capaz de cogerlo. Sin haber articulado una sola palabra dio media vuelta y se marchó a paso rápido. El hedor de la muerte le revolvió el estómago como si tuviera dentro una pelea de lagartijas que le impeliera a alejarse de aquel lugar.

Su ayudante, respetuoso con la escena que estaba viviendo, tomó el astrolabio y salió tras sus pasos.

Al llegar a casa del teniente gobernador, Diego la atravesó como una exhalación, no se detuvo hasta que hubo alcanzado la meta solitaria de su habitación. Cerró la puerta con furia y salió corriendo al balcón, necesitaba llenar de aire sus pulmones para combatir la sensación de ahogo que lo atenazaba. Reclamaba aire y también la humedad del río, que lo vinculaba al agua, al mar. Lo vinculaba a la esencia marina de su vida. Era la primera vez que se enfrentaba tan de cerca a una muerte que le atañía en acto de servicio en las Américas. Un futuro truncado apenas comenzaba. Agarrado con fuerza a la barandilla intentó, sin éxito, contener las lágrimas. Dolor, rabia e impotencia le asistían. Y no supo qué hacer con ello.

La tarde cayó sobre Yapeyú, y el sol, adormecido de cansancio, comenzó a ocultarse. Cuando Diego intentó elevar la mirada del suelo para contemplar el espectáculo que le brindaba el cielo, confiando en que le sirviera de consuelo, se encontró con unos rasgados y enormes ojos negros que se vieron involuntariamente sorprendidos. Unos ojos de impresionante vivacidad. Bajo el balcón, camino del huerto, la sirvienta de los San Martín le había estado espionando hasta ser descubierta. Por fin podía contemplarla sin la amenazante presencia de la señora de la casa, quien, por lo que llevaba observado hasta el momento, no parecía que tuviera demasiada manga ancha con los sirvientes nativos.

La muchacha era extraordinariamente joven y hermosa, de piel oscura y larga melena negra que lucía suelta. Le mantuvo la mirada al español mucho más de lo imaginable en una mujer de su condición. Se miraron, pensando cada uno en cosas

tan distintas... procedentes ambos de mundos tan distantes...

De pronto la joven echó a correr como si hubiese visto al mismo diablo en persona. Y entonces Diego se fijó en sus pies descalzos alejándose. Aunque en realidad, a pesar de tenerla de espaldas, lo que no podía dejar de ver eran sus enormes ojos, que se habían colado en la memoria anticipada de su deseo.

Durante la cena, el gobernador se condeció por la pérdida del joven oficial. Diego, visiblemente afectado, comió rápido y se disculpó para retirarse a su habitación a leer un rato y trabajar en las últimas anotaciones. «El trabajo aporta distracción a la mente», concluyó antes de dejar al matrimonio degustando el postre. Nadie más que él conocía que en su mente libraban batalla el duelo por el joven Manuel y una «distracción» en forma de ojos negros y pies descalzos que se le habían enredado en el corazón.

A los pocos minutos de haberse retirado sonaron dos golpes en su puerta. Al abrir se encontró con los ojos de su perdición. La sorpresa fue mayúscula. La bella sirvienta portaba en sus manos el astrolabio regalado por Diego al oficial muerto.

—A mi señor no le ha dado tiempo de entregarle esto —dijo acercándosele para que lo cogiera— y me envía para que se lo dé. Su ayudante lo trajo al poco de llegar usted.

—Vaya... hasta ahora pensaba que eras muda. ¿Cuál es tu nombre?

La muchacha agachó la mirada y mantuvo los brazos extendidos a la espera de que Alvear aceptara el astrolabio.

—Has vuelto a quedarte sin habla. ¿Es eso norma del lugar o un castigo que merezco?

Ella comenzaba a incomodarse. Él, en cambio, se cargó de aplomo.

—De acuerdo. Dime al menos cómo te llamas.

—Tómelo, por favor, señor —respondió la muchacha tendiéndole el instrumento.

—No lo haré hasta que me digas tu nombre.

Y por primera vez en el día, Diego mostró una amplia sonrisa con la que creía que podría convencerla para que confiara en él y fuera posible establecer una conversación sin recelos. Sin embargo, se equivocó.

—Por favor, se lo suplico, tome esto, es suyo, ¡tómelo! —le rogó con enojada inquietud.

—¿Cómo te llamas? —insistió Diego aproximándose a ella—. Vamos, no es tan difícil.

—Rosa, señor, Rosa...

—Rosa, ¿qué más...? —Su tono guardaba un cofre de sensualidad a punto de desbordarse.

—Rosa... Guarú.

El teniente se quedó mirándola a los ojos, maravillado de la profundidad de aquel negro abisal. Imaginó que la luna se había colado de rondón en los ojos de Rosa; una fugaz ensoñación que condujo su mano a posarse en uno de los desnudos brazos de la muchacha, quien, temblando, dejó caer el astrolabio al suelo, una pieza se desprendió, y ella huyó de lo que no comprendía.

Diego se contuvo, sabía que no debía ir tras ella por más que lo deseara. Recogió los restos y volvió a cerrar. Pero se arrepintió y salió furioso de la casa llevando consigo las dos partes del astrolabio, camino de la orilla más cercana del río. Nunca había estado enfadado con el mundo como esa noche. Con toda la fuerza de la que era capaz, lanzó al agua el trozo más grande. Después hizo lo mismo con la sujeción de la argolla, y se echó en la tierra a contemplar el cielo estrellado. Hasta que sin darse cuenta el sueño lo atrapó.

Horas más tarde despertó sintiendo el impertinente frío de la madrugada hurgándole en cada rincón del cuerpo. A esa hora, la humedad del río era más intensa que a ninguna otra del día. Se incorporó con cierta dificultad, entumecidos los huesos por el relente y la intemperie, y fue a buscar abrigo a la casa..., abrigo y algo más. Como todos dormían, se atrevió a entrar en la cocina a pedir un café que camuflara sus verdaderas intenciones.

En efecto, Rosa y otras dos criadas andaban ya con el trajín de la mañana. En el ambiente flotaba el olor del pan recién hecho y el rastro del adiós a la soledad nocturna. La muchacha se turbó al verle entrar pero no detuvo la faena.

—Seguro que ya hay un café caliente dispuesto, ¿verdad...?

A Rosa le costaba hacer frente a los retos de Diego. En cierto modo le temía. Los sirvientes tenían prohibido permitirse ningún trato cercano o familiar con los colonos, así que ni siquiera le respondió. Advertía el peligro, lo detectó desde el primer instante en que vio entrar a Diego de Alvear en la casa de los San Martín. Él lo traía consigo, como un traje hecho a medida.

Dado que Alvear le insistió por dos veces más, Rosa se decidió a contestar. Breve, ligera, como el aroma que desprendía su piel por la mañana.

—Señor, no debería estar aquí. —Y se alejó.

El teniente se sentó junto a la mesa con actitud de cierto desafío. Ya no sabía qué idear para que la muchacha le hiciera caso.

—Bueno, no eres la única que puede servir un café, así que no te preocupes, no es mi intención entorpecer tu trabajo. Se lo pediré a...

—¡No! —gritó Rosa, rectificando de inmediato su ímpetu—. Por favor, con su presencia nos compromete. Este no es lugar para usted.

Solo entonces él se tomó en serio la incomodidad que estaba ocasionando y se levantó de inmediato. Tal vez se hubiera excedido sin pretenderlo. Las otras dos muchachas habían salido silenciosamente para quitarse de en medio. Aprovechando que se encontraban a solas, se aproximó a Rosa bordeando el susurro de su nombre, pero justo en ese instante irrumpió en la cocina la señora de la casa. Para evitar una reprimenda, la muchacha agarró la bandeja con el desayuno y salió volando. Diego y doña Gregoria se dieron los buenos días como si fuera lo más normal del mundo que los señores comenzaran el día conversando en la cocina.

Durante el resto de la jornada, el militar español anduvo algo aturdido. Siguió

barruntando en su cabeza la mezcla de la muerte de su ayudante y la presencia escurridiza de Rosa. Y cuanto más escapaba de él, más deseaba atraparla. El día transcurrió imaginando que lo conseguía.

Por la noche, después de la cena, pasó un buen rato observando el cielo desde el balcón de su dormitorio, que estaba casi a ras del suelo, tomando notas. Si algo había descubierto en América era que la soledad podía ser la mejor compañera de un hombre como él y con un cometido como el suyo. Jamás imaginó que un joven pudiera llegar a sentirse tan bien lejos del bullicio.

De pronto oyó agitarse las hojas bajo su balcón. Se asomó y vio que entre la vegetación aparecían los dos grandiosos ojos de Rosa cual dos faros de un vigía. Iba descalza, como siempre, y vestía de blanco. Se miraron de una manera que él entendió como un claro mensaje. La joven salió corriendo en dirección al río, y Diego dio un salto y la siguió, sorteando en el camino la maleza y el pecado.

Ya en la orilla, se tumbaron guardando la distancia que ellos mismos se imponían. Esa vez habló ella primero.

—Yo... siento haberle roto su cosa esa. Anoche no durmió, su cama no estaba deshecha.

—¿Qué razón se te ocurre?

—No lo sé, señor...

—He dormido junto al río.

—Pero por la noche hace mucho frío.

—Yo no lo sentía porque dormí entregado a un pensamiento que me proporcionaba calor... ¿De veras no tienes idea de en quién pensaba?

—¿Tengo yo la culpa de eso que cuenta...?

La inocencia de Rosa le resultaba conmovedora.

—¿Por qué has esperado tanto para disculparte? Podías haberlo hecho esta mañana, en lugar de mostrarte tan poco amable.

Diego no aguardó la respuesta. Sin poder contenerse por más tiempo, se deslizó hacia ella para besarla, pero Rosa se zafó.

—No haga eso, no lo haga, no está bien.

—¿Quién lo dice?

—No hace falta que nadie lo diga. Usted lo sabe.

—¿Y tú, Rosa, también sabes que está mal que te bese?

—¡Claro que sí!

—¿En serio crees que algo así puede estar mal si ambos lo deseamos?

—Yo no... —la respuesta se adelantó en la boca de Rosa para que la verdad quedara velada.

—¿Tú no qué..., Rosa?

La joven se levantó para escaparse, pero Diego, más rápido, se alzó antes y la sujetó por los brazos. Ella se revolvió con fuerza y ya entonces él entendió que no debía seguir reteniéndola y la dejó ir. En cierto modo, al liberarla se liberaba a sí

mismo de la cárcel de sus íntimos deseos que seguramente le acarrearían problemas. Porque sí sabía, claro que lo sabía, que aquello no estaba bien. La Corona española castigaba con dureza las relaciones entre colonos e indígenas.

Rosa había desaparecido. Ni rastro de sus ojos ni de sus pies descalzos. Diego caminó parsimonioso hacia la casa con evidente frustración mientras reflexionaba buscando sentido a la atracción tan primaria que esa joven ejercía sobre él y que nunca antes había conocido.

Las notas del cuaderno se le resistían. Imposible concentrarse. Decidió que era mejor meterse en la cama e intentar conciliar el sueño de algún modo. Pero el sueño vagaba invisible por espacios imprecisos. Al cabo de una hora de dar vueltas entre las sábanas llamaron a su puerta. Se sobresaltó, ¿quién podía ser a esas horas? Algo grave debía de haber pasado.

Al abrir descubrió la inmensidad del estrellado cielo guaraní albergado en los ojos negros de Rosa pidiéndole que penetrara en el abismo de su negrura esa noche y se perdiera en ellos. Y él se entregó feliz al cumplimiento del ruego mudo de la joven indígena.

Jamás había contemplado unos pies como aquellos. Claro que no acostumbraba a fijarse en los pies de las mujeres con las que se encamaba. Tampoco Rosa conocía la sensación de experimentar tal placer en esa parte insignificante de su cuerpo. Sin embargo, en esos momentos en los que Diego rebanaba con su lengua pequeñas coronas invisibles en los dedos de sus pies, pensaba en cuán diferente parecían los hombres venidos de las Españas. ¡Cómo imaginarlo! No era esa la imagen que tenía, ni ella ni tampoco las indias del lugar, de los hombres llamados a conquistarles. Porque no era el conquistador Alvear y Ponce de León quien deseaba su cuerpo y lo hacía suyo, sino un hombre fuerte y delicado a la vez, que estaba tomando un fruto prohibido, cuyas consecuencias se abrían, como el cuerpo de Rosa, en un abanico de posibilidades, probablemente ninguna buena.

«Diego». Tan solo una vez había pronunciado su nombre, pero bastaba para que el español acabara de asaltar con su boca ansiosa la última guarida de la joven y, con ella, las letras de su nombre. «Rosa». Y tras pronunciarlo, la llenó de besos encadenados trazando sobre su piel un mapa de los confines del mundo. Un mapa en el que perderse sin tiempo ni medida.

Las largas noches de Misiones envolvieron los encuentros clandestinos entre Rosa y Diego, que se sucedían un día tras otro. Aquí, en esta tierra apartada de la civilización, el joven teniente habría echado todas las anclas del barco de su vida. Aquí no habría temido naufragar. Aquí, en este lugar excepcional.

Aquí. Eternamente aquí.

Sin embargo, la juventud y el impetuoso empuje que le provocaba la fascinación por Rosa no cegaron su entendimiento. Su plena consciencia le hacía ver que había exprimido demasiado el tiempo de permanencia en Yapeyú y que la hora de abandonar el lugar se aproximaba irremisiblemente, lo que lo abrazaba aún más a la carne deseable y deseada de la joven de diecisiete años. Once años los separaban. Once años y un abismo entre dos mundos.

Después de aquella primera vez en su dormitorio, los siguientes momentos de intimidad no volvieron a repetirse en la casa principal. Era demasiado arriesgado, alguien podría descubrirlos, y eso habría sido nefasto para ambos. Diego iba a buscarla a su modesto cuarto, ubicado en una especie de cobertizo destinado a la servidumbre, del que ella desalojaba a su compañera de habitáculo cada vez que él la visitaba. En ocasiones también se escondían entre la fronda hasta que el sol se ponía, y entonces, libres de cualquier mirada indiscreta, y solitaria la ribera nocturna del río Uruguay, gozaban en la orilla. Recorrían mutuamente sus cuerpos bañados por el agua bajo el paraguas de la luna. Las entrañas de Rosa se inundaban de Diego al ritmo salvaje y denso del lugar que él creía conocer bien a pesar del poco tiempo

transcurrido. Admiraba y devoraba unos pechos jóvenes que anidarían para siempre en la memoria de lo que se vive sabiendo que en ese mismo instante ya se escapa hacia el olvido.

Pero sobre todo hablaban. Las noches que compartían bajo las estrellas las dedicaban, entre besos y caricias que se prolongaban hasta el infinito, a hablar, a contarse para saberse más el uno en el otro.

Rosa Guarú Cristaldo, de origen guaraní, nació en la cercana Guaviraví. Su indómito carácter, que se veía obligada a doblegar al servicio de los españoles, se fundía con la selva y la tierra húmeda. Y Diego bebía de todo ello como si el fin del mundo estuviera a punto de llegar. Veneraba el brillo encerado de la oscura piel de Rosa. Y adoraba sus pies. Aquellos pies desnudos a todas horas, que nunca consentía en calzar, por mucha orden que hubiera dictado en contra de esta costumbre tribal el mismísimo rey de España tras haber expulsado a los jesuitas.

A pesar de la rebeldía innata, considerada por Diego un valor que aumentaba su belleza, Rosa se avenía a todo lo que la vida le obligaba; asumía su suerte y condición. Solo en una ocasión la había visto triste, y se sintió culpable. Ocurrió la primera vez que le habló de la posibilidad de su partida. Sus palabras le oscurecieron el alma y, de nuevo, como solía hacer al principio, se escurrió como un pez. A Diego le fue fácil encontrarla, bajo su balcón, silenciosa, mirando de frente el horizonte. A pesar de la oscuridad reinante, la halló sin dificultad, porque los ojos de Rosa iluminaban la noche guaraní, fundiendo la luna con el río.

Aquella vez la abrazó cubriéndola con el mismo silencio con el que la había encontrado. Ella no dijo nada, pero acercó los labios al oído de su amante y fue como si su corazón le hablara. Y quiso él creer que le decía que lo amaba con una fuerza tal que siempre algo suyo permanecería arraigado a la tierra que la había visto nacer a ella. Cazando sus besos y devolviéndoselos multiplicados, la empujó hacia el río, donde se dejaron mecer por la leve corriente mientras contemplaban juntos la inmensidad inabarcable de la bóveda celeste.

Tan inabarcable como el amor que sintieron estallándoles en el pecho aquella noche.

Superado ese episodio, Alvear consideró que era mejor no volver a hablar de su marcha hasta que llegara el momento. Y el momento había llegado. Fue en su busca, como todos los anocheceres, y caminaron hasta que el cielo se cerró del todo. Entonces la previno de lo inevitable: tenía que comunicarle lo que sabía que ella no deseaba oír y que ambos sentían por igual. Su vida estaba en otro lugar, aún no sabía dónde, ciertamente, pero desde luego no era allí, en Yapeyú. Antes de que prosiguiera, Rosa le sorprendió callándole, en un gesto inaudito. Pero es que ella también tenía algo que contarle. Le dio cuenta de la hinchazón de sus labios, que hasta ese día él había interpretado como una pulpa carnosa que se ofrecía a su boca. Le habló también de sus pechos prietos. Y de la rareza de su cintura. Pero solo

cuando le habló de las lunas que alteraban su «condición de mujer», entendió Diego lo que trataba de explicarle: estaba embarazada.

Ahora comprendía lo que presintió que intentaba decirle la última vez que estuvieron en el río, aunque no pronunciara entonces palabra alguna. De ahí el amor tan profundo que arraiga en el barro, en la tierra, en la lluvia... Hasta en el viento. El amor que dejará en Misiones fuertes raíces imborrables y que, por más aguas que navegue, atará al teniente para siempre al dolor de saber que algo tan suyo permanece tan lejos. En un lugar al que se desea volver antes incluso de haber salido.

Un lugar que se añora sin haberlo abandonado.

La noche siguiente Diego no la visitó.

Aquella noche, tan distinta a otras vividas juntos, Rosa lloró, siendo solamente ella quien miraba las estrellas, su única compañía a partir de entonces.

Vertió lágrimas deseando ya el regreso de su amado.

Hay lugares que habitan los mares en silencio. Y hay sueños que las olas arrullan hacia las entrañas del océano hasta perderse.

San Martín apuró el ron de su vaso. Era el segundo. Con el último trago se diluyeron las consecuencias de unos hechos que se apartaban del camino recto. Y la verdad afloraba.

Alvear, dándole tiempo para que asimilara todo lo que acababa de contarle, se balanceaba al son de la mecedora de madera en la que estaba sentado frente a su anfitrión, del que se despedía. La expedición, con todo listo para la partida, aguardaba la incorporación de su comisario para abandonar Yapeyú.

No pudo considerar otra salida mejor que confesarle a San Martín la verdad. Al fin y al cabo se iba a saber nueve meses más tarde, y entonces escaparía a su control la versión que se pudiera dar. De esta manera asumía la responsabilidad de lo ocurrido. Asumía la culpa. No era hombre a la hechura de la deserción. La cara había que darla aunque se te cayera de la vergüenza. Esos eran sus principios. Pero lo cierto es que él no se avergonzaba de haber amado como lo había hecho. Hubiera preferido mil veces que Rosa no estuviera encinta. Pero lo estaba.

«Rosa...». El susurro de su nombre se le rompía ahora en los labios pidiéndole al teniente gobernador un juramento valiente que no cualquiera aceptaría.

—Se hará como me solicita, don Diego —respondió San Martín—, tiene mi palabra.

Y se habló de un asunto de apellidos, y de que iba a ser el quinto hijo, y de inscripciones legales, y se habló y se habló, aunque con frases cortas. Hasta que el teniente gobernador concluyó:

—Dispondremos todo para que mi esposa pase una larga temporada —dijo con énfasis— en Buenos Aires. Todo saldrá bien.

Diego, a su vez, adoptó un compromiso importante que ayudó a que San Martín aceptara.

—Puede contar con que me encargaré en todo momento de mantener económicamente al fruto de mi sangre, pues solo mía es la responsabilidad y la carga que conlleva, y le aseguraré estudios y una buena formación.

No se prodigó en más explicaciones. Pocas palabras bastan para zanjar lo importante y definitivo.

—Esto únicamente se puede hablar de hombre a hombre, ¿verdad, San Martín? —le dijo queriendo cerciorarse de que el gobernador no iba a fallarle.

—Guarde cuidado. Usted y yo somos hombres de honor y sabemos lo que eso significa.

—Ah, y le pido por favor que no tomen represalias contra ella. Si hay algún responsable de lo ocurrido, insisto, ese soy yo.

—Por favor... —El gobernador, ciertamente incómodo por el asunto, intentó que Diego no siguiera.

—Una última cosa...

—Usted dirá, teniente. —San Martín quería disimular su impaciencia por concluir la embarazosa despedida.

—Manténganla como niñera, no la separen de su hijo.

—Querrá decir de mi hijo —corrigió rotundo y cortante San Martín, metiéndose de lleno en el papel asignado.

Un estremecimiento atravesó el cuerpo de Alvear como un sable al oírle decir eso. La boca se le secó y no fue capaz de añadir nada más.

Los dos hombres se estrecharon la mano, sellando un pacto que desdibujaba para siempre la débil frontera entre la verdad y la mentira.

Meses más tarde, en medio de la selva, los peligros mantenían intacta su naturaleza. La caravana de españoles prosiguió sus trabajos de exploración convirtiendo en un hecho normal trabajar en un entorno con unas condiciones excepcionales.

A punto de ordenar la acometida de una nueva picada, Diego de Alvear se detuvo en seco al sentir una profunda punzada en el corazón que privó de aire sus pulmones. Era el 25 de febrero de 1778. En ese preciso instante en el que su respiración se cortó en seco, el grito de una criatura viniendo al mundo rasgó el silencio de la alborada en Yapeyú, a muchas millas de donde él se encontraba.

Rosa Guarú paría en un lugar apartado de todos, asistida nada más que por una comadre, y por el miedo. Se trataba de un varón de tez oscura que empujaba con tal violencia que Rosa creía romperse por dentro. Agotada por el esfuerzo, con el último resoplido se dio cuenta de que el verdadero desgarró de ese parto lo había sufrido mucho antes, al despedir a su teniente español. Quién sabía cuándo volvería a verlo.

José Francisco de San Martín y Matorras le pondrían por nombre, hijo del teniente gobernador de España en Yapeyú.

A Diego le seguía faltando el aire. Su espalda se encorvó y el estómago se le descompuso en partículas de angustia. No respiraba. Los ruidos de la selva se fundieron en su cabeza con el llanto nervioso de un recién nacido alzándose en el tiempo como los golpes de un martillo.

Las orillas de un río no son las de la vida, pero se le parecen. Es poco probable conseguir pasar de una a otra sin que haya devastación en ese tránsito.

Tendría que aprender a olvidar. Tendría que hacerlo para poder seguir adelante.

Juan de San Martín cumplió con su palabra. Sin embargo, las cosas no le fueron bien. Una nebulosa definió su gobierno en Yapeyú, de modo que resultó imposible adivinar lo que sucedió para que fuera destituido sin una razón oficial aparente. Tampoco él reclamó nada, por lo que es fácil imaginar que lo que se expuso como «conflictos insuperables» debió de ser algo así como un turbio asunto que quedó sepultado, como tantas otras realidades, bajo la tierra de Misiones.

Primero partieron hacia Buenos Aires doña Gregoria y los niños, llevándose consigo cualquier rastro que quedara de la culpabilidad de Diego. Más tarde la siguió el esposo, faltando, con su partida, a una parte importante de la promesa que le hizo a Alvear, porque a Rosa la dejaron abandonada en Yapeyú, donde el olvido acabaría por devorarla del todo. Pero ya se vio que verdad y mentira quedaron confundidas con el pacto de silencio que sellaron los dos hombres de honor. De un honor verdaderamente indescifrable.

También Diego, decidido a no dejarse vencer por la añoranza, anhelaba llegar a la ciudad bonaerense. Y cuando por fin la alcanzó, respiró tranquilo. En la metrópoli se sintió renacer. Atrás quedaban muchos meses de duro trabajo. Y muchas situaciones vividas a contramano.

Como ocurre con casi todo en la vida, de igual manera que aprendemos a andar, comer o amar, a olvidar también se aprende. A pesar de que haya experiencias empeñadas en quedarse a vivir para siempre en el corazón, decididas a no ser desalojadas nunca.

La primavera le sentaba bien a Buenos Aires. La brisa suave que llegaba del mar amansaba las inquietudes, apaciguaba los envites de la soledad. Les daba la vuelta a los malos sueños.

Transcurridos nueve meses, no más de lo que dura un embarazo, Alvear se desenvolvía con gran soltura por la desigual capital rioplatense, en la que los excesos de la riqueza daban la espalda a la miseria de los barrios pobres en un exagerado desequilibrio.

Había hecho buenas amistades. Desde que llegó a la ciudad andaba entregado a una intensa vida social, probablemente para paliar la incomunicación y el aislamiento de la selva, de los valles y desiertos, y de los salvajes ríos que le tocaba ir reconquistando para trazar sus límites durante meses. Lugares inhóspitos a los que tendría que regresar por mucho más tiempo. Era consciente de ello, y por eso hacía del presente la única realidad posible.

Poco antes de llegar a la ciudad había sido ascendido a teniente de navío. Una gran noticia que, extrañamente, no había supuesto un motivo de satisfacción. Parecía que le fuera indiferente. No consiguió arrancar de él la más mínima sonrisa. Nada que demostrara alegría. En realidad, nada había que le hiciera sonreír. Daba la impresión de ser un hombre sombrío, cuando en verdad no lo era. Los pasos que iba dando en América afianzaban su carrera militar pero también lo alejaban de una vivencia en la que no quería pensar demasiado. Había decidido evitar mantener un pulso contra el dolor. Pero el tiempo transcurría y el dolor seguía ahí, intacto. No le quedaba más remedio que no hacerle caso.

En esos días en los que la ciudad se desperezaba con la primavera, las reuniones en las casas de la alta sociedad se multiplicaban. A través de un amigo de España, Diego fue invitado a uno de estos encuentros, una tertulia en el hogar de don Isidro José Balbastro y Catalán, un acaudalado comerciante, de origen aragonés y noble procedencia, que llevaba años establecido en Buenos Aires. Diego había oído hablar mucho de él. Su casa de comercio gozaba de tanta popularidad y buena reputación como su persona. Diego pensó que podría ser interesante conocer a ese hombre al que ya en el primer saludo encontró afable y sencillo —dentro de la sencillez que la alta sociedad del virreinato permitía—. La bienvenida que le prodigó la familia Balbastro al recibirlo en su casa anunciaba una calidez en el trato que se repetía de un miembro a otro. Quedaba tan poco para que reanudara sus exploraciones, que en ese momento no se le ocurría que existiera nada más grato que reuniones como esa, donde conocer a personas como los Balbastro, compatriotas además, se convertía en la más excitante de las experiencias. Qué más se podía pedir cuando se había empezado a sufrir en propia carne el zarpazo de los errores graves que se cometen sin querer y que son destinados a dejar su huella.

La esposa de Balbastro le obsequió, de igual manera, con una calurosa acogida. Doña Bernarda Dávila era una mujer elegante, de finas maneras y gran belleza. Su sonrisa le dibujaba en el rostro una expresión de permanente gratitud con la vida. Diego se prodigó en agradecimientos sin imaginar que lo mejor estaba por llegar, porque al presentarle a su hija Josefa, el corazón le dio un vuelco. La selva, la tierra, las aguas del río Uruguay asaltaron en desorden su ánimo para hacerle ver, por unos segundos, en una fugaz aparición, los ojos indígenas de las noches en Yapeyú. Fue un palpito que se clavaba en las costuras de la memoria. Sintió un ligero mareo al besar la mano de la joven, le costó atreverse a mirarla de frente. Pero cuando lo hizo confirmó lo que creía haber visto: Josefa Balbastro poseía unos enormes y hermosos ojos del color de la miel que magnificaban la limpidez de su mirada. Su sonrisa, parecida a la de la madre, atrapaba todo aquello que hubiera escapado a su mirada. Su piel clara inducía a creer que podía quebrarse en cualquier momento. Diego nunca habría pensado que una persona de apariencia tan delicada pudiera infundir una presencia tan rotunda y poderosa.

Sorprendentemente, la noche se fue enredando en una maraña que daba vueltas sobre lo mismo: Yapeyú. Porque sin apenas haber tenido tiempo para reaccionar a la impresión que le había causado conocer a la hija de los Balbastro, llegó quien menos podía esperar, una aparición que le golpeó en lo más hondo: ¡Juan de San Martín!

—¿Se conocen ustedes...? —preguntó inocente doña Bernarda.

Diego no consiguió disimular su sorpresa.

—Sí —respondió lacónico.

—Tuve el honor de alojar en mi casa al teniente Alvear durante su estancia en Misiones —aclaró San Martín al tiempo que le estrechaba la mano—. ¿Cómo está, don Diego?

—Bien, don Juan, gracias. ¿Y su esposa...?

Ambos sabían lo que venía después.

—Ella anda muy atareada, como siempre, y más desde que nos vinimos a Buenos Aires, pero a Dios gracias se encuentra bien. Se alegrará de saber que le he visto.

Nada de eso le interesaba a Diego.

—¿Y cómo se encuentran... sus hijos?

San Martín se tomó un tiempo antes de responder, transformando la escena en un diálogo incomprensible para los demás. Nadie recelaba ni sospechaba nada fuera de lo normal.

—Crecen sanos y fuertes. —Hizo una pausa y luego añadió—: Todos. Tendría que ver al pequeño, José Francisco. No para quieto.

Alvear respiró hondo y dio gracias a que el anfitrión irrumpiera en la conversación, aunque fuera para seguir sorprendiéndole.

—Tengo el gusto de presentarle a mi socio, don Gerónimo Matorras, tío de doña Gregoria, la esposa de don Juan.

Menuda carambola del destino, ¿cómo podía haber sospechado que iba a

encontrarse con San Martín y que, encima, iría a parar a una reunión en casa de un socio de la familia de la «madre» del pequeño José Francisco? Le subió un brote de rabia hacia la garganta al pensar que el exteniente gobernador de Yapeyú tal vez hubiera incumplido su palabra de no separar al niño de su verdadera madre, pero no se atrevió a preguntarlo porque eso habría sido meterse en la boca del lobo. Cabía la posibilidad de que se hubieran traído a Rosa Guarú de niñera ateniéndose al pacto entre caballeros. Pero temió que, tal y como se estaba desarrollando la velada, acabaría sin saberlo.

Josefa, de quien Diego había desviado por completo su atención, abrumado por los inesperados encuentros y por el desconcertante latido que le asaltó al conocerla, intentó echarle una mano para escapar de su manifiesta incomodidad con un trivial comentario sobre los rigores del clima en la ciudad, mientras el resto de los hombres se enfrascaban en una discusión sobre si perduraría la paz entre España y Portugal.

La hija de don Isidro, muy interesada en conocer detalles de la vida de Diego, insistió en preguntarle por su experiencia en los territorios indígenas. Consideraba heroica su tarea, por más que él intentara restarle importancia.

—Es un trabajo como cualquier otro al servicio de nuestro reino.

—No estoy tan segura, don Diego. Trabajar en la selva puede parecer fascinante pero seguro que es lo más ingrato del mundo.

—¿Y cuántas cosas ingratas no conviven con nosotros? Carece del mérito que usted tan amablemente le otorga.

Le gustaba ese hombre, aunque de una manera difusa. De hecho, llevaba un buen rato intentando averiguar dónde radicaba exactamente su atractivo, como si tratara de descubrir un insondable enigma, porque a simple vista, y a juzgar por el desinterés que mostraba hacia ella, debería provocarle más rechazo que atracción. Pero así de caprichosos son los sentimientos. De lo que no cabía ninguna duda era de que él, por la razón que fuera, se hallaba incómodo, y Josefa creyó erróneamente que era por ella; se atribuyó a sí misma la responsabilidad de que Alvear pareciera preferir estar en ese instante en cualquier lugar del mundo menos en su casa y no entendía por qué. Se sentía molesta por ello. Dedujo con rapidez que había sido un fugaz destello lo que la había motivado a hacerse una ilusión tan inconsistente. De la misma manera apresurada en que había llegado, la atracción se desvanecería en cuanto ese hombre se marchara, pensó. Si hasta ese día había podido vivir sin conocer a Diego de Alvear, nada tenía por qué cambiar. Iba a seguir siendo así. Todo era tan rápido para Josefa que, cuando pasaron al comedor con el fin de iniciar la cena, ya le había dado tiempo de ilusionarse, sufrir un desengaño y superarlo. Al menos en apariencia.

El nerviosismo de Diego seguía siendo manifiesto, lo cual disgustaba a la joven y le hizo creer que algo extraño estaba sucediendo. Y no se equivocaba, porque desde que se había encontrado con Juan de San Martín, el teniente español estaba intentando tener un momento de privacidad para preguntarle por el pequeño José, pero la ocasión no se producía, de modo que mientras él se desesperaba agotando

todos los recursos a su alcance para abordarlo en un aparte sin conseguirlo, Josefa deseaba impaciente que la velada acabara y pudiera perder de vista a ese hombre cuyo comportamiento, a esas alturas, le estaba resultando grosero.

En la despedida, Alvear se rindió al desasosiego y se limitó a agradecer la hospitalidad. La hija de don Isidro tuvo un arrebato inexplicable y, así, en el último momento, contraviniendo su propia decisión de no hacer caso a ese hombre al que había acabado considerando descortés, le dijo:

—Nos encantaría que volviera a visitarnos pronto, ¿verdad, papá?

Su voz envolvía en dulzura una corazonada.

Pero no parecía que a él le entusiasmara la idea. Estaba distraído, transitando en las orillas de otro mundo en el que se colaban Rosa Guarú, el pequeño José y, en medio de ambos, Juan de San Martín, quien se despedía también en ese instante.

—A mi esposa y a mí nos gustaría igualmente que nos visitara, estaríamos muy honrados de volver a tenerle en nuestra casa.

Al estrecharle la mano no pudo evitar que se le viniera encima, como un puñetazo, el recuerdo del pacto entre ambos en el momento de abandonar Yapeyú. Y quiso —lo necesitaba como un deseo que estallaba— preguntarle por el niño y por Rosa, qué había sido de ella y si en verdad acabaron en el olvido aquellos ojos difícilmente olvidables. Pero las ganas se quedaron suspendidas en el aire y se marchó derrotado por la duda.

Por su parte, cuando Josefa subió las escaleras que conducían a su dormitorio iba naciendo en ella la certeza de que Diego de Alvear, a pesar de su extraño proceder esa noche, volvería a tener otra oportunidad en su vida.

Diego se ausentó en los días posteriores para realizar nuevas prospecciones no demasiado lejos de la ciudad. Marchaba sin haber conseguido sacudirse de encima la inquietud. Pensó mucho en ello. Cada noche se esforzaba por ver en el cielo un lucero, igual que hizo la primera vez que llegó a Buenos Aires. Y como ocurriera en su primera noche en Montevideo.

Pero esta vez no lo consiguió.

El brillo de las estrellas se resiste cuando más necesidad se tiene de su luz.

Al regresar a casa encontró una invitación a otra tertulia en el domicilio de los Balbastro. La dejó displicente sobre su buró y se sentó a escribir una carta, una pequeña nota anunciando su próxima visita, pero no al hogar del comerciante español...

Los San Martín se alojaban en una casa de la calle Piedras. Una casa como ellos, discreta y anodina, porque don Juan y doña Gregoria parecían estar siempre a caballo entre una cosa y otra, entre lo blanco y lo negro, lo hermoso y lo feo, sin llegar a definirse.

El día amaneció desapacible y a mediodía el aire agitaba al viento el desasosiego de Alvear al llamar a la puerta. Nervioso, sintió que se adentraba en un mundo que, de pronto, le resultaba ajeno; un espacio en el que a cada paso le amenazaba el miedo que antecede al precipicio. Era como si no conociera a los dueños de la casa y sus circunstancias representaran un peligro para él. Un nudo en el estómago le encerró sus temores en un puño. Estaba a punto de enfrentarse a la evidencia de un pasado cercano y doloroso; él, que se había hecho la firme promesa de que desde el momento en que se alejara de Rosa, ella y su criatura dejarían de formar parte de su existencia y quedarían borrados de la memoria de lo vivido. Pero la atracción por volver a lo que un día hicimos, aunque fuera lo incorrecto, es un bucle que atrapa la razón y la enreda hasta desarmarla.

El matrimonio San Martín lo recibió con la misma efusividad que le brindaron en su casa de Misiones. Encontró a doña Gregoria con bastantes kilos de más y una notable mengua de su ya de por sí escasa belleza, que intentaba disimular con un exceso de joyas baratas y desafortunados abalorios.

—Oh, ¡qué ganas tenía de verle, don Diego! —Torpona como siempre, se le notaba demasiado la exageración en su efusividad.

—El placer es mío. Me congratula encontrarla con su habitual buen aspecto.

—Oooh, pero qué adulador es usted. —Desplegó un golpe de abanico que no consiguió ocultar su ridícula exhibición de pudor—. Pasemos a esta sala, estaremos más cómodos, ¿le apetece merendar?

—Eh... sí, por supuesto, qué amables... —No, no le apetecía lo más mínimo, ansioso como estaba por cumplir su único objetivo, que de momento parecía lejano.

Durante un rato que se le hizo largo y tedioso mantuvieron una vacua conversación en la que solo les unía lo que los tres intuían y callaban. Todos pensaban en el pequeño José Francisco. Había cumplido tres años. En realidad, Diego no sabía si quería o no verlo, pero lo cierto era que ahí se encontraba, guiado por ese objetivo. Sus pasos lo habían llevado hasta la casa del niño. Eso era lo único cierto, porque desconocía las intenciones de su corazón.

Cabía pensar, por tanto, que, en lo más hondo de su ser, claro que quería verlo, por más que temiera hacerlo.

Comieron y departieron sin interés, hasta que una niñera anunció la llegada de los cinco hijos, educados, colocados en fila para saludar al invitado y atiborrados de perfume. Los San Martín y Diego de Alvear se pusieron en pie en el momento en el

que el mundo se cerró, para este último, en el quinto niño, el más pequeño. Solo tenía ojos para José Francisco, al que miraba como debieron de mirar los indígenas a los primeros colonos, con recelo y desde lejos.

Diego no hablaba. Permanecía inmóvil. Nadie decía nada. El corazón le lloraba lágrimas como tambores que le golpeaban el pecho. Creía que no iba a poder soportarlo. El niño, formalito y pareciendo mayor de lo que era, aguardaba a que el desconocido se pronunciara y a que sus padres les dijeran, a él y a sus hermanos, lo que tenían que hacer. Diego se acercó a darle un beso, tras el cual salió a toda prisa sin dar tiempo a que don Juan o doña Gregoria reaccionaran.

Sudaba. La cabeza le daba vueltas mareándole el pensamiento pasajero de que ese niño, que lo había mirado con ávida curiosidad infantil, era hijo suyo.

En la calle llovía. Y cada vez con más fuerza. Necesitaba caminar, hablar con alguien, hacer algo.

Algo. Pero ¿qué?

Ni él mismo entendía cómo había llegado hasta allí ni por qué, pero su mano estaba golpeando la aldaba de la puerta de la mansión de los Balbastro hacia la que lo había conducido su instinto. Cuando el mayordomo le preguntó qué deseaba, no supo qué decir... Enmudeció, empapado de lluvia y desconsuelo.

Por fin pidió ser anunciado a la señorita Josefa y le hicieron pasar a la sala contigua a la entrada, la destinada a las visitas. En el reguero de agua que iban dejando sus pisadas en el suelo se desperdigaron las pocas fuerzas que le quedaban. Nada más verla, se dio cuenta de que flaqueaba porque una flojera se apoderó de sus piernas y las palabras se le atropellaron en la boca hasta que consiguieron salir balbucientes y componer una sencilla frase:

—Disculparé mi atrevimiento...

—Buenas tardes, teniente, ¡qué sorpresa!, y en un día como hoy. Está empapado... Ordenaré que le atiendan para que pueda secarse.

Antes de que diera un paso para avisar a los criados, Diego la detuvo sujetándola suavemente por los brazos.

—No, espere. No me importa haberme mojado.

—Pero puede enfermar si no se seca pronto toda esta agua.

Y como él ni respondía ni demostraba una clara intención de dar explicación alguna, Josefa prosiguió:

—¿A qué ha venido? No tiene usted buena cara. Dígame si requiere algo de mi padre o si necesita...

—No lo sé... —le cortó él sin apartar la mirada de sus ojos, ni las manos de sus brazos, que ya notaba relajados.

—¿No lo sabe? —Josefa sonrió—. Vamos, don Diego, no me haga creer que ha cruzado la ciudad bajo la lluvia para nada.

—No, no... —Por fin reaccionó e improvisó rápidamente—: No he querido decir eso. Qué tontería. He venido para aceptar encantado su invitación al baile que

organizará el próximo viernes.

Josefa soltó una sonora carcajada y aprovechó para desasirse de él y liberar sus brazos.

—¿De veras lo consideraba tan urgente como para atravesar Buenos Aires en mitad de un temporal, sin protegerse y a pie? Discúlpeme por haberme reído, no es mi intención ofenderle pero es que... me resulta tan extraño...

—Bueno, me apetecía pasear y a mitad de camino comenzó a llover.

—Ya...

Ambos sabían que llevaba lloviendo desde la madrugada, pero aceptaron la inocente mentira, él porque no encontraba otra salida posible más que asumirla una vez dicha, y ella porque entendía que era mejor no seguir ahondando en la razón de tan extraña visita.

—Ha sido muy amable viniendo a confirmar su asistencia; no hacía falta que se tomara la molestia, podía haber enviado a un emisario.

—Hay tareas tan gratas de cumplir que es preferible hacerlas uno mismo en persona.

Aquello desarmó a Josefa, sobre todo por lo inesperado. Menos aún podía imaginar que a Diego también le sorprendieron sus propias palabras, que ahora fluían tranquilas y pausadas, en un orden natural.

Por primera vez, así, tan cerca de ella, se fijó con detenimiento en la joven, inspiró el agradable aroma que emanaba de su piel, de su presencia, y sus ojos resbalaron por el contorno de esos labios femeninos que de repente le parecieron los más oportunos e ideales sustitutos de la ribera del río Uruguay. Sin premeditarlo, decidió quedarse prendado e instalarse a la espera de comprobar si la vida se atrevería a obligarle a apearse de ellos. Mientras tanto pensaba disfrutar de la certidumbre de haber encontrado un lugar cálido y acogedor en el que quedarse.

Durante todo el tiempo que duró el baile del viernes, no existió más mundo que la distancia entre los cuerpos de Josefa y Diego evolucionando al compás de la música.

Tan solo dos días más tarde, consumiéndose las horas finales del domingo, Diego se presentó en casa de Josefa, de nuevo sin avisar. Ella acudió a recibirlo entusiasmada, se moría de ganas de verlo. Las horas transcurridas desde que se despidieron tras el baile no habían sido otra cosa que un espacio invadido por una quemazón interior que todavía no se atrevía a descifrar.

En esta ocasión Diego lo había pensado mucho antes de ir a su casa. Había estado dándole vueltas durante todo el día, sumando unos minutos a otros mientras les pedía ayuda a las estrellas. Hacía tiempo que las tenía olvidadas. Ya no reparaba en ellas más que cuando las necesitaba como herramientas de trabajo para sus mediciones. Sin embargo, ese día había vuelto a donde siempre: al hueco que albergaba los cuerpos celestes mientras elaboraban las respuestas necesarias a cualquier interrogante.

Había hecho una apuesta consigo mismo: si Josefa Balbastro accedía a contemplar el cielo esa noche, sería la señal de que era la mujer a la que amaría sin condiciones, y esa misma noche estaría dispuesto a decirle todo lo que sentía que le debía desde la primera cita. Si, por el contrario, se negaba, pensaba olvidarla para siempre. Y ahora sabía lo que era el olvido.

Con ese absurdo planteamiento llegó a buscarla para dar un paseo.

—¡Don Diego! ¿Qué le trae por aquí? Está acostumbrándome a las sorpresas.

—Le extrañará saber que cada vez que la sorprende a usted me sorprende a mí mismo.

—¿Le importaría aclararse? —Su voz sonaba a juego y a deseo.

—Pues... que pienso que no es mi voluntad la que me trae a su casa sin avisar.

—¿Ah, no? ¿Y entonces qué es lo que le hace venir?

—El corazón. —Hizo una pausa—. Creo.

—¿Cree? ¿No está seguro?

Diego se aproximó a ella. Estaban solos y en la casa reinaba un perfecto silencio.

Le tomó las manos y se las acercó lentamente a sus labios.

—Don Diego, por favor... —replicó Josefa visiblemente turbada.

—¿Cuándo me llamarás sencillamente Diego?

—Teniente, usted sabe que esa es mucha confianza entre un hombre y una mujer.

—Y eso es precisamente lo que le estoy pidiendo.

—Mucho es, pues, lo que me pide.

—Confío en que sea pronto cuando lleguemos a alcanzar esa confianza, que no es más que un acto de voluntad, y por fin me llame Diego.

La joven soltó sus manos y retrocedió. A Alvear le envalentonaron las ganas de avanzar y mientras lo hacía dijo:

—He venido a invitarla a dar un paseo.

—Suen a excusa de un hombre acorralado.

—Pues lo que usted dice tampoco suena demasiado bien.

—Exacto, teniente. Creo que sus intenciones no eran las correctas y que ahora no sabe cómo salir de esta. Lo del paseo se lo acaba de inventar.

—En absoluto. ¿Le gustaría acompañarme a contemplar las estrellas? ¿Ha visto cómo está el cielo hoy?

—¡Teniente! ¿Cómo se le ha podido ocurrir que saldría sola y de noche con usted? No estaría bien visto. En la oscuridad, una dama a solas con un hombre y en público...

Al acabar de pronunciar la frase, Diego se hallaba tan cerca de ella que podía sentir su perturbadora respiración.

—Josefa, por favor, te lo ruego..., ¿quieres acompañarme a pasear esta noche? No dudes de mis intenciones, ni hoy ni nunca. —Aunque tal vez, dependiendo de lo que respondiera, no hubiera un nunca para ellos.

La débil resistencia de Josefa se derrumbó. Su rostro se transformó en una sonrisa

antes de darle el sí que tanto deseaba Alvear. No anunció en casa su marcha, «Chis», se colocó el dedo en los labios en un gesto de complicidad antes de decir: «Vamos..., Diego».

Y salieron a dar un largo paseo hasta que llegó la noche y, con ella, las estrellas que alumbraron sus pasos.

A principios de abril de 1781 Josefa Balbastro volvía a darle un sí a Diego de Alvear, esta vez en un altar y ante testigos. Con el matrimonio, Diego sellaba su firme compromiso con una nueva vida que se abría ante él de la mano de una mujer hermosa, poseedora de una gran personalidad y de la sonrisa más sincera que pudiera existir, que le acompañará a partir de aquel glorioso momento a contemplar astros, sol, lunas... Junto a Josefa iniciaba una senda que lo alejaba de lo ocurrido en los territorios de Misiones. Lo alejaba de una parte de su vida ocupada por las sombras.

Celebraron la boda cuando la luna menguaba en la misma proporción en la que crecían las ganas de Diego de estar por fin a solas con su esposa. Había entendido que la felicidad era una decisión, y él la había tomado.

La primera noche de casados estrenaron algo más que el amor: la casa que les había regalado don Isidro. Tres plantas, con amplias estancias y balcones a la calle, en el Buenos Aires más señorial. Les costó aceptarla, sobre todo a Diego, consciente como era del poco tiempo que iban a pasar en ella, pero no cabía renuncia alguna ante la insistencia del padre de la novia, de modo que ahí estaban, traspasando por primera vez el umbral de su nuevo hogar.

Se notaba el esfuerzo que habían hecho los criados para llenar las estancias de detalles que agradaran a los recién casados. Las paredes blancas entusiasmaron a Josefa, y un gigantesco ramo de flores de muchos colores les dio la bienvenida a una casa que olía a agua de rosas.

Tras un breve saludo a los sirvientes, se retiraron al dormitorio, catedral de la incertidumbre en la primera noche juntos. Diego tenía treinta y dos años, y una experiencia en asuntos de alcoba que unía el placer con el dolor. Josefa, veintiuno de inocencia, y muchos miedos al enfrentarse íntimamente a un varón por primera vez en su vida.

Era una noche en la que cabía la delicadeza, pero también el pudor a raudales. Y también cabía la luna, y se buscaban en silencio las estrellas, y se intentaba que estallaran los confines del horizonte en el lecho conyugal hasta conseguir que el cielo se abriera y atrapara los cuerpos que se gozaban conociéndose en el delirio irracional de la primera pasión.

Después, la laxitud del abrazo y las promesas. El fin de una larga noche, llegado de madrugada. Retrasado y sin prisa.

Al día siguiente, él no pudo evitar el hábito de madrugar, adquirido a base de responsabilidad en sus quehaceres militares. Desayunó muy temprano y solo, en una mañana de azúcar y miel. Una mañana dulce como el sexo descubierto con Josefa.

Aquellos días transcurrieron en una nube de la que Diego sabía que tendría que descender antes de lo que desearía.

Conforme pasaban los meses y se acercaba el momento de partir de nuevo rumbo al mundo desconocido de las selvas vírgenes comenzó a sentir un vértigo inusual, ya que estaba más que acostumbrado a las idas y venidas, al trabajo duro y a las ausencias. Sin embargo, a punto de emprender la siguiente misión, su vida era distinta. Iba a marcharse siendo un hombre casado. Esa era la luz. Pero también estaba la sombra: una mancha surgida del placer y del amor en las tierras de Yapeyú, convertida en un episodio que tenía que asumir y que, a pesar de no haber transcurrido demasiado tiempo, se le antojaba como de un pasado muy lejano.

Aunque en cuestión de meses descubrió que no quedaba tan lejos...

Era mediodía. Al entrar en casa, Josefa se llevó una desconcertante sorpresa. Había regresado antes de lo previsto de comer con sus padres. Don Isidro había caído enfermo, nada grave, en apariencia. Un poco de tos y fiebre alta que ya empezaba a remitir. «Si tu padre me hiciera caso y no saliera a la calle tan desabrigado no le pasaría esto», protestó doña Bernarda. La misma queja se repetía una vez y otra, porque don Isidro presumía siempre de buena salud y era muy dejado para lo suyo. Ese día, durante la comida, la primera que realizaba en varios días sentado a la mesa, se quedó adormilado antes del postre, y lo subieron a su cama para que descansara del esfuerzo. Por eso Josefa había decidido volver a casa. Pero desconocía que tuvieran prevista visita alguna. Al entrar oyó voces en la sala donde solían recibir a los invitados. Qué extraño. Le resultaban familiares.

—Qué agradable sorpresa... —Josefa era educada y decidió ocultar su desconcierto al comprobar de quiénes se trataba.

—Querida..., no te esperaba tan pronto.

Diego no pudo disimular su ofuscación. Ni él, ni Juan de San Martín, ni Gregoria Matorras, que se habían quedado tan de piedra al verla, como Josefa al encontrar al hijo menor de los San Martín sentado amorosamente en el regazo de su marido, que dio un respingo del asiento y dejó caer al niño al suelo sin querer. Lo maternal de la escena la conmovió en la misma medida que la inquietaba sin razón aparente.

—Oh, hijo, saluda a doña Josefa —dijo Gregoria mientras ponía en pie con torpeza al pequeño José Francisco.

—Regresan a España, querida, y han venido a despedirse —se apresuró a justificarse Diego ante su esposa.

Josefa permanecía callada. No sabía bien qué estaba pasando, pero desde luego algo pasaba. No era una visita de cortesía. De haber sido una despedida de verdad, se habría organizado de otra manera, estando ella presente y con el agasajo correspondiente. Por tanto, ¿qué hacía ahí la familia San Martín, no solo sin que ella estuviera informada de la visita, sino teniendo lugar esta aprovechando precisamente su ausencia? ¿Y por qué no traían más compañía que la de su hijo pequeño? ¿Dónde estaban los otros niños?

En ese breve momento en que Josefa se estaba haciendo tales preguntas, observó atónita cómo José Francisco intentaba zafarse de su madre para ir a tomar de la mano a Diego, que lo evitaba disimuladamente. Y cuanto más intentaba soltarse el adulto, con más fuerza se agarraba el niño a él. Hasta que la madre se hizo con la criatura para poner fin a tan extraña e incómoda situación.

—Este niño va a acabar conmigo. —A doña Gregoria se le notaba nerviosa intentando controlar al pequeño—. Imagínese si tiene este brío con apenas cinco años, qué será de mí cuando tenga otros cinco más.

—Bueno, ha sido un placer volver a verlos. —Diego pretendía que aquello acabara cuanto antes y le extendió la mano a Juan de San Martín para despedirlo—. Confío en que tengan una buena travesía de vuelta a casa.

—No veo la hora de pisar tierra española después de tantos años... —le respondió, haciendo una pausa antes de concluir— y de tantas cosas vividas...

—El tesoro de lo vivido nos hace más hombres.

—No siempre, don Diego, no siempre...

Alvear controló la furia interna que le desataba el último y malintencionado comentario de San Martín.

Ya en la puerta, y no estando delante Josefa ni Gregoria, que subía al coche de caballos tirando del niño, San Martín le susurró a Diego con voz muy grave:

—No ha de preocuparse, teniente. El niño estará bien y nos encargaremos de que tenga una excelente educación, desde luego gracias a su generosidad.

Ahora era él quien tendía la mano a Diego, pero este tardó unos segundos en estrecharla. Al final lo hizo porque no había otra cosa que ser un caballero.

Un caballero con un poso triste, en el fondo. Pero un hombre, al cabo, que había aprendido a controlar su tristeza hasta casi aniquilarla. Quién sabía cuándo volvería a ver a José Francisco. Y quién sabía, ni siquiera él mismo, si desearía algún día volver a verlo.

Al regresar al salón donde aún permanecía Josefa, la encontró mirando por la ventana a través de los visillos, dolorosamente bella bajo el reflejo de un tenue rayo de luz. Sus ojos delataban el brillo de unas lágrimas que luchaban por no aflorar. Por motivos bien distintos, ninguno de los dos quiso mencionar lo ocurrido. En realidad, sobre la superficie, allí no había pasado nada extraordinario, tan solo una visita para cumplimentar una despedida. Un gesto educado. Una rutina. Las convenciones sociales. Sin embargo, en el interior de ese silencio se amontonaban interrogantes que no iban a tener respuestas porque ni Josefa ni Diego querían conocerlas.

Al fin ella se dirigió a su esposo:

—Tengo que hablar seriamente contigo. Le he dado muchas vueltas a lo que voy a decirte. No creas que es una decisión caprichosa, sino que, por el contrario, la he meditado muy a conciencia.

Ahora el sorprendido era Diego, quien por un instante sintió algo parecido al miedo que no sabía de dónde le nacía.

—Estoy decidida a marcharme contigo en tu próxima expedición. Ahora que soy tu esposa, mi deber es estar a tu lado sin que importen las circunstancias.

Las palabras de Josefa le causaron honda impresión, y le sorprendieron.

—Mi amor, me enorgullezco de haberme casado contigo. Tu intención te honra, pero no puedo permitirlo.

—Creo que no me ha entendido, teniente —intentó bromear ella con ironía—. No le estoy pidiendo permiso, don Diego, le estoy comunicando una decisión que ya está tomada —añadió entonces con ternura—. Marcharé contigo a las partidas, quieras o no.

—La vida allí es inhóspita.

—Lo será menos si estamos juntos.

—No es lugar para una mujer.

—El lugar de cualquier mujer está junto a su esposo.

Josefa no se rendía.

—Aquello es un infierno.

—Querido, si comparto contigo el cielo todos los días, ¿qué me impide compartir el infierno?

Diego se emocionó y notó algo derritiéndosele por dentro cuando Josefa le regaló una franca sonrisa que, sin embargo, no ocultaba la verdadera firmeza de su carácter. Jamás se podría saber si una decisión tan importante como esa la había meditado de verdad pausadamente y a conciencia, o si por el contrario había surgido del humano impulso de temer lo que se ocultaba en las parcelas secretas del hombre con el que acababa de casarse.

Aquella noche se durmió sin quitarse de la cabeza la imagen de su marido con el niño en el regazo, acariciándole cariñoso la cabecita con una mano mientras con la otra sostenía la del pequeño.

Los desvelos del sueño suelen acercarnos a la verdad. Por eso los tememos y nos alteran tanto.

En su propio duermevela, Diego comprendió que el futuro se bifurcaba y, así, mientras su esposa se disponía a acompañarlo en su siguiente misión para estar lo más cerca posible de él, los San Martín emprendían un viaje que los iba a alejar por mucho tiempo.

Aunque nada nos lleva tan lejos como la muerte. Dos días más tarde, la fatalidad los sacudió tristemente. Don Isidro Balbastro, padre de Josefa, falleció, empañando de amargura la inminente partida. Resultaba inevitable que sus planes se vieran alterados: finalmente Diego decidió viajar solo. Ambos acordaron que lo mejor en semejante trance era que ella se quedara a acompañar a su madre en el primer tramo de la dolorosa pérdida paterna.

Finalizado el funeral, en una mañana bañada por el plomizo gris del cielo que amenazaba tormenta, Josefa se sorprendió al observar lo que parecían lágrimas en los ojos de su marido, lágrimas que rápidamente se evaporaron. El origen de la pena de

Alvear se situaba en otro escenario, aunque también era un escenario de ausencia. Días más tarde, desde el puerto bonaerense, resguardándose en una esquina para no ser visto, Diego de Alvear contemplaba alejarse el barco que trasladaba a la familia San Martín a España. Con ellos iba José Francisco.

Con ellos, en aquella nave, iba aquel trozo de la realidad que, aunque intentara borrar, se le rebelaba. Le dijo adiós al niño y a un vacío que lo engullía.

Apretó los puños y cerró los ojos sintiendo en su corazón el profundo ruido del mar.

Diego y Josefa sufrieron por primera vez la angustia de la separación. La noche antes de la marcha de su esposo, ella sintió cómo se abrazaban en su pecho felicidad y pena al mismo tiempo. El aire pesaba. La realidad hacía daño aunque no quisieran. Saber que eso tenía que llegar no mitigaba lo más mínimo su efecto. Durante la cena se mantuvieron extrañamente callados. Las conversaciones que solían ser habituales en el matrimonio cuando se sentaban en torno a la mesa, y de las que tanto disfrutaban, se disiparon horas antes de la partida, diluidas en la añoranza presentida.

Contrastaba el buen semblante de Josefa, que poco tenía que ver con su silencio y con la trascendencia de la situación. Esa noche se mostraba radiante, a pesar de la tristeza que envolvía la despedida. El brillo se extendía por su rostro desde los ojos hasta los labios describiendo una melodía cuyas notas no era capaz de percibir Diego, enfrascado en confusos pensamientos melancólicos.

Por fin, Josefa se decidió a romper el espeso silencio que los envolvía.

—He de decirte algo.

Diego recordó que había pronunciado palabras similares el día en que los San Martín estuvieron en su casa despidiéndose antes de retornar a España. Aquel día en que vio por última vez al pequeño José Francisco.

A su pequeño...

—¿Has terminado...? —preguntó Josefa advirtiendo que hacía rato que él, que parecía estar ausente, había abandonado los cubiertos sobre el plato—. Porque en ese caso podemos pasar al salón, estaremos más cómodos.

Al tomar asiento en los confortables butacones junto a la ventana, Diego reparó en lo bella que se encontraba Josefa, a pesar de todo. Y sintió más pena aún ante su inminente marcha. Percibió a través de los cristales la oscuridad de la calle como si se tratara de algo amenazante. ¿Qué sería eso tan importante que tenía que contarle su esposa justo cuando estaba a punto de irse? ¿No había tenido tiempo para hacerlo en los días anteriores?

Antes de arrancar a hablar, ella se inclinó hacia delante para aproximarse a él.

—Amado esposo... —En la pausa, sus manos atraparon con ternura las de Diego—. No es la tristeza la que tiene que bendecir nuestra separación.

—El deber que me atañe habría de impedirme que me apene marchar a mi nuevo destino. Pero sabe Dios lo mucho que me cuesta separarme de ti y cuánto te echaré en falta. Pensaré en ti y en nosotros todos los días.

Una delicada sonrisa precedió a las palabras de Josefa.

—Pues vas a tener que pensar no solo en mí... o en nosotros... —dijo y le apretó con fuerza las manos a su esposo— sino también en nuestro hijo, que está en camino...

La inesperada noticia sacudió vigorosamente a Diego por dentro. El calor de la

alegría le derritió la garganta dejándole sin habla. Se pusieron en pie para que la abrazara como si quisiera fundirse con ella. Estaba encinta. Iban a tener un hijo.

Iban a tener un hijo. «Un hijo», se repetía a sí mismo emocionado. La devoró a besos hasta que ya no pudo contenerse más y propuso que se retiraran al dormitorio, donde comprobó felizmente que las sorpresas no habían tocado a su fin. Inusitadamente, Josefa tomó las riendas del sexo por una noche, no una noche cualquiera, provocando su sorpresa pero también aumentando su deseo. No la imaginaba así. Tampoco ella se imaginaba. En realidad no comprendía qué le estaba pasando. Las manos se le desbocaban sedientas de la piel del hombre que la hacía tan feliz, asaltando rincones donde el placer nace más irrefrenable. Era una Josefa desconocida que gozaba de Diego con una insólita libertad, permitiéndole que alcanzara el mayor desvarío, cualquier arrebato que se desatara, todo aquello que deseara por más que lo considerase demasiado atrevido para una mujer respetable. Cuando la felicidad estalla, no hay límites que la confinen. No debe haberlos.

Se amaban. Pero en unas horas se alejarían físicamente abandonándose a la mala suerte de la soledad. Nada podría remediarlo. Por eso se amaban entonces, en ese presente, con desesperada locura. El baile de manos que pasaban de un cuerpo a otro explorando lo más recóndito desencadenó el envite del sexo masculino que Josefa sorprendentemente retuvo entre las suyas para prolongar el disfrute antes del estallido final, tras el cual, arqueando su cuerpo hasta lo insoportable, se dejó vencer entre los brazos de su marido que ya la atrapaban con tal vigor que no le permitieron el descanso. La excitación no concedía tregua, hasta que el sueño se impuso a la pasión.

Al amanecer, apenas despuntados los primeros rayos de sol que dejaban atrás la madrugada, las huellas imborrables del placer convirtieron a Josefa en una diosa nada terrenal para Diego. El largo cabello revuelto ocultándole el rostro, los labios, carnosos como nunca, los vidriosos ojos del sueño plomizo y placentero que se desencadena tras el sexo... Introdujo la mano bajo el camisón de su amante y acarició por última vez en mucho tiempo los senos firmes, que reaccionaron al instante. Entonces la atrajo hacia sí y, sin que sus manos se detuvieran donde se afanaban, la besó en la boca apasionadamente rindiéndose al deseo, queriendo abarcarla toda entera con su cuerpo para que en él permaneciera, muy adentro, durante los largos meses en los que se prolongaría la ausencia.

El cuerpo de Diego... El lugar donde Josefa quería quedarse a vivir para siempre.

Llegó el día. El teniente Alvear salió de Buenos Aires al frente de la segunda subdivisión, la segunda partida, de la que había sido nombrado a propuesta del Cuerpo General de la Armada con el título de comisario de la Demarcación de Límites, al igual que a quien tenía el honor de acompañar, el capitán de navío don José Varela, lo era de la primera partida. Entre los elegidos figuraban otros marinos ilustres como el capitán de fragata don Félix Azara. Eran considerados los mejores hombres para medir y trazar los terrenos, y venían avalados por sus estudios y su

incuestionable experiencia en calcular distancias. Nadie los igualaba en conocimientos de astronomía y matemáticas.

Iban a hacer historia. Y lo sabían. Todos ellos eran hombres valerosos. Hombres a los que les correspondía la tarea ingrata de trabajar en territorios en los que la belicosidad planteada por la selvática naturaleza y los pueblos indígenas complicaba la supervivencia mientras sus respectivos países enarbolaban, por contra, los símbolos de la paz. Iban a dejarse la piel, la salud y la vida. Héroe en la sombra, lejos de su patria y de los suyos.

La expedición de Varela era la que mayor oposición de los portugueses iba a encontrar, ya que, al encargarse del principio de línea, sus tramos deberían ser los primeros a demarcar y, por tanto, los más dados a generar conflicto.

Los preparativos llevaron semanas. Tenían bajo sus órdenes a un nutrido grupo de pilotos, ingenieros y oficiales del ejército, y a otro compuesto nada menos que por cien hombres prácticos del país que, junto con milicias del Paraguay, ayudarían a abrir picadas o senderos a golpe de hacha y de machete para despejar el camino en los espesos bosques y montes habitados por tribus salvajes, de manera que se pudieran realizar las prospecciones así como desplazar los víveres, lo más importante. Viajaban escoltados por un destacamento de Dragones de Buenos Aires. No distaba mucho la tarea que tenían por delante de la que hacía más de dos siglos desempeñaron los descubridores y primeros pobladores de esas regiones. Las dificultades iban a ser las mismas. El reconocimiento, en cambio, sería más incierto.

Lo que más apreciaba Alvear de todo cuanto portaban consigo para el buen desempeño de su cometido era una completa colección de instrumentos contruidos en Londres por orden de los gobiernos de España y de Portugal bajo la dirección del portugués Jacinto de Magallanes para realizar con la mayor exactitud operaciones y cálculos de astronomía, geodesia y física, entre otras ciencias necesarias. De ello dependía el éxito de la demarcación. En total eran once colecciones que se repartían de la siguiente manera: seis para España y cinco para Portugal. Las piezas de mayor peso y volumen se quedaron en los respectivos países.

Ya estaba todo listo. La comitiva se ponía en marcha. A la misma hora a la que arrancaban a andar, Josefa, todavía en la cama porque ese día le costaba levantarse, se acarició el vientre con suavidad recordando la furia apasionada de la noche. La piel de los muslos se le erizó. Retendría el tiempo que hiciera falta esas sensaciones y la imagen de sus cuerpos excitados y rebosantes de amor despidiéndose de la manera más íntima que existe de hacerlo. La más hermosa e inolvidable.

Diego dejaba atrás lo que más quería. En lo sucesivo tendría que mirar hacia delante, siempre hacia delante, como se prometió a sí mismo al marcharse de Yapeyú. Aunque se dirigiera hacia unas tierras que le devolvían el lamento apagado de un hijo que jamás iba a ser suyo pero cuya vida él había dado. ¿Por dónde andaría ese niño?, se preguntaba. ¿Qué sufrimientos le aguardaban en la vida sin que él pudiera hacer nada para ayudarle?

Las primeras horas de viaje se las dedicó a José y meditó acerca de lo que estaba haciendo por él clandestinamente. En realidad no era cierto que no pudiera hacer nada en su ayuda, porque ya lo estaba haciendo. Cumplía sin fallar con su compromiso de enviar dinero para su educación. Nadie más que Juan de San Martín y él lo sabían. Decidió dejar de pensar en ello, queriendo creer, así, que esa ayuda suya no existía.

En el camino hacia Montevideo recalaron en la controvertida Colonia del Sacramento, que Diego de Alvear describió en su diario de la división de límites en estos términos:

D. Pedro de Ceballos, para arrancar de una vez la raíz que había producido tantas discordias entre las dos naciones, y quitar a los portugueses toda esperanza de nuevas solicitudes, tomó la extraña decisión de reducir la Colonia del Sacramento a un desierto espantoso, cubiertas sus calles de escombros y maleza. No satisfecho aún su ardiente celo con la inútil ruina de tan precioso lugar, trató también de cegar el puerto, que es una pequeña rada de la costa en forma de media luna.

La pequeña isla de San Gabriel cubre su medianía y la defiende de los pamperos, que son temibles.

Tenían los portugueses algunas huertas que, no solo abastecían la plaza de todo género de legumbres y frutas, sino que les servían también de notable alivio e inocente desahogo en las estrechuras del bloqueo. Las huertas eran conservadas, aunque con mucha negligencia y abandono, por un reducido número de familias españolas establecidas allí nuevamente. Eso sí, nos hicieron la salida divertida, mitigando algún tanto los ardores del sol.

Cruzamos después la laguna de los Patos, que hallamos medio seca, siendo aquel el término de la colonia. Siguióse a una legua de aquí el arroyo nombrado el Rosario, y a las seis siguientes el Sauce, donde mudamos caballos.

En el Sauce vimos muchas «capibaras», cuadrúpedo muy común de esta América, del tamaño de un perro, la cabeza de liebre, hocico obtuso, labio hendido, con dos dientes incisivos arriba y otros dos abajo.

Diego se recreaba en las descripciones del insólito reino animal americano. Junto con las observaciones de astronomía, eran su gran pasión y el objeto indiscutible de su estudio.

Tras Colonia del Sacramento vinieron las poblaciones de los arroyos de Santa Lucía, del Yí y Río Negro; San Carlos y Santa Teresa, lugar este último designado para reunirse con la segunda división o partida portuguesa, a cuyo mando estaba el coronel de Ingenieros don Francisco Juan Roscio. A su lado comenzaron los españoles a realizar las extensas y penosas operaciones para demarcar el inmenso territorio en el que se trazaba la línea divisoria correspondiente a estas segundas partidas. El trabajo se inició en las playas de Castillos Grandes y del arroyo del Chuy, ubicadas en la costa del océano Atlántico, hasta el río Igatimí, sobre el Salto Grande del Paraná.

Conforme pasaban los días y avanzaban en el terreno, las condiciones se endurecían y aumentaban los peligros. Nadie, en la metrópoli, podía imaginar lo que esos hombres estaban pasando. Igual de duro y penoso resultaba el trabajo sobre el terreno que montar los campamentos base. Los ataques procedían de todas partes, y contra ellos existían pocos antídotos. Aun así, intentaban denodadamente combatirlos. No quedaba otra.

A veces no se sabía muy bien cómo conseguían salir ilesos. Los asaltos de las múltiples tribus indígenas se sucedían casi a diario al sentirse invadidas, atacadas por un enemigo, el hombre blanco, al que temían tanto como desconocían. Aunque tales desconocimiento y temor eran mutuos. De todos cuantos habitaban la zona, los pueblos más feroces resultaron ser los tupís y los charrúas, sanguinarios combatientes, causantes de gran número de bajas entre las filas españolas y portuguesas. A Diego, como a la mayoría, le costaba acostumbrarse a las dolorosas orgías de sangre que provocaban los que consideraban a todas luces y sin paliativos unos salvajes. Ciertamente es que, con el tiempo, él, que no otros, conseguiría entender el zarpazo que suponía para esas tribus que el invasor rompiera su paz y les arrebatara su territorio. Luchar contra ellos no era fácil debido a las infames condiciones de vida en aquellos inhóspitos parajes perdidos de la mano de Dios. Al menos de la de su Dios, el único que españoles y portugueses consideraban y veneraban. ¿Cómo era posible defenderse de estos bárbaros ataques cuando se sentían extenuados después de luchar durante interminables horas contra los elementos de la naturaleza? Las vidas se perdían en tierra a manos de los indígenas pero también en las no menos peligrosas aguas de los ríos, tan salvajes como los pobladores de estas tierras. Las canoas parecían de papel navegando entre mortales remolinos, bravas corrientes, escollos y tremendos saltos de agua nunca antes conocidos. En ocasiones, para evitar una muerte segura, los hombres se lanzaban a la orilla desesperados, dejando ir las embarcaciones cargadas con alimentos, enseres y pertrechos, que se perdían. O peor aún resultaba la tarea de abrir picadas interminables por los intrincados e inabarcables bosques para avanzar. Les correspondía abrirlas a los indios que formaban parte de la expedición, aunque en ocasiones había llegado a implicarse el propio teniente Alvear, a pesar de la dureza y el riesgo de la tarea, que podía desencadenar la muerte.

Era tan insoportable la fatiga y tan terribles el desaliento y el cansancio, que ni siquiera los indígenas, acostumbrados a penosas condiciones de vida y de trabajo, eran capaces de soportarlo y tenían que ser relevados, junto con el grueso de la tropa, vencidos por la extenuación. Muchos enfermaban gravemente al inhalar los nocivos gases que generaba la letal mezcla natural entre los intensos calores que emanaban de la selva y la dañina humedad de la estación de las lluvias.

En las cartas que escribía a su esposa en respuesta a las de ella, Diego le mentía acerca de las condiciones en las que vivía y trabajaba. Porque la mentira, aun siendo desaconsejable su uso, a veces cura el alma.

Pronto, en uno de los correos que llegaron de Buenos Aires, se anunció la buena nueva: la unión de Diego de Alvear y Josefa Balbastro había dado fruto. Había nacido Benito, el primer hijo de la pareja. El ufano padre leía la carta al final de un día duro de trabajo, no distinto a los anteriores ni tampoco a los que estaban por venir. Tenía la piel reseca. Los labios, heridos. Las manos, despellejadas. A través de las palabras escritas por Josefa contándole que el parto había ido bien aunque había sido largo, soñaba con ver al pequeño y cogerlo en sus brazos. Intentaba imaginar cómo sería.

Sangre de su sangre. Se tumbó a mirar el cielo. Inexplicablemente —la distancia era mucha— el olor húmedo del río Uruguay asaltaba la memoria del olvido. En sus recuerdos cabalgaba Rosa Guarú atrapada por sus enormes ojos negros. Su piel oscura. Los pies siempre descalzos. El olor a fruta fresca, a amanecer y sexo húmedo.

Y el pequeño... aquel niño que dolía en el corazón... José Francisco.

Se incorporó de repente. La noche caía sobre sus pensamientos y distinguía con claridad un lucero que destacaba entre el resto de las estrellas. «Ese es Benito», se dijo, decidiendo en ese instante que iba a dar la bienvenida al que era, y sería siempre, su primer, y hasta entonces único, hijo. Como debía ser.

En esta América se conocen varias especies de víboras, todas muy peligrosas; la más ordinaria es la que llaman de «cruz» por la conformidad de su cabeza con esta figura; su color, oscuro y unas listas blancas que desde un extremo a otro de su cuerpo se van cruzando vistosamente.

La víbora de «cruz» se llama en guaraní «Quirino, yacariná». «Mboychumbé», la coral. «Mboychiny», la cascabel. «Iarará», las amarillas escamosas de cabeza grande. «Mboyphé», pardusca, brava, se hincha para acometer.

Esta víbora es formidable y abunda mucho. En el campamento del Chuy se mataron entre las dos partidas más de ciento, y esto habiendo tomado la precaución de quemar los pastos de todo el contorno. Las más de ellas tienen de cinco a seis, y aun siete, cuartas de largo, sobre un diámetro de tres a seis pulgadas. Varias se encontraron preñadas con 12, 15 y hasta 21 viboreznos de una cuarta de largo.

Los caballos picados por la víbora de cruz no viven ni veinticuatro horas. El efecto de su veneno es más o menos violento, según lo más o menos irritada o hambrienta que esté la víbora. Es un licor ácido y volátil que, introducido por los vasos, coagula la sangre, interrumpiendo la circulación. La muerte llega precedida de fuertes convulsiones.

Diego de Alvear escribió estas notas en su diario bajo el epígrafe de «Observaciones físicas y de Historia Natural sobre los tres reinos, animal, vegetal y mineral». Meticuloso. Concienzudo. Disfrutaba con ello. Jamás había llegado nadie hasta aquellas latitudes. Sus notas de auténtico naturalista eran, además de acertadas, muy necesarias para el avance de la ciencia. Pero él no pensaba en eso, sino en la satisfacción que le producía la observación de esa naturaleza salvaje y hostil.

Por desgracia, en alguna ocasión había tenido un conocimiento empírico de estos animales, incluidos insectos, sufriendolos en propia carne o en la de sus hombres, como fue el doloroso caso del joven guardia marina Manuel Alarcón. Hasta entonces no supo de la existencia de parásitos como los que pululaban por esas tierras americanas. ¿Cómo pensar que un insignificante insecto podría acabar con la vida de un hombre? Las molestas plagas de artrópodos los mortificaban sin tregua día y noche. Ciertamente muchos de ellos resultaban desconocidos para los españoles, como la terrible nigua, un díptero parecido a la pulga pero mucho más pequeño y de trompa más larga. Las hembras fecundadas penetraban bajo la piel del hombre, habitualmente en los pies, para depositar las huevas, lo cual provocaba una quemazón insufrible y graves ulceraciones.

Protegerse contra mosquitos y tábanos resultaba una tarea casi imposible, mientras que, curiosamente, de lo que no podían protegerse de ninguna manera era de las temibles hormigas. Las había de todos los tamaños y colores: negras, pardas y blancas, y cuando alcanzaban el campamento, la expedición del teniente Alvear tenía que levantarlo y emigrar hacia otro lugar. No existía modo de librarse de la invasión que solía extenderse por lechos, objetos, ropa, animales y la piel del hombre. Nada quedaba por cubrir cuando se desataba la marabunta.

Tampoco escapaban al veneno de alacranes y escorpiones, que podía llegar a ser mortal. O a las molestias de los asquerosos sapos o las mil y una sabandijas y alimañas de todas clases que, con sus picaduras y mordiscos, causaban dolorosísimas

inflamaciones que imposibilitaban para cualquier actividad. Esos ataques resultaban más difíciles de combatir que los de las bestias feroces que proliferaban en forma de panteras, leopardos, jaguares —llamados allí el «León de América»—, o las onzas, mamíferos semejantes a la pantera, con igual pelaje que el leopardo y aspecto de vulgar perro pero más fiero. Y los tigres, los peores, verdaderos animales sangrientos y traidores que no cejaban en su empeño de seguir la pista a los humanos. En distintos asentamientos, varios hombres fueron atacados por tigres machos provocando escenas tan macabras que quienes tenían la desgracia de presenciarlas corrían raudos a volcar su vómito en el primer rincón que encontraban y, más aún, enfermaban durante días. La dantesca situación solía comenzar cuando los tigres se lanzaban sobre la presa desnucándola y retorciéndole con violencia la cabeza hacia atrás. Después le chupaban la sangre hasta saciarse y comenzaban a retirarse triunfantes rodeando antes el destrozado y seco cadáver blanquecino como si se recrearan en su sanguinaria hazaña. Una atrocidad propia del infierno. Hasta ocho tigres llegaron a verse al mismo tiempo en uno de los bosques que bordeaban el arroyo del Rey, en la zona de la laguna de Merín.

Diego, que fiel a su costumbre solía dejar constancia por escrito, siempre atendía a tales relatos, consciente de que nadie en el campamento estaba libre del peligro. Él mismo sufrió un episodio que hubiera atemorizado al más valiente. Un amanecer, acompañado de sus dos canes, salió muy temprano a inspeccionar el terreno sobre el que tenían que operar en aquella jornada. El silencio del alba resultaba propicio para manejarse solo con sus pensamientos y reflexionar con calma acerca de sus trabajos y de los métodos más indicados para obtener mediciones exactas. Absorto en sus elucubraciones, de pronto una presencia invisible turbó su ánimo. Miró a su derecha y lo primero que vio fueron los ojos de la bestia, un tigre de dimensiones descomunales que lo observaba de cerca avanzando sigiloso hacia él. Para desviar la atención del animal le lanzó a los dos perros, pero, a pesar de estar entrenados para contribuir a la caza de este tipo de animales, corrieron amedrentados a protegerse junto a su amo mientras que el tigre apenas reparó en ellos, lo cual resultaba extraño. Entonces intentó ahuyentarlo tirándole piedras, pero tampoco funcionó. El tigre seguía su camino en busca de su presa con pasos firmes y lentos. Finalmente, como única salida posible, optó por disparar al aire varios tiros y emprender la huida a toda carrera, sin mirar atrás. Y tanto corrió, que los pobres perros quedaron sin resuello.

A la mañana siguiente le informaron de que ese mismo animal había caído abatido en el bosque. Esa peligrosa aventura sí se la contó a Josefa por carta, y ella comprendió que Dios no trata por igual la vida en la metrópoli que en aquellas selvas perdidas de su mano. Se preguntaba cuántas vidas no tendría su marido en las Américas, no queriendo renunciar a ninguna de ellas, a pesar de que desconocía la de veces que había salvado el pellejo hasta entonces.

La cuestión era cuántas vidas más le quedaban...

Los denodados esfuerzos de los españoles por habitar esos territorios se toparon en muchas ocasiones con la oposición de la propia naturaleza, aunque costó que lo reconocieran al otro lado del mundo, en la Corte española, tozuda y soberbia como pocas. Los pequeños pueblos de San José y Santa Lucía, a los que arribó la expedición, eran dos recientes establecimientos formados por familias asturianas y gallegas llegadas poco antes con el fin de poblar la costa patagónica. Sin embargo, la Corona, harta del elevado coste de la repoblación y tras una ineficaz experiencia de cuatro años de intentarlo sin éxito, que hizo evidente lo inhabitable que era la costa de Patagones, lo estéril de sus tierras debido a la escasez de agua y leña necesarias para la subsistencia, y la inutilidad de sus puertos, decidió levantar los establecimientos de Río Negro, Puerto de San José y San Julián. El destino de aquellas pobres familias fue conformar dos nuevas poblaciones: la de San José y la de Santa Lucía.

Durante su expedición, Diego de Alvear escribió en su diario:

Cada uno de dichos pueblos se compone de cincuenta a sesenta de las referidas familias de «maragatos», las cuales, bajo la dirección política de un sargento que las gobierna, viven en otros tantos ranchos, que ellas mismas se han construido al estilo del país, de paja, totora o espadaña, y de maderas de coronilla y mataojo que crecen en los márgenes de aquellos arroyos.

Tienen también su capilla y un sacerdote religioso, encargado de las funciones espirituales. Su ejercicio diario es la agricultura, cultivando cada individuo la chacra, o suerte de tierra que le tocó en la distribución hecha de los distritos.

Pero como estas colonias se hallan tan en sus principios, son también muy cortos los progresos de sus habitantes.

Hasta la tarde del 10 de enero de 1784 no consiguieron habilitar lo necesario para proseguir el viaje ni verificar la salida hacia Maldonado, uno de los más importantes destinos de la expedición. Por fin las dos numerosas comitivas, formadas por sus respectivos carruajes, peones, capataces, operarios, caballada, boyada, víveres y otros pertrechos, se pusieron en marcha. Consiguieron llegar hasta La Chacarita del convento de San Francisco, a unas siete millas de Montevideo. Al día siguiente, españoles y portugueses se separaron, tomando cada uno su camino. Alvear acampó a ocho millas al nordeste de la otra banda de Pando, pequeño arroyo que desaguaba en el Río de la Plata, al oeste de la Isla de Flores.

La primera noche resultó fría. El campamento se dispuso a oscurecerse para favorecer el sueño y el merecido descanso, mientras el silencio desplegaba su manto sobre las tiendas. Diego, que aún andaba con sus cuadernos entre manos al aire libre, estaba a punto de vivir un momento único, de esos que no se dan en muchos siglos. De hecho, nadie había dado cuenta jamás en toda la historia de un suceso como el que ya empezaba a presenciar. No podía creer lo que estaba viendo en la bóveda celeste.

No se le ocurría nada con lo que se pudiera comparar el deleite ante lo que la naturaleza le ofrecía en ese momento convirtiéndolo, solo a él, en privilegiado testigo. Era algo único. Maravilloso. Después de realizar las oportunas mediciones para estar seguro, anotó en su diario:

Como a las nueve de la noche de este día 11 de enero, se descubrió un cometa caudatario, hacia la constelación austral de la Grulla. Su diámetro aparente se manifestaba como una estrella de segunda magnitud, y la cola, inclinada a la parte opuesta del sol, aparecía bajo la proyección de un ángulo de dos grados. La marcha, que no se juzgó conveniente suspender, y principalmente el tiempo nublado y de lluvias, que apenas se interrumpió en aquellos días inmediatos, nos impidieron hacer algunas tentativas sobre observar algunas alturas correspondientes y pasajes por el meridiano de dicho cometa, que nos pudiera haber conducido al conocimiento de su órbita y demás elementos. Y únicamente por cotejo hecho a la simple vista con las estrellas que le rodeaban, en varias ocasiones que nos lo dejaron ver los celajes, notamos su movimiento como al NNO, de la cantidad de grado y medio, a dos grados, en veinticuatro horas.

En efecto, con su avistamiento, Diego de Alvear estaba anotando el primer registro que existía de la observación de un cometa en tierras americanas. Un importante cometa, grande y brillante. Diego cerró el cuaderno satisfecho, pero sobre todo impresionado por lo que acababa de suceder. Suspiró hondo, con la fuerza que da saberse descubridor de algo trascendente que además encerraba una gran belleza distinta a todo. Al dormirse soñó que surcaba los mares oceánicos a lomos de una interminable cola de estrellas que se unían a la hermosa cabellera de Josefa y la hacían volar junto a él.

Josefa... Cuánto la echaba de menos. Necesitaba acariciarla, volver a verla, sentir su calor, besar sus cálidos labios.

Solamente al amanecer supo que había sido su corazón el que había volado esa noche en busca de su esposa, en la que pensaba incansablemente. Con la emoción de su hallazgo todavía metida en el alma le escribió aceptando lo que ella le proponía una vez y otra: acompañarlo en su misión. Al casarse con Diego, ella ya sabía el tipo de vida que le esperaba a su lado, «pero el amor, que todo lo puede, está por encima de cuantas incomodidades puedan conllevar tus tareas y tu compromiso con el Reino de España al que tienes el honor de servir. Con amor, y juntos, sortharemos todos los obstáculos», le decía en su última carta, en la que de nuevo insistía en su deseo de viajar para acompañarlo.

Diego estuvo negándose por temor a poner en peligro la vida de su esposa y de su hijo. Hasta ese día en el que pensó que eran una familia y que habían de serlo cualquiera que fuera el lugar en el que se encontraran. Y si su misión a las órdenes del rey le llevaba a pasar penalidades, las pasarían juntos porque ese era su destino, como lo era también de tantas familias que llevaba conocidas. Hombres y mujeres que soportaban una existencia impuesta, inmóvil y asfixiante, en el intento sencillamente de sobrevivir en tierra extraña. Entregándose en cuerpo y alma a una falsa quimera, una ilusión vacía de contenido; sin sustancia. Sin nada. Entregándose a nada.

Ya no pensaba en otra cosa. Contaba los días que faltaban para que su hijo y su esposa se reunieran con él. Tenía ganas de confesarles, aunque Benito no tuviera edad para entenderlo, lo mucho que había pensado en ellos al descubrir un cometa en el cielo. Un astro precedido de una estela luminosa que tiraba de su cuerpo. El milagro de lo desconocido y sublime.

Mientras tanto, siguió con su trabajo, del que había de salir el nuevo mapa de los territorios americanos, sintiendo la satisfacción que supone el acto mismo de crear.

El 6 de febrero de aquel año de 1784 tuvieron lugar las primeras conferencias entre españoles y portugueses para negociar el reparto y, sobre todo, poner orden en los trabajos, porque para entonces ya habían surgido las primeras diferencias sobre el terreno acerca de cómo debía trazarse la línea divisoria desde el arroyo del Chuy hasta la laguna de Merín. Los españoles, ateniéndose al artículo tercero del tratado preliminar, se mostraban partidarios de ir por el norte siguiendo la orilla de la laguna hasta el primer arroyo meridional, el río Piratini, las vertientes del Yacuy y las cabeceras del Río Negro, con el claro objetivo de que pertenecieran a España todos esos territorios, incluido el Río de la Plata, codiciado igualmente por los portugueses. Varios días duraron las discusiones para no alcanzar ninguna conclusión. Empezaba a estar claro que esa no iba a ser la única discrepancia en el reparto de territorios. Haciendo gala de una gran capacidad de resolución —que más bien era una necesidad—, ambas comitivas decidieron elevar las consultas a los respectivos virreyes, a la vez que firmaron un convenio que les permitía continuar los trabajos mientras esperaban la decisión de sus gobiernos. Porque si cada vez que surgiera una duda se iban a paralizar las prospecciones, harían falta varios siglos para acabar de repartirse la succulenta tarta del Nuevo Mundo. Allá donde no había leyes era necesario inventarlas y, además, aplicarlas al tiempo que se rubricaban. Fue así como el festín repartidor comenzó en relativa paz y armonía.

Las demarcaciones se establecían a partir de los cauces de los ríos, cuyos rumbos se anotaban mediante los adecuados instrumentos de precisión, teniendo en cuenta las intersecciones y los accidentes de sus riberas. Y se estudiaban la influencia de las corrientes y las profundidades de las aguas. Para medir las distancias con exactitud se usaba una corredera graduada en toesas^[1], según la dimensión del meridiano terrestre. La parte en la que intervenían los usos astronómicos era la que más le gustaba a Diego de Alvear. Los grados de latitud y de longitud, fruto de observaciones frecuentes y de cálculos, no podían tener variaciones. A diario se repetían una serie de hábitos irrenunciables, como, por ejemplo, comprobar que los instrumentos de medición y observación no hubieran sufrido alteraciones, realizar su mantenimiento y anotar el trabajo ejecutado durante la jornada. Todas las noches, de forma meticulosa, después de compararlos con los portugueses, los resultados se dejaban por escrito en papel de cuadrículas con una escala de pulgada por milla, que después se pasaba a otra menor para configurar el plano general a fin de que fueran

aprobadas por los comisarios antes de enviarlas a las cortes de ambos países para su confirmación definitiva. Con este último trámite iba quedando refrendado el paulatino reparto de los territorios. Un proceso lento y necesario.

Un trabajo a las puertas del infierno.

Parecía que el tiempo no pasaba. Tomar la decisión de que su familia se reuniera con él no bastaba. Era necesario aguardar a que la expedición llegara a una zona en la que las condiciones del clima y del terreno favorecieran su venida. Se hacía largo pero era inevitable.

El reconocimiento de la laguna Merín, de treinta y seis leguas de largo y más de ochenta de circunferencia, era, de todos los territorios, el que presentaba más dudas y más diferencias de interpretación para el reparto. Entraron en ella por su sangradero y comenzaron el reconocimiento de los arroyos Piratini y Pavón. La primera vez que Alvear vio la laguna perdió de golpe el sentido de la ubicación, dejó de saber, por unos segundos, dónde se encontraba, tan apabullante era el indómito paisaje. No podía decirse que fuera hermoso sino insólito y salvaje. Exuberante. La laguna se le asemejaba un inmenso mar de arenosas orillas blancas cuyo oleaje moría en ellas arremolinado formando caracolas. La vista no alcanzaba el final de la vasta llanura que rodeaba la laguna y que hacía creer que se encontraban en otro mundo. Un mundo desconocido que escapaba a la imaginación. Diego tenía un solo pensamiento: Josefa. Y el deseo de que ella pudiera conocer ese paisaje.

«Ojalá llegues pronto, amor mío, porque cada día que pasa aumenta la dificultad de la espera».

Los hombres de Alvear acamparon junto a las ruinas del fuerte de San Gonzalo, que daba nombre al sangradero. Al llegar la noche, el espectáculo se engrandecía y estallaba por las costuras del mundo terrenal. Quién, sino los ángeles, podría ser responsable de tan extraña e irreal belleza. Con la caída del sol, la superficie de las aguas brillaba con destellos dorados que herían la vista y que rápidamente, con la emersión de la luna, viraban a plata. De nuevo Josefa, su amada Josefa, se interponía entre su corazón y las estrellas. Cuánto deseaba alcanzarla, con solo estirar un brazo hacia el cielo, y atraerla hacia su pecho para abrazarla y regalarle los besos que le debía. Ya quedaba menos, aunque saberlo no remediaba la soledad.

Más adelante, ocupados en delimitar otra zona distinta, volvieron a entrar en la laguna para, como escribió Alvear en su diario, «por lo conocido buscar lo desconocido». Iban en contra de las corrientes y efectuaban una exhaustiva y agotadora batida para no dejar sin constatar ninguno de los múltiples arroyos y ríos que, nacidos a gran distancia y recogiendo a su vez las aguas de otros, confluían en ese inmenso medallón de agua en medio de la tierra colonizada frente al Atlántico. Los arroyos de las Pelotas, de San Luis, del Rey... o el Avestruz, el Yerval, el Parado... Todos ellos quedaron minuciosamente descritos y detalladas sus

localizaciones en el diario del teniente; sobre ellas se fundamentaba el plano principal de la zona. Era extremadamente cuidadoso con su trabajo y consciente, también, de la responsabilidad que conllevaba.

La idea era convertir la laguna Merín en terreno neutral una vez estuviera perfectamente marcada la separación entre ambos países. Se trataba de un punto crucial en las delimitaciones.

Resultaba agotador. La vida se consumía a pasos de gigante. Semejante hazaña iba a marcar los pasos futuros de la historia, sí, nadie lo dudaba, y Diego era consciente de ello, pero quién iba a recordar a tantos hombres que habían ido cayendo sacrificados en un trabajo ingrato cuyo fin no habían podido ver.

«Josefa, amor del alma, ven ya. Ven... no tardes. Está siendo ya demasiado larga la espera...».

Entre los deseos se coló el oscuro remordimiento nacido en su pasado. Al final de una mañana como tantas otras, desplegó con cuidado, como si fuera a escaparse una brasa que ardiera, la carta que acababan de entregarle. No era de su esposa, lo que más deseaba, sino de Juan de San Martín. Le informaba de lo bueno que estaba siendo para el pequeño José haber ingresado en el Real Seminario de Nobles de Madrid. Y consideraba muy acertada la idea de que en un par de años ingresara en la Escuela de Temporalidades de Málaga, donde poder mejorar el castellano y estudiar nada menos que latín, francés, alemán, baile, dibujo, poética, esgrima, retórica, matemáticas, historia, geografía... Diego lo había prometido: a José no iba a faltarle la mejor educación posible, y así lo estaba cumpliendo, en su deber de hombre de palabra y de honor.

La releyó antes de hacer una bola de papel con ella y guardarla en un bolsillo de su chaqueta. Se le vinieron a la mente los enormes ojos negros de Rosa Guarú amagados entre la espesura de la vegetación de Yapeyú. Sus largas piernas, su estrecha cintura... hasta que se ensanchó con la preñez y el sueño se partió. Y cuanto más pensaba en Rosa, más ganas tenía de ver a Josefa.

Era extraño el sentimiento que le quemaba en el pecho, traído por las palabras de San Martín.

Cuanto más deseaba a Josefa, más le dolía Rosa.

Comenzó a llover y Diego emprendió el regreso hacia el campamento. No bien se aproximaba advirtió un revuelo inusual que atribuyó a la lluvia, siempre tan incómoda en las circunstancias en las que vivían. Sin embargo, se dio cuenta de que el número de caballos era mayor de lo habitual y que había incluso algún carruaje apostado en un recodo. Se dirigió a su tienda, en cuya entrada se arremolinaba un grupo de personas a las que creía no haber visto nunca. Al detectar su presencia, todas callaron y deshicieron el corrillo permitiendo que viera quién le esperaba en el umbral.

No era posible... El corazón le dio un vuelco al verla. El vestido gris claro. Su cabello recogido con la elegancia de siempre. Su porte distinguido. Su sonrisa...

Josefa. Al fin.

Corrió hacia ella para fundirse en un abrazo que les ayudara a decirse muchas cosas sin necesidad de hablarlas. No había querido ella anunciarse. Le llevó un tiempo organizar la sorpresa, con la dificultad de acertar en el punto exacto en el que la comitiva se encontrara para cuando llegara con su hijo. Pero lo había conseguido, y, en efecto, Diego se llevó la mayor sorpresa de su vida.

Josefa comprobó rápidamente que las condiciones de vida eran más duras de lo que le había ido contando su marido por escrito. No era, sin embargo, eso lo que le preocupaba en ese momento, después del largo viaje que había hecho para reunirse con él. En la primera noche, a ambos les pudo la emoción de volver a estar juntos después de tanto tiempo. El niño dormía en otra tienda, atendido por el personal de servicio que se había desplazado en la comitiva desde Buenos Aires acompañando a la esposa del teniente Alvear y a su hijo. El lecho impaciente los esperaba.

Al ir a desvestirse, Diego se palpó un pequeño abultamiento blando en un bolsillo. Había olvidado la carta de San Martín. Aprovechando que su esposa estaba poniéndose el camisón y no lo veía, deshizo la bola de papel, la aproximó peligrosamente a la llama de una vela y de inmediato la lanzó al exterior de la tienda convertida en una tea. Durante unos segundos observó su extinción bajo la lluvia y se sintió liberado.

—Cariño...

La voz dulce de Josefa lo alejó de San Martín y de su vida pasada. Acudió a la llamada extasiado ante la belleza de su mujer, tantas veces invocada. Por fin la culminación del sueño se sucedió en el preámbulo del amor. No podía aguantar más; ella tampoco. Se devoraron a besos como si el fin del mundo se anticipara. Hasta los breves minutos empleados en acabar de quitarse la ropa le sobraron a Diego, entregado al ímpetu del deseo pendiente que había de ser resarcido.

En la oscuridad se acariciaron, primero suavemente para reconocer sus cuerpos después de tanto tiempo. Las manos se deslizaban sobre la piel ansiosa. Hasta que se olvidó la calma cuando la pasión se desbocó hasta estallar mientras las estrellas, una a una, se iban encendiendo en el cielo para darle la bienvenida a Josefa y celebrar la consumación del amor.

Al alba, en el desvelo amoroso, él le contó la dificultad de sus trabajos y, a la vez, el orgullo de tener que hacerlos. El futuro estaba en sus manos. Lo que habrían de ser esos territorios que estaban reconociendo y delimitando, así como sus habitantes, dependía de lo que ellos hicieran.

Asimismo, estas tierras eran el porvenir de su familia. Le rogó a Dios, ahora que iba a gozar de la satisfacción de encontrar el cuerpo caliente de Josefa todas las noches al acostarse, que les concediera muchos años de vida para ser felices.

Muchos años para celebrar todos los días el milagro de vivir y de amarse.

En lo bueno y en lo malo. En todo estaban unidos Josefa y Diego. Transcurrían los meses, los años, y ella no se arrepentía de haber dado el paso. Estar al lado de su esposo lo valía todo. Los inconvenientes eran compartidos, pero también las maravillas que aquellos parajes le obsequiaban y que jamás, de no haberse movido de Buenos Aires, habría conocido.

Inolvidable para ellos y para el mundo, gracias a la constancia que dejaba Alvear, sería el Salto del Iguazú, un portento de la naturaleza. La catarata saltaba a un precipicio que acongojaba y que engrandecía al propio Dios.

El agua. La fuerza. La vida...

El Iguazú corre en la parte superior manso entre multitud de rocas e isletas de árboles y palmas, y al encontrarse con aquella profunda sima que le está preparada se reparte por ambos lados, y va precipitándose sucesivamente dividido en grandes y vistosos torrentes.

Entre estos se distinguen dos muy considerables y asombrosos, uno al frente de la catarata, que desciende primero por varias gradas, vistiéndolas de torneadas y blancas espumas, y saltando después de la inferior, haciendo un hermoso arco que llena todo el ámbito del mismo frente; y el otro, que es aún de mayor entidad, se despeña todo unido de arriba abajo por la parte oriental.

Otros muchos torrentes se registran a derecha e izquierda, de diversos tamaños y belleza, y todos ellos estrellándose en el fondo de la caverna, erizada de monstruosos peñascos, hacen temblar el contorno, difundiendo a larga distancia el ronco estruendo de un furioso huracán y cubriendo los aires de húmeda y densa neblina, que en columnas de humo, con los agradables adornos del arco iris, suben hasta los cielos.

En el grueso tronco de un árbol que miraba al Salto, el geógrafo don Andrés de Oyarvide grabó la siguiente inscripción: «Elevaron los ríos sus ondas y el ruido de sus aguas ensalzan vuestro poder».

De España llegaban pocas novedades. Solo aquellas que tenían trascendencia, como el fallecimiento del rey. El 14 de diciembre de aquel año de Nuestro Señor Jesucristo de 1788, Carlos III expiró. Su hijo Carlos, que acababa de cumplir cuarenta años, casado con María Luisa de Parma, ocupó el trono. A ese lado del mundo iban a tener que esperar para comprobar en qué medida podrían afectarles las primeras decisiones del nuevo rey. Tan solo confiaban en no ser olvidados. Porque cuando se tiene la noción de vivir en los alrededores del infierno, es fácil sentirse como expulsados del paraíso.

Exactamente un mes después, Diego de Alvear recibió la buena nueva de su ascenso a capitán de fragata. La única certeza que procedía, de momento, de la lejana España. Ya era, por fin, capitán.

Iban pasando los años y llegando al mundo hijos como estrellas... El cuarto de los vástagos Alvear-Balbastro, Carlos María, nació en el Santo Ángel Custodio, un minúsculo baluarte perdido en la selva de Misiones. Las inexistentes comodidades no

impidieron que el parto se desarrollara con toda normalidad, mejor incluso que los anteriores.

—Será un gran hombre. Este niño tiene algo que lo hará distinto —dijo el orgulloso padre cuando lo sostuvo en sus brazos por primera vez.

A Josefa, recostada sobre el camastro, cansada aún del esfuerzo, le conmovió ver la delicadeza con la que tomaba al recién nacido. Consideró que tal vez fuera una tontería, algo que tenía más que ver con la intuición que con la realidad, pero el caso era que creyó sentir que la reacción de Diego era distinta a la que había tenido en los tres anteriores nacimientos. No sabía bien qué podía ser, pero le pareció que un lazo invisible y único acababa de establecerse entre Diego y su hijo Carlos; un lazo por el que fluía la sangre Alvear de manera distinta.

En aquella época dulce, en la que Diego estaba formando junto a su esposa la familia que siempre había querido, le llegaron los ecos de que otra familia que no le era ajena, la San Martín-Matorras, se había establecido en Málaga y estaba teniendo dificultades económicas. A pesar de lo cual, el pequeño José, que contaba once años, acababa de ser admitido como cadete en el Regimiento de Infantería Murcia, ubicado en Málaga. Aunque la edad permitida para el ingreso eran los doce años, a San Martín lo habían aceptado. Sus padres le agradecían veladamente que hubiera sido posible. Diego intuía que el chico iba a ser un buen militar. Y no se equivocaba.

No obstante, dos años más tarde Diego y Josefa tuvieron que soportar una de las mayores tragedias que pueden sufrir unos padres. Uno de los hijos enfermó de un extraño mal que el médico de la expedición no fue capaz de diagnosticar y que se llevó su inmadura e inocente vida. Un duro golpe que ni Dios ni los mortales podían comprender. Un drama que unió a unos padres desconsolados llenándolos de temores que antes no tenían sitio alguno en sus vidas. Ahora, en cambio, el miedo devoraba la razón, cuando el mayor, Benito, a los siete años también enfermó, en este caso de unas fiebres corrientes sin aparente peligro. A Josefa y a Diego les tembló la visión de su futuro y también los cimientos de la vida y del sentir, y se les cruzó un dolor anticipado que no se vieron capaces de soportar y que les hizo tomar la determinación de enviarlo a España con sus abuelos y sus tíos paternos. A la madre se le partió el alma al despedirlo, agarrado de la mano de su padre, que iba a acompañarlo en el camino a la ciudad para que embarcara rumbo a España. El niño no acababa de entender lo que estaba pasando, pero se quejaba con un ligero llanto de tener que dejar atrás a su madre, a quien la separación desgarraba por dentro. Pero ella tenía claro que prefería a su hijo lejos antes que posiblemente muerto en aquellas salvajes tierras.

Pronto despuntó el carácter heroico del joven José de San Martín. Con trece años, formando parte del Regimiento de Infantería Murcia, tuvo su bautismo de fuego militar en una peligrosa plaza: el sitio de Orán. Diego lo imaginaba dejándose la piel a tan temprana edad como un militar de altura. Sangre de su sangre. También.

Aunque esto último lo sentía, pero no lo pensaba. Prefería no hacerlo. No debía.

Estando en Santo Tomé, Diego le preguntó un día a Josefa si no estaba cansada de llevar una vida tan inestable y llena de riesgos. Habían transcurrido cinco años desde que enviaron a Benito a España.

—¿Es esta la mejor manera de sacar adelante a una familia?

No era la primera vez que una respuesta de su esposa no solo le sorprendía sino que le llevaba a una profunda reflexión.

—No sé si es la mejor —dijo Josefa—, pero es nuestra manera de hacerlo. Y estoy orgullosa de que así sea. El amor nos ha movido desde el primer instante. ¿Qué más cabe esperar de la vida? No esperes tú que ni siquiera me plantee lo que me pides. ¿Acaso me has oído quejarme alguna vez?

A Diego se le hizo un nudo en la garganta.

—¿Recuerdas el día en que me dijiste que me acompañarías? Pensé que no hay en el mundo mujer más valiente que tú.

—Más valiente, no lo sé, pero más enamorada, seguro que no la hay.

—Te amaré mientras viva, Josefa, mi amor. —Besó su boca con ganas de comerse el mundo en ella—. Te prometo que cuando regresemos a España haré lo que haga falta para que olvides tanta penalidad. Juntos, en nuestra tierra, porque España también es tuya, olvidaremos esto pero también daremos gracias a Dios por la prosperidad que nos ha permitido en América y por la familia que nos ha regalado. Quiero disfrutar junto a ti de la campiña cordobesa donde se alza mi pueblo. Me he imaginado paseando por las calles de Montilla contigo del brazo. Echo de menos las bodegas, el olor de las cepas en el campo y del vino en las barricas que impregnan de madera mis ideales de juventud. Allí quiero volver. A Montilla. Contigo. Lo haremos juntos.

—¿Ir a España, dices? —A Josefa se le inundaron los ojos de lágrimas mientras su corazón se le llenaba de felicidad—. ¿Es eso posible?

—No nos adelantemos. Posiblemente lo sea. Veo que te ilusiona la idea.

—Más que ilusión, sería cumplir un sueño.

—Otro más. Un sueño compartido. En ese caso, si tan importante es también para ti, veré la manera de hacerlo.

Esa noche durmieron protegidos por los cuerpos de la bóveda celeste que envolvía sueños y promesas.

A la mañana siguiente, desde que se levantó, Diego barruntaba algo que no acababa de gustarle. Estaba inquieto. Se vistió más lento que de costumbre, sin fijar la mirada en ningún punto.

—¿Qué tienes? —le preguntó en voz baja Josefa, para no despertar a los niños—. ¿Qué es eso que te preocupa hoy?

Se sentó en la cama junto a ella, que todavía permanecía acostada. La miró sin saber qué decirle. Entonces tomó una de sus manos y se la llevó a los labios para

besarla sellando en su piel un «No es nada» que apenas se percibió. Y salió de la tienda a enfrentarse a los nuevos rigores que ese día le aguardaban.

A media tarde le llegó la respuesta a su desasosiego en forma de una carta procedente de España. La firmaba San Martín, pero no el que él creía. Por primera vez, José, que ya era un joven de dieciocho años, tomaba la iniciativa de escribirle. Sostuvo la carta entre sus manos durante un rato preguntándose a sí mismo si estaba preparado para encajar cualquiera que fuera la demanda de José Francisco de San Martín. Tardó en abrirla, y cuando lo hizo le costó empezar a leer.

La misiva era breve. José se dirigía a él en un tono muy frío para comunicarle escuetamente el fallecimiento de su padre, Juan de San Martín, en el convencimiento de que era su deber hacerlo.

Guardó el papel en un bolsillo de su uniforme y comenzó a caminar pensativo con gesto adusto. Se cruzó con algunos miembros de la expedición que marchaban en dirección contraria de regreso al campamento. Hubo quien le preguntó que adónde iba. Otros le advirtieron —como si fuera necesario— de los peligros de caminar solo a esas horas y le dijeron que tuviera cuidado de no alejarse demasiado, pronto anochecería... y más comentarios bienintencionados que se sucedían pero que él había dejado de escuchar.

Cuánto deseaba abrazar a Benito en ese instante. Benito... Querría apretarlo fuertemente contra su pecho sintiéndolo su único primer hijo. Benito... El primogénito Alvear. José de San Martín se había quedado huérfano, pero él, Diego de Alvear, solo debía lamentarlo por lo que significaba la pérdida de un buen amigo, Juan, que lo había tratado bien y brindado su hospitalidad al poco de llegar a las Indias. Por nada más.

«Nada más», se repetía incansable apretando con fuerza los dientes. «Nada más».

A Diego le anocheció en la ribera del río Uruguay, del que emergían a borbotones ojos negros que no dejaban de mirarle. Ojos increíblemente bellos que custodiaban la noche guaraní y que, como cuando no se deja en paz a los muertos y se intenta hurgar en sus tumbas, se habían revuelto acusándolo a él de un hecho innombrable y doloroso. Era algo solo entre ellos y Diego. Se hablaban y hasta discutían. Se enfurecieron el uno con los otros, cargados todos de razones. Pero las razones ya no importaban. Habían dejado de importar hacía años, ahogadas en ese río junto a un trozo del corazón de Diego, que no estaba dispuesto a recuperar jamás.

Extrajo la carta del bolsillo y, mirando al cielo, la rompió en pequeños pedazos que dejó volar hasta que cayeron sobre el agua. Yapeyú no estaba demasiado lejos de Santo Tomé. Los bañaba el mismo caudal del Uruguay. Distaban pocas millas. Sin embargo, para Diego era solo un punto más en el mapa de su demarcación de límites. Y aquella noche se sintió como un mar sin horizonte o un cielo sin estrellas. Ahogado en las aristas de su desasosiego.

Era muy tarde en el campamento, demasiado como para que Diego no hubiera regresado. Josefa, guiada por la intuición de una extraña amenaza, dio un beso en la frente a los niños, se arrodilló y rezó en actitud de recogimiento.

Sin embargo, peligros como los de esa noche en sus almas no iban a ser los peores. Pasaron los cuatro siguientes años soportando el riesgo de vivir en aquellas latitudes, creyendo que deberían esforzarse por poner a salvo sus vidas en lo que parecía ser una especie de fin del mundo. Aunque la desgarradora y cruel noticia que les aguardaba en la siguiente esquina de la vida les llegaba desde una tierra tranquila y falsamente segura: la anhelada España.

Benito, que a sus diecisiete años recién comenzaba la misma carrera militar que su padre en el Cuerpo de Reales Guardias Marinas de Cádiz, había muerto. Un silencio se expandió por el campamento devastando cualquier ilusión. Se hizo la oscuridad. Las almas se asfixiaban. Esa muerte era un pozo por el que se escurrían la fe y la esperanza.

Había ocurrido el fatídico día del 10 de octubre de 1800, víctima de una epidemia de fiebre amarilla que asoló la ciudad entre los meses de agosto y octubre extendiéndose después por toda Andalucía. El germen de la mortal enfermedad había sido una corbeta angloamericana, la *Delfín*, procedente de La Habana y anclada en el puerto de Cádiz el 6 de julio después de una travesía de veinticinco días, en la que ya hubo varias bajas por la epidemia.

Josefa y Diego no podían soportar el dolor de la pérdida del primogénito, el segundo hijo que se les moría. Se abrazaban desesperados, padres y amantes, porque sentían con mayor inmensidad el amor que se tenían. Un amor sin márgenes ni límites, al igual que un río desbordado. Y acordaron que si Dios les había sometido a esa prueba, pensaban superarla más unidos que nunca.

Diego sabía que Josefa, más aún después de la dureza de lo ocurrido, deseaba volver a la ciudad aunque no lo dijera. Eran ya demasiados años lejos de un hogar confortable, acogedor y, sobre todo, en paz. Un hogar donde los hijos que les quedaban pudieran crecer con las debidas atenciones médicas y se educaran como era debido.

Hasta que un día, por fin, Diego tuvo una novedad que contarle.

—La posibilidad de una nueva guerra con Portugal hace que la Corona se esté planteando acabar con las expediciones que atendemos el Tratado de Límites aquí, en América.

Al principio Josefa no supo qué decir. Llevaba tanto tiempo deseando escuchar que esa vida inestable y arriesgada se terminaba, que se dejó llevar por el desconcierto.

—¿Significa eso que se pone fin a las delimitaciones? ¿Se acaba tu trabajo? ¿Ya no habrá más selvas ni desiertos? ¿Volvemos a la ciudad?

Diego sonrió por tantas preguntas atropelladas de su esposa, antes de confirmárselo con un lacónico:

—Así es...

Ella se lanzó a sus brazos intentando con dificultad aguantar el llanto, que acabó brotando. Era la mayor de las alegrías, a pesar de la amenaza bélica que la motivaba. Pensó en sus niños y en lo mucho que había anhelado oírle a su marido pronunciar lo que acababa de decir.

La amenaza se fue confirmando. Las cosas empezaron a ponerse tan feas que

Diego tomó la determinación de retirarse con su partida a San Luis para después pasar a Candelaria, donde se sintió más seguro. En el fondo, él también estaba cansado y temía por su numerosa familia, que llevaba quince años malviviendo en esas hostiles tierras. Era motivo más que suficiente para ansiar el regreso a la capital, a lo que se unía la inminencia de la posible guerra con Portugal.

Le fue concedida la licencia para el regreso a España, aunque el virrey le advirtió de que las partidas no podían retirarse sin órdenes del monarca.

Pronto se lo comunicó a Josefa, seguro de que la orden no tardaría en llegar.

—Volvemos a Buenos Aires, regresamos a casa.

Nunca tan pocas palabras llenaron plenamente unas vidas.

El 17 de marzo del primer año del nuevo siglo, 1801, supuso el inicio de una nueva y esperanzadora etapa que lo iba a alejar de lugares en los que, al tiempo que enormes satisfacciones por su deber cumplido y por la familia formada junto a Josefa, también había padecido enormes sufrimientos. Decía adiós a una vida y a unas experiencias inimaginables e intensas.

También decía adiós a los inmensos ojos guaraníes de Rosa, que confiaba en que dejaran de perseguirlo fuera de la selva y una vez apartado de los ríos. Adiós a un amor primitivo y clandestino. La pasión furtiva a la que se había entregado sin medir sus consecuencias.

Emprendieron la marcha por la picada de San Martín y por las gargantas de la sierra del Tapé. Un camino fatigoso, plagado de contratiempos que Diego llevaría grabado en su piel para el resto de sus días. Los carros y las carretas se abrían paso con dificultad en la tierra fangosa, cuando no se atascaban o, peor aún, volcaban con enseres y personas dentro. Curiosamente huían a través de un territorio enemigo, puesto que se trataba de dominios portugueses, pero eran esos mismos adversarios los que no les negaban auxilio ni aliento ante tamañas penalidades. Aunque era lo menos que se esperaba de ellos dada la generosidad española al haber soportado los cuantiosos gastos de todas las partidas, incluidos en gran medida los portugueses, derivados de la manutención y de los utensilios, las dependencias y el ganado necesario.

Sentían las fuerzas flaquear cuando, al fin, avistaron el campamento de Santa María, donde podrían descansar durante más de una semana. Recuperados, prosiguieron viaje. Atravesaron San Rafael, Santa Tecla, el Fraile Muerto..., hasta que la crecida del arroyo de Santa Lucía los retrasó durante quince días que se eternizaron. Un milagro le pareció a la expedición cuando alcanzó la ciudad de Montevideo. El viaje había sido largo y fatigoso. Pero la visión de la capital les compensaba de las fatigas: ¡cuánto había mejorado!, con esos imponentes edificios y tanto comercio, fruto del progreso. Diego tenía gran aprecio a esa ciudad y, ahora que estaba a punto de marcharse de América, le llenaba de recuerdos de su llegada siendo apenas un muchacho con mucho empeño y ganas de progresar.

La guerra entre las dos naciones que deberían ser más bien hermanas estalló de nuevo. Pocos días antes de la llegada de Alvear a Montevideo habían arribado a ese puerto las fragatas de guerra *Medea* y *Paz*. Traían noticias de las hostilidades declaradas y del numeroso ejército español que ya invadía Portugal, por lo que dichas naves habían atacado al bergantín portugués *Palomo* y lo traían apresado. El avance bélico era, por tanto, inexorable, y así llegó ya la orden definitiva para que se retiraran todas las partidas de demarcación a la mayor celeridad a fin de salvar los importantes intereses que con ellas se ponían en riesgo.

Era una gran suerte que pudieran ser transportados y llegaran en buen estado importantes documentos, así como toda la magnífica colección de instrumentos de la partida que Alvear entregó al poco en el real consulado de la capital, en diez grandes cajas, encerrados todos los estuches y bien conservados. Esa era la segunda colección que había tenido a su cuidado. La primera la había entregado por orden del ministro de Marina en 1789 al capitán de fragata don Alejandro Malaspina, que llegó a Montevideo con los dos buques de su mando para la célebre comisión científica de dar la vuelta al globo, que tanto renombre le había dado.

Tardaron tres meses en alcanzar Buenos Aires. Sería porque ya se trataba del final de las expediciones, pero el regreso se les hizo tremendamente penoso. Bien es cierto que, además de las malas condiciones del camino, fueron atacados por indios fronterizos en busca de tesoros. Saqueaban todo cuanto se encontraban al paso, incluso los equipajes de algunos miembros de la expedición que iban quedándose sin escolta, lo que retrasaba mucho la marcha. La mayor preocupación del matrimonio Alvear era poner a salvo a sus hijos, asustados por los asaltos.

Llegaron a casa extenuados pero felices. Los niños corrieron a entrar con ganas, saltando de la alegría y haciendo bromas entre ellos. Parecía mentira. Por fin el añorado hogar.

Por fin...

Josefa y Diego, en medio del trasiego de sirvientes prestos a recoger el equipaje y entrar en casa las ingentes pertenencias de la familia, permanecieron durante varios minutos apostados en la calle, al pie de los carruajes, contemplando en silencio la fachada de la vivienda. Sin retirar la vista del frente, Diego buscó con su mano la de su esposa, que se cogió a él con firme ternura y lanzó al aire un suspiro.

Los tres años que pasaron en la ciudad fueron un bálsamo reconstituyente para toda la familia, especialmente para la pareja. Disfrutaban de los paseos por las bulliciosas calles, del ir y venir de sus hijos a la escuela, de los prolongados baños de Josefa con esencias perfumadas, de las fiestas que organizaban con ganas de sentir que en la vida cabía la alegría, la diversión y el trato relajado con otros seres de su misma condición, con quienes compartían comidas, conversación, lectura o algún juego. Tantos años perdidos por las selvas se olvidaban pronto cuando se volvía a las buenas costumbres de antaño. Lo superficial se recupera con facilidad. Lo que queda en nuestro interior, sin embargo, es patrimonio intransferible. Josefa y Diego llevaban cada uno lo suyo. Dolor compartido por la muerte de dos hijos. Dolor único, solo de Diego, por la inexorable separación de otro. Un invisible cordón que ataba a un sentimiento difuso, algo que se sabía que existía pero que no se reconocía. Alejarse sería tanto como olvidar. Durante muchos años, casi una vida, la añoranza de la patria había latido muda pero intensa. A ella se agarraba para salvar su alma de la tortura del error cometido en América. Del error en el lejano Yapeyú.

Las diligencias para preparar la vuelta tocaban a su fin. El capitán ya había dado cuenta al virrey de todo lo relativo a la retirada de la partida bajo su mando, tras lo cual llegó la orden para los miembros de esta de que volvieran a sus respectivos cuerpos. Alvear quedó designado a la escuadra apostada en Montevideo a la espera de que se hiciera efectivo el mandato para embarcar rumbo a España, tal y como deseaba. Le habría gustado culminar lo poco que quedaba para completar la delimitación, que podía haber sido rematada de no extremar los portugueses su oposición a los intereses de España, a la que tan serios perjuicios habían causado.

En unas horas, la casa de Buenos Aires, regalada al matrimonio por don Isidro Balbastro, pasaría a formar parte del pasado. Los enseres y muebles más valiosos habían sido ya empaquetados y la familia al completo se disponía a partir hacia Montevideo. Numerosos baúles desfilaban hacia la salida, los niños tropezaban entorpeciendo las maniobras de desalojo y la abuela les regañaba impostadamente porque cualquier excusa valía para permanecer junto a ellos hasta el último momento. Su hija y sus nietos se marchaban para siempre, y eso la rompía por dentro.

—Madre, te llevaremos en nuestros corazones el resto de nuestras vidas —le dijo Josefa con cariño.

—Espero que Dios aún me conceda algunos años más.

—¡Pues claro que sí! Nos escribiremos. ¡Manuela! —Una de las niñas tiraba del pelo a su hermano más pequeño—. Vamos, suéltalo y ven a despedirte de la abuela.

Abrazos, besos y despedidas. Y un futuro prometedor por delante.

A veces acaba llegando lo que se da por perdido. Si Diego hubiera tenido que finalizar sus días en América lo habría aceptado. Pero si le hubieran dado a elegir, sin duda su Montilla natal habría sido la respuesta. Cuántas noches en las salvajes selvas soñó con los campos abiertos y acogedores del lugar que le vio nacer y al que deseaba regresar. Y era tan fuerte su sentimiento, que se lo había transmitido a su mujer, deseosa ya de conocer sus orígenes. Su padre, don Isidro, le hablaba de niña de una tierra hermosa y rica donde las mesetas se asemejan a un océano de arena.

—Nos vamos ya, España nos espera —le dijo por fin un día Diego de Alvear a Josefa; un esperado día—. El rey reclama que llevemos unos caudales que están a punto de llegar a Montevideo.

El virrey del Perú les había informado de que tenían que transportar quinientas mil monedas de oro y plata que habían sido acuñadas en la Real Casa de Moneda de Lima por orden de Su Católica Majestad don Carlos IV.

—En cuanto estén aquí, ya no habrá razones que nos retengan. Embarcaremos rumbo a España.

Diego, gracias a sus palabras, que todavía no parecían reales de tan esperadas, recibió de su esposa el beso más profundo y sincero, el que se da camino de la esperanza de una nueva vida.

Acostumbrada a bregar con una extensa familia, Josefa cargó con el peso de los laboriosos preparativos. Tenía que encargarse de empaquetar toda una vida de recuerdos y enseres del matrimonio y de los ocho niños, que no paraban de trastear. Andaban en la edad de hacerlo, y se contagiaban unos a otros el nerviosismo de cambiar de país y de continente, y estar a punto de conocer a su familia española. Ayudaban y desorganizaban a partes iguales. Las ganas y la alegría derivadas de la perspectiva del viaje, y también la paciencia materna, hacían llevaderos los múltiples trámites que debían cumplimentarse. Por suerte, Josefa había tenido la idea de no abrir muchas de las cajas en las que habían venido embalados, desde Buenos Aires, los muebles y los objetos de decoración. Eso le ahorró esfuerzo. Pensaban embarcarlos directamente, tal cual llegaron.

Diego, por su parte, recogía material de trabajo de treinta años en las Indias sirviendo a la Corona de España. ¡Cuántas cosas habían ocurrido en España durante su ausencia! También volvía con grandes tesoros: una considerable fortuna después de tantos años de trabajo y, lo que era más importante, una esposa maravillosa y ocho hijos. Atrás dejaba muertes de descendientes y de amigos. Y evitaba echar la vista hasta la ribera del río Uruguay en aquellas noches estrelladas que jamás regresarían, porque ya no había ojos que surgieran de entre la maleza.

«Aquellos ojos se apagaron», se decía mientras besaba los de Josefa en el muelle del puerto de Montevideo...

... El mismo en el que, la noche del 5 de junio de 1804, habían fondeado las

naves *Clara* y *Nuestra Señora de las Mercedes*, procedentes del puerto del Callao, para unirse a la *Medea*, destinada a ser el barco almirante, y la *Fama*, ambas también fragatas de guerra como las primeras, para partir rumbo a Cádiz con una notable misión. A finales de enero del año anterior, el virrey del Perú, teniente general don Gabriel de Avilés, marqués de Avilés, había informado desde Lima al ministro de Hacienda sobre el estado de la plata y el oro acuñados en la Real Casa de Moneda de Lima durante los últimos seis meses de 1803 en cumplimiento de la real orden dada por Su Majestad el rey Carlos IV para transportarlos a España. El virrey acusó recibo de la necesidad que tenía la Hacienda pública española de sufragar las deudas contraídas por los gastos de las guerras pasadas.

El desempeño de sus obligaciones se sumó a las ganas que tenía el capitán Alvear de regresar a casa acompañado de su esposa y de su extensa familia. Treinta años de esfuerzo y sacrificio tendrían al fin su recompensa.

Treinta años que salieron volando entre las velas al viento.

*Puerto de Montevideo,
9 de agosto de 1804*

Era una gélida mañana tan ansiada que Diego apenas si notaba el frío. La gente se movía como minúsculos ejércitos de hormigas formados indistintamente por pasajeros, oficiales, marinería y tropa; deprisa, chocando entre ellos y reconduciendo el camino una vez y otra hasta asegurarse de que no dejaban nada en tierra. La expedición que se aprestaba a zarpar era una de las más importantes de los últimos años. Las cuatro fragatas de la Real Armada, *Medea*, *Fama*, *Clara* y *Nuestra Señora de las Mercedes*, estaban a punto de regresar a casa desde el Nuevo Mundo conquistado por los españoles hacía ya más de dos siglos.

En mitad del barullo, la estilizada figura de Josefa Balbastro desprendía una aureola de tranquilidad y sosiego. De pie, en el muelle, despidiéndose de Diego, su esposo, llamaba la atención sin pretenderlo. Era debido, sobre todo, a su elegancia y a la calma de sus maneras, pero también a su belleza.

La familia Alvear tenía previsto viajar en la *Mercedes*, nave de treinta y seis cañones botada en La Habana en 1786. Sin embargo una irremediable contrariedad alteró los planes. Tres días antes, el segundo comandante y mayor general de la división, don Tomás de Ugarte, al mando de la *Medea*, sufrió una seria indisposición y tuvo que pedirle a su amigo Diego de Alvear que lo relevara. Este aceptó, muy a su pesar, dado que era muy grande la ilusión por realizar la travesía junto a su mujer, Josefa, y a sus ocho hijos. Significaba tanto ese viaje para la familia... Pero los preceptos de la ordenanza naval eran claros —le tocaba asumir el mando por su graduación— y a ellos se debía, sin que tal circunstancia generara en su conciencia ningún conflicto, más que la pesadumbre de no poder acompañar a los suyos.

Con todo colocado en el camarote familiar de la *Mercedes*, el matrimonio Alvear se despedía en el muelle.

—No es más que una minúscula contrariedad —le dijo a su esposa—. Iremos juntos, imagina que nuestros barcos navegarán de la mano, surcando el mar rumbo a Cádiz.

Josefa, emocionada, respondió:

—Tengo tantas ganas de llegar a España y de iniciar allí una nueva vida, con los tuyos, que ya son mi familia. Y ganas de que nuestros hijos crezcan sanos y en paz. ¿Sabes? Es como si ya conociera la casa de Montilla, la he recreado tantas veces en mi imaginación con todo lo que me contabas, que solo deseo llegar y comprobar que es idéntica a la que he visto en sueños.

En ese momento vieron a varios de sus hijos jugando peligrosamente asomados

por la borda de la fragata *Mercedes*. Josefa le pidió a Diego que se llevara con él a Carlos.

—No imaginas cómo ha alterado a los pequeños, en lugar de ayudarme a hacerme con ellos. El camarote es muy pequeño y él parece más niño que ninguno. No quiero ni pensar que zarpe y se comporte así todo el viaje.

—Es buen chico, pero está en una edad muy mala. Ya es un hombre, aunque parece que se resiste a aceptarlo —respondió complaciente Diego—. No te preocupes, ahora mismo le pediré que baje. Además me vendrá bien llevármelo como compañía.

Mientras un par de esclavos, dos jóvenes hermanos que viajaban con su padre al servicio de la familia Alvear, trasladaban el equipaje del señorito Carlos desde la *Mercedes* hasta la *Medea*, Diego y Josefa culminaban la despedida.

—La próxima vez que nos veamos será en España —le dijo él sellando la promesa con el último beso en tierras americanas.

Josefa fue conducida por un oficial al interior de la fragata, mientras en un rincón, a la espera de que su padre pudiera prestarle la atención debida, aguardaba Carlos, el cuarto de los ocho hermanos, quieto y con cara de no gustarle lo que le esperaba.

—Veamos, jovencito —comenzó el capitán Alvear—, no voy a decirte lo que me parece tu comportamiento, porque no es momento. Espero que demuestres que sabes estar a la altura del hombre que ya eres, puesto que ante tu madre más parecía que en lugar de casi quince años tuvieras siete. Ese no es proceder para un cadete del Regimiento de Dragones.

—Yo, padre... —balbuceó el joven.

—Tú, nada. No hay excusas que justifiquen el desorden que has provocado en el camarote con tus hermanos. Pero ¿es que no te das cuenta de que son pequeños? Si en lugar de enredar como uno más te hubieras dedicado a ayudar a tu madre, como era tu obligación, habrías podido viajar con todos ellos.

—Pero es que...

—¡No repliques! —volvió a cortarle el padre antes de dar media vuelta y encaminarse hacia la nave *Medea*.

Carlos agachó la cabeza para encajar la reprimenda. Clavó su mirada en sus zapatos mientras se decía a sí mismo lo que no había podido decirle a su progenitor: en verdad prefería mil veces estar a su lado en otro barco, siendo testigo de cómo daba órdenes a unos y otros, y viviendo la travesía entre hombres, que hacer de niñera de sus hermanos. Y con ese minúsculo secreto metido en el corazón echó a correr triunfante hacia el barco.

Ya en cubierta, antes de retirarse al camarote, Josefa se asomó para un último adiós a su esposo, que la contemplaba desde abajo dispuesto a subir a la *Medea*, donde ya le esperaba su hijo Carlos.

Esa última mirada y la sonrisa de los labios de Josefa lanzándole un beso al aire

desde cubierta entraron en el corazón de Diego con la fuerza de un cañonazo.

Zarparon dejando atrás América, su particular tierra de promisión. El hogar y los campos de la niñez del capitán esperaban al otro lado del inmenso Atlántico.

*En aguas próximas a Portugal,
mañana del 5 de octubre de 1804*

Después de cincuenta y ocho días de navegación sin incidentes destacables, la expedición española avistó tierra. Por ventura estaban a punto de arribar a España sin ninguna baja, aunque sí hubo muchos enfermos de fiebres y calenturas ocasionadas por la mezcla del intenso calor en alta mar y las fuertes lluvias. De las cuatro fragatas, la más afectada había sido precisamente la *Medea*. Ugarte empeoró de su padecimiento, mientras que el jefe de escuadra, don José de Bustamante y Guerra, también sufrió un doloroso mal prolongado durante toda la travesía. Lo que más le preocupaba a Alvear era que pudiera enfermar su hijo, pero Carlos era un chico sano y de gran fortaleza, así que no se vio afectado por ninguna dolencia.

En el horizonte, la portuguesa sierra de Monchique confirmaba felizmente la proximidad de Cádiz, puerto de destino, adonde llegarían en no más de una jornada. «Amaneció con tiempo claro y sentado, el viento fresco; las costas de España se presentaban hermosísimas a su vista, y a las seis y cuarto demarcaron las sierras de Monchique. Todo era movimiento, alegría y esperanza en las tripulaciones», escribió emocionado Diego en su diario de navegación. Por fin regresaba a casa, a su origen en la cordobesa Montilla.

A aquellas tierras había llegado enviado por Carlos III y regresaba ahora a las órdenes del hijo, Carlos IV, cumpliendo su mandato de transportar un cargamento de oro y plata acuñado en Lima para las arcas de la Hacienda del Reino de España.

Retornaba entre las mieles de una vida de triunfos. Se había casado con Josefa, heredera de una de las familias mejor consideradas de la alta burguesía bonaerense, y con ella había tenido una prolija descendencia de diez hijos, de los cuales dos habían muerto. Todos ellos, esposa y prole, sentían la misma ilusión por ser recibidos en la patria de los Alvear. Quedaba poco para que así fuera. Para que se cumpliera el gran sueño. Qué lejanos se vuelven los deseos cuando se está a punto de alcanzarlos.

Tales pensamientos merodeaban en la mente de Diego, que se hallaba como un lobo marino en la cubierta, a pesar del frío, ajeno al trajín de aparejos y maniobras, contemplando a babor la costa y a estribor, la *Mercedes*. La ilusión de su espíritu hacía que sintiera la fragata más cerca de lo que en realidad estaba. Muy pronto podría tocarla con sus propias manos. Deseaba que las horas pasaran rápidas para ayudar a descender a tierra a Josefa, a las pequeñas, a los niños, Manuela, Juliana, Ildefonso, Zacarías..., localizar sus enseres y pertenencias, e intentar emprender camino hacia Montilla lo antes posible una vez finalizados los pertinentes trámites y

cumplimientos a los que su cargo obligaba. ¡Qué corto, pues, el camino que restaba!

Un pequeño queche con bandera de Dinamarca, que se dirigía a Londres, se cruzó con ellos y les confirmó la paz de aquellas aguas que navegaban. Todo en orden. Diego, exultante, lo agradeció deseándoles buena travesía antes de volver a ensimismarse en los recuerdos que, ahora que estaba a un paso de arribar a la costa de la península, se agolpaban en su cabeza y, sobre todo, en su corazón.

Y el corazón le ardió al recordar el momento en que este le dio a entender que la joven que llevaba tratando amablemente en Buenos Aires y visitando durante meses como agradecimiento a las atenciones que le prodigaba su padre no era otra que la mujer llamada a hacerlo feliz como hombre. Se estremeció al recordar la belleza desbordante de la novia y el acontecimiento que supuso para la ciudad la celebración de su boda. Tenía la imagen del rostro de Josefa presente como si la estuviera viendo en ese instante, en la cubierta de la *Medea*, aunque hubieran transcurrido más de veinte años. En los casi dos meses de expedición oceánica la echó tanto de menos... Dios, qué ganas de abrazarla.

El mar en calma parecía un inabarcable cristal azul. A pesar del movimiento en las cubiertas, los navíos se deslizaban silenciosos y ligeros. Inspiró con fuerza el aire de la mañana que se iba abriendo paso y le consoló la certeza de que, en menos de que transcurriera un nuevo día, volverían a estar juntos y en España. No se le podía pedir más a la vida.

De repente, marcando el reloj las ocho, la sorprendente cercanía de una escuadra inglesa formada, al igual que la española, por cuatro barcos, lo sacó abruptamente de su ensimismamiento. La *Clara* hizo señal de tres velas al primer cuadrante, aunque pronto se vio que eran cuatro. ¿Qué diantre hacían allí cuatro fragatas, importantes a juzgar por su envergadura, de Su Majestad Británica si en ningún lugar constaba que estuviera prevista su presencia en aquellas aguas tan cercanas a la península? Los oficiales, con su capitán a la cabeza, don Francisco de Piédrola, aparentaron tranquilidad. En realidad no existían razones para sentir lo contrario. Les amparaba la paz firmada en el Tratado de Amiens, dos años atrás, entre la Corona británica, por un lado, y la primera República Francesa más sus aliados, el Reino de España y la República Bátava, por otro. «Habrà paz, amistad y buena inteligencia entre las partes contratantes, que pondrán la mayor atención en mantener una perfecta armonía entre sí y sus Estados, sin permitir que de una parte ni de otra se cometa ninguna especie de hostilidad por tierra ni por mar, bajo cualquier excusa». Se trataba, sin ninguna duda, de naves amigas.

Pero... ¿qué pensaba Diego de Alvear y no decía? Durante el resto de su vida no hallaría respuesta al porqué de intuir una amenaza que le llevó a recelar desde que avistó el primer navío inglés en lontananza. Tal vez calló al no acabar de creerse él mismo su propio temor.

Algo parecido debió de sucederle al jefe de escuadra. Sin pretender sembrar la

alarma entre la tripulación, el general Bustamante y Guerra ordenó, no obstante, zafarrancho como precaución y que las naves se alinearan exactamente como venía dispuesto desde su salida de Montevideo: la *Fama* en cabeza de línea, la *Medea* y la *Mercedes*, en las que viajaban los dos pilares que sustentaban la vida de Alvear, en el centro, y la *Clara* en la retaguardia. En esa posición siguieron rumbo E.N.E. (Estenordeste) avistando, ahora ya sí, toda la costa del Cabo de Santa María, en el Algarve portugués.

Transcurrida una hora, hacia las nueve, las intenciones inglesas comenzaron a ser más que inquietantes. Las naves españolas largaron sus insignias y banderas de popa al mismo tiempo que las inglesas fueron fijando su posición por el través de cada una de las primeras según iban llegando a barlovento. Esta danza naval dio lugar a que cada una de las embarcaciones de la Armada española quedara custodiada por su respectiva de la expedición contraria.

La fragata «amiga» de mayor porte se acercó a la *Medea* para preguntar, en inglés, procedencia y puerto de destino. Fue informada, en el mismo idioma, por el capitán Alvear, quien no perdía de vista en ningún momento la *Mercedes*, y seguidamente disparó un cañonazo para que le aguardaran mientras enviaba un bote con un oficial. De inmediato, la *Medea* hizo la señal de estrechar aún más las distancias y se repitió la orden de zafarrancho y de estar preparados para el combate en previsión de lo que pudiera suceder.

Llegado el bote de costado, el oficial inglés aclaró lo que los españoles venían sospechando. La paz dejaba de existir, borrada como si se la tragara una ola. El comodoro *sir* Graham Moore, al mando de la escuadra y capitán del navío que acosaba a la *Medea*, tenía la orden del gobierno de Su Majestad Británica de llevar detenidas a puerto inglés las cuatro fragatas de la Armada española, «aunque fuese a costa de un reñido combate». Con ese fin llevaba tres semanas apostado en aquel punto del océano. De hecho, la actual flota era el relevo de otra inferior, de menos fuerza que esta con la que pensaban detenerlos. Moore le pedía que accedieran para evitar un inútil baño de sangre.

La sangre fue, precisamente, lo que se le heló en las venas a Diego de Alvear en los segundos previos a que se le encendiera de rabia ante semejante dislate. ¿A qué venía ese sinsentido? ¿Cómo era posible una detención entre dos potencias amparadas por un acuerdo internacional? ¿Dónde quedaba el verdadero significado del primer artículo del Tratado de Amiens?

Por si la situación no era lo suficientemente confusa, el oficial aclaró, en nombre del comodoro Moore, que, en efecto, como argumentaban los españoles, no se había declarado guerra alguna que justificara la presente acción militar. Hizo señal a sus naves con un pañuelo blanco y, tras comunicar que volvería con la decisión de la Junta de Guerra, se retiró a su bote. Resultaba todo tan absurdo que al capitán Alvear se le descontrolaron las ideas en su cabeza. Iban y venían trazando imaginarios círculos que se agotaban en sí mismos sin poder alcanzar nada parecido a una

conclusión. Carlos, su hijo, testigo mudo desde un rincón de cubierta, comenzó a sentirse mal por no estar junto a su madre y sus hermanos, que era lo que más deseaba en aquel momento. Los sucesos estaban consiguiendo darle la vuelta a sus sentimientos, creyéndose ahora un cobarde por haber preferido estar con su padre en lugar de ayudar a su madre a controlar a sus hermanos pequeños. Pero ya se sabe que el destino no avisa. Pensaba en ellos porque, se decía a sí mismo, a aquellos ángeles nada malo podía pasarles y él se sentiría más tranquilo estando a su lado. Los trajo a la memoria intentando encontrar una razón para sonreír ante la desazón extendida como un manto de polvo entre las naves españolas.

La calma chicha no ayudaba. La quietud del aire y aquella pesadez en la atmósfera, y aquel profundo silencio que cortaba las miradas, y el nudo que estrangulaba la garganta...

—¡Oficiales, todos a reunión!

La voz del general Bustamante sonó más grave que nunca. El joven Carlos observó los movimientos de aquellos hombres, entre los cuales iba su padre, adentrándose callados en el camarote. La junta de oficiales fue breve. No podía ser de otra manera. El tiempo escaseaba. De forma unánime se decidió resistir. Los españoles no pensaban entregarse. No tenían por qué hacerlo. Les amparaba el derecho y la justicia, aunque intuían que ni lo uno ni lo otro les importaba demasiado a los hombres de Moore.

Cada uno de aquellos marinos armados de perplejidad y valor fue ocupando su puesto sin acabar de creerse que los ingleses fueran capaces de cumplir tan grave amenaza.

A pesar de la decisión tomada, el general quiso realizar un último intento antes de entrar en combate, y, así, le propuso al comodoro una posibilidad conciliadora: atracar en un puerto neutral de Portugal, la costa más próxima, a la espera de que llegaran nuevas órdenes que, aunque esto no lo dijo, confiaba en que fueran más cabales que las anunciadas por Moore.

Pero el mayor general, Diego de Alvear, tuvo un arrebato mientras el oficial inglés abordaba su bote para regresar a su fragata. La mayoría de los tripulantes formaron a su lado, estuvieron con él en su intención de combatir, plantándole cara a la afrenta inglesa, antes que atracar en un puerto que no fuera español.

—¡Fondearemos en Cádiz! —gritó—. Así nos lo ha ordenado nuestro rey y nos lo exige nuestro pabellón.

No hubo posibilidad de nada más. La prepotencia demostrada por los ingleses tomó la forma de un proyectil, un cañonazo con bala lanzado desde la fragata a la que acababa de arribar el bote del oficial y que sirvió de señal a las otras tres para que la emprendieran también a cañonazos contra las naves españolas. El objetivo del primer disparo de cañón había sido la *Mercedes*, lo que sacó de quicio al joven cadete Alvear, que se lanzó a la lucha como uno más siguiendo el ejemplo de su padre. Jamás imaginó Carlos que el destino iba a determinar que su paso de adolescente a

adulto fuera a ser tan fulminante. En cuestión de minutos y bajo el estruendo de la pólvora y los cañones, Carlos se hizo dolorosamente hombre.

Aunque el tiempo parecía haberse detenido hasta que comenzó el inesperado combate, el tiempo marcó las nueve y quince minutos en el primer disparo, que fue seguido por una descarga de artillería y fusiles contra la fragata en la que se encontraba el resto de la familia Alvear. Al cabo de media hora, españoles e ingleses andaban metidos de lleno en un sangrante fuego cruzado de imprevisibles consecuencias.

Hasta que el sino consideró llegada la hora de la calamidad. Un certero cañonazo procedente de uno de los navíos ingleses dio de lleno en la santabárbara de la *Mercedes*, allí donde se almacena la pólvora. Maderas, telas del velamen, monedas, restos humanos, volaron despedazados. El oro. La plata.

La vida.

El estallido estuvo acompañado de un ensordecedor estruendo que nubló la conciencia de Diego de Alvear, indefectiblemente testigo de la tragedia. Podría concluirse, incluso, que momentos antes de que el proyectil, lanzado desde la fragata *Amphion*, impactara en la *Mercedes*, él ya había puesto en ella los ojos, y en los suyos, su corazón.

Con aquel barco, su vida entera saltó por los aires hecha añicos. Su amada Josefa..., sus pequeños... y después todo lo demás. Los ojos de Josefa se perdieron en el mar. Los labios, tantas veces besados, sellaron un adiós nunca dicho.

Un solo segundo bastó para que el mundo se oscureciera. Qué frágil es nuestra existencia si tan poco, una pequeña bola de hierro, puede acabar con tanto.

Días más tarde, Diego de Alvear, o lo que quedó de él, escribiría en su diario:

Saltó la *Mercedes* por los aires con estruendo horrible, cubriéndonos con una espesa lluvia de ruinas y de humo.

Ruinas y humo... y después todo lo demás.

Después... la nada.

*No alcanza allí jamás de la ternura
el mísero gemido ni el lamento,
ni poder, ni riqueza, ni hermosura.
Sobre yertos cadáveres su asiento
erige, y huella la implacable muerte
armas, arados, púrpuras sin cuento.
Mísero Albino, doloroso vierte
lágrimas de amargura; a par contigo
yo gemiré también tu infausta suerte.*

JOSÉ DE ESPRONCEDA,
Elegía «A D. Diego de Alvear y Ward,
con motivo del fallecimiento de su amado
padre D. Diego de Alvear y Ponce de León,
brigadier de marina».

La Mercedes!

El grito desgarrado del capitán pronunciando el nombre del barco hundido como si con su sola invocación quisiera reflotarlo retumbó hasta el más recóndito rincón de la *Medea*.

Fue la *Amphion*, sí. Podía haber sido cualquiera de las otras tres fragatas, *Lively*, *Indefatigable* o *Medusa*, pero fue la *Amphion* la que atravesó el alma de Diego de Alvear y Ponce de León llevándose consigo todo cuanto era y tenía. El marino de Montilla buscó la huella de Dios en el horizonte y en el mar azul teñido del rojo de la sangre inocente. ¡Qué terrible acierto del destino que fuera esa y no otra la nave ejecutora de su inmensa desgracia! Anfión, dios de la mitología griega, tuvo con su esposa Níobe, hija de Tántalo, dios de Lidia, la mayor prole que pudiera imaginarse, pero a todos perdió trágicamente. Hembras y varones de su descendencia fueron exterminados en un brutal ataque fruto de la envidia de la diosa Leto, madre solamente de dos hijos, Ártemis y Apolo. Ártemis disparó contra las niñas mientras que Apolo se encargó de matar a los niños. Todos aniquilados. Cuenta la leyenda que, enloquecida ante la pérdida de sus hijos, Níobe regresó a Lidia, su tierra natal, en Asia Menor, y acabó convertida en roca.

Así exactamente era como se sentía él. Como una roca. Su ánimo, petrificado. Inexistente, su vida. Todos los presentes, sin excepción, le rodearon de silencio como muestra de respeto ante la inmensa desventura que quizá él todavía no era capaz de asumir.

El silencio, sin embargo, no era posible. Desde el agua procedían gritos

clamorosos de los supervivientes, que se mezclaban con el cruce de proyectiles entre ambos bandos. Porque la batalla seguía. Voces de niños, mujeres y hombres, algunas de ellas con timbre ya de muerte, emergían de las agitadas aguas implorando una ayuda que no iba a llegar.

Alvear tuvo que golpearse varias veces en la frente queriendo vaciar su cabeza de aquellos alaridos, terribles y tenebrosos, para seguir cumpliendo con su obligación y no traicionar el honor militar entregándose a una operación de salvamento que lo habría apartado de su puesto de mando. Quién sabe si alguna de aquellas desesperadas peticiones de auxilio procedía de alguno de sus hijos. ¿Habría valido la pena intentar salvar siquiera a uno de ellos? ¿O a Josefa...? ¿Y si fuera de ella alguno de aquellos gritos encaminados hacia la muerte? Diego se negó a sí mismo la posibilidad de pensarlo. Su deber era otro.

Sacó la voz que no tenía; la voz engullida por la explosión y el drama. La voz muda de la sonora tragedia. Y, cual espectro salido de otro mundo, el semblante demudado, con gran esfuerzo prosiguió con su deber dando órdenes para que no decayera el combate.

Cegado por las lágrimas que le nublaban la visión se mantuvo en su puesto mientras comenzaban a emerger a la superficie los primeros ropajes de los desaparecidos e iban perdiendo fuerza los ecos de los escasos supervivientes que se mantenían asidos a los restos de madera que flotaban a la deriva.

El infierno se prolongó increíblemente durante otra hora más. La voladura de la *Mercedes* no supuso, ni mucho menos, la rendición de los españoles. Combatían, aunque las fuerzas se agotaban. Cumplidas las diez y media de una mañana de horror y desolación, y asediada la *Medea* a babor y a estribor, por acuerdo de oficiales, comandante y mayor, Diego de Alvear arrió la bandera de la rendición y le fallaron las piernas al hacerlo. ¿Acaso se podía soportar más dolor?

Desde cubierta pudo contemplar cómo la *Clara* quiso seguir batiéndose con su respectiva nave enemiga, hasta que finalmente también se rindió.

Solo quedaba la *Fama*. Durante horas forzó de velas intentando escapar, sin conseguirlo. El colofón de un verdadero desastre.

A pesar del desconcierto y el caos, Alvear supo en su interior que ninguno de los suyos seguía con vida. Sobreponiéndose milagrosamente y mostrando una entereza casi sobrehumana, aguantó para cumplir con los escasos deberes que lo requerían, hasta que al fin se retiró a su cámara, solo, sin más compañía que la soledad «y Dios, el único ser que sondear pueda los abismos de mi dolor, de este dolor sin nombre ni medida que para siempre me sumirá en la más espantosa desolación», escribió en su estropeado diario para sentirse vivo, ya que llegó a dudarlo. «Dispuesto está mi corazón para padecer y sufrir», repetía sin cesar en su camarote, «¡Dios, Dios mío, ayúdame!».

Cuando entró su hijo Carlos llorando, ambos se abrazaron desconsolados, sin dejar de pensar en el sufrimiento de los últimos momentos de vida de la madre y los

hermanos. Y sintió que amaba aún más a Carlos, como si en él hiciera acopio de todo el amor que ya jamás podría demostrarles a su esposa y a sus siete hijos muertos. El padre le pidió al único ser que quedaba vivo de su familia que no imaginara escenas de la tragedia porque no harían sino aumentar su dolor. Y el dolor también mata.

Cuando llegó la tranquilidad tras la contienda pudieron iniciar el rescate de los supervivientes. Recogieron vivas a unas cincuenta personas, entre ellas un único oficial, don Pedro Afán de Ribera, teniente de navío y segundo comandante de la nave hundida, al que hallaron en pésimo estado agarrado a troncos y a los restos del castillo de su fragata. El número de muertos hacía tanto daño como el pensamiento puesto en todos y cada uno de ellos: doscientos sesenta y tres. Las pérdidas familiares de Diego de Alvear le destrozaban el alma. Fallecieron su esposa, doña Josefa Balbastro, sus siete hijos —cuatro niñas y tres niños, diecinueve años el mayor—; un sobrino que les acompañaba a España, y cinco sirvientes: el padre y sus cuatro hijos.

Nadie más que el cuarto de sus vástagos, Carlos, quedó vivo, y a él permanecía abrazado. Oía hablar a los ingleses haciéndose cargo del gobierno de la *Medea* y apremiando a la tripulación para que prepararan la marcha.

Y aunque frente a las pérdidas humanas poca importancia puede tener ya el dinero, los hombres de Moore no solo le arrebataron a toda su familia sino también su fortuna. El fruto de treinta años sirviendo a la Corona se desperdigó en el fondo marino en un sangriento suspiro. Más de cincuenta mil pesos. Pero también los planos de sus trabajos en la comisión de límites y los libros en los que constaba con detalle su inmenso esfuerzo. Enterrados para siempre en las aguas del océano y convertidos en un tesoro que solo al mar pertenece.

Le sobresaltó un oficial al abrir la puerta del camarote sin pedir permiso. Sabía a lo que venía. Era inglés. Diego besó a su hijo en la frente y salió hacia la cubierta entregándose no al vencedor sino a una muerte en vida.

Concluía así la conocida como Batalla del Cabo de Santa María.

Camino de Plymouth, Gran Bretaña

La frialdad del viento en la proa se estrellaba contra el rostro de Diego sin que lo notara. No sentía nada. Se creía muerto, alejado de la vida, expatriado de cualquier sentimiento.

Los gritos de los náufragos mecidos por las gélidas aguas hasta extinguirse con la muerte resonaban en su cabeza sin parar. Mirara a donde mirase solo veía las caritas de sus siete hijos que ya no estaban y la belleza inexistente de Josefa, arrebatada por el sinsentido. La sinrazón de un ataque que jamás debió haberse producido. Afligía que no hubiera vuelta atrás. Esa locura era la peor manera de culminar una vida...

Diego creyó estar viviendo una pesadilla. Parecía mentira que hubieran transcurrido tan solo unas horas. Tras el ataque a la división española en el Cabo de Santa María, los ingleses procedieron al abordaje de las dismanteladas naves con su tropa y alguna marinería, y requisaron las armas, en su mayoría fusiles y sables. Hubo que agradecer que actuaran con educación, quizá la que no tuvieron a la hora de cañonear la *Mercedes* y hundirla, de tal modo que a los tripulantes no quisieron tratarlos de prisioneros, respetando los equipajes y enseres personales.

Especialmente doloroso fue el momento en que enarbolaron la bandera inglesa sobre la española, hecho, por otro lado, incomprensible ya que estaba precedido de la promesa de que no practicarían ni una sola detención. Así de claro lo manifestó el comodoro Graham Moore al visitar, a media mañana, al jefe de la división española, el general don José de Bustamante, tachando de «imprudencia» y «brutalidad» su propia acción. Pero no quedó ahí la curiosa crítica al desastre que ellos mismos habían provocado. Explicó lo mucho que sentía haber sido comisionado «para una expedición y encargo semejante en tiempo de paz», y quiso demostrar su humanidad expresándole al mayor su condolencia por la desgraciada pérdida de la *Mercedes*, haciendo mención a la familia del capitán Diego de Alvear. El comodoro inglés se afaná por dejar muy claro que con este ataque no se declaraba ninguna guerra y que tenía órdenes de conducir las naves españolas a puertos de la Gran Bretaña. Es posible que el gobierno británico considerara que transportaban un gran tesoro, mayor aún que el que en efecto llevaban.

El trayecto hasta las costas inglesas produjo una estampa miserable y patética: el horror surcando las aguas en forma de barcos deshechos, como si volvieran de la peor de las guerras. ¡Y el comodoro decía estar en paz!

Desde que fue atacada, la *Medea* hizo más agua que la acostumbrada, y fue aumentando hasta treinta y seis pulgadas por día, y la *Clara* mucho más, llegando a veintitrés pulgadas por hora, a causa de los múltiples balazos que tenían a flor de

agua. La mañana del 16 de octubre, la tripulación de la *Medea* pasó a bordo del *Indefatigable*, comandado por Moore, para entregar un estado general de la escuadra española que les había sido requerido por el invasor con el fin de conocer al detalle los caudales y frutos que conducían las cuatro fragatas, con distinción de lo que pertenecía al rey, al comercio nacional y a particulares, a la compañía marítima, y hasta lo registrado y puesto bajo el título «Caja de soldadas», como sueldos vencidos y ahorrados en América por la plana mayor, oficialidad, tropas de guarnición y marinería de dotación de dichos buques con arreglo a la ordenanza. Aproximadamente, en su conjunto, las cuatro fragatas de guerra españolas transportaban treinta y tres mil pesos en cueros de lobo, pipas de grasa de lobo, sacas de lana de vicuña y de cascarilla de quina, barras de estaño, galápagos de cobre, tablones de madera, oro y plata en pesos fuertes, y cajas y zurroneos de ratania, un arbusto americano de gruesa raíz, al que se le suponían propiedades astringentes y por ello lo habían estado usando los españoles con fines medicinales. Por último, la caja de soldadas ascendía a casi trescientos pesos, aunque había que descontar la parte que se había perdido con el hundimiento de la *Mercedes*. En cuanto al dinero, la suma más cuantiosa era la que correspondía a la que se transportaba por orden de Su Majestad, el rey don Carlos, destinada a las arcas de la Real Hacienda.

—¿Dónde está el capitán don Diego de Alvear? —requirió Moore después de que uno de sus hombres recogiera los documentos entregados por los españoles.

Alvear dio un paso adelante y se apostó frente a él, intentando no mostrar abiertamente su hundimiento moral. No existía en el mundo ley ni código del honor que amparara la comparecencia de la víctima ante su verdugo. Le asqueaba verle la cara tan de cerca al hombre que hacía escasas horas había dado la orden de volar la fragata en la que viajaba su vida entera. Le miró a los ojos mientras le seguían asaltando en su cabeza los gritos desesperados de las víctimas luchando en el agua contra los restos de la embarcación, entre humo, tablones ardiendo, metralla... Niños, mujeres, algún anciano... Inocencia, al fin y al cabo, destruida sin más.

—Lamento la pérdida de su familia. —Graham Moore pronunció la frase que Alvear no escuchaba, porque había dejado de atender este mundo si en él estaba el comodoro—. Imagino lo que estará sufriendo.

No, él no tenía ni idea, pero no pensaba decírselo. Moore, por su parte, entendía el mensaje y cambió de tercio.

—Van a ser conducidos hasta Gran Bretaña, pero quiero dejarle claro, capitán, que no van en calidad de prisioneros.

¿Ah, no? Entonces ¿cómo se le llamaba a lo que estaban haciendo con ellos? Pero Alvear se mantenía en su muda actitud. No quería dirigirse a Moore.

—Esta situación me resulta tan incómoda como a ustedes —insistió el inglés.

Era osada la comparación. Había rabia contenida que se envolvía en un tenue rayo de sol proyectado sobre sus cabezas.

Las tripas del Atlántico rugían revueltas por la masacre que había engullido, y el

eco sordo se expandió por las conciencias de quienes habían quedado vivos; los que ahora lloraban en silencio a sus muertos, todavía calientes.

—¿Es que no va a decir nada, capitán Alvear?

Diego se limitaba a mirarle de frente. Moore, airado, hizo un gesto a los españoles para que se retiraran y regresaran a su nave. Dio media vuelta y se alejó poniendo fin a una situación embarazosa para todos.

El viernes 19 de octubre, la *Medea* y la *Clara* anclaron en un puerto muy seguro, el de Plymouth, en la zona donde se conservaban los buques de guerra, uno de los principales departamentos de la Marina Real inglesa.

Cuál no fue su sorpresa cuando al atracar les impidieron bajar de sus buques, anunciándoles la visita al día siguiente de la Junta de Sanidad para requerir datos sobre las calenturas padecidas durante la navegación.

Como se temía, las autoridades sanitarias inglesas diagnosticaron, basándose en las meras explicaciones que les dio el físico de la expedición, don Juan Rodríguez Caballero, la temible fiebre amarilla. Por si fueran pocas las penalidades sufridas, se decretó la cuarentena con gran desesperación para los españoles. Durante el día se enarbolaba la bandera amarilla, que determinaba la total incomunicación del barco, y al llegar la noche, un farol permanecía encendido de forma constante.

En esos momentos, cuando terminaba la primera jornada anclados en un puerto que nada tenía que ver con la luminosa Cádiz que los esperaba, los cuerpos agotados fueron cayendo en el sueño, uno a uno, vencidos por las circunstancias que no estaban a favor, como sí lo estuvo, en cambio, el viento que les acompañó en las costas portuguesas empujándolos hacia el sueño de alcanzar su patria.

Las autoridades españolas fueron oportunamente informadas. Altos representantes del rey, como el vicecónsul y el embajador en Londres, el ministro de Marina, el director de la Real Armada y hasta el mismísimo Príncipe de la Paz, recibieron las desastrosas novedades que daban cuenta del espantoso alcance de la desgracia ocurrida cuando las cuatro fragatas estaban a punto de arribar a la costa española. Y a todos ellos les invadió la indignación de saberse injustamente atacados, habiéndose empleado además una crueldad intolerable.

Nada justificaba la insensatez británica, tampoco en tierra. A las naves de la Armada española les aplicaron unas ordenanzas tan duras y estrictas que tuvieron que ser rebajadas a los pocos días. Les requisaron todos los bienes, víveres, enseres personales, mapas, libros, plata... Pero nada que tuviera valor frente a las pérdidas humanas.

En cuestión de segundos, con la voladura de la fragata *Mercedes*, Diego lo había perdido todo. Como si su vida, treinta años después de haber salido de España rumbo a un fructífero futuro personal y económico, se hubiera vaciado. Nada de eso existía. Nada.

Ruinas y humo...
Después... la nada.

Durante un tiempo que no puedo determinar, sobreviví bajo el agua sintiendo sobre mi cuerpo el peso de buena parte de la artillería del castillo, cuyo puesto cubría en el momento del ataque, y de otros fragmentos de la nave. Cuando conseguí salir a flote permanecí durante dos horas y cuarto asido a un miserable madero, un trozo de la proa, hasta que, finalizado el combate, recogieron lo que de mí quedaba. Fui salvado tras un indescriptible padecimiento que me dejó cojo al haber perdido parte del pie izquierdo y manco del brazo derecho por la clavícula, y sin apenas poder respirar, aplastados los pulmones.

Ningún otro oficial, al margen de mi maltrecha persona, se salvó de la voladura de la fragata *Mercedes*. Escribo estas líneas con gran esfuerzo y condolido de mi infausta suerte.

PEDRO AFÁN DE RIBERA,
teniente de navío de la Real Marina,
segundo comandante de la fragata
Nuestra Señora de las Mercedes

Carta de Diego de Alvear y Ponce de León a su hermano mayor, el reverendo padre José de Alvear, abad mitrado del monasterio de monjes de la Orden de San Basilio, en Granada:

*En el puerto de Plymouth,
a 20 de octubre de 1804*

Mi venerado hermano:

A ti dirijo la primera carta que me permiten escribir desde mi injusto encierro. Aunque con el mayor dolor de mi corazón, y casi sin aliento, me veo forzado a informarte de mi tristísima suerte y la de mi desgraciada y amada esposa e hijos, de todos los cuales, fuera de Carlos Antonio, que me acompaña, se ha servido el Señor disponer por sus altos juicios en la mañana del 5 del corriente, a fin de que no difieras los bienes espirituales que se puedan hacer por sus almas, comunicando sin pérdida de tiempo la noticia a los señores de Montilla, a quienes no puedo escribir por ahora.

No hay tiempo para más, porque sale ya para Lisboa el correo que lleva estas palabras de mi desconsuelo. Te ruego que escribas esta triste noticia a mi cuñado Eugenio a Buenos Aires, no pudiéndolo hacer yo por ahora, y que tú y quienes consideres oportuno encomienden al Señor mi pobre familia y que no se olviden de mí, en verdad tan necesitado de los auxilios divinos.

Tu afectísimo hermano,

DIEGO

*Puerto de Plymouth, Inglaterra
20 de octubre de 1804*

Don José Bustamante y Guerra, Jefe de Escuadra y Comandante de la División de las cuatro fragatas *Medea*, *Fama*, *Mercedes* y *Clara*, da parte al Exmo. Sr. D. Domingo de Grandallana, Ministro de Marina, del combate que sostuvieron en el Cabo de Santa María, con otra división inglesa compuesta de las fragatas *Indefatigable*, *Amphion*, *Lively* y *Medusa*.

Exmo. Señor:

En virtud de las Reales Órdenes de 31 de Julio y 8 de Febrero últimos, me hice cargo de esta división de cuatro fragatas en las que debían conducirse los caudales y frutos de Lima y Buenos Aires a los puertos de España.

Nuestra navegación ha sido bastante feliz, solo experimentamos en la *Medea* ciertas calenturas epidémicas, dimanadas tal vez del calor y las humedades de los chubascos de la línea, que cortamos a los veintiún días. Y aunque en verdad no peligró ningún individuo de los cuarenta que las padecieron,

quedaron sin embargo tan amarillos, débiles y postrados, que la convalecencia se prolongó largo tiempo.

La mañana del 5 del corriente, hallándonos ya a la vista del Cabo de Santa María, y pensando entrar en Cádiz al día siguiente, se descubrió otra división de cuatro fragatas inglesas de crecido porte, que recibimos formados en línea de combate, mura babor, con el zafarrancho hecho, cada uno en su lugar, y tomadas finalmente todas aquellas medidas y precauciones que dicta la prudencia en tales casos; aunque nunca creímos que tratasen de otra cosa que de reconocernos, teniendo en cuenta la neutralidad habida entre las dos naciones.

La división inglesa se fue formando en línea de bolina a barlovento, como iban llegando, apostándose cada fragata con una de las nuestras hasta casi rozarnos. No puedo, Sr. Exmo., explicar a V. E. la sorpresa que causó a todos el oír decir al oficial inglés que subió a bordo, que aunque no estaba declarada la guerra, y reconociendo que habían dejado pasar anteriormente varias embarcaciones españolas, tenía orden particular su comodoro para detener la división a mi mando y conducirla a los puertos de la Gran Bretaña, aunque para ello hubiese de emplear las superiores fuerzas con que se hallaba. Nos obligaron a entrar en un reñido combate.

Serían las nueve y cuarto de la mañana. A la media hora de un fuego sostenido por una y otra parte, un golpe de fortuna de aquellos que deciden las victorias sin arbitrio entre los hombres, dio a nuestros adversarios la superioridad, afligiéndonos a nosotros con un incidente de los más desgraciados y tremendos, como fue la voladura de la *Mercedes*, que era la inmediata a nuestra popa.

La *Fama*, cabeza de nuestra línea, previendo la crítica situación y sus inevitables consecuencias, fue forzando de vela, y la *Medea* acabó metida entre los fuegos de las dos fragatas inglesas más poderosas de artillería, mientras afloraban a la vista los despojos de la *Mercedes*. Todas las velas quedaron acribilladas e inútiles, pues habían dirigido los cañonazos ex profeso a desarbolarlas; los aparejos arruinados y sin gobierno, los palos mayor y mesana atravesados, la verga seca en pedazos, faltos muchos brandales y obenques. No es extraño, Sr. Exmo., que me viese en la dura necesidad de haber de arriar la bandera, como lo dispuse de común acuerdo de todos mis oficiales, alrededor de las diez y media, sin dejar de tener presente, en medio de aquel conflicto, que agotados todos nuestros esfuerzos, ni se podía, ni aun convenía, prolongar más aquel acto.

La *Clara*, que a nuestra retaguardia siguió batiéndose otro cuarto de hora, hasta que bien descalabrada y con muchos muertos y heridos, fue obligada a rendirse, ha sido conducida juntamente con la *Medea* a este puerto de Plymouth, donde entramos el día de ayer, arboladas nuestras banderas e insignias, y guiadas por dos de las inglesas, la *Indefatigable* y el *Amphion*. Las otras dos, la *Lively* y la *Medusa*, siguieron dando caza a la *Fama* que se batía vigorosamente en retirada, hasta las tres de la tarde que las perdimos de vista.

Solo me resta decir a V. E. que de entre las ruinas y troncos que sobrenadaban de la infeliz *Mercedes*, se lograron salvar hasta unos cincuenta hombres, entre ellos el 2.º Comandante y Teniente de Navío D. Pedro Afán de Ribera, que aún sigue gravemente enfermo.

Debo asimismo exponer cómo el Capitán de Navío D. Diego de Alvear, que ha estado veinte años empleado en la Demarcación de Límites del Río de La Plata, fue nombrado por mí y ha venido conmigo con el honroso encargo de Mayor General y 2.º Jefe de mi División, en lugar del Jefe de Escuadra D. Tomás de Ugarte, gravemente enfermo antes de zarpar de Montevideo. El capitán Alvear ha perdido en el terrible desastre de la *Mercedes* a su esposa con siete hijos y un sobrino, sin haberse salvado en toda su numerosa y desgraciada familia más que otro hijo Cadete de Dragones de Buenos Aires, que transbordó por fortuna conmigo a esta fragata.

En este instante acabo de saber por una Gaceta de Londres que la *Fama* había sido también conducida, no menos desmantelada, y aun con mayor número de muertos y heridos, al puerto de Portsmouth. Y asimismo se acaba de arbolar bandera de incomunicación y de una vigorosa cuarentena en estas fragatas nuestras, a causa de la fiebre epidémica de que hablé arriba.

Por lo demás, yo me hallo tan débil y enfermo, así como lo he estado durante toda la navegación, que no sé si habré dicho lo que debo, ni si podré firmar este papel. En treinta y cuatro años que tengo la honra de servir a S. M. he procurado siempre proceder en todo con celo y amor del Real servicio que es propio de los hombres de honor.

Dios que a V. E. guarde muchos años.

Fragata *Medea* al ancla del puerto de Plymouth, a 20 de Octubre de 1804.

Exmo. Sr. JOSÉ DE BUSTAMANTE Y GUERRA
Teniente General de la Real Armada

Puerto de Plymouth, Inglaterra
2 de noviembre de 1804, día de Difuntos

La rigurosa cuarentena se mantuvo hasta el 31 de octubre, fecha en la que se sucedieron las formalidades y se tomaron las debidas precauciones en el interior de lo que parecían buques fantasma, como la de sahumarlos de arriba abajo, antes de arriar la bandera amarilla.

El permiso para desembarcar tardó otros dos días. Llegó en una jornada plomiza y de aspecto triste. El aire olía a lluvia y batía sordamente en los jirones del velamen que habían quedado en pie. La actividad previa al desembarco se desarrolló con un silencio tan poco habitual como impresionante. Los tripulantes arrastraban el desánimo por la cubierta camino de la escalerilla por la que comenzaron a descender como ánimas escapadas de un cementerio. Hombres quebrados, desasistidos de sí mismos.

Diego fue el último en abandonar la maltrecha *Medea*, y al hacerlo soltó la mano de Carlos, su único hijo vivo, que había tenido asida fuertemente durante horas mientras aguardaban la llegada de la orden de desembarco. Habían permanecido callados porque incluso sin palabras se quedaron después de la tragedia.

Sorteando su condición de preso, Diego de Alvear se las apañó para que le dejaran dirigirse presuroso a una iglesia católica para rogar a Dios por el eterno descanso de los suyos. Estaba convencido de que él, sin embargo, jamás iba a poder encontrar descanso alguno más que el día en que le llegara la muerte, que esperaba fuera pronto.

El entrar en el templo, seguido de su hijo, se arrodilló al pie del altar para asistir al santo oficio, y al recibir la comunión no pudo más, sintió estallar su pecho y romperse por dentro hecho añicos. Le faltaba el aire. Respiraba con enorme dificultad. Lo que no había llorado desde el momento en que presencié cómo su vida entera era volada de un cañonazo, le salía ahora a borbotones. Los fieles congregados se apresuraron a atenderlo con la ayuda de Carlos y evitaron que cayera al suelo desmayado. Él los miraba como si no supiera lo que estaba pasando. Ausente. Desaparecido.

De algún modo muerto.

Fue así como comenzó la segunda vida de Diego de Alvear y Ponce de León.

Los muros de la cárcel eran fríos e inhóspitos. Pero, como él no sentía nada, tampoco es que le importara mucho. Únicamente lamentaba esas condiciones por su hijo, no merecía prisión como castigo por haber sufrido la peor devastación de su vida al perder a su madre, a sus hermanos, a su primo... Tal vez su juventud lo salvara del inexorable hundimiento anímico en el que el padre sabía que se hallaba sumido el joven. Al fin y al cabo le quedaba mucho por hacer, mientras que él, a su edad, que se sentía desaparecido del mundo sin su esposa y sus hijos, se resignaba a luchar a partir de entonces por los demás olvidándose de sí. Era imposible superar que treinta años hubieran sido borrados en unos segundos y como resultado de una acción brutal, violenta y desalmada.

Los días, las horas, los minutos no tenían medida en aquella horrible cárcel de Plymouth. El tiempo transcurría sin más valor que el de constatar que seguían vivos, lo cual, en sí mismo, era una crueldad. Diego no dejaba de preguntarse por qué no había muerto al lado de los suyos; por qué todos habían fallecido menos él. Bueno, y Carlos. Suerte que, al menos, le quedaba ese hijo. Aunque lo considerara una suerte pequeña.

Diego y el jefe de la expedición, José de Bustamante, fueron conducidos a Londres después de que insistieran en la injusticia que el gobierno inglés había cometido con ellos. Iban dispuestos a reclamar la devolución de las cajas de soldadas de las tres fragatas apresadas, las cuales, según las Reales Ordenanzas y los reglamentos de la Marina, no tenía derecho a retener el gobierno inglés. Un gobierno que empezaba a dudar de la legalidad y oportunidad de su propio ataque a la escuadra española. El hecho de que les permitieran trasladarse a Londres para sus reclamaciones mostraba que las autoridades inglesas habían suavizado el trato a sus reos, mostrándose algo más benévolas con ellos, incluso a la hora de recibir sus quejas. Aunque no se le veía demasiado convencido, lo importante era que el ministro de Marina les prometió hacer cuanto estuviera en su mano para que se efectuara la devolución. Incluso fue más allá al proponerles su traslado a una cárcel en Londres donde, sin que fuera tampoco el edén, las condiciones de vida resultaban algo más benignas que en la actual prisión. Diego aceptó, sobre todo pensando en su hijo.

Antes de regresar a Plymouth para preparar el traslado a la capital, Alvear y Bustamante fueron llevados en presencia del ministro inglés de Marina, George Canning, uno de los hombres más respetables e ilustrados del país, y de mayor influencia en el monarca británico.

Se notaba a la legua que Canning era amante de la elegancia, la educación y las buenas maneras; circunstancias que, ninguna de ellas, impresionaron al afectado capitán Alvear.

—Su Graciosa Majestad Británica, el rey Jorge III, les pide disculpas en nombre

de nuestro gobierno.

El capitán español, incrédulo, lo escrutó con la mirada antes de responder:

—¿Disculpas, dice? ¿Como quien rompe un jarrón sin pretenderlo?

—Capitán Alvear, entiendo su dol...

—¡No! Ni usted, ni su rey, ni su gobierno pueden entender mi dolor ni mi desgracia, porque ustedes son quienes lo han causado. Ustedes se han llevado la vida de mi amada esposa, de mis hijos, siete, señor ministro, siete criaturas inocentes, también de mi sobrino, de mis amigos... Ustedes, señor ministro, representante de Su Graciosa Majestad, me han arruinado la vida.

Aguantó con esfuerzo para no quebrarse. Tomó asiento porque no podía más y notó la mano de Bustamante sobre su hombro.

—Y tiene razón —convino Canning—. Ya nada puede devolverle a los suyos, pero al menos admita la disculpa del rey; está sinceramente impresionado y reconoce el error de nuestro ataque contra su expedición.

—¿El error? El error... —lo repitió para, tras un silencio doloroso, seguir con la letanía—: El error... Un horror, mister Canning, ha sido un horror en el que han muerto más de doscientas cincuenta personas, todavía no se ha terminado el recuento, imagínese si hay cadáveres...

La mano de Bustamante le apretaba en el hombro y Diego entendió el mensaje.

—De acuerdo —aceptó Alvear con la mirada vidriosa de la emoción contenida—. Aceptamos sus disculpas. Lo cual no significa, escuche bien lo que voy a decirle, que España olvide ni que usted y los suyos encuentren la paz después de semejante masacre. Yo tampoco la encontraré, se lo aseguro.

En el momento en que abandonaban el despacho, el ministro Canning, sin ánimo de esperar respuesta y no pudiendo disimular lo conmovido que lo habían dejado las palabras de Alvear, le dijo:

—Sangre de mis venas daría gustoso, capitán, por devolverle su perdida familia.

Pero Diego, antes de que acabara la frase, ya se había marchado.

El único hecho que le reconfortó en estos oscuros días en prisión fue recibir carta de su hermano José, abad de la Orden de San Basilio de Granada, en respuesta a la suya. En ella le explicaba que en toda España, de norte a sur, se clamaba venganza ante la indignación que había causado en el pueblo la canallada cometida por los ingleses. Por si fuera poca la desgracia, le añadía otra: la muerte de su padre, don Santiago de Alvear. Con ello se desvanecía una de las escasas razones que se le ocurrían para desear seguir viviendo, y era la de volver a ver a sus padres y abrazarlos después de treinta años de ausencia. A su padre ya no podría. Tras conocer tan funesta noticia, a Diego le invadió el presentimiento de que la muerte se cernía sin piedad sobre su familia, y comenzó a imaginarla campando a sus anchas por su pueblo natal, Montilla, asolándolo a su paso. Por desgracia, no se equivocaba: en aquellos días también murió su madre. Quién sabe si no había sido capaz de asumir

en vida tanta desgracia sobre hijos, nietos y una nuera a la que no había llegado a conocer.

Era demasiado para Diego. No existía para él sosiego posible más que el que encontraba en su imbatible fe. Le concedieron un permiso para asistir diariamente a los santos oficios en uno de los escasos templos católicos que existían, cercano a la prisión, donde coincidía siempre con los mismos feligreses. Todos sabían quién era, estaban al tanto de su sufrimiento. Él, reservado y taciturno, no se relacionaba con nadie. Y es que nadie podía aligerarle su pesada carga.

Al poco de ser trasladado a Londres acudió a una solemne misa convocada para rogar por las almas de las víctimas de la fragata *Mercedes*. Mientras escuchaba al sacerdote, Diego fue recreando en su mente las escabrosas escenas de la voladura. Los gritos. El olor a sangre y humedad. Los náufragos agarrados a la desesperada a maderas que flotaban, hasta que se dejaban vencer por el cansancio y las mortales heridas. Cerró los ojos, dolido, y pareció percibir los restos de pólvora de aquella cruenta mañana en la que se les negó poder alcanzar en paz la costa de Cádiz, su vano destino.

En un momento de la homilía levantó la mirada a los cielos mientras repetía: «*Dominus dedit, Dominus abstulit; fiat nomen Dominus benedictus*. El Señor me los dio, el Señor me los quitó; sea su santo nombre bendito». Eran palabras del santo Job, personaje bíblico con cuyos espíritu íntegro y fortaleza ante la adversidad se identificaba Diego.

Al acabar el oficio lo abordó una bella y esbelta joven de aspecto distinguido que, al igual que él, asistía a misa todos los días a esa misma hora. Primero saludó al joven Carlos en un correcto castellano antes de dirigirse muy educadamente al capitán.

—Don Diego, es un honor para mí saludarle. Deseo expresarle mis más sentidas condolencias por la pérdida de su familia. Lamento el sufrimiento que Dios, increíblemente, ha permitido.

Alvear, que parecía ido, respondió con un simple asentimiento de cabeza y quiso seguir su camino. Pero ella intentó detenerlo.

—Le ruego que aguarde un momento antes de marcharse. El padre que ha oficiado quiere hablarle, vendrá enseguida para acompañarle.

Alvear ni siquiera la miró, absorto en un extraño limbo. Carlos intentó hacerlo reaccionar repitiéndole el mensaje de la desconocida:

—Padre, esta joven solo le está pidiendo que aguarde un poco a que venga el sacerdote para hablar con usted. Hay que escucharle, ¿no le parece?

El hijo le hablaba a media voz, con delicadeza, mostrando un respeto extremo por la situación lamentable de su progenitor, que, de repente, volvió la cabeza para detenerse a contemplar a la joven. Lanzó un gesto de dolor antes de decirle a Carlos con gravedad:

—Hijo, pero ¿es que no ves cuánto se parece a tu hermana María Manuela?

Se hizo un silencio. La explicación de Carlos de que María Manuela era una de

sus hermanas y murió en el ataque naval impresionó a la muchacha.

La pequeña Manuela. La traviesa Manuela, que correteaba entre baúles mientras su madre ultimaba los preparativos para el esperado viaje a España. Manuela... desaparecida sin un adiós.

En ese momento llegó el cura dispuesto a reconfortarlo con palabras de alivio y consuelo. Diego entonces se dirigió a la joven para darle las gracias. No dijo nada más y ella se retiró de inmediato y salió de la iglesia verdaderamente conmovida.

Diego de Alvear acababa de conocer a la señorita de la alta sociedad Louise Rebecca Ward Hopwood.

Madre, no puede imaginar el dolor que ese hombre lleva escrito en el rostro.

—Vamos, Rebecca, eres una joven muy impresionable.

Rebecca Ward intentaba explicarle a su madre las sensaciones que le había generado conocer al marino español del que todo el mundo hablaba en Londres.

—Usted sabe que no es cierto. —Rebecca detuvo a su madre, que mientras hablaba con ella iba de un lado a otro ordenando la ropa que acababa de traer una de las criadas—. Le prometo que ver a ese hombre impresiona. Créame. En la ciudad, sus desgracias están en boca de todos, no me lo negará.

—No puedo negarlo.

—Madre, ese hombre... no sé...

—Vamos, hija, dime cuál de estos dos vestidos prefieres para el baile de mañana, ¿el negro o el morado?

—Me da igual, el que usted quiera.

—¿Qué? ¿Es esta mi hija?

—El que elija me parecerá bien —respondió la joven con indolencia ante el dilema planteado.

—¿Desde cuándo no te interesa escoger tu vestuario para una fiesta importante como la de mañana?

—Es tan educado... —Rebecca no hacía caso a las consideraciones maternas—. Da mucha pena saber lo que ha tenido que sufrir, pero conserva la dignidad intacta.

—Bueno, veo que te tendré que tomar en serio —dijo la señora Ward rindiéndose a la evidencia.

—Además... —La muchacha se quedó pensativa y una sonrisa se dibujó en su boca—. A pesar de todo, ese español es un hombre de un porte más que agradable...

—¡Rebecca! —se escandalizó la madre.

Ambas rieron con complicidad. Doña Catalina sorprendió a su hija con la siguiente proposición:

—¿Por qué no le invitas a casa? Podríamos organizar una cena en su honor. Así lo conoceremos y comprobaremos si exageras en tus apreciaciones.

—Oooh, madre... —Se puso zalamera jugando a que se la comía a besos—. Eso sería tan maravilloso... Pero me temo que su encarcelamiento no lo va a hacer posible. —De repente se puso seria.

—Es una lástima —admitió doña Catalina lamentándolo de veras.

—Sí..., una lástima...

Rebecca rememoraba en silencio el instante en que vio por primera vez a Diego de Alvear y la profunda y sincera impresión que le causó. Cómo olvidar la punzada inexplicable que sintió en su corazón.

Diego no podía creer que acabaran de anunciarle la visita en la cárcel del comodoro Graham Moore, artífice de su desgracia. Daba vueltas por la celda intentando asimilar la situación. En el poco margen que quedaba en su cabeza para la imaginación no cabía la idea de verse frente a frente con su verdugo. En alta mar se negó a hablar con él. No entendía su insistencia en verlo.

Como en su condición de reo no podía negarse a recibirlo, Moore entró en la celda con una naturalidad que hirió profundamente a Diego de Alvear. Tras el saludo militar de rigor, se colocó frente al español, que apenas respondió con gesto alguno, a la espera de conocer el motivo de tan inadecuada visita. El comodoro dejó demasiada poca distancia entre ellos.

—Le presento mis respetos, capitán.

Alvear ni se inmutó.

—Y le transmito, una vez más, mis condolencias y las de Su Graciosa Majestad, el rey Jorge III.

Seguía sin producirse respuesta.

—¿Tiene alguna queja de cómo es tratado en prisión? Nada me molestaría más que enterarme de que no recibe el trato que merec...

—¿Imagina qué es lo que me molesta a mí? —Diego lo cortó en seco, harto de aguantar la insolencia que suponía la sola presencia de Moore—. ¿Qué ha venido a hacer aquí?

La apariencia afable del militar inglés no suavizaba la tensión del trance. El comodoro manifestaba temple y comprensión ante la actitud de Alvear.

Paciente pero manteniéndose en su lugar, procedió a explicarle el motivo de su visita.

—El gobierno al que represento desea expresarle su pesar por lo ocurrido la mañana del 5 de octubre en aguas frente al Algarve portugués.

—¿Su pesar? —Alvear apretaba los dientes aguantándose la rabia y las ganas de escupirle a Moore a la cara—. ¿Su pesar por qué? Dígamelo usted, comodoro. Atrévase a explicarme que hay alguna razón que justifique que acabara con niños, mujeres y hombres valientes que entregaron su vida por nada, y que haya matado hasta a quienes salimos inexplicablemente vivos.

—Tiene que entender, capitán Alvear, que di la orden de atacar en el cumplimiento de mi deber.

—¿Qué deber es ese de matar a inocentes con los que se está en paz? ¿Es que de nada sirven los tratados que se firman entre países? Es atrevido por su parte pedirme que entienda lo que ustedes, los ingleses, han hecho. ¿Es que acaso es provocarme lo que se propone?

—Le estoy diciendo que se trató de un lamentable error.

—No, fue mucho más que eso. Su gobierno ha cometido un hecho grave que traerá consecuencias. No me hable del deber. Sé perfectamente en qué consiste el

deber. Y el mío, en este instante, es rogarle que se marche.

—Vengo a decirle algo más, que espero que alivie su situación. Su Graciosa Majestad no ve motivos para prolongar esta pena de prisión.

—Mi pena, y la de mis hombres, no es la cárcel sino la tragedia que nos han obligado a sufrir.

—Capitán Alvear, le repito que admitimos nuestra equivocación y, en prueba de ello, les liberamos, a usted y a sus hombres. Tenga por seguro que la Corona inglesa le resarcirá de las enormes pérdidas.

Diego era incapaz de considerar que nada ni nadie pudieran resarcirle de haber pasado a ser una existencia ausente. Un ser borrado de este mundo al habersele arrebatado todo cuanto amaba, tenía y era.

—Pueden marcharse en paz —agregó, por último, Moore.

Alvear recordaba que la misma respuesta que iba a darle al comodoro ya se la había dado con anterioridad al ministro Canning:

—Nunca podremos hallar la paz. En ningún lugar del mundo. Ni usted tampoco, *sir* Graham. No lo olvide mientras viva.

Por la exagerada parsimonia con que recogía sus escasas pertenencias, se diría que no quería abandonar ese lugar. Su hijo, que acababa de presentarse en la celda para esperarlo y marchar juntos, lo observaba sin intervenir. Prefirió dejar que fuera él solo quien administrara los minutos que le quedaban antes de recobrar la libertad. Una libertad que sin duda iba a ser distinta a la que siempre había disfrutado. Una libertad que tendría que experimentar con el abatimiento y la incertidumbre.

Lo último que le quedaba por guardar era una carta de la señorita Ward en la que lo felicitaba por su excarcelación y aprovechaba para comunicarle que sería muy bien recibido en su casa. Se la guardó en un bolsillo y padre e hijo fueron al encuentro del general Bustamante para salir juntos. Don José de Bustamante no acababa de recuperarse del todo de su enfermedad, agravada por el encierro carcelario.

Carlos le cogió su diminuta bolsa para ahorrarle el esfuerzo, por pequeño que pudiera resultarle. Sus enseres eran insignificantes. Igual le ocurría a Alvear. En realidad habían perdido el interés por la vida y las cosas materiales.

Ya en la calle, a los tres les resultó extraño transitar libremente sin que su destino fuera, como había venido ocurriendo durante terribles semanas, la iglesia. Esa vez se dirigieron a la casa que habían alquilado para los tres, hasta que don José mejorara o encontrara un habitáculo apropiado para él solo a la espera de que llegara desde España la orden de que podía regresar.

Era una vivienda bastante cómoda pero algo cara; pagaban a la semana tres guineas inglesas, que eran más de quince pesos fuertes españoles. Un hogar digno. Pero, al mismo tiempo, un hogar inmensamente triste.

Era la primera vez, desde la tragedia de la *Mercedes*, que se enfrentaban a lo que podría ser una vida normal. Aunque Diego pensaba que su vida jamás volvería a ser

normal, su vida no volvería a ser nada, sencillamente porque la había perdido.

Sacó de la bolsa de viaje con desgana dos camisas y un pantalón, y los colocó distraído en el armario de su dormitorio. Las pertenencias eran pocas. Los recuerdos, muchos. De entre las primeras apareció el sobre con la carta de la joven que lo abordó en misa, la tal señorita Louise Rebecca Ward. Hizo el amago de volver a leerla pero se arrepintió, arrugó el papel y lo dejó caer al suelo justo cuando entraba su hijo Carlos, que lo recogió y, al ver de qué se trataba, se lo guardó sin que se diera cuenta.

—¿Necesita ayuda, padre?

Alvear se sentó al borde de la cama.

—Gracias, hijo, pero la ayuda que necesito no me la puede prestar nadie más que Dios.

Carlos se sentó a su lado.

—Es inabarcable el dolor —le dijo el joven cargando de cariño sus palabras—. Sin embargo, hay algo que esta tragedia no ha conseguido destruir, y es la grandeza de su corazón, padre. Es un gran hombre, valeroso como pocos. Usted me ha enseñado que los hombres enteros y rectos tienen la obligación de no dejarse vencer ante la adversidad. Ya sé que no hay adversidad mayor ni más grave que la que estamos padeciendo, pero ello ha de llevarnos a hacernos todavía más fuertes para que no nos gane la partida la desolación. No haga de su vida una batalla perdida por más que sienta que lo está. Inténtelo por mí, míreme, estoy vivo. —Su padre lo miraba entre lágrimas que revoloteaban perdidas, como la mirada, con ánimo de asomar—. Pero inténtelo también por ellos. Hágalo por madre y por mis hermanos, aunque sepamos que no volverán nunca.

Se fundieron en un abrazo llorando. Y así permanecieron un largo rato que se perdió en la bruma del tiempo y la añoranza.

Las noches en el que era su nuevo y extraño hogar, Diego las pasó mal, peleando con sus fantasmas. El sueño se le resistía. En cuanto conseguía dormirse, acudía en forma de pesadilla la inmensidad del océano convertido en tumba de los suyos, y se despertaba angustiado y llorando amargamente.

Al cabo de una semana de instalarse en la nueva casa, su hijo le confesó que había aceptado en su nombre la invitación que le hizo por carta la amable señorita Ward. Se informó de que se trataba de una joven aristócrata de dieciocho años, hija de doña Catalina Hopwood y de don Juan Ward, nacida en Bélgica, en Ostende para más señas, donde su padre era embajador.

—Al final, Londres no es tan grande. Todos se conocen entre sí.

—Pero ¡estás loco! ¿Cómo has podido confirmar nada en mi nombre?

—Pues porque sabía que si se lo preguntaba su respuesta iba a ser no.

—¡Exacto! No iremos a ningún sitio, ¡faltaría más!

—Padre, es bueno que empiece a tratarse con gente, no puede permanecer de por vida enclaustrado, ¡precisamente ahora que lo han puesto en libertad!

—Que me hayan concedido la libertad no tiene mérito alguno porque jamás debimos acabar en la cárcel. Nada hicimos para merecer semejante castigo.

—En eso tiene razón. Pero admita que, en tanto no podamos regresar a España, sería bueno tener tratos con gente de aquí que, como es el caso, ha mostrado su comprensión con nuestra desgracia. Además, los Ward están muy bien relacionados con la familia real.

—Fundada razón me das para no acudir a su casa.

—No tendrá que preocuparse de buscar la ropa apropiada, lo haré yo —dijo el joven haciendo oídos sordos a las protestas de su progenitor—. La cita es el próximo viernes, una cena privada en su domicilio. Será interesante.

Carlos, que se estaba viendo obligado a madurar impulsado por la desgracia y la necesidad de atender a su padre, le dio una palmada en la espalda y lo dejó refunfuñando mientras abandonaba la habitación para evitar seguir escuchando sus lamentaciones.

El temido viernes llegó. Ante la puerta del domicilio de los Ward, situado en el elegante barrio de Saint James's Park, en las proximidades del Palacio Real, Diego de Alvear seguía considerando que no era buena idea aceptar la invitación para asistir a esa cena. Padre e hijo se encontraban en el umbral, a punto de llamar, lo que no impedía que Alvear insistiera en su resistencia.

—Carlos, si quieres quédate tú, me parece bien, eres muy joven y tienes derecho a divertirme un rato. Yo, sin embargo, no encuentro motivos para festejar nada, sino más bien lo contrario.

—¿Ha acabado ya, padre? —respondió Carlos con paciencia.

—No. No he acabado. Escucha... ¿eh? ¡Espera! ¿Qué haces?

Desoyendo sus quejas de nuevo, el hijo estaba llamando a la puerta. La perplejidad de Diego fue neutralizada por un correcto mayordomo que antes de que pudiera darse cuenta de lo que estaba pasando ya los había anunciado. Al hacerlo, el viudo capitán español se dio de bruces con una realidad que no le gustaba: la vida continuaba. Se adentró en un salón de la alta sociedad cuestionándose que las personas se relacionaran entre sí, se divirtieran, hablaran, se reunieran, intercambiaran ideas aunque fueran banales... Le sorprendía algo que era natural, que entraba dentro de la normalidad social, pero que a él, en sus actuales circunstancias, le hería profundamente. Por eso no quería ver a nadie, y menos en un encuentro social. Sabía que el problema era él, no los demás.

El dolor estaba en él, no en el mundo.

—¡Capitán Alvear! —La deslumbrante señorita Ward mostraba sincero entusiasmo al darle la bienvenida—. Es un verdadero honor recibirle en nuestra casa.

Es un misterio por qué, a pesar de que no se esté predispuesto a descifrar

determinadas señales emocionales, de repente puede sentirse un pellizco en el estómago que envía una señal poderosa al corazón con solo escuchar unas sencillas palabras. No es el significado de estas lo que actúa como resorte. Ni el tono. Ni tampoco la voz que las dice, por agradable que nos pueda resultar. Sin embargo, en ocasiones la unión de todas esas eventualidades llega a tocar tan hondo que peligra el interés pertinaz por resistirse. Eso fue exactamente lo que acababa de ocurrirle a Diego de Alvear con Louise Rebecca Ward.

—Gracias... —respondió con torpeza, fruto del azoramiento que le causaba lo que inexplicablemente la presencia de la joven le había hecho sentir—. Es usted... muy... amable, señorita Ward.

—Puede llamarme Rebecca, es como me llaman todos...

Durante la cena, Diego no podía dejar de mirarla. Lo hacía con disimulo, ya que se avergonzaba de ello. Su hijo se dio cuenta y sonrió para sus adentros. Por fin su padre daba ligeras muestras de estar intentando salir de lo que consideraba su muerte voluntaria. Al menos mostraba cierto interés por alguien fuera de su mundo interior de aflicción y pena permanente.

—¡Quiero proponer un brindis! —El anfitrión cortó el murmullo natural entre los comensales—. Capitán don Diego de Alvear, quiero decirle en mi nombre y en el de mi familia que nos sentimos muy honrados por su presencia en nuestra casa, y deseamos manifestarle nuestro sincero pésame por la desgracia que se ha cernido sobre usted y su hijo. Y no me equivoco si creo estar hablando en nombre de todos los amigos presentes, sin excepción. Su fama de buen militar le acompaña, y debe servirle de guía, ha de ser como un faro, para que su espíritu no decaiga. ¡Levantemos nuestras copas por un héroe!

Diego se puso en pie al tiempo que el resto de los invitados, pero solo por no ser descortés, porque no encontraba razones para considerar ciertas las palabras pronunciadas por el señor Ward. No existía faro, ni luz, que pudieran iluminar ningún camino en su despedazada vida.

—No tienen por qué hacerlo... Pero se lo agradezco. Son ustedes muy amables.

El sonido de las copas chocando en el aire al brindar unos con otros le llevó a imaginar a Josefa en la fragata *Mercedes* las noches previas al hundimiento, tal vez cenando con algunos de los amigos que viajaban en el mismo barco en el que él debía haber ido, compañeros suyos en sus expediciones por territorios indígenas. Es posible que tomara alguna copa de vino y que brindara como acababan de hacer ellos. Y que riera, con aquella risa elegante y discreta, como ella misma era.

Empezó a sentirse ligeramente mareado. Aun así, respondió al ruego que le hacían los ojos de Carlos para que alzara su copa y brindara con los demás aunque no fuera a beber. Tras lo cual, el anfitrión dio por terminada la cena e invitó a los hombres a pasar a un cómodo salón donde podrían fumar y conversar.

Rebecca se aproximó con pasos ágiles a Diego, antes de que nadie se apropiara de

él, y le preguntó casi en un susurro:

—¿Se encuentra bien? Está usted muy pálido.

Las palabras, dichas en voz tan baja, golpearon levemente los labios de la muchacha y turbaron el ánimo del capitán.

—La verdad es que no. Tiene usted razón, no me encuentro bien. No sé qué me ocurre.

—¿Le apetece tomar un poco al aire? Seguro que le sentará bien. Y a mí también.

—La última frase era ligera como el vuelo de una pluma, de tan débil el tono en el que había sido pronunciada.

Cada vez que Rebecca sonreía, Diego sentía encenderse en su corazón dormido un pequeño lucero, parecido a los que acostumbraba a observar en sus mediciones. Hacía tiempo que no consultaba a las estrellas, y acababa de darse cuenta de que las echaba de menos.

Abandonaron discretamente el grupo central de invitados y se deslizaron hacia el jardín, un entorno que sorprendía por su elaborada belleza. Había setos de flores de todo tipo y color, e increíbles árboles que parecían centenarios. A Diego le reconfortaba recibir el aire fresco.

—No se siente ningún héroe, ¿me equivoco? —dijo con ternura la joven.

—No..., no se equivoca.

—Pues he de decirle que no estoy de acuerdo. Seguir viviendo después del golpe que le ha asestado el destino es una heroicidad. Mírelo de esa manera.

—Es que yo no quiero seguir viviendo. —Su voz entrañaba la dureza de quien sufre sin saber si el dolor tendrá fin—. Y no me hable del destino cuando lo que se ha llevado la vida de los míos ha sido un ataque injustificado y ejecutado contra todo pronóstico pero con cálculo y premeditación. El azar es otra cosa distinta.

—No era mi intención herirle sino hacerle ver que, precisamente por la memoria de su familia, tiene que seguir luchando.

Un oscuro silencio que Rebecca se negaba a compartir tomó por asalto el espacio.

—Hace una buena noche, ¿verdad? —comentó mirando al cielo con gesto de bienestar. Intentaba que Alvear se sintiera cómodo.

Él, en lugar de responder, encendió un cigarro.

—¿No le parece? —insistió ella.

—Es posible —respondió Diego displicente.

—¿No puede apreciar siquiera la belleza de una luna llena? —El tono de Rebecca empezaba a virar hacia una cierta severidad.

Al mencionar la luna, Diego soltó su mente hacia los recuerdos de noches enteras observando el cielo y las distintas clases de estrellas cuyo lenguaje le resultaba tan familiar. Era una paradoja que fuera un extraño, en este caso la joven Ward, quien le recriminara que no se fijara en la grandeza de la luna, tan plena y esplendorosa esa noche.

—¿De veras se ha rendido ante la vida? —Rebecca parecía dispuesta a remover

su conciencia.

—¡Rendirme! —Por fin reaccionó—. Como militar no lo haría nunca.

—Discúlpeme si ha sido un atrevimiento por mi parte, capitán. Creo que una desgracia no puede, no debe, matarnos en vida.

—Hay desgracias que no tienen medida, señorita Ward.

—¿No habíamos quedado en que me llamaría Rebecca? —La sonrisa volvió a sus labios.

—Claro, Rebecca. —Por unos segundos, Diego relajó su tensión gracias a algo tan sencillo como pronunciar el nombre de la joven.

Inesperadamente, la claridad favorecida por la luna le permitió advertir de cerca y con detenimiento los rasgos de Rebecca y se quedó maravillado. Era increíble el parecido que guardaba con su fallecida hija mayor, María Manuela. La piel tan blanca como el alabastro en contraste con el rosa natural de las mejillas. Los grandes ojos oscuros, rasgados y con un toque de gracia que le recordaba a la fisonomía de las mujeres andaluzas, al igual que el cabello, sedoso y negro azabache, plagado de abundantes rizos que coronaban la frente. Por último, la nariz ligeramente aguileña le confería una marcada personalidad que se completaba con modales de lo más corteses.

—Es usted idéntica a ella. Mi niña Manuela...

Este nombre, en cambio, le lloraba en los labios.

—¿Cuántos hijos tenía?

Tardó en responder, como si tuviera que contarlos. Pero es que no podía con semejante carga.

—Murieron siete. Solo quedó vivo Carlos porque venía conmigo en otro barco. Me alegro de que al menos él haya salido indemne. Pero yo... yo tenía que haber viajado con ellos. Yo tenía que haber ido en la *Mercedes*, protegiéndolos.

—¿En serio cree que podría haber hecho algo para salvarlos? Usted sabe que habría sido imposible.

—Pero al menos habría muerto junto a ellos. Junto a Josefa... —Se le hizo un nudo en la garganta tan grande y tenso como un puño—. Junto a mi amada esposa... y mis niños... No se imagina lo que se siente al verlos morir de frente. Jamás podré olvidar aquella inmensa nube de fuego y pólvora saltando por los aires y sabiendo que llevaba dentro a los míos, criaturas inocentes... —La voz se le quebró—. Asistí a ese infierno impotente, tan cerca de ellos pero sin poder hacer nada.

Rebecca estalló en contenidos sollozos, emocionada, y le abrazó sin pensarlo dos veces. Un abrazo breve y ligero, como si fuera una ola de un mar cálido y en calma.

De inmediato se recompuso, avergonzada.

—No tenga en cuenta lo que acabo de hacer, no es una actitud propia de una señorita.

Pero Diego no lo consideró así. También se había emocionado, sobre todo por la reacción inesperada de la joven, que, para él, demostraba su gran corazón.

—Creo que deberíamos entrar —le dijo pausado.

Rebecca se secó con un pañuelo las lágrimas que aún no habían desaparecido del todo y asintió pensando en lo poco que se podía imaginar una desgracia de tamaño magnitud, salvo que se hubiera pasado por ella. Y admiraba la entereza del capitán aunque no compartiera su intención de eterna derrota para lo que le quedaba de vida.

Durante el resto de la velada no volvieron a cruzar una sola frase. Alvear y su hijo Carlos decidieron retirarse antes que los demás invitados. Ya había sido demasiado para tratarse de la primera noche.

—Hasta muy pronto, don Diego —dijo Rebecca regalándole la última sonrisa de la noche.

Él, a pesar de que había quedado impresionado por el conocimiento de esta joven, le respondió:

—Agradezco su cortesía pero dudo que vuelva a asistir en breve a otra reunión social. No me malinterprete, esta velada ha sido magnífica. Pero yo no...

—Vaya —Rebecca sonrió—, es usted quien me ha malinterpretado a mí. Me refería a que nos veremos pronto... en la iglesia.

—Oh... —Diego no sabía qué decir—. Claro..., en la iglesia.

Tomó la mano de la joven y la besó protocolariamente, mostrando corrección, nada más. O eso fue lo que pareció.

Se marchó desconcertado, sin atender a los comentarios animosos de su hijo que le iba contando sus impresiones sobre la primera noche en compañía de la familia Ward.

—La primera y la última —replicó Diego.

—No lo creo, padre...

Lo que quedaba de trayecto lo pasaron discutiendo acerca de la importancia de algunos momentos aparentemente intrascendentes pero que acaban convertidos en el sustento de pequeños giros en la vida. Y cuando eso ocurre, es difícil percibirlo en ese instante; se ha de dejar que el paso del tiempo lo permita. Solo entonces se puede estar agradecido.

Diego no dejó de asistir a misa ni un solo día. Rebecca, tampoco desde que se habían conocido. Coincidían a diario, pero apenas se dirigían la palabra. Como los humanos somos animales de pertinaces costumbres, cada uno ocupaba su lugar de siempre. El mismo, invariable. Se saludaban a la llegada y después mantenían las distancias. Hasta que, posiblemente sin que fuera deliberado, con el transcurrir de los días, después del saludo se fueron sentando en bancos que cada vez distaban menos entre sí. Y los saludos iban dejando paso a breves intercambios de frases que derivaron, al cabo de varias semanas, en conversaciones al terminar los santos oficios, e incluso a algún que otro paseo por los alrededores del templo en días en los que el sol acompañaba.

Había mañanas que parecían diferentes y llevaban incorporada la sensación de

que iban a ser la antesala de una jornada importante. Ese día, la iglesia estaba medio vacía. Cuando Diego llegó, Rebecca ya estaba sentada en uno de los últimos bancos. Sorprendentemente él tomó asiento a su lado sin dejar apenas espacio. Ella le dedicó una mirada incrédula, había sido muy osado al acercarse tanto, y volvió a posar la mirada en el altar. En el silencio engrandecido en el espacio sagrado, Diego se atrevió a poner su mano sobre las de ella, que las tenía cruzadas en el regazo, y cerró los ojos. Permanecieron así, quietos y mudos, durante un tiempo que se extendió entre los sueños distantes de uno y otro; entre la vida y la muerte que se añora. Hasta que Rebecca, en un gesto de recato más que de voluntad o deseo, retiró las suyas. Sin embargo, le dijo en voz muy baja, superando el atrevimiento de Diego:

—Le ruego que vuelva a ir a mi casa. Será bienvenido para cenar. Mañana. Le espero a las seis.

Él no respondió, tan solo le dijo acercándose tanto al oído de la joven, que esta tensó su columna vertebral asaeteada por un intenso hormigueo:

—Un corazón no puede poblarse de amor dos veces. Y el mío ya lo ha sido una.

Entonces se levantó con parsimonia y se marchó antes de que comenzara la misa, arrastrando consigo una pena infinita como el mar en el que naufragó su vida.

Al día siguiente no acudió a la iglesia y pasó la mañana pensando en Rebecca y luchando contra el deseo de verla. La lucha no era por cuestiones morales, sino que se sostenía en lo inexplicable que le resultaba dicho sentimiento. No entendía que le estuviera ocurriendo algo así. Tampoco podía mirar hacia otro lado y hacer como si nada sucediera, porque ese sentir estaba latiendo. Tenía la plena consciencia de que entre Rebecca y él se había establecido un misterioso pero intenso nexo de unión, lo que le aterraba y, al mismo tiempo, le atraía...

Una sensación similar se estaba produciendo en el interior de Rebecca. No había dejado de pensar ni un solo minuto en Diego de Alvear y en la escena que tanto la había sorprendido el día anterior en la iglesia. Confiaba en que respondiera a la invitación. La suya era una espera incierta porque desconocía sus intenciones. Empujaba las horas de ese día inmersa en las actividades más superfluas para paliar su inquietud, sin conseguirlo. No dejaba de mirar el reloj. A pesar de la incertidumbre de si Diego acudiría a la cita —no parecía que fuera a hacerlo—, la señora Ward, atendiendo a la petición de su hija, dispuso la mesa para una cena en la que se incluía a un comensal más. Doña Catalina ya se había dado cuenta de la perturbación interior que generaba en Rebecca el capitán español, y eso la intranquilizaba. ¿Qué podía suponer para su querida y única hija, la niña de sus desvelos, ese inequívoco interés por un hombre mayor que había sufrido tanto? Aunque le conmovía su sufrimiento, querría para ella un hombre que la llenara de vida y que tuviera por delante más años que los que tenía Diego. Más años, en cantidad, y también más luminosos y plenos de esperanza, que era lo que a él le faltaba.

La joven comprobaba con consternación cómo avanzaban las agujas del reloj. No iba a venir. Las seis, y ni rastro de Diego. Un cuarto de hora más tarde todo seguía

igual. A las seis y media aceptó la evidencia e intentó consolarse haciendo el esfuerzo de entender el débil estado de ánimo de ese hombre. Hasta hacía apenas unos minutos estaba convencida de que entre ambos había surgido una fuerza que los atraía y que, por lo que se demostraba, era mejor que quedara aplacada. Ella no podía luchar contra la decisión de un hombre que había sufrido lo que no cualquiera soportaría.

—¿Adónde vas, hija? —preguntó doña Catalina con ternura al ver que Rebecca empezaba a subir las escaleras a su dormitorio, cabizbaja.

—Voy a cambiarme. Estaré un rato en mi cuarto.

—¿A cambiarte? ¿Acaso no vas a cenar?

—Discúlpeme, madre, no tengo apetito. Solo me apetece descansar y estar a solas.

—Está bien, hija —respondió la madre preocupada.

Justo en ese instante llamaron a la puerta. Ambas clavaron la mirada en el mayordomo, que se aprestaba a abrir. El «buenas tardes» que se escuchó en boca de Diego de Alvear traspasó la inquietud de Rebecca, fulminándola. Estaba solo, sin su hijo. Antes de que el sirviente acabara de anunciar su llegada, Rebecca ya había bajado las escaleras corriendo, con el corazón latiéndole con la fuerza de un caballo al galope.

Se detuvo en el umbral a esperar que acabara de entrar.

—Espero que sepa disculparme, Rebecca. Es la primera vez que llego con retraso a una cita... y lo lamento.

Esas fueron las sinceras palabras de Alvear. Y sacaron de dudas a Rebecca. Lo sentía con fuerza dentro de su corazón y ahora lo veía escrito en la sonrisa de Diego. Sí, él sonreía increíblemente. Y esa sonrisa desconocida hasta ahora le confirmaba a ella que el amor era la única esperanza de consuelo para Diego, como para cualquier ser humano, y tal vez también de salvación. Esa posibilidad existía. Ahora ya lo sabía. Solo le quedaba luchar por él.

Las visitas a casa de los Ward se sucedían cada vez con más frecuencia. Cenas, tertulias, almuerzos, que mitigaban en gran manera la voluntaria soledad de Diego, agravada por la ausencia de su hijo, al que había internado en la prestigiosa academia de South Kensington en la que se educaban los hijos de los monárquicos franceses exiliados del Imperio napoleónico. Hacerlo fue una decisión difícil. Después de haber perdido a todos sus hijos menos a él, le costó separarse de Carlos, pero consideró que la tragedia vivida no podía suponer, además, una merma en su formación.

La hospitalidad de la familia de Rebecca le ayudaba a suplir el enorme vacío que había dejado Carlos, proporcionándole atisbos de emociones que todavía no identificaba. Lentamente, sin grandes sobresaltos ni escandalosos avances, su ánimo iba elevándose y alejándose, por tanto, del abismo en el que cayó la mañana del 5 de octubre. Poco a poco fue atando pequeños lazos con la realidad; la mayor evidencia de todas: que estaba vivo.

Al poco de marcharse Carlos al internado, José Bustamante, sensiblemente mejorado, le anunció que había encontrado una pequeña casa en la que se alojaría hasta que regresara a España, que, en su caso, esperaba que fuera muy pronto. Era modesta, pero más que suficiente para un arriendo de pocas semanas.

Llegaba la hora de la despedida, después de todo lo vivido y padecido juntos. En la mente de ambos, de Diego y de José, dos héroes muy a su pesar, figuraba la estampa macabra del ataque naval que los dejó marcados para siempre.

—Hay que seguir adelante, Diego. Aunque lo cierto es que me faltan las palabras. No sé muy bien qué más decirte, ahora que debemos separarnos. Es tan difícil... y tan duro... Tendrás que ser fuerte.

—Gracias, José. Tú también tendrás que cuidarte, no acabas de estar bien.

—No te preocupes. El cuerpo sanará de sus heridas. Lo difícil será olvidar.

—Difícil no, imposible. Al menos en mi caso.

Bustamante lo abrazó y Diego respondió calurosamente.

—Tendrás que conseguirlo, capitán. Tendrás que olvidar lo que allí pasó. No puedes condenarte a que ese recuerdo te persiga el resto de tus días. Nadie puede vivir así. —José se emocionó—. Nadie.

Volvieron a darse un abrazo, esta vez breve, y al irse Bustamante, se alejó con él un pedazo del sufrimiento de todos cuantos vivieron aquella pesadilla.

En un goteo incesante fueron llegando los ecos del comentario que había hecho Napoleón Bonaparte sobre el gran error que suponía el ataque inglés contra las naves españolas. El botín conseguido, con cuya parte el comodoro Graham Moore comenzó a construirse una mansión a las afueras de la capital, no justificaba, en opinión del emperador francés, la profunda enemistad que el hundimiento de la fragata *Mercedes*

y el apresamiento de las otras tres que formaban la expedición habían generado entre España e Inglaterra. Y no se equivocaba: en diciembre, Carlos IV decidió retirar a su embajador en Londres y un mes más tarde declaró la guerra al gobierno inglés. Alvear se sintió en parte aliviado por lo que consideraba una consecuencia natural, la reacción lógica a la barbarie injustificable cometida por Moore y sus hombres.

En agosto del siguiente año, 1805, le llegó la comunicación oficial de que iba a ser indemnizado. Así constaba en un Real Decreto firmado por el rey Jorge III, que concluía en los siguientes términos: «Le serán entregadas seis mil libras esterlinas a cuenta de las pérdidas que ha tenido a bordo de la fragata española *Mercedes*». Suponía la mitad de su fortuna económica. Pero ¿cómo subsanar las pérdidas más importantes? Nadie, ni el rey, ni el comodoro Moore, ni el ministro George Canning, mencionaban la cruel muerte de sus familiares. ¿Qué indemnización moral podía tener la masacre de más de doscientas sesenta personas? Y por ellas permanecía en Londres, intentando resarcir a los supervivientes en memoria de las víctimas.

Un mes más tarde, mientras Alvear se desvivía realizando todo tipo de agotadoras gestiones en oficinas públicas de Londres para que también indemnizaran al resto de los oficiales, el tesorero del Almirantazgo inglés accedió a concederle otras seis mil libras para completar la fortuna que había justificado tener en la fragata hundida. A partir de entonces su ruina pasó a ser solo moral. «Creerá el rey Jorge y el gobierno inglés en pleno que con esto ya han cumplido, sin embargo queda por restituir lo más importante y a la vez lo más difícil: mi corazón», escribió a su hermano José a Granada, imbuido del mismo espíritu de derrota que tenía antes de recuperar su dinero. Aunque se apreciaban en su carta matices distintos que bien podrían suponer un cambio interior apenas perceptible pero real.

El piano era para el ánimo de Rebecca lo que las estrellas para el de Diego. Al acabar la cena, se sentó a interpretar varias sonatas de Mozart y una de Haydn. Su música significaba mucho más que la sucesión de notas encadenadas matemáticamente; con su interpretación construía melodías que transportaban vagas evocaciones de sueños llamados a cumplirse. A eso le sabía a Diego cuando la escuchaba. Y es cierto que las almas tristes se buscan para unirse en la complacencia de la música igualmente triste. Alvear se descubrió cautivado por las lastimeras canciones de Irlanda, en las que se lloraba la pérdida de la independencia y la muerte de sus héroes, y los poemas de Thomas Moore, que Rebecca cantaba con expresión dulce, suavizando la melancolía.

A Diego le sorprendía lo que empezaba a sentir. Cada vez iba a más. Era como si su vida, negra y sin fisuras, comenzara a colorearse poco a poco. Se concentró en la música durante minutos, hasta que dejó de sonar dando paso a los aplausos de los presentes. Muchos eran los invitados esa noche. Entonces abrió los ojos y los fijó en una sola figura, como si no hubiera ninguna otra en el amplio salón: Rebecca. Hacia ella se dirigía con pasos firmes y notando un peso que le oprimía el pecho y que era

necesario liberar. Acababa de ocurrírsele una idea temeraria pero que brotó en forma de torrente, aguas revueltas que ahogaban.

—Ha sido magnífico —le dijo con absoluta sinceridad.

—Gracias, capitán.

«Dios, esa sonrisa», pensó Diego. Esa vez le iba a costar abandonar la casa y alejarse de la joven, pero tenía que hacerlo. No quería permanecer por más tiempo en ese salón con otras personas que no fueran Rebecca. La quería solo para él.

—Le presento mis excusas, lamento tener que marcharme.

—Oh, no puede ser... —Diego no imaginaba que la decepción de ella sería tan mayúscula—. Pero si aún queda mucha noche por delante... Mire, los invitados están disfrutando, y si quiere puedo interpretar...

—No, de veras que lo siento. Por favor, no lo tome como una descortesía por mi parte. He de marcharme. Pero... verá... desearía invitarla mañana a dar un paseo a la caída de la tarde.

Rebecca enmudeció. Jamás habría esperado una propuesta semejante por parte de Diego, que estaba confuso pensando en mucho tiempo atrás, cuando se jugó su futuro con Josefa a la carta de si ella le acompañaría de noche a observar las estrellas, y ganó. Ganaron los dos. Aunque después, en el ataque naval, perdieron también los dos.

Frente a esa circunstancia, la señorita Ward era otra cosa. Era vida, renacimiento, esperanza, redención...

Entonces ¿lo era todo? ¿Cómo podía ser posible? Al menos esa vez la confusión no le impedía actuar.

—¿Usted y yo a solas...?

La pregunta que por fin Rebecca se atrevió a hacer lo sacó de sus pensamientos.

—Eso es.

—Pero eso n...

—Sí, sí, lo sé —la cortó Diego—, sé que le puede parecer un descarro. Pero no tiene nada de que preocuparse. Mis intenciones son honestas, no desconfíe de mí. — ¡No podía creer que se lo estuviera diciendo!—. Le ruego que acepte. Mañana hará una buena noche.

—¿Ah, sí...? ¿Cómo lo sabe?

—¿Nunca le he contado que yo hablo con las estrellas?

Era la primera vez que Diego se permitía una conversación en la que cabía una broma o alguna frase que no llevara aparejada la tensión de quien se resiste a aceptar lo bueno que brinda la vida.

Rebecca arrancó a reír.

—Me está tomando el pelo, ¿verdad?

—No, en absoluto. —Diego hablaba fingiendo una seriedad que contrastaba con su semblante relajado y amable—. ¿No le atrae la idea de comprobarlo? Se sorprenderá de lo que son capaces de decir los astros. ¿A que nunca ha visto un

cometa?

—¡Claro que no!

—Pues yo sí. Además, tuve que describirlo como parte de mi trabajo. Era la primera vez que se daba cuenta escrita de un avistamiento. Un hecho único, y yo fui el escogido para presenciarlo.

—¿Y dónde tuvo lugar?

—En tierras de las misiones jesuíticas. Trabajé durante años delimitando nuestros territorios frente a los que correspondían a Portugal. Un trabajo duro pero del que me siento orgulloso.

—Yo diría que duro pero fascinante.

—Bueno, no tanto, no se crea. Mañana podremos seguir hablando de ello, veo que es un asunto de su interés.

—Es usted quien lo hace interesante.

—Vaya... —Le ofuscaba la franqueza de la joven—. Me halaga con su comentario.

—No es halago sino verdad lo que digo.

—Ha sido un placer, una vez más, señorita Ward. —Le besó la mano al despedirse.

—¿Señorita Ward...? —replicó ella, divertida.

—Rebecca... —rectificó—. Pasaré a recogerla mañana a las siete y media.

—Estaré preparada, capitán Alvear.

—¿Capitán Alvear...? —Era increíble lo lejos que estaba llegando.

Rebecca se tomó unos segundos antes de responderle. Quería disfrutar de lo que iba a decir:

—Diego...

«Diego...», se repitió ella para sus adentros cuando lo vio alejarse camino de la salida. «Diego».

«Diego...», esa noche en sus pensamientos antes de dormirse. «Diego...», en sus sueños nocturnos. «Diego...», el nombre que amaneció en su boca al despuntar el alba.

El mismo Diego que pensaba igualmente en ella al considerar próximo el momento de marchar de Inglaterra y, al haber culminado los trámites que tenía la responsabilidad de resolver, de alcanzar, por fin, su tierra, la misma que la escuadra de Moore le negó. Ese momento en el que, con la perspectiva del viaje, le invadía la nostalgia y la añoranza por su vida pasada y por la familia perdida. América, y sus más de treinta años entregados al servicio de la Corona española; años que enterró en Londres, la ciudad en la que inesperadamente estaba encontrando la luz.

A su razón le costaba entender que su corazón empezara a tener claros sus sentimientos hacia otra mujer que no fuera Josefa, su amada y dolorosamente desaparecida Josefa. Pero se hallaba muy solo y perdido, y no quería renunciar a lo que sentía que despuntaba gracias a Rebecca.

Rebecca. La hierba que vuelve a crecer. La espuma que sube. Las estrellas que resplandecen pasada la tormenta. Así era Rebecca para Diego.

A las siete y media en punto del día siguiente, fiel a su palabra, se presentó para recogerla. La encontró bella, favorecida por el rojo del vestido escogido para la ocasión y una estola plateada sobre los hombros. Se notaba que ella consideraba esa cita una ocasión importante. Lo demostraba su indumentaria. Reconoció en sus ojos el brillo que lo tenía atrapado desde hacía días. Le besó cortésmente la mano, y se encontró con la respuesta de un ligero apretón de sus largos dedos.

En el camino, Diego le fue explicando el significado de los nombres de las distintas constelaciones que se divisaban esa noche y consiguió emocionarla con la descripción del momento en el que avistó el cometa.

—Qué pequeños nos sentimos ante la grandeza del universo. ¿De verdad habla con las estrellas?

Diego asintió ligeramente. Rebecca entonces desvió el rumbo de la conversación.

—No sé si prefiere no referirse a ello, Diego. He intentado imaginar tantas veces cómo debe de sentirse... Sé que atraviesa momentos difíciles, pero... —Se quedó callada.

—¿Pero...? —requirió Diego expectante.

—¿Podrá salir adelante? Dígame que sí.

Diego guardó silencio.

—¿Se acuerda mucho de ella? —preguntó Rebecca acariciándole el pensamiento con su voz.

Un suspiro respondió por el hombre herido de muerte. El hombre que iba reviviendo lentamente.

—Si no quiere, no responda.

—Josefa era mi esposa, la amaba profundamente y la admiraba. Era la madre de mis ocho hijos. —Se hizo una pausa—. De mis diez hijos, porque quiso Dios llevarse a dos antes de que embarcáramos para regresar a España. Ya ve, yo ya había sufrido la pérdida de dos hijos. Tantas veces me he preguntado si no era suficiente.

—Diego, tiene que seguir viviendo y aprender a hacerlo con esa carga. Mantenga la esperanza de que, aunque nunca olvide lo que pasó, ese peso se irá haciendo poco a poco más liviano. Mire a su alrededor y busque lo que pueda ayudarle.

Se hizo de noche y Rebecca estaba arrebatadoramente hermosa. Confiaba en que sus palabras cargadas de intenciones calaran en Alvear y que supiera interpretarlas.

—Mire con atención su entorno —insistía la muchacha—. Encontrará algo que le ayude, estoy segura. Así es la vida, nos arrebatada y nos concede al mismo tiempo.

—En un par de días la luna estará llena. —Diego miraba al cielo.

Su reflejo iluminaba el paseo. Se quedaron en silencio parados bajo un gigantesco árbol. Irremediablemente, dejando a un lado las convenciones que tal vez lo recriminarían, Diego tomó a Rebecca de la cintura y la besó en los labios con una intensidad que podría dejarlos enlazados de por vida. Él acababa de reconocer el

verdadero alcance de lo que le estaba ocurriendo. El beso se prolongó hasta convertir a la joven en la persona en la que Diego quería permanecer, quedarse en ella convertidos en uno.

No necesitó más tiempo para estar seguro. A la mañana siguiente se presentó sin anunciarse en casa de los Ward para hablar con los padres de Rebecca, la primera sorprendida por la temprana visita.

—Mi marido se halla ausente, de viaje en su Irlanda natal, atendiendo importantes asuntos familiares. Pero gustosamente yo lo recibo en su nombre. —La madre se esforzaba por ocultar su extrañeza.

—Verá, doña Catalina, lo que vengo a decirles no puede esperar, así que con su permiso y a pesar de la ausencia del señor Ward, le expondré a usted cuáles son mis intenciones con esta visita. —Miró a Rebecca y se balanceó en la sonrisa dibujada en esos labios que había besado la noche anterior—. He venido para... —inspiró profundamente— pedir la mano de su hija Rebecca.

—¡Diego!

La joven dio un respingo en su asiento, emocionada, mientras su madre miraba a ambos, ahora con perplejidad, y exclamó:

—¿Qué significa esto?

Los tres se pusieron en pie.

—Rebecca, ¿quieres explicarme qué está ocurriendo? ¿Por qué no me has dicho nada antes?

—Yo no...

—Ella no sabía nada, le doy mi palabra. Pero estoy convencido de que lo desea tanto como yo.

Se sonreían entre ellos con una mirada cómplice, hasta que la joven agachó la cabeza, turbada.

—¿Es eso cierto? —le preguntó la madre—. ¿Amas a este hombre?

Rebecca respondió emocionada:

—Sí, madre. Lo amo con toda mi alma.

Doña Catalina, verdaderamente desconcertada, no sabía cuál debería ser su reacción.

—Creo que deberíamos esperar a que mi marido regrese y entonces hablar de este asunto.

—Madre, nada va a cambiar en unos días. Ni tú, ni mi padre, ni nada, podrá alterar el curso natural de este amor que sentimos.

—Señora Ward, denos su bendición —imploró el capitán—. En breve deberé partir hacia España y querría hacerlo acompañado de su hija, una vez nos hayamos casado.

—Madre, por favor, convertirme en su esposa es lo que más deseo en este mundo. Seguro que padre también querrá mi felicidad... Igual que usted... ¿no es así?

La cabeza de doña Catalina daba vueltas y más vueltas. No estaba preparada para

conceder la mano de su hija así, de repente, sin haber tenido constancia previa de lo que estaba sucediendo entre su hija y el famoso capitán español. Aunque, ciertamente, ya venía notando desde hacía algún tiempo la inclinación que demostraba hacia él.

Rebecca y Diego, nerviosos, se mantenían expectantes ante la posible respuesta de doña Catalina, que se estaba tomando su tiempo para darla.

Al fin dijo:

—Discúlpeme, don Diego, pero hay aspectos que me preocupan. Rebecca es nuestra única hija, es nuestro tesoro.

—Y lo entiendo —se anticipó Diego—. No olvide que yo perdí el mío en trágicas circunstancias.

—Pero usted es... —le costaba decirlo—, usted tiene una edad que para mi hija... Lo que quiero decir es que son tantos los años que les separan que no sé...

—Exactamente treinta y siete. ¿Cree que por tener muchos más años que ella mi amor será menos?, ¿o mi capacidad de cuidarla y protegerla? Si el amor no tiene límites ni fronteras, tampoco debe tener edad.

A doña Catalina le conmovía la entereza de ese hombre franco y valiente. Y ahora, también enamorado.

—Capitán don Diego de Alvear, solo espero que sea capaz de hacer feliz a mi hija como ella merece.

—¿Está dando su consentimiento? —Los ojos de Rebecca se inundaron de lágrimas de inmensa alegría.

—Sí, hija, tu padre y yo concedemos tu mano. Confío en no equivocarme.

—Y no lo hace. Le quedo tan agradecido... —dijo Diego con sinceridad.

Los novios se abrazaron mientras la mujer albergaba en su interior la tristeza de perder a su hija por ese matrimonio. Todo había sido tan rápido... Alvear les gustaba, pero nunca, en el poco tiempo que hacía que lo conocían, habían pensado en él, ni ella ni su marido, como en el hombre que podría enamorar a su hija. Aunque no se había atrevido a mencionarlo, no era la edad lo único que le preocupaba. La tragedia que arrastraba consigo había hecho de él una persona taciturna y sombría. A pesar de todo, su hija y Diego de Alvear se habían elegido. No iba a oponerse a esta unión porque sabía que se arriesgaría a convertirla en una mujer infeliz. ¿Y qué madre estaría dispuesta a hacer infeliz a una hija?

Al salir de casa de Rebecca, Diego improvisó una visita a la academia de South Kensington para ver a su hijo. Tampoco podía esperar para hablar con él, ni le parecía indicado explicárselo por carta. Todo se agitaba por dentro y estaba sucediendo con tal rapidez que ese mismo movimiento generó en su interior un alborozo que no le dejaba en paz.

Carlos se sorprendió tanto como se alegraba. Solicitó permiso para salir de la academia esa tarde y cenar juntos.

—Padre, yo lo supe desde el primer momento que vi a Rebecca.

—Sí, claro... —se burló cariñosamente Diego.

—Ya sé que ahora es fácil decirlo. Pero le doy mi palabra de que se ve a la legua que es distinta a las demás jóvenes. Cuando lo abordó en la iglesia..., no sé..., intuí que algo pasaría con ella. Y me alegro de que así haya sido.

Tras un sorbo de vino, Diego se lanzó a preguntarle acerca de un temor que le invadía:

—¿No la consideras demasiado joven para mí? ¡Solo tiene dos años más que tú!

En el fondo se había quedado preocupado por ese asunto de la edad después de conocer la importancia que le daba su futura suegra.

—Si es la mujer que ama, ¿qué más da la edad que tenga?

Diego veía en su hijo a un hombre que iba dejando atrás al niño que enredaba entre fragatas al abandonar Montevideo.

—Hay algo más que debes saber, hijo. Pronto partiremos hacia España.

Para Carlos era una gran noticia. Deseaba con todas sus fuerzas cumplir el sueño truncado a escasas millas de conseguirlo. Cuánto había sucedido desde que abandonaron América. La de veces que la vida se les había girado del revés poniéndolos a prueba, hasta alcanzar la doble dicha del amor y del retorno.

El terremoto desatado en las vidas de los novios insuflaba aliento e ilusión a un desconocido Diego, hasta el punto de que propuso fijar ya la fecha de la boda en Londres. Ajeno meses atrás a cualquier sentimiento amoroso o a establecer vínculos que pudieran suponer algún tipo de afecto, ahora se sentía revivir felizmente atrapado en la sonrisa franca y elocuente de su prometida. En los ratos en los que no estaba con ella, creía sentir que le faltaba el hálito necesario para respirar. Se había convencido a sí mismo de que el matrimonio con Rebecca remediaría su ansia y aplacarían definitivamente las mareas internas de desconsuelo, e incluso de odio hacia el mundo, que se venían desatando en lo más hondo de su corazón desde la aciaga mañana en la que lo perdió todo; aquella mañana en la que la realidad se oscureció y sus anhelos se tiñeron de negro antes de dejar de existir. Un año después, sin embargo, lo estaba recuperando todo gracias a un amor que ya no esperaba encontrar en esa etapa de su vida.

Mientras, Rebecca soñaba con los campos andaluces y con el sol despertando sus mañanas de amor junto a Diego. La paz y la furia de una pasión que se deseaba tanto como el vivir, se desataban en agitada armonía. El amor que le había nacido por el capitán español estaba bañado de felices contrastes que nunca había conocido. Se sentía dichosa, afortunada, por haber sido capaz de combatir el abatimiento de un hombre fuerte y heroico como era Diego, para transformarlo en sentimiento amoroso. Así que ella también deseaba casarse cuanto antes. Quería pasar ya sus días a su lado, sin demora.

El papeleo necesario se realizó con bastante rapidez en Londres. Sin embargo la

boda tenía que retrasarse debido a varios inconvenientes. Para comenzar, cualquier marino español necesitaba como requisito previo para contraer matrimonio obtener licencia real y presentar las pruebas de nobleza de su prometida; además, para que Rebecca Ward viajara a España como inglesa en plena guerra se requería que se le otorgara real pasaporte y licencia del gobierno para pasar los equipajes por las aduanas. Con motivo de la convulsión general causada por las guerras napoleónicas en toda Europa, la comunicación postal era casi total, y Alvear no podía prolongar su ausencia de España. Y por si no fueran suficientes dos contiendas, acababa de declararse la Batalla de Trafalgar. Era octubre de 1805, primer aniversario del ataque inglés que había provocado el hundimiento de la *Mercedes*, que tenía en esta nueva declaración bélica su más grave consecuencia.

—No puedo esperar más, ¿lo entiendes, verdad?

Diego intentó que Rebecca comprendiera que tenía que partir aunque no hubieran podido celebrar la boda. Las gestiones con el gobierno siempre resultaban tediosas y se alargaban, más ahora que las complicaban múltiples frentes de guerra. En realidad qué más daba el tiempo que hubiera de transcurrir si lo importante era que habían decidido unir sus vidas.

Rebecca lo entendía y apreciaba el esfuerzo que hacía su futuro marido por conseguir que ambos, y no él solo, pudieran viajar a España como esposos. Valía la pena la espera. Le compensaba por lo que obtendría al final de ese arduo camino: su sitio junto al hombre al que amaba.

Desde España sería más fácil conseguir los permisos para que Rebecca pudiera viajar acompañada de su madre. Era una mera cuestión de tiempo.

Por fin llegaba el día de zarpar. Cuando Diego de Alvear dejó atrás Londres le pareció que estuviera partiendo de Montevideo rumbo a esa España que tanto se le había resistido. La bruma húmeda y densa escondía el calor y los vapores de la selva con sus peligros; Misiones; el Virreinato de la Plata; el olor de la ribera del río Uruguay en noches de amor entre los juncos de los que permanentemente emergían los enormes ojos de Rosa Guarú y sus pies descalzos; el adiós entreverado con el llanto de un niño fruto de lo prohibido; el olvido que se imponía a la culpa; Josefa y el Buenos Aires de una felicidad no recobrada. Porque la que había crecido en Inglaterra era distinta.

Lo agrio y lo dulce, la cara y la cruz, la muerte y la resurrección se confundían brutalmente entrelazados. Atrás dejaba la tierra en la que había desaparecido de la vida, encerrado en un calabozo después de haber perdido de una manera injusta y cruel todo cuanto tenía y a todos a quienes amaba, con la excepción de su hijo Carlos. Pero, al mismo tiempo, esa misma Inglaterra, verdugo y causante de su sufrimiento, le había ofrecido una esperanza llamada Louise Rebecca Ward.

Doña Catalina y Rebecca agitaban sus manos al viento despidiéndoles en el puerto. Era la primera vez que Diego y su hijo Carlos embarcaban después del ataque

sufrido frente al Cabo de Santa María. Más unidos que nunca, la inmensidad del mar los sobrecogía. Pero ambos, como buenos valientes, sabían contener la zozobra convertida en un temblor que ninguno de los dos quería disimular ante el otro. Cuando perdieron de vista la capital inglesa, padre e hijo se fundieron en el mismo abrazo que se dieron a bordo de la *Medea* tras el desastre. Un abrazo con el que aceptaban que se habían quedado solos.

Aunque ahora, cuando partían definitivamente hacia la tierra de Diego de Alvear, no lo estaban tanto.

El amor, y su consciencia, acompaña a quienes están dispuestos a dejarse abordar por él en mitad del oleaje.

Diego y su hijo se dirigieron a Lisboa para desde allí viajar por tierra hasta Montilla. Entretanto, Rebecca y su madre aguardaban en Londres la llegada de las oportunas licencias de viaje y de matrimonio.

Desde la misma Lisboa, Alvear solicitó permiso para ir a Madrid a dar cuenta de los resultados de la Demarcación de Límites y a presentar sus trabajos, pero pretendía pasar antes por su añorado pueblo, la localidad cordobesa que lo vio nacer. Su innegable sentido de la responsabilidad continuaba siendo para él lo primero, pero necesitaba ver y pisar su tierra, aunque después tuviera que esperar para poder establecerse en ella hasta que regresara de cumplir con sus obligaciones en Madrid.

El permiso se lo concedió el excelentísimo señor conde de Campoalange, embajador de España en Portugal. A los pocos días partió hacia su patria soñada. No pudo evitar recordar lo mucho que habían deseado vivir ese momento sus seres perdidos y cuántas veces fantaseó Josefa con desembarcar en Cádiz y conocer Montilla y a los suyos. Pero ya no podría. Atrás quedaban todo y todos. El lastre había de soltarse para avanzar en esa nueva vida.

Al volver a pisar Montilla después de casi treinta y cinco años, Diego sintió en todo su cuerpo el escalofrío de la ausencia. Ordenó detener el coche de caballos para apearse y que siguiera hasta su casa sin ellos, llevando solo el equipaje. Junto a su hijo recorrió a pie y en silencio las calles del pueblo camino de su hogar, en el que no hallaría a sus padres, fallecidos al poco de la tragedia del Cabo de Santa María.

Se iban acumulando las ausencias.

A su paso, algunos vecinos salían a la puerta, más que para recibirlos, para rendirles un callado homenaje con su sola presencia. Otros se asomaban a las ventanas curiosos. La repercusión de la tragedia de la *Mercedes*, extendida por toda Europa, allí, en la cuna de los Alvear, había golpeado con suma tristeza. La llegada de Diego y de su hijo reavivaba el recuerdo.

Las casas bajas y encaladas lo devolvían a su infancia. ¿Dónde estaban sus amigos de juegos, aquellos con los que correteaba incansable por entre las callejuelas? Mucho había cambiado el pueblo. Y él también. Ya no era el mismo. Se marchó siendo un joven con empuje, con ilusiones y grandes esperanzas, y si no había vuelto completamente derrotado era gracias a Rebecca, pero eso en el pueblo aún no lo sabían.

Ya a la entrada de su casa familiar vio a varios de sus hermanos ayudando a bajar los baúles y las bolsas del largo viaje. Se detuvo a observarlos, temiendo y deseando, en igual medida, cruzar ese umbral para adentrarse en su vida anterior a América. Carlos le sujetó el brazo con mucho cariño y lo miró emocionado imaginando lo que podía significar para su padre ese instante que estaban viviendo.

Un momento único con el que Diego soñaba con vehemencia antes de morir en

vida aquel nefasto 5 de octubre.

El jefe de la familia, desaparecido su padre, don Santiago, era don Juan, hermano de este, un venerable sacerdote al que todos los sobrinos habían respetado siempre como si fuera su propio progenitor. Con un nudo en la garganta, un nudo gordo como el pesar que arrastraba desde que tuvo noticia de su desgracia, el tío Juan consiguió decir antes de echarse a llorar:

—Bienvenidos a casa...

A Diego se le vino el mundo encima.

Pero el día 26 de septiembre de ese año de 1806, el corazón se le volvió a iluminar: le fue concedida la licencia para contraer matrimonio en España con la señorita doña Louise Rebecca Ward. Su ángel redentor.

Fueron casi nueve meses, largos meses, de espera. Echaba tanto de menos a Rebecca, que muchos días la espera se convertía en dolor expandido por los poros de su piel.

Pero por fin llegó la licencia para celebrar la boda y el permiso para que Rebecca y su madre viajaran a España pudiendo introducir libremente el equipaje sin limitaciones. Aunque fue lo único en lo que tuvo suerte Alvear. El resto de las peticiones formales que había hecho le fueron denegadas: el ascenso a jefe de escuadra, el abono de ciertas gratificaciones e incluso de algunos sueldos relativos a la comisión en el virreinato, así como la promoción de su hijo Carlos a teniente en el Regimiento de Dragones de Buenos Aires, del que era cadete. Se sintió desamparado por su gobierno, por el que tanto había hecho y al que había entregado su vida. Le pareció injusto, pero ¿quién esperaba que la justicia entendiera de sentimientos?

Mientras, en Londres, Rebecca se afanaba en los preparativos para su viaje. No podía combatir sus temores hasta que no se encontrara en suelo español convertida en la esposa de Diego de Alvear. Tenía ganas de saber qué día podría poner rumbo a Andalucía. La incertidumbre, el no saber, aunque ya dispusiera de autorización, la intranquilizaba. Eran más soportables la distancia y la espera si a esta se le ponía fecha.

Se hallaba cerrando uno de los baúles —como si el ir acabando de hacer el equipaje acelerara la partida— cuando su madre irrumpió en la habitación.

—¿Estás segura de lo que vas a hacer?

—Ya hemos hablado de esto lo suficiente. Además, usted va a acompañarme. ¿Qué teme, pues?

—Tu padre y yo os hemos dado nuestra bendición porque es eso lo que quieres. Pero piénsalo bien, hija, aún estás a tiempo. Te acompañaré, es cierto, pero una vez estés establecida en España regresaré a casa. Allí te quedarás sola.

—Sola no, madre, estaré con Diego.

—Vas a separarte de tu familia para casarte y vivir el resto de tus días en un país extraño y con un hombre casi cuarenta años mayor que tú.

—Ese hombre mayor, como usted dice, después de lo que ha sufrido se merece algo bueno que lo acerque a la felicidad —respondió.

—¿Y tú, hija, qué te mereces? Eres tan joven...

—A mí la felicidad me llegará estando a su lado. No creo merecer nada mejor.

Abrió otro baúl y, con premeditada parsimonia, comenzó a guardar objetos personales protegida por la comprensión materna a pesar de todo.

Como tenía previsto, el capitán Alvear se desplazó hasta Madrid y aprovechó para

presentar sus respetos a los reyes, don Carlos IV y doña María Luisa, que estaban pasando una temporada de descanso en el Real Sitio de Aranjuez. Sus Majestades lo recibieron con efusiva cordialidad, interesándose vivamente por los detalles de sus desventuras en la catástrofe de la *Mercedes*. Él acabó contándoles otros incidentes del combate frente al Algarve, evitando los detalles del estallido de la fragata en la que viajaba su familia. Con el paso del tiempo iba hablando cada vez menos de lo que ocurrió la fatídica mañana en la que estaban a punto de arribar a la costa gaditana. Esa era la única manera de avanzar, de encaminar los pasos hacia el futuro; no suponía el olvido, sino el dejar de estar tan presente. Los muertos pesan y cuesta gran esfuerzo colocarlos en distintos rincones de la vida donde puedan permanecer sin ser un impedimento para la felicidad de quien los recuerda. En ese esfuerzo estaba Diego, porque era lo que le ayudaba a perpetuarse junto a Rebecca.

Durante la recepción, los reyes le expresaron su afecto y se deshicieron en elogios sobre su comportamiento como marino, reconociendo igualmente el determinante y decisivo trabajo realizado en la comisión de límites durante varias décadas lejos de España. Era un encuentro importante, sin duda, que le hizo sentirse orgulloso y que agradeció, a pesar del disgusto que tenía por la denegación de su ascenso y del resto de las peticiones que consideraba justas y que, sin embargo, le habían sido denegadas.

Pero las citas verdaderamente trascendentes fueron las que mantuvo de inmediato con sus dos jefes superiores, el ministro de Marina, don Francisco Gil de Taboada Lemus, y el Príncipe de la Paz, don Manuel Godoy, Gran Almirante de la Armada, a quienes sí informó de manera exhaustiva en una exposición pormenorizada de los reiterados pasos que había dado en las instituciones londinenses para salvar la caja de soldadas que había quedado supuestamente sepultada entre los restos de la fragata hundida, o para al menos conseguir el valor equivalente y ver de qué manera el gobierno inglés podría resarcir a las otras víctimas del desastre. Fue una tarea ardua y laboriosa en la que empleó las pocas fuerzas que entonces le quedaban. Gracias a eso, a pensar en sus semejantes y hacer algo por ellos, aceptó, en aquel momento de derrota, la utilidad de vivir.

Después les habló de su trabajo en la comisión de límites. Les dijo que había embarcado dos ejemplares de sus obras, en los que figuraban al detalle todos los oficios, órdenes e instrucciones oficiales originales relativos a dicha comisión con el fin de entregar uno al Príncipe de la Paz y otro al Cuerpo de la Real Armada, pero que desgraciadamente habían desaparecido en el naufragio, por lo que les pidió algo de tiempo para intentar rehacer la obra mediante los cuadernos, borradores y apuntes que llevó consigo a la *Medea*, como el diario en el que refería toda la historia y las peripecias de la comisión, que se dedicó a copiar durante su estancia en Londres.

Esas reuniones tenían que ver con su trabajo y la responsabilidad de su cargo. Pero no eran lo único que lo había llevado a Madrid. Todas esas gestiones, aunque lo anclaban al pasado, no le impedían vivir el presente saludando al futuro, lo que

verdaderamente posee el valor de impulsarnos hacia delante.

De los asuntos de los que debía ocuparse durante su estancia en la capital, el más importante era la boda. Hasta que no obtuviera oficialmente sellados la documentación y el último papel necesarios para hacerla posible no quería comunicárselo a Rebecca.

Le costaba creer que estuviera a punto de unir su vida a otra mujer, como le costaba controlar el estallido de alegría que sentía en el corazón por obtener un documento, un papel con unas letras escritas y un sello que le cambiarían la vida. Pero ya estaba. Lo había conseguido. Por fin disponían de la licencia que les autorizaba el casamiento.

Los gritos. A veces volvían para ocupar todo el espacio de su mente. Voces que se mezclaban, unas con otras, luchando por sobrevivir en el agua. Entre el humo y las ruinas, como escribió en su diario de navegación que hubo de concluir en tierra y encarcelado.

No importaba la confusión ni el barullo durante el ataque. Los gritos de los niños y de las mujeres se distinguían con una nitidez que conducía al espanto.

Cada vez que le ocurría, Diego apretaba los ojos y entonces le dolía la cabeza, mucho, pero pensaba en Rebecca y, al hacerlo, el ruido iba decreciendo hasta que parecía quedar engullido por una caracola de playa.

En Londres, la novia se mostraba pletórica ante sus padres con el telegrama en la mano. Abrazó primero a don Juan y después a doña Catalina, a la que llenó de besos. Era un gran momento en sus vidas.

El viaje a España y el adiós definitivo a su niña era una realidad inminente. Rebecca estaba preparada para entrar a formar parte de la segunda vida de Diego de Alvear y Ponce de León, hubiera lo que hubiese en ella...

A finales de año Diego regresó a Montilla coincidiendo con el inicio del viaje de Rebecca y su madre a España.

El primer destino para ambas mujeres, como ya le ocurrió a él, fue Lisboa, donde permanecieron demasiados días esperando la llegada del nuevo embajador español. Esa parada, tal vez por ser la primera, se les hizo eterna. Apenas si disfrutaban de la belleza que la ciudad les brindaba, ansiosas como estaban de llegar a España. Lo único que las retenía allí era el pasaporte necesario para cruzar la frontera y que tenía que entregarles el ministro de Estado, don Pedro de Ceballos, destinado entonces en Portugal.

Permisos y más permisos. Hasta para trasladar y pasar por las aduanas los numerosos baúles, bolsas y cajas que transportaban necesitaban una orden del rey. La consiguieron, lo que no restaba complicación. Les resultaba inimaginable la cantidad de obstáculos con los que se iban a encontrar por desplazarse con semejante séquito. Que dos mujeres solas emprendieran un viaje tan largo, llevando con ellas un voluminoso equipaje, no solo de ropa sino también de muebles, cuadros y un sinfín de objetos para iniciar una nueva etapa en un país distinto, no era algo que estuviera a la orden del día. Resultaba innegable la valentía de ambas, capaces de afrontar las mayores dificultades, que en realidad comenzaron una vez abandonaron la capital lusitana.

La mañana en la que se disponían a partir, muy temprano Rebecca pidió que la acompañaran al muelle para ver el mar por última vez. Inmenso y puro azul. Se estremeció al pensar que en las portuguesas aguas de ese océano habían muerto Josefa Balbastro y sus siete hijos. Los gritos del horror tantas veces relatados por Diego emergían de las olas en ese adiós que suponía, al mismo tiempo, un saludo de bienvenida a un período de su vida que recién se estaba iniciando. Para su marido, una segunda vida. Para ella, sencillamente la vida. Su vida. Lejos de la sal y la humedad de las playas; de los acantilados abismales; de la bruma londinense y de los verdes y frondosos parques. Lejos, en definitiva, de lo cierto y cerca de lo desconocido. Pero ¿qué es la vida sino un movimiento permanente, un desplazarse de un lugar a otro, de un sentimiento a otro, y hasta de unas personas a otras? A unas las perdemos para siempre, a veces con dolor, y a otras las incorporamos felizmente a nuestro devenir cotidiano. Intentamos que el tiempo no transcurra a nuestro lado mientras, inmóviles, permanecemos pensando en lo que podíamos haber hecho y no hicimos.

En lo que podíamos haber sido y no fuimos.

—Hija, ¿adónde fuiste esta mañana? No había ni despuntado el alba.

Rebecca prefirió abstenerse de explicarle sus pensamientos a su madre y

retenerlos para sí misma, como tesoros que se adormecen bajo las aguas sin que nadie sepa dónde encontrarlos. No tenía dudas sobre lo que significaba el revoloteo que le estaba removiendo las entrañas al ritmo al que giraban las ruedas del carruaje y galopaban los caballos ya en camino. Alejarse del Atlántico suponía aproximarse a los campos andaluces, a la luz inigualable de los atardeceres, al olor de olivos y viñedos. Un exotismo al que la trasladaba el amor. Y no se le ocurría que ninguna mujer en el mundo pudiera ser más feliz de lo que lo era ella.

La primera estancia en España tuvo lugar en la ciudad de Badajoz. Una estancia, por cierto, también prolongada, aunque ya el ansia se les iba mitigando un poco al encontrarse en suelo español.

Después continuaron la ruta por Extremadura durante varias penosas jornadas en las que el polvo de veredas y caminos les inundaba la ropa y se les metía en la boca. Hasta que llegaron a un pueblo en el que consiguieron hacerse con coches más preparados para recorrer el trecho que les quedaba hasta Sevilla.

La hermosa y señorial Sevilla, donde encontraron más comodidades y pudieron pernoctar en un sitio decente, más apropiado para unas damas de su categoría. Pronto se corrió la voz de su presencia en la capital, que se volcó en hacerles gratos los días que pasaron en ella. Relevantes personalidades de la alta sociedad las agasajaron a todas horas, ofreciéndose para mostrarles los impresionantes monumentos repartidos por el corazón de la ciudad, lo cual les elevó su maltrecho espíritu tras lo que llevaban realizado de viaje hasta el momento. De ese modo les fue fácil evitar pensar en lo que les quedaba todavía. Decidieron descansar y aprovechar el remanso que estaba significando conocer la insólita Sevilla, en la que entablaron algunas amistades que estaban llamadas a perdurar en el tiempo. Ese era el caso de una amiga de la infancia de la princesa de Anglona, de la misma edad que Rebecca. Congenió con ella al primer instante de verse. Las dos jóvenes solían salir juntas a pasear por la mañana siguiendo la ribera del ancho cauce del río Guadalquivir, o tomaban café en casa de Adela, que así se llamaba la muchacha, a media tarde.

—Qué relajadas son las costumbres en España —comentaba admirada Rebecca—. Nuestros horarios son muy distintos en Inglaterra, y la gente no anda tanto por la calle.

—¡El sol es lo distinto! —respondió su amiga bromeando—. Aquí no tenemos muchas ganas de dejar de verlo, así que alargamos el día para aprovecharlo y lo disfrutamos fuera de nuestras casas.

—¡Yo también haría lo mismo!

Ambas rieron divertidas.

—Pues ahora vas a poder hacerlo viviendo entre nosotros —le recordó la joven sevillana.

—Tienes razón. Y te confieso que, aunque estoy contenta, no puedo evitar una inquietud interior muy poderosa al no saber qué me depara el destino.

—Y quién lo sabe... Querida Rebecca, fíjate en lo que le pasó a tu prometido.

Nunca estamos libres de que en cualquier recodo del camino que Dios ha trazado para nosotros en este mundo, nos asalte una desgracia que haga que todo se vuelva del revés en cuestión de segundos.

—Tengo miedo... —Rebecca había creído que no podría confesar este sentimiento que albergaba desde que aceptó casarse con Diego, pero sintió liberación al hacerlo.

—¡Cómo puedes decir eso! —exclamó sorprendida su amiga—. Una mujer enamorada como tú...

—No dudo de mi amor, como tampoco de Diego. Pero a veces... —Le costaba soltarlo—. No sé...

—Vamos, cuéntame eso que, por lo que parece, mucho te preocupa. —Adela se mostraba comprensiva y le hablaba con ternura para propiciar el resto de la confesión.

—No sé si seré capaz de suplir todo lo que le falta en su vida, porque es tanto... Tanto, que no sé cómo ha podido mantenerse en pie desde aquella horrible tragedia. Ahora dudo de si he hecho bien aceptando casarme con él, porque jamás podrá volver a ser feliz después de algo tan atroz. —De pronto se echó a llorar encogida, cruzando los brazos a la altura del estómago como si quisiera impedir que algo escapara.

—Rebecca, mírame. —Adela intentó deshacer el nudo que había hecho la inglesa con los brazos—. Mírame a los ojos y presta atención a lo que voy a decirte. Casándote con el capitán Alvear no vas a ocupar el lugar de nadie, sino a llenar de vida y de amor la suya. No conozco a don Diego pero, sabiendo lo que se dice de su persona en cualquier lugar de España, siendo como es admirado en todas partes, no creo que quiera casarse contigo para combatir el efecto que haya tenido en él la desgracia de haber perdido a mujer e hijos. Ese hombre te ama, y tú lo amas a él. ¿Por qué no intentas verlo desde el punto de vista contrario? Piensa en cuánto debe de quererte para haber decidido rehacer su vida después de lo que ha sufrido. Recuerda que tú misma me has contado que cuando lo encarcelaron quiso dejar de existir, que prefería estar muerto. Tú, Louise Rebecca Ward, lo has resucitado. ¿Cuánto amor no habrá en vosotros para haberlo conseguido?

Las dos jóvenes se abrazaron emocionadas, y enormemente agradecida Rebecca. Prometieron no romper nunca el vínculo amistoso.

—La primera amiga que tengo en España ha de ser para siempre —afirmó la joven inglesa antes de invitarla a su boda en Montilla.

—¿A tu boda...? ¡Pues claro que quiero asistir! No me lo perdería por nada del mundo.

De ese mundo que a partir de entonces pertenecía por igual a Rebecca y a Diego. Un mundo en el que poco a poco las luces se iban imponiendo a las sombras.

En Sevilla, doña Catalina y su hija disfrutaron de la primera estancia agradable desde que salieron de Londres y, tal vez por esa razón, tuvo lugar la primera

despedida triste. Adela prometió escribir con frecuencia a su nueva amiga y, por supuesto, asistir a su enlace matrimonial, como ya le había hecho saber.

—Mi querida Rebecca, piensa únicamente en tu boda y en las experiencias que te aguardan en España —dijo Adela emocionada al tener que separarse de su nueva amiga.

—Así lo haré. Doy gracias por encontrar a personas como tú.

Se abrazaron.

Rebecca le hizo caso. Meditó sobre la suerte que tenía por haber podido elegir al hombre al que deseaba unirse. Por su cabeza le rondaban, en la partida, las palabras de Adela. No iba a reemplazar nada ni a nadie, sino que iba a encontrar el sitio que merecía por derecho propio en el corazón de Diego.

A partir de Sevilla el viaje hacia tierras cordobesas se anticipaba menos complicado gracias a que el camino era mejor en apariencia, mayores las facilidades de desplazamiento, los pueblos más grandes, y también ayudaba el carácter servicial y afable de los habitantes. Pero pronto se demostró que las comodidades que tanto aplaudieron al salir no pasaban de ser meros espejismos de la realidad. La travesía se ralentizaba porque debían bajarse del coche a menudo. Rebecca y su madre estaban muy asustadas por el permanente riesgo de volcar al que se exponían debido a los baches y a las insufribles desigualdades de los senderos que atravesaban. Les desesperaba lo lento que se avanzaba. Nada podía hacerse para remediarlo, eso era lo peor. «¿Cuándo llegaremos?», no paraban de preguntarse. Las inclemencias de ese periplo las agotaba. A ellas, ¡y a cualquiera!

A ambas les extrañaba sobremanera las diferencias existentes con su país, al que consideraban, con lo que llevaban conocido de la geografía española y del carácter de sus gentes, al menos extremeños y andaluces, mucho más adelantado en multitud de aspectos. Las posadas que encontraban al paso no podían estar más destartadas.

—¡Sin mueble alguno que facilite un mínimo de comodidad, ni apenas de aseo, es imposible descansar! —clamaba doña Catalina al cielo mientras que Rebecca se esforzaba por soportarlo de mejor manera delante de su madre, pero cuántas lágrimas de rabia e impotencia derramaba en las pocas ocasiones en las que se quedaba a solas. Esa expedición se estaba convirtiendo en lo más parecido al infierno y temió que acabara siendo ese su destino, ya que por momentos se le parecía tanto...

Tras varias semanas de dificultoso peregrinar, obtuvieron al fin la recompensa. Un gran premio que les dejó sin palabras al ver superadas las expectativas que tenían puestas en su llegada a su nuevo hogar. El recibimiento las desbordó. Montilla entera las saludaba con sol de invierno, y Diego, con una sonrisa que borraba de golpe las penalidades del viaje. Una sonrisa a la que Rebecca se aferró como una vela al mástil.

Al descender del coche de caballos, los brazos de su futuro esposo la envolvieron en una especie de nube confortable y cálida en la que quiso permanecer de por vida. Ese era su destino. Y quería que fuera su hogar. En el abrazo, Diego inspiró el perfume de la piel de su prometida, que había permanecido retenido en su memoria desde que abandonó Inglaterra, y sintió, más que nunca, hallarse en su verdadera patria. La patria que llevaba por nombre Rebecca.

El pueblo se vio inmerso en una enorme algarabía; llevaba esperando mucho tiempo poder agasajar a la señorita Ward y darle la bienvenida. Todos conocían la dolorosa historia de Diego, pero ahora había llegado quien cambiaría su suerte. No había vecino que no anhelara verla entrar en Montilla para darle la enhorabuena por hacer feliz al hombre más popular de la ciudad, y por elegir quedarse a vivir en ella. Rebecca había imaginado muchas veces cómo sería iniciar esta nueva etapa, pero la realidad superó con mucho sus ensoñaciones. Doña Catalina, por su parte, se mostraba encantada con tales demostraciones populares, impensables en Inglaterra.

Diego, orgulloso por la reacción de sus convecinos, apenas podía contener la emoción de volver a ver a su novia, de acariciar sus manos, rozar sus mejillas... Era la segunda vez en la que el mundo se le nublabá, pero en esa ocasión, de alegría. Qué contraste. Solo deseaba en aquel instante que la gente desapareciera para quedarse a solas con esa mujer a la que amaba con una sinceridad que hasta le dolía.

En el escaso tiempo que tardaron los Alvear en cerrar la puerta de su casa, nació el apodo que le adjudicaron a la recién llegada: la Inglesa.

Ya en la intimidad familiar, Diego les reiteró su satisfacción por tenerlas entre ellos y les fue presentando a sus hermanos y a los amigos más cercanos, aquellos que no querían perder la ocasión de ser los primeros en conocer a la futura esposa del capitán. El tío Juan habló en nombre de todos:

—Sean ustedes bienvenidas a esta casa y a esta familia que ya es la suya. Señorita Rebecca Ward —se dirigió a ella con cariñosa solemnidad—, no me cabe ninguna duda de que eres la mujer que hará feliz a mi sobrino. Os deseo la mayor dicha en lo que ambos habréis de compartir, en Montilla o en el lugar que os reserve el destino. Que Dios os conceda una larga vida juntos.

La besó en la frente.

Ella, agradecida, abrazó después a Carlos, su futuro hijastro.

—Qué mayor te encuentro.

—¡Es que ya soy hombre!

—Bueno, yo no diría tanto —bromearon ambos.

Diego se acercó a Rebecca para recrearse en el goce de su proximidad física. Admiró sus manos, reconoció su talle al rodearla por la cintura; la cara, al acariciarla... Rebecca, tantas noches soñada, al fin a su lado.

A la espera de que se convirtieran en marido y mujer, Diego reservó para ellas las habitaciones más soleadas de la casa, una edificación típicamente andaluza, blanca, con un patio central atiborrado de plantas de un verde intenso que realzaba por contraste la cal y el azulete de las paredes. Las estancias resultaban amplias y eran luminosas; en todo distinto a las construcciones y al mobiliario ingleses.

Las dos mujeres estaban cansadas por el largo y agotador viaje. Tras tomar un pequeño refrigerio se excusaron y se retiraron a descansar. Antes de hacerlo, Rebecca y Diego compartieron unos minutos en los que latieron con fuerza las ganas que tenía el uno del otro.

—Eres una mujer valiente. No sabes cuánto lamento las penalidades de vuestro viaje. Haces que me sienta orgulloso de ti. ¿Realmente merezco esta suerte?

—Ha sido duro, pero al verte se me olvida lo mal que lo he pasado. Estoy segura de que ha valido la pena. Aquí estoy. Aquí estamos. Tú y yo, por fin, mi amado Diego.

—Mi amada Rebecca...

La besó sintiendo que eran muchos los besos que le debía y demasiadas las noches añorando dárselos.

El frío matinal no era comparable con el de Londres, ni tampoco el sol que resplandecía en la primera mañana de su futuro. Había sido tan intenso su deseo de estar junto a su prometido, que Rebecca no acababa de creerse que amaneciera en Montilla y a su lado. Estaba deseosa de conocer el pueblo, de verlo con más tranquilidad, así que se abrigó bien y se echó a la calle acompañada de su madre sin imaginar que las demostraciones populares de afecto pudieran ir a más. La gente la aclamaba al verla. Al grito de «¡Viva la Inglaterra a pesar de la guerra!», la saludaban al pasar; una efusividad que la hacía ruborizarse, llegando incluso a asustarla. Y no pocos eran los vecinos que, al verla pasear por la calle, tiraban su capa al suelo para que pasase sobre ella. Esa gente las desconcertaba. No habían visto cosa igual.

—Madre, ¿de dónde han salido estos españoles? ¿O es que aquí todos son así? —preguntó perpleja en casa después de uno de estos insólitos saludos.

—¿Te disgusta que te agasajen?

—Pues no sé qué decirle, me desconcierta. No sé qué esperan de mí.

En ese momento Diego entró en la sala donde ambas conversaban al calor de la enorme chimenea que presidía la estancia.

—¿Acaso desconfías del gran corazón de la gente de mi tierra? —dijo con cariñosa ironía.

—Lo siento, será que no estoy acostumbrada a este tipo de lisonjas. No olvides que soy inglesa.

—No temas. A lo bueno nos acostumbramos fácilmente. Ya te advertí que por estas tierras te encontrarías con personas muy distintas a las que has podido conocer hasta ahora. Aquí el carácter es jovial y la gente, muy hospitalaria. Ya sé que en mí no tienes el mejor ejemplo de la alegría andaluza, pero yo no cuento —añadió en un tono ciertamente guasón.

Sorprendía ver la transformación que se estaba produciendo en el comportamiento de Diego. El tío Juan, el primero en maravillarse ante el cambio, daba permanentes gracias al Altísimo por ello, y Diego, con todo lo devoto que era, le rectificaba siempre: «Más le vale, tío, dárselas mejor a la artífice de tal cambio, mi querida Rebecca».

Los días giraban tranquilos alrededor de los preparativos de la boda. Montilla era, para Rebecca, un enclave pintoresco. Hasta el aire olía distinto, y le gustaba.

En cumplimiento de su palabra, su amiga Adela llegó desde Sevilla para asistir a los esponsales. La alegría de las jóvenes contagiaba a quienes estaban a su alrededor. Disfrutaban con las presentaciones de rigor. La más esperada, la del futuro esposo.

—No me habías dicho que fuera tan guapo —cuchicheó Adela cuando las dos amigas se quedaron a solas.

—¿A ti también te lo parece? —dijo Rebecca con orgullo—. Mi madre insistía mucho al principio en nuestra diferencia de edad...

—Bueno, mayor sí que es, ¡pero tiene muy buena planta!

Ambas rieron cómplices. No sabían que el «prometido» las escuchaba. Sus risas y comentarios resultaban un alivio, haciendo que se olvidaran los tiempos difíciles de Londres, en los que Diego de Alvear era un hombre sombrío.

—Si él supiera lo que estamos hablando... —concluyó Rebecca divertida.

Diego había recuperado la expresión afable de su afinado rostro, perdida por un tiempo entre cañonazos y gritos de socorro. Su cabello, cano, presentaba reflejos plateados que le hacían muy atractivo. La nariz, pronunciada pero elegante. Los labios, delgados, acababan en unas comisuras que, al sonreír, trazaban unos ligeros surcos laterales que dibujaban un gesto amable.

El repentino fallecimiento del tío Juan alteró la alegría general y obligó a retrasar el enlace, pero solo por unos días, porque así lo determinó él. A la familia le reconfortaba saber que se había ido sin sufrir, mientras dormía. Había muerto como solía vivir: sin estridencias y evitando dar quehacer a sus semejantes.

Hombre discreto y entregado a los demás, no quiso que ni siquiera su muerte alterara la felicidad que estaba viviendo su sobrino, el primero en llorar profundamente su pérdida, otra más que se sumaba a las muchas, demasiadas, que llevaba acumuladas en pocos años. Esa, sin embargo, la vivió en paz, con sosiego,

porque era la ley de la vida la que había puesto el punto final. Así debería ser en las muertes de aquellos a quienes amamos.

Cumplidas las novenas del duelo por el tío Juan, se celebró el enlace. El novio tenía cincuenta y ocho años. La novia, veintiuno. Y juntos, un mundo por delante.

Decidieron que la ceremonia fuera sencilla. Evitaban enlutarla, de la misma manera que evitaban también grandes festejos. Lo esencial iba a cumplirse y nada importaba más. Cada uno llevaba dentro de sí la celebración de lo que como adultos y voluntariamente habían decidido realizar. El compromiso que sellaron en ese acto no sería menor porque tras él no corriera el vino ni se desataran bailes. Es más, aunque la austeridad se debiera a la reciente muerte del tío Juan, al llevar dos años viviendo con el ruido de los cañones torpedeando las fragatas y de los naufragos pidiendo auxilio a gritos metido en su cabeza, el novio agradeció la falta de estridencia en el banquete. La música la sentía en los ojos de su esposa cuando lo miraba enamorada, o en sus labios pronunciando en el altar el «Sí, quiero» que le andaba rondando todo el día. Dos palabras llenas de la fuerza necesaria para ir desplazando de la mente de Diego el ruido tenebroso del ataque inglés. Costaría conseguirlo, porque la trágica mañana en la que su familia murió seguía estando presente. Su recuerdo planeaba invisible sobre las cabezas de los asistentes, solo que los gritos de socorro ya se oían como si fueran un lamento ahogado que poco a poco se iba extinguiendo hasta que de él no quedaba más que una leve sombra. Y aunque Rebecca no hablara de eso con Diego, sabía que esa sombra existía y existiría siempre, y tendría que aprender a convivir con ella.

A las nueve de la noche decidieron poner fin al banquete. Los novios agradecieron a los familiares y a los amigos su compañía, y se retiraron a su casa. Fue una jornada intensa que a esas horas había terminado para todos menos para los contrayentes. Rebecca había pensado tanto en aquel momento, que entonces ya no supo qué pensar. Temía y deseaba en la misma medida.

Dieron las buenas noches a los sirvientes antes de subir las escaleras hacia el dormitorio que hasta ese día había ocupado Diego y que iba a convertirse en la habitación nupcial. Él la tomó en brazos para entrar en el espacio donde estrenarían la intimidad tan deseada.

La esposa estaba nerviosa. Le asistía una extrañeza, la sensación de que quien tenía que traspasar el umbral del dormitorio en brazos de Diego de Alvear era otra mujer y no ella. Era la mujer a la que Diego prometió amor eterno antes que a ella y con la que iba a ocupar ese dormitorio matrimonial. Qué raro resultaba pensar que ese hombre ya se hallaba donde quería, en su pueblo natal, al que había llegado con toda una vida a sus espaldas, y que estaba a punto de hacer algo con lo que seguramente tanto soñó: entrar en el dormitorio de su casa junto a su esposa, solo que en ese momento su esposa era otra. Y a su lado pensaba partir de cero, comenzar de nuevo. Pero era otra, y no la que debía haberlo hecho.

Diego también estaba inquieto. Antes de ocupar el lecho en el que esperaba

Rebecca, salió al balcón, necesitado de tomar aire y consciencia de lo que le estaba pasando. Intentó sin éxito evitar el motín de recuerdos que emergía exaltado cuando estaba a dos pasos de cumplir sesenta años y acababa de casarse por segunda vez. Rebecca era tan hermosa y tan joven..., y él había vivido tanto... Y, sobre todo, había sufrido tanto... Terribles avatares que se cruzaban en su felicidad. Hacía casi treinta años, asomado a un balcón frente a un paisaje diferente al de la campiña que se extendía en ese momento ante sus ojos iluminada por la luna llena —¡siempre la luna llena!—, le asaltaron por primera vez los ojos negros de Rosa Guarú, preámbulo de cuerpos desnudos amándose en los rincones salvajes de Yapeyú. La obligada despedida, aplastando una paternidad oculta entre la maleza y la humedad del río. Y ese niño... José... el San Martín ligado inexorablemente a un Alvear. Después vendría el amor de Josefa, la porteña de origen español, en el Buenos Aires donde se casaron. Los hijos que empezaron a llegar, y también a morir. Finalmente la ilusión de volver al origen, su amada España, acompañado de éxito, fortuna, y de su esposa y de ocho hijos que eran su orgullo. El imprevisto a punto de zarpar que le obligó a comandar la *Medea*, que no era la nave que le correspondía, y la decisión final de que el travieso de Carlos, convertido en el primogénito al haber fallecido los dos hermanos que le precedían, se fuera con él. Aquel viaje en el que no dejó de pensar ni un minuto en los besos, preñados de esperanza e ilusiones, que él y Josefa se prodigaron en el muelle al separarse y subir cada uno a su barco.

Todo se truncó al poco de avistar las tierras del Algarve, próximas a Cádiz, destino al que nunca llegaron. El estruendo de los cañones, el semblante aterrorizado de su hijo Carlos, testigo impotente de la tragedia de su madre y sus hermanos, el hedor a sangre y pólvora, los niños saltando por los aires de la mano de Josefa. Así los imaginó, estallando violentamente, sus pequeños cuerpos anudados unos a otros para mitigar el miedo y poder mantenerse juntos en la nebulosa que les ampararía en la eternidad. El fragor, la confusión, el estrépito de agónicos gritos de auxilio martilleando su conciencia durante veinticinco meses, los que habían transcurrido desde aquel 5 de octubre. Desde el ataque inglés, hasta su boda. Desde la muerte hasta la vida. Un inaudito viaje de retorno.

—Diego...

La armoniosa voz de Rebecca desde la cama interfirió en sus pensamientos. Acudió a la llamada sintiéndose un naufrago a punto de ser rescatado. Se despojó de la ropa con calma.

Mientras iniciaban ese otro viaje, el más hermoso, el de los cuerpos enamorados, con la lentitud de las pequeñas olas que suceden a un temporal, Diego fue dejando de oír por fin el ruido de aquella mortal madrugada, hasta que quedó sepultado, extinguido para siempre, bajo el ritual del amor y el deseo.

Un cielo azul y luminoso les saludó en el primer amanecer como marido y mujer.

Diego se levantó y tiró de las sábanas.

—¡Vamos, perezosa, vístete! Tengo una sorpresa para ti.

A Rebecca le resultaba desconocido ese estrenado vigor en su esposo.

—¿No vas a anticiparme de qué se trata? Podrías darme una pista, se me dan bien los acertijos.

—¿Eso es lo que entiendes por sorpresa? —Le dio un beso con muchas ganas—. Si te lo digo, dejará de serlo. ¡Vamos, vamos! Desayunaremos y luego te desvelaré el misterio. Te advierto que llevo mucho tiempo trabajando en ello.

Rebecca se hacía la remolona.

—¡Claro que quiero saber de qué se trata! Pero... ¿me estás pidiendo que madrugue después de nuestra noche de bodas...? —Se giró de un lado en la cama haciendo ver que no quería levantarse—. ¿Y luego dices temer nuestra diferencia de edad? ¡Ya lo creo! Soy yo quien no puede seguirte a ti —bromeó divirtiéndose con la situación.

—Por favor, Rebecca, sé que te va a gustar.

Besos, abrazos y rendición. Acabaron bajando a desayunar con la prisa impuesta por Diego para poder descubrir la sorpresa anunciada y en la que llevaba meses empleándose.

No tuvieron que caminar mucho, el destino se encontraba dentro de la finca de los Alvear. Lo que se veía era una edificación en obras, aunque muy adelantada. Era lunes, y tan temprano que todavía no habían llegado los peones.

—¿Qué es esto? ¿Es que forma parte del negocio familiar? ¿Vais a ampliarlo?

—No puede hablarse de negocio pero sí de familia: la nuestra, la que tú y yo formamos...

—No, no, a mí no me incluyas en esto —respondió ella riéndose—, soy muy mala para los negocios aunque sean familiares.

—Es nuestra casa.

Rebecca, sorprendida, se puso seria.

—¿Nuestra casa?

—Nuestra casa. Eso he dicho. Será nuestro nuevo hogar. Solo para nosotros. Es mi regalo de bodas. La he construido para ti. ¿Te gusta? Di algo...

¿Gustarle? Rebecca jamás habría imaginado mejor regalo. Se vislumbraba una construcción impregnada del alma andaluza, de la que ya se sentía tan próxima. De planta cuadrada, la casa estaba rematada en la azotea por una trabajada balaustrada de piedra clara y exhibía en la fachada principal hermosos balcones como si fueran medallas.

Cuánto había cambiado su vida. Recordaba el día en que abordó a Diego en la

iglesia. Un Diego que era una mera sombra de sí mismo. Luego, el comienzo de todo, el paseo nocturno en busca de estrellas en el cielo, la petición de mano con la urgencia del deseo, la despedida en Londres cuando él partió hacia España. El penoso viaje junto a su madre hacia un destino que entonces se le antojaba tan deseado como incierto. Y finalmente, esta paz que la recompensaba de todo.

Se abrazó a su marido, feliz, fundiendo en ese abrazo el rescoldo de sus vidas pasadas.

Ni a doña Catalina ni a su hija les importó la falta de celebraciones que cabría esperar con motivo de la boda, exultantes como estaban, no solo por el enlace, sino también por poder disfrutar de todo lo que Montilla les ofrecía. Los paisajes les resultaban extraordinarios, las vastas extensiones de campos que ni la vista alcanzaba al perderse en el horizonte. Y el cálido clima, tan benigno para ser pleno invierno.

Las visitas a las haciendas de la familia las mantenían entretenidas. Les acompañaba Adela. Una de las actividades que más les divertía era asistir al bullicioso desfile de las innumerables cabezas de ganado de todas clases: bovino, caballar, boyal..., que habían sido criadas desde hacía años en los grandes cortijos del Alcaparro por el padre de Diego y su tío Juan, herederos del trabajo del abuelo Diego de Alvear y Escalera. Las tres mujeres soportaban la polvareda de los animales en manada como quien asiste a una representación al aire libre; era todo un espectáculo.

Otra gran novedad eran los molinos donde se prensaba la aceituna para elaborar unos aceites densos y de sabor amargo, «un verdadero tesoro», afirmaba doña Catalina comiendo a dos carrillos el pan que mojaba en un cuenco rebosante del espeso y oloroso manjar.

Les esperaba, sin embargo, algo mejor aún. La joya de los negocios de los Alvear; aquello en lo que más invirtieron y más les rentaba, pero sobre todo lo que fascinaba a Diego desde su niñez: las bodegas. Aunque pequeña y una sola en origen, ya eran varias y ocupaban un espacio contiguo a la casa solariega de la familia en una inmensa finca en la que se extendían viñedos en los pagos altos de la sierra de Montilla.

Diego creció entre viñas y uva cuyos granos gustaba de estrujar entre sus dedos para sentir el zumo chorreando. Una uva con historia, blanca y dulce, originaria del Rin y traída hasta allí por los tercios de Flandes. El universo soñado en tierras americanas estaba encerrado en esas naves, entre botas y tinajas. Tan íntima y honda era la pasión de Diego por esas bodegas, que quiso compartir su significado con su esposa.

—No se preocupe usted, doña Catalina, les he asignado el mejor guía; ni yo mismo sería capaz de contarles todo lo que él sabe de estos lagares.

Se excusó ante su futura suegra y la amiga de su esposa refiriéndose a su capataz, Carlos Billanueva, el hombre que gozaba de su mayor confianza. Durante años había sido su asistente en Argentina, y al regresar a España le propuso que lo acompañara.

Y aceptó. Tenía Billanueva la costumbre de algunos bodegueros de marcar con tiza blanca las mejores botas.

—¿Qué son las botas? —preguntó curiosa Rebecca, extasiada al contemplar por vez primera el interior de la bodega principal.

—Mira, toca esta —dijo Diego invitándola a poner su mano sobre una de ellas—. Son las barricas de madera donde se almacena el vino. ¿Ves estas iniciales, C. B.? Así marca mi capataz las que sabe que guardan los mejores caldos. Es una buena idea, nos ayuda a seleccionar los de más calidad.

—Debe de ser un proceso laborioso.

—Casi ochenta años lleva mi familia haciéndolo. La nuestra ha sido la primera bodega que produce vino en Andalucía. ¿Qué te parece? ¡Ya somos los más viejos en algo! —bromeó con orgullo.

Había sido fundada en 1729 por su abuelo, Diego de Alvear y Escalera, nacido en Córdoba, adonde habían destinado a su padre, Juan Bautista García de Alvear y Garnica, natural de Nájera, para ejercer como administrador de las Rentas Reales. Al crecer y convertirse en un joven lleno de ambición, el abuelo Diego se trasladó a Montilla y descubrió en esas tierras su afición por el campo. Poco a poco fue adquiriendo mayores extensiones de terreno, hasta que llegó a ser uno de los mayores propietarios de la zona. De sus tres hijos consiguió transmitirle la pasión a Santiago.

—Mi padre recibió esto de mi abuelo, sí, pero más importante que la herencia del dinero y las propiedades, es la del amor por esta tierra hermosa y productiva. Él ayudó a impulsar las bodegas Alvear llegando incluso a vender vinos en Inglaterra.

Rebecca escuchaba absorta la historia familiar que le contaba su marido mientras recorrían el interior de la bodega. Las naves, altas, inmensas, abarcaban un espacio en el que el silencio se perdía. Y qué distintas de las cavas de crianza, donde los techos eran más bajos y el aire parecía espesarse. A una de ellas llegaron mientras Diego proseguía el relato de la parte de su vida desconocida para su esposa.

—Desde niño, mi profunda vocación militar ha convivido con la pasión por el campo y por estas vides. El vino y la tierra han formado parte de mí, aunque es evidente que solo ha podido ser de corazón mientras he estado en América desempeñando mis obligaciones.

—No podía imaginar cuán importante era para ti.

—Mi gran sueño desde que marché fue volver al lugar en el que nací, para pasar el último tramo de mi vida dedicado a mi gran pasión, el campo.

—Cuando en Inglaterra hablabas del negocio familiar no me contaste que te fuera la vida en ello, como parece.

—Hay muchas cosas que no te he contado.

—No te preocupes. —Rebecca abarcaba con la mirada los viñedos—. Tenemos mucho tiempo para que lo hagas.

—Yo no tanto.

—¡No vuelvas a decir eso!

El buen humor del que habitualmente hacía gala su esposa llenaba de vida a Diego.

Antes de la llegada de la primavera, la casa estuvo terminada. El trasiego de muebles y enseres más personales del matrimonio se realizó de una casa a otra con bastante celeridad. Doña Catalina se emocionó al ver cómo sus cómodas, sillones, espejos, lámparas y baúles traídos de Londres fueron encontrando su lugar en la nueva casa de su hija.

—Descuida, me voy tranquila, hija.

Y es que había llegado la hora de regresar. Eran muchos los meses transcurridos desde que partió rumbo a España iniciando un viaje penoso que, sin embargo, se había visto infinitamente recompensado con la felicidad hallada en Montilla, la tierra en la que quedaría su única hija y, por tanto, una parte de sí misma.

No era tristeza lo que todos sentían el día en que la despidieron al pie del coche de caballos, sino una suerte de añoranza de lo que supondría su ausencia en los años venideros. En Sevilla vio por última vez a la joven Adela, recomendándole que no dejara de visitar a Rebecca.

Diego ofreció a doña Catalina la compañía de su capataz, Carlos Billanueva, y de una de las sirvientas de la casa, para realizar el viaje de vuelta hasta Lisboa en las mejores condiciones. Billanueva conocía el camino y era hombre aguerrido, cualidades ambas que tranquilizaban a la señora Ward. Una vez la dejaran embarcada rumbo a Londres, habría terminado su misión y regresarían a la finca montillana.

Los meses que transcurrieron desde que se casaron, en enero, hasta las Navidades de aquel año, fueron los más tranquilos de su vida en común. Pero ellos aún no lo sabían. Disfrutaban de una felicidad que estrenaban cada día sin sospechar que su vida cambiaría cuando se recibió en la casa una comunicación del Despacho Universal de Marina con la orden de traslado del capitán Alvear a Cádiz.

Rebecca, pese a lamentar el poco tiempo que habían podido disfrutar de su hogar, vio con buenos ojos la idea de volver a vivir junto al mar. A pesar de la pena que les causaba, sobre todo a Diego, dejar la casa de Montilla, Cádiz se les presentaba como un paraíso frente al océano. Aunque a veces es demasiado estrecho el paso entre el cielo y el infierno.

Fue en mayo del año siguiente cuando se mudaron a Cádiz. A mediados de agosto, Manuel Godoy nombró a Alvear comisario provincial de Artillería y comandante del Cuerpo de Brigadas del Departamento de Cádiz, de cuyo destino tomó posesión cuatro meses más tarde para llevar a cabo el proyecto de reformar y aumentar ese cuerpo, organizándolo de manera que los buques resultaran más eficaces en los combates navales. Pero ese plan quedó aplastado, como muchos otros, por el zarpazo de la terrible guerra contra los franceses. Una contienda en la que los españoles estaban dispuestos a defender su independencia ante el gabacho que

pretendía hacer suya España.

Todo sin excepción quedó roto por esa infame guerra a la que se vieron supeditadas sus vidas. El primero de los hijos Alvear y Ward, Diego Francisco, vino al mundo en el preludio de un tiempo sombrío para España y para esa familia, como para tantas otras que amaban la libertad.

El Cádiz que se encontró el matrimonio Alvear era un hervidero de ideas en el que la vida social, más que un pasatiempo, devenía una necesidad y una obligación. Las relaciones personales se convertían en un objetivo para favorecer las influencias que movían los hilos de la actividad política, en plena efervescencia, y de la económica, cada vez más emergente.

Y como en cualquier comunidad rica y activa, un abismo distanciaba las clases sociales. Nobleza y aristocracia, por un lado, y por otro los bajos fondos, de los que algunos gaditanos hacían bandera.

Rebecca Ward se acomodó a esa sociedad en la que encajaba como un guante. Brillaba en los salones más distinguidos y se codeaba con Grandes de España en elegantes fiestas, entre personas respetables y de alcurnia, como la duquesa de Benavente, la de Osuna, la sin par duquesa de Alba, o las marquesas de Santa Cruz, de Camarasa, de Alcañices, y la condesa de Oñate, cuya belleza y espectacular figura deslumbraba a hombres y mujeres por igual. Todas las damas de la alta sociedad, sin excepción, acogieron a Rebecca, considerándola una más entre los suyos. Y Rebecca caminaba por los salones en fiestas cogida del brazo de su marido con orgullo, luciendo preciosos vestidos confeccionados con telas suntuosas. Él se sentía orgulloso y envidiado. Una mujer joven, inteligente y hermosa, del brazo de un sexagenario. Rebecca resplandecía como las estrellas que antaño formaron parte de su vida y después quedaron olvidadas por el devenir del tiempo y de los acontecimientos. Su gran pasión sustituida por una visión de la realidad más terrenal, que era lo que entonces le hacía feliz.

A Carlos le costaba adaptarse a la ciudad, pese a que no debería haber sido así. No era que Cádiz ofreciera para un joven como él menos atractivos que Montilla. Más bien sucedía al contrario. Pero era su ánimo el que no estaba bien. Demasiados cambios en muy poco tiempo le habían obligado a madurar, y hasta ese momento no había hecho más que ir adaptándose a esos cambios. Desde que llegó a España cargando en la espalda de su juventud la tragedia del Cabo de Santa María, le pesaban el desánimo y la frustración de no acabar de encontrar su sitio en su nueva familia, en su nueva ciudad y en su nueva vida; como si perder a su madre, a sus hermanos y a su primo no fuese suficiente martirio. Hubo que sumar después la injusta cárcel, la estancia en Londres, lejos de su patria, y su llegada por fin a España pero para comprobar que no le aguardaba ningún destino ni posibilidad alguna de prestar servicio al ejército, como era su voluntad. Entendió que los ingleses no eran los únicos que cometían atropellos e injusticias. Sus esperanzas se ensombrecieron al serle denegado, medio año después del ataque inglés, el ascenso a teniente en el Regimiento de Dragones de Buenos Aires, solicitado por su padre. Pero, finalmente, a sus dieciocho años, le llegaba una buena noticia: el rey había accedido a que

ingresara en el Cuerpo de los Carabineros Reales al haber considerado que, debido a los sucesivos avatares de los últimos tres años, no había podido optar, aunque hubiera querido, a los oportunos ascensos en su carrera militar.

Diego de Alvear se hizo acompañar por Carlos para ir a presentarse al gobernador de Cádiz, el general Francisco Solano y Ortiz de Rozas, marqués del Socorro, un preeminente militar de casta. Hijo del gobernador y capitán general de Venezuela y de Santo Domingo, José Solano y Bote, fallecido recientemente, se había convertido en el general más joven de la nación.

Nacido en Caracas, cursó estudios en el Real Seminario de Nobles de Madrid, al igual que hizo años más tarde José de San Martín, e ingresó como cadete en el Regimiento de Reales Guardias Españolas de Infantería. Luchó en las filas napoleónicas en la campaña del Rin, a las órdenes del mariscal Moureau, pero Solano no era hombre que pudiera entenderse con Napoleón. Cuando Moureau cayó en desgracia, él lo acogió en su casa de Cádiz, adonde llegó deportado, un gesto que desató la furia del emperador. Pero ya nada podía hacer contra Solano, estaba demasiado lejos. Y lo había estado... hasta entonces.

Andaba por los cuarenta, y a su puesto en Cádiz sumaba el cargo de capitán general de Andalucía. Nada más ocupar su plaza se desató una grave epidemia de fiebre amarilla que se preveía devastadora pero que, en cambio, se consiguió controlar gracias a las medidas de aislamiento y a la cuarentena severa decretada por él. Eso acabó de decidir su nombramiento como gobernador y dejó a Cádiz en buenas manos.

El mismo Cádiz en el que debían trabajar juntos, Alvear y él.

—No le saco mucha ventaja en el conocimiento de esta ciudad, ya sabe que no llevo demasiado tiempo destinado aquí, aunque estuve en otras ocasiones. Pero sí llevo el tiempo suficiente como para permitirme darle algunos consejos que puedan servirle para moverse con facilidad.

—No dudo de que me servirán.

—Ándese con mucha prudencia, sobre todo al principio, aunque me consta que usted la tiene. ¿Sabe cuál es el principal problema de esta ciudad? Uno no sabe cuándo es mejor ser partidario del inglés o del francés, o cuándo al revés, ¡o cuándo no escoger ninguna de las dos opciones para poner la cabeza a salvo!

Al hablar, Solano mostraba una sonrisa contenida. Poseía la nariz y el porte de un águila, y llamaban la atención las largas patillas, anchas y oscuras, que flanqueaban su cabeza.

—Cierto es que parece nuestro sino debatirnos entre ingleses y franceses. —Alvear se interesó por los aires de guerra que corrían en las últimas semanas—. ¿Cree que el Tratado de Fontainebleau va a tener consecuencias adversas para nosotros? La situación es confusa.

—En mi opinión podría tenerlas. Y dice usted bien, la cosa no está clara. En

octubre firmamos el acuerdo con los franceses para que fueran nuestros aliados contra Portugal, y ahora da la impresión de que Napoleón se siente dueño y señor de España. Convinimos el apoyo logístico que fuera necesario en el tránsito de las tropas imperiales para la causa común, y le soy sincero, Alvear, si le digo que me intranquiliza el hecho de que los gabachos hayan ido tomando posiciones en importantes plazas de nuestro territorio. Me llegan ecos de que la población empieza a resentirse por las exigencias de las tropas francesas allá por donde pasan. Una cosa es facilitarles la manutención, y otra muy distinta, rendirles pleitesía.

—Confiemos en que no vaya a mayores. Aunque de los franceses no puede uno fiarse —aventuró Alvear.

—Ni tampoco de los ingleses —se apresuró a añadir Solano.

Diego torció el gesto, pero no por Solano, sino por los recuerdos.

—Desde luego, nadie mejor que yo sabe lo poco de fiar que son los ingleses. —El mal recuerdo persistía, imborrable.

—Me hago cargo, capitán, pero ha tenido usted suerte encontrando a una mujer con la que poder rehacer su vida. —La voz del general Solano rezumaba humanidad—. No es fácil, pero le ha ocurrido. Es usted un hombre afortunado. Y, por cierto, ¿cómo se encuentra su esposa? Cuando hayan acabado de instalarse me gustaría conocerla y...

Un par de golpes en la puerta lo interrumpieron.

—¡Adelante! Capitán, ha traído con usted a su hijo y agradezco que lo haya hecho. Ahora soy yo quien quiere presentarles a un joven que es casi como un hijo para mí. Le tengo verdadero aprecio y presumo de su amistad. Permítanme presentarles a mi ayudante: José de San Martín.

El joven José se dirigió a ellos con paso firme. Las pisadas de sus botas resonaban en la memoria de un tiempo que quedó atrás pero que podría regresar en cualquier momento. Dos personas en la sala, un Alvear y un San Martín, sabían que eso pasaría. Más pronto o más tarde, pero pasaría. No tenían dudas al respecto, aunque sí temores. Todos los del mundo.

Un frío repentino invadió el corazón de Diego y le dejó clavado en el sitio. Como un rayo certero en plena tormenta o una ola gigante en la tempestad en mitad del océano, volvieron a él los inmensos y oscuros ojos guaraníes. Las noches con Rosa bajo la húmeda luna de Yapeyú sobre la superficie del río Uruguay. Sus pies descalzos. Su cuerpo caliente y prohibido hasta que dejó de serlo.

—¡Capitán! —San Martín le hizo el saludo militar.

Alvear le respondió gestualmente, no conseguía articular una palabra de entre tantas como quería decir. La primera y única vez que habían estado juntos, José era un niño de apenas cinco años que se despedía de él sin saber quién era, a punto de embarcarse hacia España.

El que vivían tantos años después era un instante sublime y doloroso que deberían superar.

Carlos, ajeno al verdadero significado del encuentro, quiso mostrar el agrado que le producía conocer a San Martín, y así lo expresó:

—Es un privilegio conocer al hombre de cuyo carácter valeroso todo el mundo da fe y al que por ello admiro desde hace tiempo.

—Agradezco sus palabras, el privilegio es mío por hallarme ante dos valientes. Les expreso mi sentido pésame por la pérdida de tantos seres queridos. —San Martín hablaba dirigiéndose al padre y al hijo—. Debe resultar desgarrador perder a un hijo, saberlo lejos para siempre, ¿no es así, capitán? —Clavó su mirada en Alvear y este la notó perforándole el alma. No fue capaz de responder.

—Mi padre me ha hablado mucho de usted —terció Carlos sin imaginar cómo iba a caer ese comentario precisamente en su progenitor—. Suele ponerlo como ejemplo de militar valeroso.

—¿Ah, sí...? No imaginaba que el capitán conociese mi trayectoria... —respondió enigmático San Martín.

—Dice que ha llegado muy lejos siendo muy joven. Le tiene en alta consideración.

—Y yo a él —afirmó San Martín con una seriedad que contrastaba con el tono relajado que presidía la reunión. Y se atrevió a ir más allá—: Tener una buena formación militar y académica es fundamental para progresar, en el ejército así como en cualquier ámbito de la vida. Y yo, por fortuna, la he tenido. ¿No opina usted lo mismo, capitán Alvear?

La pregunta sentó como un mazazo a Diego. Abominaba del tono y la intención, pero decidió pasar por alto la afrenta.

—Le doy toda la razón —respondió serio y más afectado de lo que hubiese querido por el encuentro imprevisto.

—Ya ve que a mi ayudante le asiste la cordura, y yo estoy bien asistido por él —intervino Solano.

Las vidas de Solano y de San Martín se habían cruzado en la guerra del Rosellón contra Francia, defendiendo la frontera de los Pirineos, constantemente atacada por los franceses. En su primer encuentro, en el sitio de Orán, fue donde San Martín tuvo su bautismo de fuego. Se había estrenado en campaña con solo trece años, en las mismas tierras del norte de África en las que su padre, el palentino don Juan de San Martín, había destacado con honores en su carrera militar.

Cuando abandonó Buenos Aires con el matrimonio San Martín-Matorras, Carlos no había nacido. El joven José que se presentaba ante don Diego y su hijo había cumplido veintinueve años y era capitán del Regimiento de Voluntarios de Campo Mayor.

—Espero que nos veamos con frecuencia —le dijo el joven Alvear.

—Yo también lo espero —respondió San Martín de buen grado—. Posiblemente descubramos que tenemos mucho en común.

—Es muy generoso por su parte, capitán.

—He oído que tienes dieciocho años, ¿me equivoco?

—Bueno, ya casi diecinueve —corrigió Carlos.

—Me ha llegado que tienes empuje y que no te faltan ganas de labrarte un porvenir. Eres joven, seguro que lo consigues.

—Lo cierto es que hasta ahora he conseguido menos de lo que querría —se lamentó Carlos—. La tragedia se ha cebado en mi familia y ha estancado mi carrera militar. Es duro, pero no tanto como haberlos perdido a todos, salvo a mi padre.

Carlos y José miraron a Diego, que les escuchaba con gesto serio.

—Eres afortunado al contar con un padre en el que, además de ser un gran apoyo, puedas mirarte como en un espejo que refleja lo que tú mismo quieres ser. —Pese a que las palabras estaban supuestamente dirigidas a Carlos, San Martín no dejaba de mirar a Diego mientras hablaba—. Porque seguro que lo tienes de ejemplo, un hombre como él lo sería para cualquiera.

—Es usted muy amable —dijo Alvear intentando concluir una conversación que le incomodaba—. Respecto a los franceses, general, nos comentaba de la confusión que se está extendiendo —prosiguió dirigiéndose a Solano para cambiar de asunto—, creo que lo más oportuno será, como bien dice, atender al desarrollo de los acontecimientos con prudencia. También me han llegado nuevas acerca de lo harta que empieza a estar la gente de las demandas, que más bien son imposiciones, de Napoleón.

Acertó el marqués del Socorro en su análisis del momento que atravesaban las relaciones hispano-inglesas. Acabando 1807, Napoleón tenía claro que, para sus veleidades expansionistas, la debilitada y caótica monarquía encabezada por Carlos IV, que más bien parecía destronado por su hombre de confianza, Manuel Godoy, el Príncipe de la Paz, no le resultaba útil. Así, mientras las autoridades españolas no recelaban de su aliado, este iba ocupando ciudades siguiendo un plan estratégicamente trazado. Barcelona, Figueras, Pamplona, Salamanca, Burgos... Hasta sesenta y cinco mil soldados franceses llegaron a acantonarse en territorio español. Y entonces sí, el incremento de tropa francesa acabó por alarmar a Godoy. Era marzo del año entrante cuando la familia real, incapaz de controlar la situación y temiendo que el emperador se atreviera a ocupar Madrid, se retiró en pleno al Palacio Real de Aranjuez. Su idea era, si la cosa empeoraba, emprender la huida hacia Sevilla con el propósito de embarcar rumbo a América, como ya había hecho el rey de Portugal.

La cobarde y pusilánime reacción de los monarcas indignó a la ciudadanía. El rumor de su posible fuga se extendió por la ciudad como una mancha de aceite. La gente, furiosa, se echó a la calle espoleada por los partidarios del príncipe de Asturias, Fernando, tercer hijo de los reyes, y llegó a asaltar el palacio de Godoy, al que no encontraron hasta el amanecer, escondido entre esteras en un cuartucho de los sótanos. Aquello supuso el principio del fin.

El propio Fernando tomó el control de la situación evitando el linchamiento de su rival político, al que todo el mundo consideraba un usurpador del trono. A mediodía, y con el convencimiento de que los próximos en apresar podrían ser los reyes, don Carlos IV abdicó en su hijo Fernando ante el clamor popular. Un clamor equivocado. España entera se equivocaba. El nuevo rey marchó a Bayona para entrevistarse con Napoleón Bonaparte creyendo que este iba a apoyar el traspaso de poder con tal de garantizar la estabilidad política del país. Pero al emperador francés no le importaban ni España ni su estabilidad si no era en beneficio suyo. Lo que perseguía era que su hermano José ocupara el trono español. Y el joven rey había caído en su trampa. Cuando cruzó la frontera a Francia no imaginaba que acababa de caer prisionero en la red napoleónica y ni mucho menos que el castillo de Valençay iba a ser su morada en los siguientes seis años.

Diez días más tarde, escoltados por las tropas francesas, llegaron también a Bayona sus padres con la pretensión de interceder por su favorito, el Príncipe de la Paz. Bayona se convirtió en escenario de abdicación: Fernando le devolvía el cetro a su padre y este, a su vez, lo entregaba a José Bonaparte para que fuera coronado como nuevo rey de España. Todo un despropósito.

Cuarenta y ocho horas que cambiaron el curso de la historia. Ese fue el tiempo que transcurrió hasta el levantamiento popular en Madrid acaudillado por los capitanes Luis Daoiz y Pedro Velarde contra las tropas del mariscal Joachim Murat. El pueblo no podía más y se levantó en armas para asegurar la independencia de Madrid, que no quería convertirse en feudo francés. Porque la independencia es la libertad, y los habitantes de la Villa deseaban ser libres como hasta entonces lo habían sido.

Sin embargo, la mano dura de Murat tiñó de sangre las calles y llenó de odio la esencia de una villa luminosa. Sus órdenes fueron tajantes y crueles. Despiadadas. Los soldados a su mando sofocaron la revuelta disparando indiscriminadamente, lo hicieron contra las decenas de personas congregadas a las puertas del Palacio Real. Los muros en cualquier recodo servían de improvisado paredón de fusilamientos en masa. El terror se propagó entre cadáveres y disparos que no cesaban. Un ruido infernal ensordeció la libertad.

Cuando el manto del silencio cayó sobre Madrid, con él se posaron la oscuridad y la tristeza.

Madrid se moría. Al resto del reino le tocaba evitar que los franceses erigieran su nuevo imperio sobre los muertos españoles.

En Sevilla, la Junta local se convirtió en Junta Suprema de España e Indias. Una de las primeras decisiones que tomó fue la de enviar comisarios a diferentes ciudades con la misión de instigar el levantamiento contra los franceses. Con tal fin se presentó en Cádiz el joven conde de Teba, oficial de artillería. No le costó lograr su objetivo, porque el fuego prende fácil en una mecha preparada para arder. En cuanto los gaditanos conocieron las órdenes procedentes de Sevilla, se organizaron para solicitar al general Solano que secundara el movimiento y redujera a la escuadra francesa. El conde azuzó a la población hasta conseguir que se arremolinara en una muchedumbre exaltada que recorrió el centro de Cádiz pidiendo a gritos declarar la guerra al francés. Clamaban por atacar de inmediato la flota francesa, anclada en la bahía, si no se avenía a entregarse.

Una gran inquietud se apoderó de Rebecca y de Diego de Alvear debido al nuevo destino que les había tocado. Su hijo era prácticamente un recién nacido y centraban en él sus temores. Estaban dispuestos a hacer cualquier cosa para protegerlo, para que nada de lo que pudiera sucederles a sus padres le afectara. Pero sabían que era difícil. Si la guerra estallaba, el pequeño Diego no quedaría exento de sus consecuencias. La ferocidad de la guerra no hace distinciones.

—Los sucesos acontecidos en Madrid son de una gravedad extrema, no se puede negar la evidencia. Pero Cádiz está lejos. Nuestro ejército hará todo lo posible con contener el avance francés. —Alvear procuraba tranquilizar a su esposa.

—Hablas del ejército, pero el levantamiento en Madrid ha sido popular, y mira el resultado. Aquí, en Cádiz, la gente se está organizando en milicias. Es el pueblo, Diego, el que alza la voz; esperemos que no lancen también los cuchillos...

Diego calló. Sabía que ella tenía razón. Al ejército se le planteaba un problema: la plebe, que a esas horas circulaba descontrolada por las calles exigiendo a voz en grito precisamente que el ejército interviniera y atacara la escuadra francesa apostada en sus aguas. Era tanta la presión, que el gobernador Solano se vio obligado a publicar un bando que sirviera al menos de respuesta. Un gesto con el que pretendía contentar a la ciudadanía.

Hemos creído oportuno que no conviene que los vecinos de Cádiz, la Isla y los Puertos salgan por ahora de sus hogares, y sí que todos los que estén poseídos del deseo de servir a la patria se alistén, igualmente que las milicias urbanas para que se instruyan y puedan hacerlo dignamente. A este fin, desde mañana a las siete, concurrirán en Casa del Teniente de Rey de esta Plaza todos aquellos que pretendan servir en circunstancias tan extraordinarias. Al mismo tiempo se nombran Oficiales en la Isla y los Puertos para los alistamientos.

Los Generales firmantes no queremos de ningún modo ser tenidos, por nuestros compatriotas, por demasiado precavidos ni malos patricios, y cedemos a los clamores generales de la provincia. Más no por esto daremos lugar a que los mismos que ahora reclaman y piden ser conducidos contra los que se declaran enemigos, después nos desprecien, vituperen y abominen, por haberlos llevado como a rebaños de ovejas a la carnicería.

El bando lo firmaban once generales, entre ellos, Tomás de Morla, que ya había luchado junto a Solano contra los franceses en la guerra del Rosellón.

Se publicó a deshoras, muy entrada la noche del 28 de mayo, y a la luz de multitud de antorchas que portaban los vecinos congregados ante el número diez de la plaza del Pozo de las Nieves, domicilio del marqués del Socorro y su familia. En el edicto se autorizaba que se reclutara a voluntarios para combatir, pero a la vez se advertía de lo temerario que podría resultar atacar a los franceses en ese momento. El gobernador era partidario, como buen estratega, de aguardar las mejores circunstancias para el ataque, que desde luego no eran esas. Acostumbraba a descartar las acciones que obedecían a la improvisación. Pero en aquella ocasión consintió convencido de que con ello complacería al pueblo.

Los alborotados ánimos de los emisarios de Sevilla contagiaron a la plebe. La sed de sangre se olía como si fuera la muerte misma acechando entre las sombras. La chusma increpaba a Solano acusándole de afrancesado. Un joven subido a hombros, un tal Manuel Larrús, se encaró con él, que había salido al balcón de su casa a dar la cara, porque era así como se comportan los valientes. A gritos, para que todos lo oyeran, el fanático Larrús le fue tumbando uno a uno los argumentos del bando, para terminar pidiendo que se declarara la guerra a los franceses y se consiguiera la rendición de las naves del almirante Rosily, por las buenas o a sangre y fuego. El pueblo estaba decidido y, lo peor, tremendamente exaltado. Tanto, que a Solano le costaba frenar a esa turba feroz.

Con gran dificultad para ser oído, se comprometió a convocar a primera hora del día siguiente al consejo de generales para analizar con los firmantes de la proclama las peticiones de la población y ver la manera de satisfacerlas con sensatez, apelando a la razón.

La noche hervía por las esquinas mientras el almirante François Étienne de Rosily, que intuía lo que el enemigo podía estar gestando en tierra, aprovechó para armar su defensa. A esas mismas horas, ordenó que varias lanchas y botes de su escuadra realizaran un exhaustivo reconocimiento del caño del Trocadero. Sigilosos. Disciplinados. Preparados para lo que hubiera de venir.

En casa de Rebecca y Diego de Alvear permanecían atentos a los gritos ahogados que se oían desde lejos y que se confundían con los del pequeño Diego, de apenas cuatro meses de edad, que lloraba en su cuna. Y si el niño no conseguía conciliar el sueño, los padres, tampoco.

Rebecca decidió cogerlo y acunarlo entre sus brazos mientras conversaba con su marido en voz baja.

—¿Crees que Solano y su familia corren peligro?

—Confío en que no. —En esos momentos su marido no confiaba en nada, la situación estaba a punto de írseles de las manos a todos.

—¿Solo confías? ¿No estás seguro? Viniendo de ti, tus palabras no me

tranquilizan. Siempre sabes lo que hay que hacer.

El niño continuaba llorando.

—Pues debes tranquilizarte —le pidió Diego—. Hasta cierto punto es lógico que el pueblo quiera defenderse. Los franceses están campando a sus anchas en nuestras ciudades, y el levantamiento de principios de mes en Madrid nos obliga a pensar que hay que detener como sea las ínfulas de Napoleón. En eso estamos todos de acuerdo. Los hombres que lo claman a gritos en las calles irán apaciguando sus ánimos tras el bando que han elaborado los generales.

—¿De veras se irán calmando? Es ya muy tarde y ahí siguen, amontonados. La algarabía aún se escucha, llega hasta aquí, y no parece que mengüe. ¿Qué pasará si esto va a más?

—No irá.

—Podría... Tú lo sabes. —El temor de Rebecca era firme, como su confianza en su esposo.

—Sí, claro que podría —reconoció Diego—, pero estoy seguro de que sabremos cómo evitarlo. Solano tiene experiencia y buena cabeza. Y, además de ser un buen hombre, es uno de los mejores militares y estrategas de nuestro país. La situación es difícil pero podremos con ella.

El niño iba tranquilizándose. Ya casi ni se le oía. Sus ojos se cerraban, vencido por el cansancio y el sueño.

—Ojalá no te equivoques, Diego.

—Sí..., ojalá... —concluyó él nada convencido.

Al amanecer, Solano, receloso de las maniobras de la escuadra francesa, ordenó doblar la vigilancia, al tiempo que convocaba a una reunión en su casa, como había prometido, a las autoridades del ayuntamiento y del consulado. Asistieron Diego de Alvear y, por supuesto, el leal José de San Martín, quien no se había movido en toda la noche del domicilio de su superior.

Los generales, por otro lado, también se reunieron en otra sala, con el vocerío de la muchedumbre de fondo. Porque tampoco el pueblo había dormido. Por tres veces tuvo que salir al balcón el gobernador para intentar aplacar el espíritu exacerbado de la plebe, lo que se reveló una tarea imposible. Exhortó a la prudencia a quienes más imprudentes demostraban ser.

Francisca, su esposa, refugiada en el sótano, recorrió con sigilo los visillos de un ventanuco para contemplar el origen del miedo. Ella lo tenía, como cualquiera. La masa fuera de sí era peligrosa e infundía terror. Deseaba hallarse en cualquier otro lugar. Los gritos del exterior la hacían consciente de dónde estaba. Eso era lo cierto, el presente. Y lo incierto, el futuro, porque empezaba a tener dudas sobre él. Aunque todavía le quedaba alguna esperanza; confiaba en que su marido pudiera controlar la situación.

A media mañana, otra plaza, la de San Antonio, estaba tomada por el populacho

convertido en pasto del rumor que a esas horas se extendía por los alrededores: si el general Solano no daba la orden de atacar a los franceses, allanarían su casa al mediodía, a la hora del almuerzo, cuando se hubiera vaciado de generales y de cualquier otro tipo de autoridad.

Poco a poco se fueron sumando a la algarabía gentuza de los barrios bajos y familiares de delincuentes a los que por orden de Solano se les había impuesto pena de cárcel. Se les unió un grupo de presos enloquecidos que habían sido liberados al asalto y voluntarios llegados de Sevilla con ganas de secundar la causa y el delirio. A la cabeza se pusieron Pedro Pablo Olaechea, antiguo novicio del monasterio de la Cartuja de Jerez, personaje indeseable y renegado, y un marinero, Florentino Ibarra, quien a sus veintisiete años no era mucho mejor que su compadre.

Sobrevolaba el odio y la venganza entre las paredes del hogar de los Solano, frente al que se iban apostando muchos exaltados armados de artillería robada en acuartelamientos.

En la calle se aguardaba una señal. Adentro continuaba el cónclave. Y entre una cosa y otra, la suerte de Solano estaba echada. Solo le quedaba hacer todo lo posible por cambiarla. Corriendo en contra del reloj, el gobernador publicó un nuevo bando en el que se informaba de las primeras disposiciones de la Junta Suprema de Gobierno en Sevilla, que tenían que ser obedecidas. Pero la furia colectiva no entendía de razones, leyes ni disposiciones oficiales.

A las doce, salieron por la puerta de atrás todos los implicados en la causa menos el capitán San Martín, que permaneció al lado de su jefe en aquellas horas terribles. A ambos les asistía la misma sangre fría para hacer frente a circunstancias extremas.

Tomaron asiento, frente a frente, serios. Ninguno de los dos quería hablar. El gobernador se agarraba con fuerza al sillón, apoyó la cabeza en el respaldo y cerró los ojos; la agorera vocinglería que arribaba de la calle se revolvía en su mente con el ruido, seco y potente, del océano surcado para venir desde su Venezuela natal a España. La España a la que tanto amaba y por la que se había dejado la piel en tantas batallas. Esa España que no podía darle la espalda cuando, una vez más, estaba decidiendo por su bien. La España en la que no quería morir tan pronto.

Al llegar a casa, Alvear encontró a su esposa y a su hijo mayor angustiados por el cariz que estaban tomando los acontecimientos que, por cierto, se sucedían con extraordinaria rapidez. Diego sabía que la premura no era aconsejable cuando se estaba gestando una posible guerra. Era necesario mantener la calma y la cabeza bien fría. En caliente, las buenas decisiones se deshacen fundidas en el fragor de la exaltación.

Se sentaron en torno a la mesa para tomar un almuerzo frugal. Ninguno de ellos tenía hambre. La criada servía sin demasiadas esperanzas.

—¿Cómo está el gobernador? —preguntó Rebecca sin querer probar bocado.

—No puedo engañarte: con gran preocupación. Esta mañana, por primera vez, lo

he visto muy afectado. No parece el mismo hombre de siempre.

—¿Le acompaña alguien? ¿Os habéis ido todos los que estabais en la reunión? — En el poco tiempo que llevaban residiendo en Cádiz, Rebecca les había tomado aprecio al gobernador y a su esposa.

—Además de la guardia, se ha quedado con él su ayudante de campo, el capitán... José de San Martín. —Le costaba referirse a él.

—He oído hablar de él, y muy bien, por cierto.

—Yo lo he conocido. —Carlos intervino en la conversación al mencionarse al capitán por el que sentía admiración—. Ese hombre tiene madera de héroe, ¿verdad, padre? Y no es que yo lo diga, no hay más que atenerse a sus victorias y a lo alto que ha llegado sin haber cumplido los treinta años.

Alvear no le respondió. Parecía ensimismado.

—¿Sigues pensando lo mismo que anoche? —preguntó su esposa, angustiada—. ¿Podréis controlar a estos hombres descontrolados? He visto sus caras desde la ventana, circulan por todas las calles de la ciudad. Dan miedo. ¿Es necesario que regreses a casa de Solano?

—Es mi deber.

—¡Padre, déjeme ir con usted! —le rogó Carlos.

—Hijo, no es esta una situación a la que quiero que te expongas.

—¿Tanto peligro existe? —preguntó Rebecca; su preocupación aumentó con las palabras de su esposo.

—¿Queréis saber la verdad? El pueblo puede levantarse en armas.

—¡Diego! —Rebecca se alarmó—. Eso sería gravísimo, ¡terrible!

—Espero que podamos sofocar la sublevación. Pero ahora mismo hay mucha confusión en la calle. Os ruego que no salgáis en lo que queda de día. Y no temáis por mí, no me pasará nada.

—¿No puedo ir a acompañar a Francisca?

—Sería temerario. Su marido está intranquilo y preocupado, como lo estamos todos, pero va procediendo de la mejor manera que se puede. A mi juicio está llevando bien el asunto. Otra cosa es que consiga que estos rebeldes desistan de su violenta actitud con la que están entorpeciendo una estrategia militar que tendría más garantías de triunfo. Pero eso requiere tiempo. Y el tiempo es patrimonio de la razón, no de las vísceras. Desear la sangre fresca del francés no nos llevará a la victoria.

Diego no esperó más. Se levantó de la mesa y en cuestión de minutos besó a Rebecca para despedirse y regresó a casa del gobernador.

Solano había pasado el último par de horas intentando calmar a Francisca. La mujer estaba muy asustada. Armándose de valor, porque temía la respuesta, inquirió:

—Nunca te he hecho esta pregunta porque he tenido sobradas demostraciones de tu valentía. Para mí no hay hombre de mayor rectitud e integridad que tú. Espero que comprendas que hoy te la haga: ¿tienes miedo?

Él le acarició el rostro, retirándole amorosamente unos cabellos distraídos que le

caían sobre la frente. Cambió su respuesta por un beso, tras el cual no se atrevió a decirle a su esposa nada de lo que realmente sentía y temía.

—No va a pasarme nada —afirmó por el contrario—. Lo sé. Me asiste la razón.

En un nuevo beso, sus labios atraparon el miedo de su mujer, intentando retenerlo para liberarla a ella de su peso. A Francisca le supo a último beso y se recreó en él.

Cuando Diego de Alvear volvió a entrar en la casa fue recibido por San Martín.

—Es muy arriesgado que haya vuelto aquí. Apenas se puede caminar por las calles —dijo el joven capitán.

—¿Acaso le preocupa lo que pueda pasarme? ¿Y qué me dice de usted?

—En mi caso es mi obligación permanecer junto al gobernador, pero usted p...

Fue una mínima porción de segundo, una estrella fugaz, un destello en el que Diego creyó oír la palabra «padre» saliendo de la boca de José, y el corazón le dio un vuelco.

Pero no.

—... usted, don Diego..., es distinto... En fin, solo pensaba en su familia. Imagino su preocupación.

En cualquier otra circunstancia sorprendería ese interés. San Martín era un hombre recubierto de la dureza de los fuertes. Contenido. Recio. Imperturbable. Pero, en efecto, con don Diego todo era distinto para él.

Francisco Solano irrumpió y se emocionó al ver a Alvear.

—Qué feo se pone esto —le dijo nada más saludarlo. Estaba demacrado. En dos horas había envejecido—. ¿Cómo está el ambiente en la calle? Porque lo que se ve desde aquí es que cada vez hay más gente apostada ante mi fachada.

—Mala cosa es tener al enemigo en casa. Cuando deberíamos estar pensando en cómo prepararnos para combatir a los franceses, andamos defendiéndonos de nosotros mismos. Es un contrasentido.

—¿Qué podemos hacer para que los nuestros nos entiendan?

—General, estoy con usted, no podemos atacar a la flota de Rosily sin causar graves daños a los barcos españoles —afirmó Alvear con seguridad.

La escuadra de Francia, fondeada en el saco de la bahía, se mezclaba en desorden con las naves españolas que combatieron en Trafalgar y que anclaron en ese mismo lugar, lo cual dificultaba el ataque. Sería imposible intentar acabar con los franceses sin que se produjera una escabechina entre los españoles.

—Mucho trabajo se le presenta a Dios teniéndonos que amparar en esta empresa —sentenció Solano—. Cualquier paso que yo dé puede conducirnos al éxito o al fracaso más estrepitoso, y visto el giro que han dado los acontecimientos, me inclino a pensar que más bien sería lo segundo.

—¿Hay alguien capaz de poner en peligro a sus compatriotas? General, no se me ocurre otra alternativa cabal que evitar el ataque; muchos de nuestros hombres morirían.

—¿Un café...? —De repente Solano se alejó de la realidad, pero regresó

enseguida.

—No, gracias. ¿Se encuentra bien?

—Sí, Diego, sí, buen amigo... Intento encontrarme bien, del mismo modo que quisiera hallar la respuesta más atinada al problema que tenemos que resolver. Empiezo a albergar dudas sobre lo que es bueno y lo que es malo.

La fortaleza de Solano se tambaleaba. Pero su dignidad se mantenía intacta.

—¿Qué quiere el pueblo? —prosiguió, profundamente deseoso de alcanzar la solución que les sacara del atolladero—. Hasta ayer pensaba que todos estábamos en lo mismo.

La intensidad de los gritos de la multitud aumentaba, inundando el salón. «¡Traición!, ¡traición!», redundaba por la plaza y se colaba por las rendijas de la casa ocupando hasta el último rincón.

Solano no había querido prever más defensa que la de los hombres que allí se encontraban: su cuerpo de guardia, compuesto por un cabo, un sargento y ocho soldados, amén del capitán Alvear, San Martín y algunos mozos bajo las órdenes de este.

—Dos de vosotros bajad a atrancar la puerta, ¡rápido! —les ordenó.

—No lo haga —dijo Alvear; sujetaba del brazo al gobernador para que no compareciera otra vez ante la turba por considerarlo un gesto inútil—. Hay que pensar una estrategia distinta. No creo que salir sea indicado en las actuales condiciones.

Un individuo íntegro y de convicciones leales al código del honor de los militares, convencido de que su deber era intentar una salida con los medios a su alcance y aun sin ellos, hubiera hecho lo que Solano se disponía a hacer. Salió al bacón y oyó de frente el griterío que estaba pidiendo nada menos que su muerte. La sola posibilidad mareaba. También se escuchaban voces que, alzándose en nombre de todos, le solicitaban que recibiera a algunos representantes del pueblo para negociar. Pero ¿qué se puede negociar poniendo sobre la mesa como preámbulo la cabeza del negociador? Solano les conminó a marcharse. Hizo un vano intento de explicar por qué no debían atacar a la flota francesa. Nadie escuchaba. La algarada iba creciendo y el gobernador retrocedió un paso hasta que sintió que alguien tiraba de él para devolverlo adentro. Era Alvear. Mejor así, porque le evitó presenciar cómo un hombre, cobardemente resguardado en la penumbra, se asomaba a un balcón y sacudía un pañuelo blanco. Era la señal. «Muerte a los franceses, ¡y muerte a sus defensores!». La masa, puñales en mano y encendidas las antorchas, se abalanzó contra las puertas del palacio gubernamental. En el interior, el rugido cobró una dimensión de eco diabólico. Un cañón apareció por un ángulo de la plaza y fue dirigido hacia la entrada de la caballeriza, volándola de una sola vez. Los cristales de las ventanas cayeron rotos, estrellándose en la barbarie humana.

Los hombres que conformaban la guardia del general Solano lo dieron todo por perdido. Sin pensarlo dos veces, abandonaron sus puestos y desertaron. La turba ya

tenía el paso libre, y Solano, unos segundos para despedirse de su esposa antes de emprender la fuga. Nada que hacer. No se puede defender el honor si no se pone a salvo antes la vida. Aunque en lo más hondo de su ser, de general y de hombre, sentía la enorme y pesada carga de una humillación que se le hacía insoportable. Nunca, jamás en toda su carrera, había huido.

Dio marcha atrás en su intención y se lo advirtió a su edecán:

—No puedo... No puedo salir corriendo como si fuera una rata.

—Mi general, tiene que hacerlo. —A San Martín le conmovió su actitud; quería poder salvarlo, pero sabía que hasta Moisés hubo de tenerlo más fácil para separar las aguas del mar que Solano para librarse de la muerte en aquellos momentos—. Quedarse aquí es una locura.

—¡Pues un loco seré! ¡No huiré! ¡No voy a hacerlo! —gritó nervioso sacando su temperamento.

El tiempo se agotaba. Oían el jaleo de los rebeldes entrando en la casa. San Martín, más joven y de mejor envergadura corporal que su superior, reaccionó por él, lo guió con prisa y a empujones hacia el tejado, con la mala suerte de que fueron interceptados por tres hombres que hacían de avanzadilla. Distinguió a Olaechea. Iban a asaltarlo, pero Solano disparó y se asustaron. Entonces San Martín aprovechó para empujarlo hacia la escalera y ambos subieron corriendo hasta el tejado, esa vez sí, desde el que emprendió en solitario la fuga saltando de azotea en azotea. El capitán americano se retorció de rabia por tener que protagonizar algo así. La pérdida de la dignidad perfora el alma de un militar. San Martín y Solano se profesaban mutuamente admiración y estima. El primero tenía presente, y lo tendría siempre, que al general ahora caído en desgracia le debía buena parte de sus logros castrenses; había sido persona fundamental en su carrera y un ejemplo para un joven como él con ambición de prosperar en el ejército.

Un ejemplo de vida ajena a la rendición. Un ejemplo, pues, que se quebraba como el vidrio.

Los asaltantes volvieron a la calle para dar la voz de alarma: «¡El cobarde se escapa!, ¡huye como un miserable por los tejados!», dijeron con el alocado arrojo de quien se cree con autoridad para ajusticiar sin miramientos.

Solano se vio solo. Ninguno de los generales, compañeros suyos en tantos frentes, salió en su defensa para contener la brutalidad del pueblo. Ni Ruiz de Apodaca. Ni Moreno. Ni Ugalde. Ni De Morla... Así hasta completar diez nombres. Los diez firmantes del bando. Diez cobardías que no debían ser juzgadas ya que sus respectivas razones se desconocían. Esa ausencia de respuesta dejó a Francisco Solano desasistido en una de las peores y más peligrosas situaciones que se le pueden plantear a una persona: ser víctima de una masa sedienta de sangre, una multitud fuera de sí que no estaba dispuesta a quedarse sin botín. Si no conseguía derramar sangre francesa, tendría que ser, entonces, la de quien lo había impedido.

En plena huida, el antiguo novicio Olaechea consiguió darle alcance y se inició

un peligroso forcejeo en el que Solano acabó empujándolo para desasirse, con la mala suerte de que Olaechea cayó al vacío y se estrelló contra el suelo. Solo faltaba eso para exacerbar a los insurgentes convertidos en bestias enloquecidas. Ya no buscaban solo castigo porque no se quisiera atacar a los franceses, sino venganza por las graves heridas causadas a uno de los suyos.

El gobernador llegó, a través del tejado, a casa de quien fue su gran amigo, el difunto banquero irlandés mister Strange. Su viuda, María Tucker, no podía creer tener delante al marqués del Socorro en la situación en que se encontraba y se aprestó a refugiarse en el sótano, en un escondite con una trampilla difícil de localizar. Apenas hablaron. A Solano le faltaba el resuello. Le dolían las manos y un tobillo que se había lesionado al saltar por las azoteas.

Mientras, la turbamulta arrasaba su casa, sembraba el caos recorriendo las estancias, destruyendo muebles, quemando cortinas, arrojando por los balcones y ventanas a la plaza cuanto papel, libro y documento encontraba al paso. La esposa, doña Francisca, era presa del terror, no comprendía la sinrazón de la que estaba siendo testigo. Nadie más que una joven criada, con más miedo, si ello era posible, que su señora, continuaba a su lado, consolándose la una a la otra. Por fortuna, los exaltados nada pretendían de ellas.

Los rumores corrían por las calles gaditanas más rápido de lo que arde un reguero de pólvora. A casa de los Alvear, como a muchas otras de personas involucradas en contener la revuelta popular, alcanzó lo que estaba sucediendo en el domicilio de los Strange. Rebecca, al igual que Solano, también era amiga de María Tucker. Parecía un animal enjaulado dando vueltas por el salón sin saber qué hacer pero queriendo hacer mucho. Se contaban más de veinticuatro las horas de desconcierto y confusión que habían generado en barbarie. Y ella, sin posibilidad de intervenir en nada cuando la vida de sus amigos estaba en peligro. Temía por el marqués, igual que por su esposa, doña Francisca. Y ahora, encima, desconocía la suerte de la viuda de Strange.

¿Y su marido? Hacía mucho que había salido hacia el Palacio del Gobierno. En ese intervalo la situación en las calles había empeorado. Lo único cierto era que todo y todos estaban en peligro.

Ya no aguantaba más el encierro. Dispuso lo necesario para que su hijo Diego estuviera atendido por la nodriza y las criadas mientras se hallara ausente, y le comunicó a Carlos su determinación.

—No lo haga, no salga. —El muchacho intentó que recapacitara—. Si le ocurriera algo, mi padre no me lo perdonaría.

—La responsabilidad será solo mía. Y así se lo haré entender a tu padre. Pero, por favor, compréndeme. No puedo quedarme más tiempo cruzada de brazos, sin hacer nada y sin saber qué está pasando. ¿Puedes imaginar cómo estará la esposa de Solano? ¿O nuestra amiga María, si es verdad que tiene escondido en su casa al general?

Carlos agachó la cabeza sintiendo la misma impotencia que ella y admirando, en

el fondo, los arrestos de la esposa de su padre.

—Por favor —dijo, y tragó saliva—, no se exponga a riesgos innecesarios. Condúzcase con prudencia. Esta gente no se anda con tonterías. La ira de una masa de infelices sin cordura puede llegar a ser tan mortal como un fusil.

—Tranquilo. Seré prudente y sabré qué hacer.

Cogió su capa para evitar ser reconocida. Besó a Carlos con prisa y se echó a la calle.

El ambiente era más agobiante de lo que parecía. Andadas un par de cuadras, resultaba imposible seguir avanzando. Precisamente en el punto en el que se encontraba, el tumulto creció poniendo en riesgo su integridad física. Rebecca comenzó a sentirse atrapada por el vaivén interno de la masa, un movimiento incontrolable. No podía respirar. Era agobiante. Inexplicablemente, a punto de ser arrollada, la rescató un hombre que no se sabía de dónde había salido. Se trataba de un apuesto joven, de pronunciada altura y aire intrépido, cabello negro como el azabache y una invisible sonrisa que quedaba sumergida bajo un fino bigote negro. Protegió a la mujer con su cuerpo, arrastrándola con decisión mientras la mantenía apretada contra su pecho para que no se pudiera soltar por el efecto de la multitud. Por fin encontraron una salida: un zaguán a cuyo interior la empujó. Todo se desarrolló con apresuramiento. La aparición repentina de este hombre uniformado acababa de salvarla. No tuvo tiempo de fijarse demasiado en él. Lo que le llamó la atención fue su nariz aguileña, propia de otras latitudes.

—Quédese aquí y no se mueva hasta que la aglomeración se disuelva, no tardará en suceder —le dijo expeditivo—. En cuanto pueda —continuó— regrese a su casa, señora de Alvear. Este no es un lugar seguro para usted ni para nadie.

¿Cómo sabía su nombre?, se preguntó. ¿Le conocía? ¿Quién era ese hombre que la había puesto a salvo? Interrogantes que quedaron suspendidos en el aire revuelto de la sublevación.

Sin mediar más palabra, el misterioso joven desapareció.

Desde una casa próxima a la de María Tucker, una espontánea —hubo quien dijo que era una sirvienta, pero no estaba claro— gritó desde un balcón que el hombre al que perseguían había entrado en casa de la viuda de Strange. A su puerta llamaron y ella les abrió con aplomo. María era una mujer de mediana edad, alta, elegante y poseedora de una noble mirada. Con sorprendente serenidad negó que el gobernador se encontrase en su casa y, para hacer más creíble lo que les decía, se anticipó a ofrecerles que registraran el domicilio si con ello se quedaban tranquilos.

—Pero después márchense y sigan buscándolo en otra parte.

Los amotinados que estaban en primera fila asintieron al unísono.

—Eso sí —advirtió ella entonces con un atisbo de arrogancia—, permitiré la entrada en mi casa a un grupo reducido de hombres que me garanticen sus buenas maneras. No quiero enloquecidos en mi hogar. Respeten la memoria de mi esposo.

Ibarra tomó la voz cantante y dio su palabra a la dama irlandesa de que procederían con orden, aunque no iban a ser pocos los hombres que hicieran el registro, querían acabar pronto con eso. Ella accedió, y un ejército humano rebuscó sin éxito hasta en lo más recóndito. Pero cuando estaban terminando el registro, apareció un vecino, un tal Segundo, que afirmaba saber dónde podía estar escondido Solano. La dueña de la casa insistió en que allí no estaba.

—Ustedes mismos lo han comprobado. Vayan a buscar a otro lugar.

—Señora, usted no sabe quién soy, ¿verdad?

—Es evidente que no —respondió María Tucker—. Y si me disculpan... —Hizo el amago de cerrar la puerta pero el intruso se lo impidió.

—Soy albañil. Antes de que ustedes ocuparan la vivienda, los anteriores señores contrataron a mi padre para hacer unas pequeñas obras. Yo le ayudé. ¿No lo imagina...? Hicimos una conducción subterránea, en el sótano, con un refugio. ¡Vamos! —exhortó al resto de los hombres a volver a entrar.

—¡No! Eso ya no existe, ¡el gobernador no está aquí!

La señora de Strange se resistió a franquearles el paso de nuevo, pero ellos ya no hacían caso y no les importó mantener un forcejeo con ella, herirla en el brazo izquierdo, increparla y empujarla hasta que cayó al suelo. Eso ya era demasiado para el marqués, que oyó desde su escondrijo los gritos de su amiga. Descorrió los cerrojos interiores, abrió la trampilla y salió despacio. Al iniciar el ascenso por la escalera, María se echó a llorar intuyendo lo que iba a ocurrir. Varios desalmados se lanzaron a apresar al fugitivo y tiraron de él hacia el exterior, donde aguardaba el resto del gentío congratulándose del apresamiento. Entre insultos, burlas y patadas, sometido al ignominioso escarnio, el marqués fue conducido, a ratos caminando y por momentos a rastras, por la calle Aduana hasta la plaza de San Antonio, donde querían aprovechar el cadalso que había servido días atrás para ahorcar a varios delincuentes.

Pretendían inferir al general Solano el mismo trato que a la escoria. El pueblo reclamaba la horca para ese hombre de bien por no avenirse a su locura de atacar a los franceses aun a riesgo de acabar con la vida de muchos españoles que tripulaban los barcos de la Real Armada apostados entre la escuadra de Rosily.

Hacía rato que doña Francisca no miraba por la ventana. Permanecía hecha un ovillo en la cama, tapándose los oídos y abrazada a sus dos hijos, José y Francisco. Aguardando a que la muerte cayera sobre su esposo. Los diez años que llevaban casados le supieron a poco.

Pensó con cariño en la fisonomía de su marido. Recorrió con detenimiento sus facciones para no olvidarlas. Era posible que en cuestión de horas pasaran a existir tan solo en la memoria.

El marqués del Socorro y la Solana, el capitán general de Andalucía, el gobernador de Cádiz, don Francisco Solano y Ortiz de Rozas. Nada de todo eso era ya, sino un muñeco en manos de quienes parecían enviados del diablo. Un pelele humillado. Le quitaron la faja del uniforme para, atada a un palo alto, enarbolarla como bandera. Lo golpearon, lo arañaron y lo intentaron desnudar, consiguiéndolo a medias. Ni un grito, de dolor o de auxilio, se le escuchó proferir a Solano durante su martirio. Ni una queja salió de su boca.

Descalzo, con la ropa hecha jirones y la honra rota, el infeliz de Solano empezó a perder la conciencia, aunque no lo suficiente como para no notar que, de repente, el estómago le ardía con una sensación fuertemente dolorosa. Le subió hasta la garganta, horadándola como garfios, un vómito mortal. Sintió la tibieza de la sangre chorreando sobre la piel. Lo habían acuchillado como a un animal, aprovechando la confusión de la masa. Entre los empujones de la multitud, apiñadas las bestias sin dejar espacio casi ni para respirar, el nefasto Ibarra, todavía con el arma en la mano, le dijo al oído a Solano, mortalmente pegado a su cuerpo: «Esto es lo que queremos hacerles a los franceses, ¿lo entiendes ahora, rata cobarde? Qué gran hazaña has logrado».

Moribundo, seguían queriendo arrastrarlo hasta la horca para colgarlo. Era imposible imaginar más infamia. Aunque imposible no hay nada cuando se trata de una masa exaltada. El cuerpo de Solano se desplomó, cayó al suelo provocando entre los presentes el mismo efecto que el lanzamiento de una piedra en el agua: los hombres fueron abriendo el cerco alrededor del cuerpo maltratado del gobernador antes de huir despavoridos en todas direcciones. La estampa no podía ser más desoladora. El cadáver tirado en la calle y abandonado en mitad de un silencio que, tras el griterío mantenido durante horas, ensordeció.

La plaza se llenó de tristeza. Cuando son los tuyos quienes te matan, es más trágica la muerte.

En Cádiz habían asesinado a don Francisco Solano y Ortiz de Rozas. Muerto, en

ese lamento en que se había convertido Cádiz.

En ese Cádiz que ponía su mirada ensangrentada en el sol que comenzaba a ocultarse en las frías aguas de la bahía.

El viento de Levante arrastraba la arena de la solitaria playa formando remolinos. Se hacía de noche. Solo se oía el ruido de las tripas del océano, con la sed de venganza varada en la orilla. Quieta ahora. Inmóvil después del desorden y el caos.

La ciudad había enmudecido. La acalló la vergüenza del cadáver de Solano tendido en la calle y bañado en sangre. Una gitana se acercó, le escupió con rabia y salió corriendo.

Corriendo, como los cobardes. Como habían huido todos, encerrados en sus casas después de haber cometido una atrocidad que posiblemente pasará a la historia. «Qué gran hazaña has logrado», le dijo el sanguinario Ibarra a Solano momentos antes de que expirara. Eso mismo cabría decirles a todos los que participaron en el crimen, que, para mayor afrenta, tenía visos de que no iba a ser juzgado.

Caminando despacio, porque todavía no acababa de creerse lo sucedido, se aproximó un hombre: Antonio Nicolás Cabrera y Corro, conocido por todos como el Magistral Cabrera, capellán de los Voluntarios Distinguidos de Cádiz. Un chicletero ilustrado, dueño de un gran corazón, de origen humilde, canónigo magistral de la catedral de Cádiz. Bendijo el cuerpo y se puso a rezar. Después buscó ayuda y, aunque le costó, encontró a un par de infelices que se apiadaron de la situación y le ayudaron a trasladar torpemente el cadáver hasta la catedral, que estaba aún por terminar, y lo depositaron en la única capilla concluida.

Solo Cabrera veló el cadáver durante toda la noche. Cualquier otra persona que hubiera deseado acompañarlo hubiera podido correr la misma mala suerte que el gobernador. La noche de ese día 29 de mayo fue tan larga y penosa como la anterior. Y lo peor era que se resistía a acabar. Las tinieblas se negaban a que la población cayera en la paz que suponía el sueño. Claro que cuando la conciencia no está tranquila y la culpa la agita sin descanso, es difícil dormir.

No satisfecho con su muerte, el pueblo revivió y volvió a congregarse en muchedumbre, esa vez para profanar el cadáver del general. El odio se reavivó, ¡y con qué facilidad! Tal era el rencor que se había gestado, que incluso los familiares del marqués del Socorro corrían peligro. Alguno de ellos sufrió el asalto de su casa. En el caso de su hermano Estanislao, los amigos le colocaron un hábito de monje para acompañarlo hasta el Convento de Capuchinos, en el que ponerse a salvo. Fue allí donde se enteró de la muerte de su hermano y de las dramáticas circunstancias en que se había producido, y pareció perder el juicio. No era para menos. Profería encomiendas a Dios y bramaba que quería irse lejos de ese infierno que era Cádiz. Tal vez fuera lo mejor. Los amigos que lo habían llevado hasta allí planeaban esperar a que pudiera pasar desapercibido y entonces embarcarlo en una nave de guerra inglesa, a la espera de emprender un viaje que le permitiera distanciarse de la tragedia que jamás iba a poder olvidar.

La chusma se concentró en los alrededores de la catedral y aporreó el portón de la entrada. El Magistral Cabrera se santiguó antes de salir, consciente de a lo que se exponía. Parecía más bien cosa de un milagro, pero el caso es que al canónigo lo tuvieron en consideración. A sus imploraciones de que no profanaran un lugar sagrado, el tropel de exaltados respondió con gritos ininteligibles pero nadie se atrevió a entrar. Al menos eso lo respetaron. Lo que querían era colgar el cadáver del gobernador en la horca que tenían preparada para darle muerte y a la que no había llegado en vida.

Mientras seguían vociferando, Cabrera volvió adentro y atrancó la puerta asistido por un par de monaguillos que se prestaron voluntarios para ayudar en lo que hiciera falta.

—Os doy las gracias, muchachos. Pero ahora ya podéis volver a vuestras casas, con vuestras familias, que estarán bien preocupadas. Regresad mañana al despuntar el día. A este hombre habrá que darle sepultura. —Miró el cadáver y se santiguó. Los monaguillos lo imitaron—. ¡Andad con Dios! Vamos, id saliendo y tened cuidado.

A resguardo de la soledad, Cabrera se sentó en un banco junto a lo que quedaba de Solano: el alma de un hombre justo. Pensaba en lo poco que cuesta perder la dignidad humana.

El capitán Alvear llegó a casa destrozado. Rebecca se abrazó a él, temerosa de la suerte que pudieran correr. Si la plebe había sido capaz de un crimen semejante, nada ni nadie podría detenerlos en la próxima ocasión en que se creyeran cargados de razones, aunque estuvieran equivocados, y volvieran a querer injustamente tomarse la justicia por su mano.

Observó cómo su marido acariciaba la cabecita de su pequeño Diego. Le ocultó su salida de hacía unas horas y la aparición del desconocido que le había salvado la vida.

—Necesito descansar un rato —dijo Alvear, que no podía con su alma.

—Claro. —Rebecca no fue capaz de decir nada más. Resultaba tan desolador lo ocurrido...

Diego se retiró a su dormitorio. Necesitaba estar a solas. La cercanía de la muerte, tan brutal e irrazonable, lo había dejado noqueado. La experiencia que tenía de enfrentarse a ella no le restaba padecimiento. Cuánto dolor produce la mortal consecuencia de lo que no se entiende.

Las piernas le flojeaban. Se desabrochó la casaca del uniforme, no tenía fuerzas ni para desvestirse antes de tumbarse en la cama. Se tapó la cara con las manos y lloró. Un llanto ahogado, en silencio, amargo, a solas, a oscuras... Lloró lágrimas que caían sobre la memoria de un hombre con valor y gallardía; un incomprendido. Lloraba a un amigo. A un valiente.

Por su parte, Rebecca no dejaba de pensar en la esposa del general Solano y en sus hijos. Y también en la pobre María Tucker. No quería hacerse a la idea de que

algo similar podría pasarle a ella. Intentaba serenarse acunando a su niño.

El respiro duró poco. La aldaba de la puerta de casa de los Alvear golpeó tres veces. A Rebecca se le encogió el corazón. ¿Quién, o qué, podía requerirles en esa aciaga noche?

Diego se incorporó de un salto, con los nervios a flor de piel, y descendió los escalones a toda prisa recomponiéndose el uniforme en el camino.

Obligó a su familia a recluirse en el piso de arriba.

—No se os ocurra salir del cuarto, oigáis lo que oigáis y pase lo que pase. ¿Ha quedado claro?

—¡Pero, padre...! —Carlos no estaba de acuerdo.

—¡Obedece! Hijo, esto es muy serio. —Diego rebajó el tono que había elevado involuntariamente a consecuencia de la tensión que estaban viviendo—. No tengo idea de quién puede estar llamando a nuestra puerta, pero es posible que no sea nada bueno. Hoy no hay nada bueno en esta maldita ciudad.

Dos golpes más de la aldaba se fundieron con la rabia de Diego, que acudió a abrir mientras los demás subían a toda prisa a esconderse. Se estiró la casaca del uniforme colocándola correctamente. Respiró hondo y descorrió el cerrojo. Cuál fue su sorpresa al encontrarse con doña Francisca de Matalinares, convertida por los trágicos acontecimientos en la viuda del general Solano. Su aspecto era lamentable: despeinada, el rostro descompuesto, los ojos hinchados de llorar... Abrazados a ella, sus dos hijos, José y Francisco. Pero la sorpresa no acababa ahí. Los acompañaba el capitán José de San Martín, que traía un semblante tan serio que daba miedo.

—Buenas noches, mi comandante. Espero no importunarle. La casa del gobernador está en llamas, la turba le ha prendido fuego. Doña Francisca no sabía adónde ir. Teme que estén haciendo lo mismo en las casas de los pocos familiares que tienen en Cádiz.

—Entren, por Dios, no se queden ahí.

San Martín no pensaba hacerlo. Con sumo respeto y delicadeza, indujo a la viuda a que entrara, a la que siguieron sus hijos. Iba con ellos su joven criada, que parecía un pajarillo recién caído del nido. Conmovía verlas a ambas.

—¿No va a entrar, capitán? —invitó Alvear a San Martín.

—Es esta una mala noche, don Diego. Aunque habremos tenido algunas más en nuestras vidas, ¿verdad?

Sin moverse del umbral donde se hallaba, Diego dio una voz hacia el interior de la casa para que los sirvientes acudieran a atender a los recién llegados. Lo hicieron al instante.

Quería seguir hablando con San Martín, pero este no pretendía lo mismo.

—Gracias por acogerlos. Es terrible lo que ha sucedido. Adiós, don Diego.

—¡Espere! Capitán, iba a hablarme de otras malas noches. ¿De veras no quiere pasar? Me gustaría...

San Martín lo miró de frente, aguantándole la mirada, antes de responder:

—Es mejor que no. —Hizo una pausa—. Es mejor... para ambos. Buenas noches. Su regia figura se alejó a paso rápido sin dar a Diego ninguna oportunidad.

—¿Por qué no entras? —Rebecca lo reclamaba—. ¿Con quién hablabas?

—Oh, no era nadie —respondió algo aturdido—. Un criado de otra casa que ha venido a acompañarlos.

Carlos irrumpió dispuesto a salir a la calle, pero su padre se lo impidió.

—No aguanto más. Necesito hablar con mis compañeros de la academia. Necesito respirar en la calle. Estoy ahogándome aquí, en casa.

—La calle es precisamente lo menos respirable. El peligro está fuera.

—Se le ruego, padre, no me impida salir un rato.

Pero Diego se mantuvo firme, porque solo su autoridad garantizaba la seguridad de su hijo. Carlos era joven, resultaba comprensible su impulso. La vida, sin embargo, era lo que más le importaba en ese momento a Diego de Alvear, y sabía que si su hijo se echaba a la calle nadie aseguraba que pudiera conservarla. Confiaba en que, con el tiempo, él pudiera entender el instinto de protección y de supervivencia que impera en un padre respecto de los hijos.

—Lo siento pero no tienes mi consentimiento para salir —afirmó, contundente—. No es una noche para andar deambulando por callejuelas.

—Está bien, padre —respondió Carlos enfadado—. Me voy a dormir. No me esperen a cenar.

En realidad a nadie le importaba la cena. Pero, para el joven, retirarse a su habitación era una coartada. No se conformaba con la negativa de su padre. Tenía decidido lo que iba a hacer. Esperó a que él y su madrastra se fueran a dormir para ejecutar su plan.

Llegado el momento, salió de casa por la puerta de servicio y encaminó sus pasos hacia el domicilio de José de San Martín. Se las había ingeniado para averiguar dónde vivía. Quería hablar con ese hombre que le inspiraba confianza y que tenía la formación y la experiencia suficientes como para poder entender sus inquietudes. Desde el primer momento había sentido hacia él una corriente de simpatía que los aproximaba.

Cuando San Martín, que todavía no había tenido tiempo de quitarse el uniforme, le abrió la puerta con recelo y se lo encontró, no salió de su asombro. Ya había sido un día bastante alejado de la normalidad como para acabarlo con Carlos de Alvear plantado en su entrada.

—Le expreso mis excusas por presentarme a estas horas.

—Lo malo no es la hora. Lo inapropiado es que estés en la calle en una noche como la de hoy. —San Martín no se apeaba del gesto severo. Tomándolo por la solapa, tiró del joven Alvear hacia dentro para que nadie los viera—. No sé si es locura o temeridad. ¿En qué estabas pensando para venir hasta aquí? ¿Es que no eres consciente de lo que acaba de ocurrir?

A Carlos le incomodaban los reproches del capitán. Pero los entendía. Su nobleza

le llevó a reconocerlo.

—Es cierto. No he debido venir. ¿Puede imaginar la necesidad que sentía de hacerlo, como para correr el riesgo que he corrido caminando hasta su casa?

—A nadie tenemos de testigo. Puedes dejar de tratarme de usted. —San Martín, desarmado por la sinceridad de Carlos, cambió de actitud.

Carlos, sorprendido por el gesto, se lo agradeció.

José le invitó a sentarse en el sofá mientras preparaba una copa.

—¿Te apetece un coñac? ¿Un licor...?

—No suelo beber pero... esta noche me vendría bien. Me sorprende que me ofrezcas un coñac después de lo que ha pasado. Pensar en tomar algo que me recuerde a los franceses me produce náuseas.

—No hay que confundir las cosas. —El anfitrión colocó el tapón de cristal en la botella que estaba abriendo, para destapar otra distinta después del comentario que acababa de oír—. Toma, un vino dulce de Jerez. Quizá te guste más.

Él se sirvió un *brandy*, oscuro y seco, y se sentó cerca de Carlos.

—¿Sabe tu padre que estás aquí?

Carlos se tomó su tiempo antes de responder. No entendía qué le ocurría con San Martín, tenía la impresión de que no podía mentirle. En cierto modo se sentía seguro cerca de él. Era algo inexplicable.

Dio un trago a la bebida.

—No. No lo sabe.

—¿Y te has atrevido a salir a sus espaldas? Supón que lo descubre. ¿Puedes imaginar la preocupación que le causaría?

—Sí, lo sé, pero es más poderoso mi empuje, mis ganas de ver y de entender qué está pasando.

—No hay mucho que entender más allá del hecho de que un pueblo ha enloquecido. Creo que bastante sufrimiento lleva soportado tu padre como para que ahora andes tú jugando a hacerte el valiente en un polvorín como el que es esta ciudad hoy.

Carlos agachó la cabeza, se sentía culpable de un comportamiento cuyas posibles consecuencias no había medido con antelación.

—Lo siento —rectificó San Martín al darse cuenta—. No pretendía ser duro contigo. Es solo que me pongo en la piel de tu padre y... pienso en tus hermanos. —Dio un trago brusco a su vaso.

—Tranquilo, tienes razón en lo que dices.

—¿Los echas de menos?

La pregunta sorprendió a Carlos.

—¿Te refieres a mis hermanos?

—Sí. Debes de sentirte muy solo sin la compañía de ninguno de ellos.

A Carlos se le tiñó la mirada de tristeza.

—Intento sobrellevarlo como puedo. Mi vida desde entonces ha cambiado, es

distinta. A mi padre evito contarle el vacío que a veces siento. Al menos me queda él. Tengo entendido que el tuyo murió.

San Martínapuró de un sorbo lo que le quedaba de *brandy*. Le hacía daño tener que responder. Era incapaz de explicar nada acerca de sus sentimientos íntimos porque ni él mismo los comprendía. Confusión, duda y sospecha convivían desde hacía años con su fortaleza y su sentido de lo que debía ser lo correcto. Tenía claro que su vida era la que había vivido y no otra.

Por fin le confirmó la muerte de don Juan de San Martín con un lacónico e inexpresivo «sí».

—¿Estuviste con Solano hasta el final? —Alvear se interesó por los hechos recientes.

—Le ayudé a huir por el tejado. Fue la última vez que lo vi. —José se levantó para servirse otro *brandy*—. No dejo de preguntarme si hice bien. Huyó y lo cogieron. Y, de haberse quedado en su casa, también lo habrían cogido.

—Creo que cualquier opción era igual de mala. Debe de ser difícil elegir entre dos posibilidades abocadas a un mismo final. No podías imaginar que caer en manos del pueblo iba a suponer su muerte.

—Una muerte espantosa.

—¿Y de qué ha servido? ¿Qué ha ganado la revolución con el crimen de Solano? ¿Ha destruido, acaso, el yugo francés? —Carlos deseaba vehementemente comprender lo que parecía incomprendible—. Mi padre es comisario de Artillería y comandante del Cuerpo de Brigadas. Si los sublevados no deponen su actitud, es posible que quieran hacerse con toda la munición posible. ¿Crees que irán a por mi padre?

—Me gustaría darte la respuesta que se espera de un capitán, de un ayudante del general responsable de una plaza importante como lo es Cádiz y su provincia. Sin embargo, no sé qué decirte porque ya no sé qué pensar. Lo que ha ocurrido hoy es una sublevación. Está al margen de cualquier estrategia. Una turba furiosa es el peor enemigo para un estratega.

—Pero si ocurriera, si fueran a por mi padre, visto lo que han hecho con el gobernador, no es una majadería pensar que también lo matarían. ¡No podemos permitirlo! ¡Tenemos que irnos! Ayúdame a convencerlo.

—Carlos, tu padre es un hombre valiente. Difícilmente lo imagino desertando en la oscuridad. Has de fiarte de sus decisiones. Y, sobre todo, has de hacerle caso, así que deberías marcharte antes de que se dé cuenta de lo que has hecho. Vete ya.

El joven Alvear no se resistió; era consciente de la gravedad de su comportamiento y entendía que San Martín llevaba razón en lo que decía.

En la puerta, José le advirtió:

—Ándate con mucho ojo. Camina mirando hacia todos los lados y a paso no demasiado ligero para no despertar sospechas. Es peligroso que alguien pueda reconocerte como hijo de Alvear.

—Qué contradicción, ¿no te parece? Ser hijo de don Diego de Alvear no es sino motivo de orgullo.

San Martín evitó dar una respuesta y cerró dando un portazo. Se quedó inmóvil ante la puerta, contemplándola cerrada. «Ser hijo de don Diego de Alvear no es sino motivo de orgullo». Ahora sentía un martillo golpeando en su cabeza.

«Hijo de Alvear».

«Orgullo».

Dio una patada con furia a la puerta. Definitivamente, no era esa una buena noche.

En el camino de vuelta, Carlos se cruzó con muchos hombres que se replegaban desde la zona de la catedral. Siguió los consejos de San Martín y llegó sano y salvo a su casa, donde todos dormían. O lo intentaban.

Al amanecer, el Magistral Cabrera, ayudado por los dos monaguillos, trasladó en un carro el cadáver de Francisco Solano al cementerio de extramuros, confiando en que nadie se enterase de dónde iba a ser enterrado.

La vida sorprende con extrañezas que parecen irrealidades. Al cabo de unas horas, entraba el cortejo que acompañaba el féretro de Pedro Pablo Olaechea, al que enterraron en el nicho contiguo. Ninguno de sus compañeros ni familiares podía suponer lo cerca que estaban una sepultura de otra. Ese secreto debía permanecer en la tumba común de la ignominia.

Colocaron una lápida con la siguiente inscripción:

*Aquí yace don Pedro Pablo Olaechea,
capitán de las tropas voluntarias de esta plaza,
natural de la villa de Guernica en el señorío de Vizcaya.
Falleció el 29 de mayo de 1808,
a la edad de 38 años.*

Le otorgaron el grado nada menos que de capitán de un falso cuerpo llamado las «tropas voluntarias», que no era otra cosa que una cuadrilla de asesinos que deseaba dejar constancia de Olaechea para la posteridad. Su víctima, en cambio, hombre de bien, yacía sin mención alguna para protegerse en la muerte de lo que no pudo protegerse en vida.

No habían transcurrido ni veinticuatro horas del execrable acto cometido por la plebe, cuando tomó posesión el sustituto de Solano: el teniente general don Tomás de Morla. En su despacho, todavía lleno de las pertenencias de su malogrado antecesor, estampó su firma en el bando que este había dejado redactado en la infausta noche de su mala suerte. Un bando que satisfizo al pueblo al permitirle que se armara en milicias, pero que, no había que olvidar nunca, redactó la persona a la que juzgaron desatinadamente.

El pueblo consiguió lo que pedía, pero había matado a quien tuvo el coraje de concedérselo. Esas son las contradicciones de la vida. O tal vez las sinrazones de la

guerra.

¿Era de fiar un pueblo que actuaba así? Qué equivocados estaban, y bien que lo podrían acabar pagando caro, sobre todo Diego de Alvear... Él, como cualquier otro.

Qué difícil resultaba volver a la normalidad, recobrar la templanza para seguir viviendo y para continuar con el cumplimiento de las obligaciones. Diego, como comisario provincial de artillería y comandante del Cuerpo de Brigadas del Departamento de Cádiz, podría ser, una vez muerto el general Solano y visto de qué manera, el siguiente objetivo del populacho.

El matrimonio era consciente del riesgo que corría, pero no había nada que se pudiera hacer para combatir un peligro incierto, desconocido. ¿Quién podía haber imaginado lo que le iba a ocurrir a Solano? No existían razones por las que, desde luego no justificar, pero ni tan siquiera explicar qué había llevado a la población a enfurecerse contra un hombre que había tomado decisiones para protegerla. La irracionalidad demostrada contradecía la bonhomía que Diego recordaba de los andaluces, que dejó atrás al marchar a América. Revivió las sensaciones que le asaltaron en la cubierta de la fragata *Medea* cuando la flota del comodoro Graham Moore se aproximó a ellos en el marco de una época de paz entre España e Inglaterra. Tampoco aquel ataque podía entenderse por más años que pasaran.

Las cosas ocurren al margen de la sensatez, y esperar a que se haga justicia no devuelve a la vida a quienes mueren a consecuencia de un tremendo disparate. Había sido una gentuza fanática la que perpetró la canallada contra el gobernador. En el Cabo de Santa María, sin embargo, fue la acción fría y calculada de un Estado. ¿Qué diferencia había si el resultado era similar?

Las sospechas tomaban cuerpo. En esas convulsas jornadas, todavía no repuestos del linchamiento de Solano, se presentó otra complicada situación que atañó, como cabía esperar, a Diego de Alvear. El movimiento popular tomó proporciones alarmantes que volvían a suponer una amenaza. Un día más, el pueblo de Cádiz andaba sublevado, tocándole esta vez a la Isla de León, sobre la que se arrojaba una gran muchedumbre con un objetivo claro: entrar en el lugar de almacenamiento que para el populacho resultaba un santuario. Se trataba del Arsenal, donde se guardaba la artillería, cuyo responsable máximo no era otro que Alvear. Bajo el grito unánime de «¡Mueran los traidores, nos quieren vender!», intentaron desaforados echar abajo la protección del Arsenal. Al no lograrlo, se revolviéron furiosos y fueron en busca del capitán. Uno de los asaltantes, encaramado a un muro lateral del Arsenal, había visto algo que no le gustó y que, al comunicarlo a sus compañeros, los encorajinó todavía más. Iban dispuestos a pedir explicaciones de la peor forma: con violencia.

Rebecca y las demás mujeres de la casa se asustaron al escuchar a la turbamulta acercarse. El pertinente olor de la sangre inocente de Solano flotaba todavía en el ambiente. Segura de que venían a por su marido, le suplicó que huyera antes de que llegaran, o al menos que se escondiera. Estaba desesperada y nerviosa. Él la intentó tranquilizar. Desde que conoció a Diego, no dejaba de sorprenderle la serenidad con

la que solía manejar situaciones complicadas. Y siempre conseguía templar sus ánimos.

En actitud contenida, sin premura, Diego se vistió el uniforme en su dormitorio, bajó la escalera, abrió la puerta de par en par y, tras presentarse educadamente a los hombres que se agolpaban frente a su casa, con ademán tranquilo les preguntó:

—¿A qué se debe este jaleo, señores? ¿Qué sucede?

A sus correctas maneras respondieron todos a una, a voz en grito y con ademanes insolentes y amenazadores:

—¡La artillería está cargada con arena! No nos quieren defender, nos van a entregar, son unos traidores, ¡mueran todos!

Mientras eso ocurría, Rebecca se encerraba a rezar en la habitación del pequeño Diego, apretándolo con fuerza contra su pecho. Rezó por su marido. Aunque entre sus firmes temores se abrió paso la incógnita del desconocido que la salvó de ser arrastrada por la turba la noche en que asesinaron a Solano. No sabía cómo averiguar su identidad, tarea dificultada por el desorden imperante. Muchas veces había vuelto a ver en sueños las facciones de aquel hombre alto y valiente. Era joven y había algo en él misterioso. Su seriedad, su porte gallardo y, sobre todo, el desaparecer sin dar más explicación.

En la calle seguía transcurriendo el incidente que tenía peligrosamente a su marido como protagonista. El capitán Alvear, haciendo gala de su innata sagacidad, distinguió a los cabecillas del motín. Se abrió paso dirigiéndose a ellos para rogarles que mandaran callar a los demás, dado que si continuaban con el griterío sería imposible entenderse. Y obedecieron.

En voz alta, para que todos le oyeran, explicó:

—Si la artillería no está bien cargada, yo soy el responsable. Soy el jefe, y los culpables, sean quienes sean, tendrán su castigo. Vayamos a las baterías a comprobarlo.

Y poniéndose delante, marchó el primero, seguido por la muchedumbre. Diego les quería hacer entender que los franceses jamás podrían entrar en la Isla de León. Nadie iba a permitirlo.

—Es necesario que confiéis en vuestros jefes, todos deseamos lo mismo, estamos en el mismo bando luchando por una única causa. —Resultaba milagroso el predicamento que tenía sobre los amotinados—. Sé que los ingleses son los mayores enemigos de los franceses. Como sabéis, estoy casado con una inglesa, ¡y no la quiero disgustar! —bromeaba controlando la tensión, con lo que consiguió hacer reír a todos—. Tendremos a esos gabachos bajo nuestro dominio.

Fue increíble. Las fieras se amansaron. Le salió bien la jugada y consiguió sofocar el motín, pero lo cierto es que podía haberle salido mal. Se estaba convirtiendo en persona fundamental para controlar a las muchedumbres exaltadas. Daba la cara en las insurrecciones y demostraba entenderlos a todos. Como por arte de magia desarmaba a muchos con sus comedidas y ocurrentes frases, acertando en

sus claros y firmes razonamientos. Pero era algo inexplicable, una especie de duende que funcionaba sin premeditación. Sencillamente ocurría.

En medio de la confusión diaria en la que estaba instalada la ciudad, Carlos de Alvear y José de San Martín continuaron viéndose. Ese día, el primero estaba eufórico. Había ido a Capitanía a hacerle una visita inesperada a su amigo.

Sorprendido, San Martín le recibió gustoso.

—Vaya, ¿qué trae por aquí a un Alvear sin mando? —La familiaridad con Carlos empezaba a ser habitual.

—Tengo que hablar contigo. Necesito contarte algo que posiblemente te sorprenda más que mi visita.

—Querré escucharlo. ¿Cuándo te parece...?

—No puedo esperar.

—En ese caso vamos a mi despacho.

—No, es muy frío para lo que voy a decirte. Aunque, bien mirado, podría considerarse una gesta increíble, digna de ser contada con ceremonia militar.

—Me estás intrigando. —José se detuvo y caricaturizó un saludo cortés—. Bien, en ese caso, don Carlos, tal vez podríamos organizar un baile en su honor, en los salones de mi casa, pero últimamente ando con mucho lío —bromeó José en una de las excepcionales y raras ocasiones en que se mostraba distendido.

Acabaron riendo.

—La ironía, capitán San Martín, no le va a eximir de escuchar lo que quiero confesarle.

—¿Confesarme? ¿Nos vemos después del almuerzo? —San Martín demostraba cada vez más simpatía hacia Carlos.

—No. Tiene que ser antes.

—¿Vas a dejar de decir que no a todo lo que te propongo? Carlos, me estás asustando.

—¡No! Ja, ja. ¡Al contrario! Es cosa buena lo que voy a anunciarte. Vamos, acepta un paseo, corto, hasta La Caleta, no te quitaré mucho tiempo.

—Pero ¿es que crees que estamos en Buenos Aires, o en París? Fondea en la realidad: esto es Cádiz tomado por insurgentes.

Carlos era pertinaz. Adoptaba una fingida pose infantil para convencerlo.

—Estarás de vuelta enseguida. La calle está ahora en calma. Si no me haces caso, no me quedará más remedio que contárselo a mi padre, y, francamente, no me resulta tan divertido. —Ya iban caminando; Carlos lo tomaba del brazo y lo hacía avanzar mientras le iba hablando—. Es mejor que no opongas resistencia.

En la pequeña playa apenas había gente, pero sí mucho viento; soplaba fuerte. A los dos les gustaba sentirlo en la cara. Les complacía la sensación de que todo, lo bueno y lo malo, fluyera y fuera arrastrado. Era como si se hiciera desaparecer lo real hasta el punto de que no hubiera ocurrido.

Caminaban mirando al mar; era el único momento de laxitud que ambos se permitían en mucho tiempo.

—¿Y bien...? Tú dirás. —San Martín estaba deseoso de conocer el asunto anunciado con tanta cautela.

—Pocas veces encuentras una ciudad a la que amar y odiar en idéntica proporción. Cádiz es hermosa, tiene algo que la hace diferente. Pero, a la vez, es cruel y dañina.

—¿Me has traído hasta aquí para hablarme de Cádiz?

Antes de responderle, Carlos desplazó su mirada del mar hacia su amigo.

—Me he enamorado.

—Vaya... Conque era eso... —José sonrió con complacencia—. Tendré que darte, pues, la enhorabuena. Es sorprendente que haya sitio para el amor en medio de la revolución. Aunque el amor es, en sí mismo, una revolución y sabe hacerse un hueco en cualquier circunstancia.

—Ni siquiera yo me explico cómo ha pasado. Pero ha ocurrido, es real.

—No intentes buscarle explicación al amor. No la tiene.

El viento arreciaba y traía el salado sabor del mar hasta sus bocas. San Martín pensaba en las que había besado, que no eran muchas; nunca había sido un hombre dado a los lances amorosos, pero oportunidades no le habían faltado.

Pensaba en Pepa. Su Pepa.

—Es una mujer de la que cualquiera se enamoraría. —Carlos seguía a lo suyo.

—¡Vaya! —exclamó José—, entonces mejor que no me la presentes.

Volvieron a reír.

—Venga, no bromees. Hablo en serio.

—No lo dudo, Carlos, no lo dudo. ¿Y puede saberse quién es la afortunada?

—Carmen. Así se llama, es una muchacha excepcional. Cualidades no le faltan, te lo aseguro.

—¿Es de aquí, de Cádiz? Cuéntame algo más de ella.

—Se llama María del Carmen Sáenz de la Quintanilla. Nació en Jerez. Tiene quince años y es hija de don Juan Sáenz de la Quintanilla, un hombre de bien, dedicado a la contaduría. ¿Suficiente?

—No suena mal.

—Ah, y lo más importante: es la mujer de mi vida.

—Calma, muchacho, eres muy joven todavía —comentó San Martín con el aplomo de quien tiene media vida hecha, aunque no fuera su caso—. Ella también lo es. Os queda mucho por vivir.

—Nunca se sabe. —Carlos se puso serio—. Por desgracia, he conocido lo que es que, de repente, sin razón alguna, te asalte la muerte y acabe con todo. A la vida hay que sacarle provecho.

La fuerza del viento casi les impedía hablar.

Emprendieron el regreso.

—José, espera. —Caminados pocos pasos, Carlos lo detuvo—. Tienes que ayudarme con mi padre. Estoy dispuesto a casarme con ella.

—¡Casarte! Por Dios santo, eres un chiquillo.

—Te equivocas. Soy un hombre, igual que tú. ¿O es que acaso lo eres más por sacarme diez años? Confío en que pronto haya un frente de batalla al que me envíen. Entonces nadie dudará de mi hombría.

—No digas eso, Carlos. —El ánimo de San Martín se ensombreció—. La guerra no es buena y no debe hacernos sentir más hombres.

—Voy a casarme con ella. Nada tengo más claro. Solo te estoy pidiendo que me eches una mano para convencer a mi padre. Eres mi amigo, ¿no?

La pregunta dejó pensativo a San Martín, que reanudó la marcha seguido de Carlos.

—¿Qué te pasa, José? ¿Eres mi amigo o no lo eres?

Y sin saber por qué, los dos jóvenes tuvieron la misma iniciativa de darse un abrazo, corto y sonoro. Un abrazo de hombres que estaban en la misma guerra, que era la de sobrevivir.

Por supuesto que pensaba ayudarle.

Diez días después del asesinato del general Solano se decidió atacar la escuadra francesa, con lo que se vino a darle la razón. La ofensiva no debía ser inminente. Él nunca dijo que no quisiera asaltar la escuadra de Rosily, sino que pedía tiempo para hacerlo en las mejores condiciones que propiciaran la victoria. Pensar con coherencia le costó la vida. Su muerte se sumó a la marca que Diego llevaba en las espaldas de sus sentimientos.

En aquellos días de mayo se sucedieron en tropel tantos hechos en tan poco tiempo, que en varias jornadas ocurrió lo que en una situación normal habría llevado meses. Entre el 30 y el 31, dos decisiones determinaron el curso de los acontecimientos. La nueva Junta de Observación y Defensa, que se constituyó en Cádiz a imitación de la de Sevilla, solicitó al almirante François-Étienne de Rosily que se rindiera, o si no al menos que separara sus naves de las españolas, como así convino el francés sin presentar oposición alguna y empeñado en hacer ver que no existía por parte de España hostilidad contra Napoleón. Difícil de creer, cuando en esas mismas horas el príncipe Fernando era proclamado rey de España, convirtiéndose en don Fernando VII. El mismo pueblo que demostró ser capaz de tomarse la justicia por su mano actuando de manera irracional contra Solano, pensaba que el nuevo monarca iba a ser bueno para España. Al igual que los hechos, se multiplicaron también las incógnitas en ese tiempo preñado de convulsiones.

Tal y como se temía, el emperador Napoleón Bonaparte reaccionó coronando a su hermano José. El corazón revolucionario del pueblo gaditano se revolvió hasta estallar. El objetivo estaba claro y cerca: Rosily y su flota.

El sexagenario almirante francés, hijo del conde de Rosily, percibía con absoluta

claridad la amenaza que se cernía sobre él y decidió comenzar a actuar. La primera determinación que adoptó, aprovechando un día de viento de poniente, fue adentrar sus buques en el saco de la bahía, aproximándose lo más que pudo al Arsenal. Fondeó en la Poza de Santa Isabel, donde enlazaba el canal que conducía a Puerto Real. Era una maniobra arriesgada: dificultaba la salida en caso de ser asaltados, pero al mismo tiempo cortaba la comunicación por mar entre el Arsenal y una parte de la escuadra española, complicando un posible ataque por parte de esta.

El almirante francés se encontraba en buenas condiciones para resistir. Hombres no le faltaban y contaba con abundante munición y artillería.

El jefe de la escuadra española, don Joaquín Moreno, nombrado capitán general del Departamento de Cádiz, concibió el plan de ataque que consideraba menos arriesgado teniendo en cuenta la gran dificultad que se le presentaba para maniobrar en la trampa con la que la escuadra francesa se había acorralado deliberadamente a sí misma para protegerse. Ordenó fletar embarcaciones ligeras que pudieran desplazarse con agilidad y dotadas de todo lo necesario para el asalto. Se adelantó a cerrar las pocas alternativas de salida que existían en caso de que los franceses pretendieran huir o, por el contrario, se adelantaran a atacar primero ellos queriendo desembarcar en el Arsenal. Para impedirlo cerraron la embocadura del caño de La Carraca. El plan era bueno. Las baterías españolas ubicadas en los enclaves estratégicos del puente de Zuazo, Punta de la Cantera, Casería de Osio, Arsenal, polvorines de Fadrilas y el Lazareto del Infante, fueron desplazadas para adaptarse al nuevo posicionamiento de la escuadra francesa.

Diego de Alvear tomó el mando de las fuerzas sutiles. El plan de ataque elaborado por Joaquín Moreno consistió en situar en primera línea de tiro las cañoneras, quince en cada una de las tres divisiones fletadas. Las siguieron las bombarderas y, detrás, los botes con tropa y los que portaban material de auxilio. Se dispuso que, cuando llegara el momento y desde su puesto en la torre vigía del centro de Cádiz, el general Tomás de Morla, como máxima autoridad, daría la orden de abrir fuego.

Todo, pues, estaba dispuesto. El clima se tensó al máximo. El ambiente se espesaba. Las voces callejeras dejaron de oírse. La ciudad quedó convertida en un desierto en el que el paso de las horas sonaba como golpes secos contra las esquinas.

Era 6 de junio. La Junta de Sevilla emitió en un bando que se publicaba al unísono en todo el territorio español la declaración de guerra contra el emperador Napoleón Bonaparte, ordenando asimismo el requisamiento de cualquier bien de procedencia francesa. Exigía a los ciudadanos de dicha nacionalidad residentes en España una declaración solemne de fidelidad al país. De no hacerlo, serían expulsados.

Pasadas las cuatro de la tarde del día 9, el general Morla izó la señal desde la torre vigía. La guerra había comenzado. Los españoles atacaron con violencia pero agotaron demasiado rápido la pólvora y la munición, de manera que cuando Rosily

pidió negociar al mediodía siguiente, Moreno vio el cielo abierto para decretar el alto el fuego y ganar tiempo.

Un tiempo que aprovechó para elaborar una singular estrategia: hacer creer a los franceses una superioridad que, en verdad, las tropas españolas no tenían. Ordenó colocar una batería de treinta cañones en el lugar más visible, entre la Casería de Osio y los polvorines de Fadrilas, con el objetivo de amedrentarles.

Lo consiguió, permitiéndose la argucia de no aceptar las condiciones expuestas por los hombres del emperador para evitar la guerra. Finalmente, Rosily, convencido de que no podrían salir victoriosos ante la que consideraba indudable supremacía española, rindió la escuadra.

El general don Tomás de Morla se apresuró a comunicarlo públicamente en los siguientes términos:

Previsiones del Gobierno al Vecindario de Cádiz.

La Escuadra Francesa acaba de rendirse a discreción, confiada en la humanidad y generosidad de los gaditanos. Las medidas que se han tomado han libertado a nuestra escuadra del menor deterioro, y la han dejado ilesa. La efusión de sangre ha sido menor que la de un combate de dos buques pequeños: no han pasado de cuatro los muertos.

Además, los navíos franceses, sus municiones y armas, quedan a nuestro beneficio. Y sus prisioneros nos servirán de canje y rehenes.

Nada de esto se habría conseguido con los proyectos poco meditados y combinados de brulotes, balas rojas y otros. Si no se hubiesen tomado precauciones que exigen tiempo, nuestra mortandad habría sido considerable.

Mas ahora pido, exijo y mando que cesen los rumores, que todo entre dentro de un orden y que se someta cada uno, según su clase, a las autoridades constituidas. Así también, que se deje que sean las leyes las que reinen y que se odie la arbitrariedad. Escandaliza que el pueblo más culto y urbano de la tierra vocee y quiera la muerte de un particular. Solo el campo de Marte, donde se repele la fuerza con la fuerza, autoriza la ilegal emanación de sangre. Fuera de él, ni los mismos soberanos son dueños de la vida del más facineroso.

Las leyes prohíben en todas las naciones, aun en las más bárbaras, las sediciones, griteríos y alborotos. Debemos obedecerlas y respetarlas: único medio de esperar felices éxitos, y de no ofender ni al Dios de los Ejércitos, ni al Soberano, cuyos derechos sagrados hemos jurado defender.

MORLA

Cádiz, 14 de junio de 1808

La brigada de artillería a las órdenes de Alvear había servido todas las baterías de tierra en el Trocadero, el Arsenal de La Carraca y en el litoral, así como en las cañoneras, durante los cinco días que duró el combate.

Tras el desastre naval de Trafalgar, con esa victoria España se hizo con un botín de cinco navíos en muy buen estado y una fragata, que pasaban a depender de las fuerzas de la Real Armada. Nada desdeñable era, igualmente, la puerta que se abría a las tropas aliadas para combatir contra Francia, que veían en Cádiz la única vía para penetrar en suelo español y poder unirse a la lucha.

Prisioneros se contaron hasta un total de casi tres mil setecientos. Diego estaba satisfecho por haber cumplido con su importante tarea de comandar una brigada cuyo papel en el triunfo había sido de suma relevancia. Pero más aún le complacía lo que

jamás pensó que ocurriría: luchar junto a José de San Martín, que supuso, además, compartir una victoria. Durante los cinco días apenas hablaron. En la guerra se hace la guerra, no cabe ninguna otra cosa.

Ahora que ya había acabado lo que no era más que un primer paso para detener el avance francés, Alvear y San Martín se hallaban frente a frente. Cabían felicitaciones, pero también sentimientos y otro tipo de lucha: la que horadaba la conciencia.

Se sentían orgullosos uno del otro. La admiración era mutua. El recelo, también. La contienda los había unido involuntariamente.

—Más pronto que tarde, le tocará a su hijo Carlos —dijo San Martín, que quería cumplir con lo prometido a su amigo.

—Es ley de vida. A ningún padre le gusta que un hijo se exponga al riesgo de batallar, pero es la vida que él ha elegido. La misma, por cierto, que nosotros.

Ese «nosotros» con el que Alvear pretendía incluir a los tres rechinó a los oídos de San Martín.

Continuó con lo de Carlos:

—Su hijo es ya un hombre. Para todo.

—Parece que lo conoce bien. Se ven ustedes mucho. —Diego sentía curiosidad por lo que Carlos y José compartían sin contar con él.

—Alguna que otra vez —respondió vagamente San Martín, ahorrando detalles—. Lo suficiente como para saber que es un buen muchacho y que en Cádiz está siendo asaltado por multitud de experiencias de todo tipo.

—A todos nos está pasando.

—Me gustaría preguntarle algo, don Diego.

Alvear consintió con un ligero movimiento de cabeza.

—¿Recuerda a qué edad tuvo su primer gran amor?

La pregunta de San Martín rasgó el aire y se le clavó a Diego en el pecho como la punta de un sable. El muro con el que contenía el recuerdo de Yapeyú, que intentaba volver siempre con la presencia de José Francisco, cayó. Y Alvear no podía permitírselo. Porque con Yapeyú regresaba Rosa desnuda en la ribera del río Uruguay. Sus intensos ojos negros. Su manera salvaje de amar.

Con Yapeyú emergía su condición clandestina de padre. El fruto prohibido.

El silencio impuesto.

La culpa, al cabo.

—No pretendo ahondar en su vida íntima. —José cortó la cuerda de sus recuerdos, que se había tensado—. Jamás osaría inmiscuirme —mintió, deseaba preguntarle mucho más—. Tan solo advertirle de que puede que Carlos vaya a necesitarlo por un asunto que, en su caso, sí es de clara intimidad. Escúchele como me escucharía a mí, como a un hombre hecho y derecho. Como a un joven que le necesita. —Tragó saliva; se oía su respiración.

—He de marcharme. —De pronto Diego sintió que no podía soportar seguir con aquello—. Le reitero mi enhorabuena por su actuación. Me ha demostrado su

valentía, aunque no tenía dudas sobre ella. —Dicho esto, dio media vuelta y se marchó.

Tampoco San Martín habría podido soportar que la conversación con Alvear hubiera continuado. Lo vio alejarse con prisa mientras él se quedó naufragando a la deriva de inexistentes respuestas.

El cuerpo de Pepa se arqueaba al sentir la flecha que José traía en su boca. La robusta lengua lamía sus pechos y descendía por el vientre, recorriendo la piel encendida de la muchacha, hasta colarse en el rincón más íntimo de su ansia.

Como le dijo a su amigo, el amor no tiene explicación. Ni el sexo límites para San Martín y esa mujer que lo enloquecía. La guerra hacía que se aferraran al territorio de sus cuerpos desnudos, en el que campaba una pasión desahogada que los trasladaba hasta unos confines a salvo de gritos y cañonazos.

La leal, la entregada Pepa, pasión y refugio de los temores y las soledades de San Martín.

La alegría que circulaba entre la población de Cádiz era momentánea, enturbiada por el clima bélico. Triunfos como el obtenido sobre la escuadra francesa no le servían de consuelo a Rebecca. Con victorias y con derrotas, estaban, y lo seguirían estando no se sabe por cuánto tiempo, inmersos en una contienda.

—Sí, padre, ya sé que está a punto de estallar una guerra.

Carlos intentaba que su padre y Rebecca bendijeran sus relaciones con la joven jerezana Carmen Sáenz de la Quintanilla.

—¿A punto? ¿No te das cuenta de que ya ha estallado? El levantamiento del 2 de mayo en Madrid y el ataque contra la flota francesa no han sido un juego de niños. Estamos en guerra, hijo.

—De acuerdo, estamos en guerra. Pero eso no es impedimento para que dos personas se enamoren.

—¡Pero si sois niños!

—¡No vuelva a decir eso, padre! Puede que no le guste, pero ya no soy un niño.

A Diego lo invadió el súbito recuerdo de Carlos jugando en el muelle de Montevideo momentos antes de cambiar su equipaje de la fragata *Mercedes* a la *Medea* para no molestar más a su madre y viajar bajo la estricta vigilancia de su padre. Las palabras de San Martín tras la derrota de Rosily empujaban también con fuerza, «Su hijo es ya un hombre». Más aún lo era San Martín. «Escúchele como me escucharía a mí. Como a un joven que le necesita...».

«Un joven que le necesita...». ¿Tal vez, de nuevo, como San Martín...?

—Voy a prometerme, y quiero hacerlo con su consentimiento —concluyó Carlos.

Su madrastra permanecía callada por respeto a ambos. Prefería no entrometerse entre padre e hijo. A Diego no le gustaba la idea de un compromiso tan pronto. La carrera militar de Carlos no iba todo lo rápido que querían a consecuencia del estancamiento producido por el ataque naval inglés, la pérdida de su familia, su posterior encarcelamiento y el tiempo que se vio obligado a vivir en Londres.

Sin embargo, sorprendió accediendo después de la discusión mantenida. Carlos no podía creerlo. Le dio un sonoro beso que causó asombro en el matrimonio; hacía

tanto que padre e hijo no se besaban... Y salió corriendo en busca de Carmen.

—Has hecho lo que debías —dijo Rebecca, siempre condescendiente y de su lado—. En tu lugar, yo habría hecho lo mismo. Déjales que sean felices. Es difícil encajar el amor en una guerra, y ellos lo han hecho. ¿No es eso tan heroico como vuestra reciente victoria?

Diego pensó que posiblemente tuviera razón. Había vivido en propia carne lo que el amor era capaz de hacer. El amor, que convierte a todo aquel que lo siente en un héroe de las más dulces batallas.

De inmediato, San Martín vivió un nuevo cambio de destino que lo llevó a incorporarse al Batallón de Tiradores de Cádiz, a cuyo mando estaba el coronel don Juan de la Cruz Mourgeon, en la provincia de Jaén.

En la despedida, que tuvo lugar en la sede de Capitanía, Alvear le confesó el orgullo que sentía por haber combatido juntos.

—Gracias, don Diego —respondió José—. No imaginaba que fuera a tratarme con esta generosidad.

—¿Qué más no imaginaba de mí?

Alvear puso al joven en un aprieto, a pesar de que era difícil acorralarlo. Y aunque parecía que seguía intentándolo, su única y verdadera intención era poder hablar con él un poco más a fondo.

—¿Necesita más muestras de generosidad que las que ya conoce?

Ninguno de los dos se atrevía a ir más allá de lo que veladamente se decían. Caminaban sobre tierras movedizas.

—Estudiar en las mejores academias ha sido importante para mi carrera. —San Martín sabía a lo que se refería Alvear—. Su hijo, Carlos, por cierto, también le está sacando provecho. Es un buen chico.

Le arrancó una sonrisa a Diego, que respondió:

—Aptitudes no le faltan.

—Y ha tenido un buen maestro —lo halagó José.

—Espero que le vaya bien en su nuevo destino.

—Nunca se sabe qué puede pasar en el frente. Capitán Alvear... —pronunció el nombre con rotundidad.

Le tendió la mano, pero Diego respondió dándole un abrazo que fue correspondido por San Martín. Ambos se sorprendieron fundiendo las mismas ansias del cariño ausente.

Esa conversación, la primera que mantenían a solas, puso en evidencia lo mucho que ambos se admiraban. Pero también lo mucho que temían al pasado.

Es lo que suele suceder cuando el pasado no se ha reconocido.

Era el tiempo de las despedidas. Carlos de Alvear lo hacía de sus padres porque también en esos días de junio abandonaba Cádiz para combatir como alférez de

caballería. Su Cuerpo de los Carabineros Reales acudía a cuantos frentes se le presentaban para frenar el avance de las tropas napoleónicas. Ocaña era su primer destino.

A sus diecinueve años se había convertido en un joven maduro, armado de un gran atractivo físico y de un carácter abierto que contrastaba con el de San Martín. La contraposición entre la noche y el día los definía. Así, mientras Carlos era un seductor nato, orador brillante, buen conversador, ambicioso, impetuoso y temperamental, José era hombre de pocas palabras, un solitario de mente más fría y menor ambición. Sus modales, por el contrario, mostraban mayor refinamiento y exquisitez que los de su amigo.

Para Diego de Alvear, la primera misión de su hijo Carlos era un acontecimiento importante. Se había hecho hombre, pese a que le costaba admitirlo, y le apenaba porque, creciendo la edad, mayores son los peligros a los que exponerse.

Lo despidió emocionado, sin reconocer ante nadie el miedo que le causaba ver al único hijo que sobrevivió a la tragedia naval marchar a la guerra.

En cuestión de días, a Alvear le llegaron los ecos de un grandísimo triunfo de San Martín, en la localidad de Arjonilla, el 23 de junio de 1808.

Y como los acontecimientos en aquella maldita guerra se desencadenaban con tremenda rapidez, pronto se sumó una gesta de enormes dimensiones: la Batalla de Bailén, que suponía otra estrepitosa derrota de las tropas napoleónicas. Las bajas en las filas de Dupont alcanzaron los dos mil doscientos muertos y cuatrocientos heridos, mientras que las del ejército del general español Francisco Javier Castaños sobrepasaban en poco el número de novecientos en total.

San Martín, que había batallado como ayudante de campo del marqués de Coupigny, fue aclamado por su intervención heroica en Bailén que culminó el 19 de julio.

A su regreso a Cádiz obtuvo dos insignes reconocimientos que harían feliz a cualquier hombre con su carrera: una condecoración, la codiciada Medalla de Oro de los Héroe, y el ascenso a teniente coronel.

Diego de Alvear vivió el triunfo de José de San Martín como si fuera el suyo propio.

Antes de la llegada del invierno se hizo oficial el compromiso de Carlos de Alvear Balbastro y Carmen Sáenz de la Quintanilla Camacho. Fue acompañado de otro anuncio, para felicidad de la familia: Rebecca estaba embarazada de su segundo hijo.

La fiesta en la que se celebraban ambos acontecimientos reunió a lo más granado de la maltrecha sociedad gaditana. Costaba gozar haciendo ver que no pasaba nada; como si afuera, en las calles, la gente caminara tranquila en lugar de vociferar contra los franceses, o el alma de la ciudad no estuviera hecha añicos.

Era la ocasión para que las familias de los novios se conocieran. Asistían amigos, pocos porque, a pesar de la alegría que supone una boda, no tenían cuerpo para mucho festejo. El ya muy popular teniente coronel San Martín no asistió por encontrarse fuera de la ciudad.

—Es una lástima que no haya venido tu buen amigo —se lamentaba Rebecca al prometido—. He oído hablar tanto y tan bien de él, que siento curiosidad por conocerlo.

—La popularidad se la ha ganado. Habrá más oportunidades. Yo también tengo ganas de que lo conozca, le gustará.

Esa noche, Carlos fue feliz. Por primera vez desde que perdió a su familia trágicamente, creyó que, a pesar de la guerra, la vida le sonreía. Y echaba de menos a su amigo San Martín.

Los meses volaban empujando las estaciones. En pleno verano, con otra hermana en el mundo, Catalina, de solo tres meses de edad, Carlos se casó con Carmen. Poco antes de celebrarse el enlace había sido llamado a incorporarse con su escuadrón al ejército del general Castaños, que se había hecho fuerte en Andalucía y era el mismo en el que servía José de San Martín.

Acostumbrados ya a la cotidianeidad de convivir con la guerra, el hervidero en que se había convertido Cádiz dejaba sitio para rumores de índole personal. San Martín era todo un personaje, razón más que suficiente para que a su alrededor comenzaran a circular historias nacidas de las habladurías populares. Nunca se sabía de dónde salían, pero se aseveraban como certezas, «verdades como puños», afirmaban convencidas algunas mujeres de dudosa catadura. Había quien decía que la ideología del flamante teniente coronel estaba empezando a ser más revolucionaria que otra cosa. Diego no hacía caso, ni siquiera cuando incluían a su persona en las maledicencias. Ahora que era un héroe, la gente se preguntaba por el origen de su excelente y privilegiada formación militar, en la misma academia por cierto que Carlos de Alvear, si sus padres jamás tuvieron una economía próspera desde que regresaron de América. Sin más, quién le había costado la carrera se convirtió contra cualquier pronóstico en un asunto de gran calado. La respuesta apuntaba con el dedo

acusador hacia Diego. Pero él seguía haciendo oídos sordos.

Tampoco a Carlos le afectaba. La complicidad entre ambos jóvenes estaba a prueba de chismes y chascarrillos. Era una amistad firme, sólida, de las que parece que jamás puedan romperse, aliada del tiempo, que era el que tenía que demostrar su perpetuidad.

Para la celebración de la boda, San Martín se encontraba restablecido. Durante la mañana, las idas y venidas en el hogar de los Alvear no daban lugar al descanso. El trajín incesante aturdía un poco al padre del novio.

—Mira que casarse cuando estamos a punto de entrar en guerra...

—Vamos, querido, deja de refunfuñar —le reconvino Rebecca amorosamente mientras le colocaba bien los puños del uniforme de gala.

—Quién me iba a decir que el uso que le iba a dar a este uniforme sería el de la boda de mi hijo y casi entre cañonazos.

Ella, a punto de besarle, le recomendó:

—Déjalo tranquilo, no se te ocurra amargarle su boda o te las verás conmigo. Tiene veinte años. Sabe bien lo que se hace.

—Lo perderé, Rebecca, lo perderé —se lamentaba Diego con amargura.

—Es la ley de la vida. No tenemos derecho a contradecirla.

Acabaron de arreglarse y salieron todos hacia la iglesia a esperar, como mandaba la costumbre, a que llegara la novia.

El banquete se celebró sin excesivos lujos, no eran tiempos para el derroche. La casa de los Alvear tenía un jardín que, sin ser muy grande, resplandecía arreglado con esmero. En él se sirvió un vino de Jerez antes de sentarse a la mesa, momento que Carlos aprovechó para buscar a Rebecca acompañado de su amigo San Martín, mientras su ya esposa conversaba con sus cuñadas y primas.

—Es un honor presentarte a la esposa de mi padre, Rebecca Ward. Rebecca... él es el teniente coronel José de San Martín.

Antes de que acabara de pronunciar el nombre, a su madrastra se le atragantó el vino que estaba degustando. Pensó que tenía que haber un error. Reconoció en él al apuesto joven que la había salvado de ser arrollada por la multitud. Su buena presencia, su pronunciada altura, los ojos negros ligeramente rasgados y su penetrante mirada. Era él, no cabía duda. Identificó sus rasgos. El cabello oscuro y lacio, y la tez de un moreno subido que le había llamado la atención, al igual que su arrogante nariz, larga y ligeramente ensanchada. Le pareció entonces, y al verlo de cerca se reafirmó, una fisonomía más propia de otros lugares alejados de Europa.

Lo encontraba serio, ese día como aquel otro. Quizá en exceso. Poseía la apariencia, por su mirada y por sus maneras, de un hombre atormentado y ligeramente arrogante.

Él le besó la mano, reteniéndola sutilmente unos segundos.

—Es un placer conocerla, señora de Alvear.

Rebecca intentaba controlar la turbación que le causaba conocer a quien la salvó en la calle y que ese hombre fuera San Martín. Sintió una ambigua extrañeza al recordar en ese beso el que le dio su marido la primera vez que se vieron, en una iglesia londinense. Lo que le estaba pasando carecía de sentido. Pero estaba ocurriendo.

—Bien, creo que los dos se hallan en buena compañía —comentó Carlos—, así que me disculparán si les dejo para ir en busca de mi esposa, ya llevo mucho rato alejado de ella. ¡Y seguro que ella también está echándome de menos! —bromeó feliz el joven Alvear.

—Es usted verdaderamente bella —le dijo San Martín nada más quedarse a solas con Rebecca—. Es un placer poder volver a verla... y sin empujones.

—Cuídese, teniente, de dar un paso más al frente. Este campo de batalla se le va a resistir. No queme naves innecesariamente porque podría zozobrar antes incluso de zarpar. —Rebecca cortó de un cuajo la galantería de San Martín.

—Quede tranquila. No vea en mí peligro alguno.

—Eso es mucho decir. —Rebecca decidió llevar la conversación hacia otro derrotero—. Todo el mundo habla de usted en Cádiz después de sus sonados triunfos. ¿Qué se siente al ser considerado un héroe?

—No sé lo que es eso. Son consideraciones de los demás. Uno mismo no puede sentirse como tal. Tan solo me limito a desempeñar mi trabajo lo mejor que puedo y me han enseñado.

—Pues, por lo que parece, le han enseñado bien. ¿Dónde estudió, teniente?

—¿De veras le interesan mi hoja de servicios y mi formación?

—Oh, por supuesto que no..., qué tontería —respondió ella sintiéndose pillada en falta.

San Martín la miraba como si quisiera escudriñar hasta su último pensamiento.

—Estoy convencido de que el cuarteto que está sonando ha sido elegido por usted —comentó intentando aproximarse a algún terreno más íntimo.

—¿Qué le hace pensar que me gusta la música?

—Es una mujer sensible y culta. No resulta difícil adivinarlo.

—Pues sí, ha acertado. Y a usted, teniente, ¿qué cosas le gustan?

—También la música, y mucho, en especial la ópera. Y la pintura. Me calma las ansiedades.

—No irá a decirme que es un pintor encubierto.

—Pintar es una de mis pasiones. Pero he tenido que abandonarla por la guerra. Antes de que nos invadieran los franceses ocupaba mis ratos libres en esa tarea, y, créame, es muy recomendable.

—Es usted americano, ¿no es cierto? —Rebecca sentía curiosidad por la biografía de un héroe, sobre todo de ese.

—Así es, nací en Yapeyú.

—¿Y no siente nostalgia de su tierra?

La esposa de Alvear desconocía que a San Martín le torturaban algunos recuerdos que no tenía.

—La tierra de uno es la que pisa.

—Esa es una consideración muy realista. Sin embargo, las personas tendemos a ser sentimentales por naturaleza.

—Hablar de naturaleza y de sentimientos en esta España herida sí que es una heroicidad.

—Tal vez, teniente, en situaciones como las que nos han tocado vivir se necesiten más que nunca.

—¿Qué más podría necesitarse en esta época...? —le respondió San Martín aproximándose en exceso a Rebecca.

Diego de Alvear interrumpió la conversación y, al tiempo, la turbación que su esposa intentaba por todos los medios disimular.

—Veo que ya se han conocido.

—Oh, vaya, creo que me necesitan para saber cuándo tienen que empezar a servir el almuerzo —improvisó Rebecca para deshacerse de una situación que le resultaba incómoda.

San Martín saludó brevemente a Diego y se evadió con similar soltura de su presencia, de la misma manera que Rebecca había evitado la suya.

Cuando el sábado 20 de enero de 1810 sesenta mil soldados franceses atravesaron el paso de Despeñaperros, en Sierra Morena, sin encontrar demasiados obstáculos, la segunda de los hermanos Alvear y Ward, Catalina, cumplió nueve meses. Las tropas de Napoleón avanzaban rápido. La Carolina, Bailén y Andújar, y más tarde Córdoba. A los pocos días continuaron hasta Carmona con la esperanza de que Sevilla se entregara sin resistencia, como así ocurrió, firmándose la capitulación el 31 de enero. Dolorosamente para los españoles, el mariscal Victor entró en la ciudad con su división del primer Cuerpo Imperial en la mañana del 1 de febrero. Toda Andalucía se vio completamente invadida, a excepción de Cádiz y de la Isla de León. En esta última radicaba la verdadera defensa de Cádiz. Diego se convirtió en el encargado de mantener a flote el único bastión libre del yugo francés.

Cuando llegó a España, Rebecca no pensaba que el hombre al que unía su vida pudiera detentar una responsabilidad tan decisiva para el país. Eso era motivo de satisfacción, pero de igual modo a la joven inglesa le generaba un pánico infinito a lo que pudiera ser de ellos si su empresa fracasaba. Los valientes no contemplan el fracaso en sus planes, y Diego de Alvear era un valiente.

Aunque disimulara sus miedos interiores que tanto humanizan, Rebecca estaba dentro de ellos.

La ausencia de paz alteraba hábitos y costumbres en una época en la que reinaban las incertidumbres y en la que era fácil dejar atrás lo que habían sido antes. A la larga, llegaron a acostumbrarse a la alteración continua, aunque albergando la esperanza de poder recuperarse a sí mismos algún día, cuando la guerra terminara.

Una mañana, en mitad de aquella monótona anomalía, Rebecca recibió en su casa una misiva en la que el teniente coronel José de San Martín solicitaba ser recibido. Sorprendente, sí. Pero en determinadas situaciones la capacidad de sorpresa disminuye en la misma proporción en la que aumentan las extrañezas. Y no existe mayor anomalía que una guerra, que cambia el semblante de la normalidad.

Accedió a su petición al no encontrar razones para oponerse.

—Si me he atrevido a venir a verla es porque advierto en usted cierto recelo hacia mi persona.

De carácter reservado, San Martín era franco y directo. Había llegado puntual, impecablemente uniformado. Centró sin rodeos la entrevista.

—Tal vez sea demasiado rápido enjuiciando. No imagino a qué se atiene para semejante acusación.

—No me malinterprete. Sería un atrevimiento presentarme en su casa para acusarla de nada. Eso está bien lejos de mi intención.

—¿Y cuál es su intención, teniente?

—Los franceses se acercan. Todos, sin excepción, corremos peligro. Los días que se avecinan van a ser difíciles. Quería aclarar las cosas con usted. En caso de que algo ocurriera a alguno de nosotros, no me perdonaría no haberlo hecho.

—No creo que haya mucho que aclarar.

San Martín sonreía incrédulo.

—Intuyo que no es del todo sincera conmigo, pero no quiero importunarla. Habré de conformarme con lo que me dice.

—Usted, sin embargo, todavía no me ha explicado cómo es que estaba tan cerca de mí el día en que me salvó de la turba.

—Todavía no me lo ha preguntado.

Rebecca se estaba impacientando.

—Está bien, se lo pregunto ahora.

—Permítame que le diga que me resulta demasiado suspicaz. En aquellas trágicas horas, la multitud andaba queriendo linchar al desdichado general Solano, mi superior. Yo acababa de abandonar su casa y me eché a la calle con la esperanza de poder serle de ayuda allá adonde se dirigiera, que ni él mismo lo sabía. No es nada extraño, pues, que me topara con usted en mitad de la insurrección. Lo que no entiendo es cómo se le ocurrió salir a la calle.

—No aguantaba más encerrada en casa sin saber qué estaba ocurriendo. —

Rebecca hablaba intentando recordar con vaguedad, como si hubiera sucedido hacía tanto tiempo, que en realidad le costara distinguir el relato de los hechos—. Había oído que Solano estaba refugiado en casa de la viuda de Strange, gran amiga mía. Me desesperaba mantenerme al margen y no hacer nada.

—No sé si creer que estoy ante una mujer de considerable valor o, por el contrario, ante una temeraria inconsciente.

—Fueron unas horas tan terribles... —La joven hablaba sin dirigirse a su interlocutor, como si estuviera reflexionando sobre lo que decía—. Tal vez fue algo irracional lo que me empujó a salir. No sabía qué hacer aquí encerrada.

—¿Tuvo miedo?

—Cuando me vi acorralada por aquellos hombres convertidos en bestias, sí.

San Martín se adelantó un paso aproximándose sutilmente.

—¿Contribuí a mitigarlo?

—Mal asunto es la vanidad, teniente.

—Se equivoca de nuevo, no es habitual en mí ser vanidoso. Consideraré mi deber ayudar a la esposa del capitán Alvear. Aunque lo habría hecho con cualquier dama que se hubiera encontrado en su lugar.

—Lamento dudarle. Usted sabía quién era yo y andaba cerca, lo cual es mucha casualidad teniendo en cuenta la confusión y el barullo callejero.

—Puede creer lo que desee. No me incumbe.

—Me resulta impertinente su comentario.

—Discúlpeme, no pretendo incomodarla. Pero sí quiero que sepa que no me gustaría que su desconfianza enturbiara mi relación con Carlos o con don Diego.

—Es curioso que me acuse de turbiedad alguien cuya vida es poco clara.

—¿En serio le preocupa mi vida? —preguntó San Martín virando su tono hacia una osadía que estaba fuera de lugar.

—Solo en la medida en que afecte a la mía. Por curiosidad, ¿conocía a mi marido antes de que llegáramos a Cádiz?

Lo pensó unos segundos.

—No exactamente.

—¿Qué significa «exactamente»?

—La verdad es que no. No lo conocía de antes.

—¿Duda? ¿Jamás se habían visto? —insistió Rebecca.

—Señora de Alvear, ¿adónde pretende llegar?

—Ha sido usted quien ha solicitado verme, ¿ahora va a negarse a hablar a tumba abierta? Es un hombre que sabe afrontar el riesgo, no creo que no lo pensara antes de venir. He oído a mi marido y a Carlos hablar de usted con una familiaridad y una admiración que me han llamado la atención. No es más que eso.

—¿Seguro que no es más que eso? Carlos y yo hemos trabado una sincera amistad. No veo por qué le sorprende que hable bien de mí.

—Sí, es amigo de Carlos pero no de su padre. ¿Ha llegado a sus oídos lo que va

diciendo la gente?

—No parece mujer que se preocupe por los chismes de corrala.

—Me preocupo si pueden afectarme.

—No sé a qué se refiere.

—Claro que lo sabe, teniente. ¿Por qué no me cuenta qué relación existe entre usted y mi marido?

—Ambos somos militares destacados en Cádiz. Todo el mundo sabe que estamos combatiendo juntos contra los franceses.

Se tomaron un respiro, roto al poco por San Martín:

—¿No se fía de mí, verdad?

—¿Qué motivos se le ocurren para que confíe?

—Rebecca, me está juzgando mal porque...

—¡No me llame Rebecca! Manténgase en su sitio. Ya es la segunda vez que se lo advierto. No daré lugar a una tercera.

—Discúlpeme, señora de Alvear. Ha sido una torpeza por mi parte. Le ruego que no me la tenga en cuenta, le aseguro que no ha sido deliberado.

Pero Rebecca, manteniéndose firme, se plantó en la puerta del salón invitándole a marcharse. Sin dudarle, él hizo caso. No hubo despedida. Ella colocó ostentosamente las manos sobre la falda, cruzadas, como evidencia de que no pensaba ofrecerlas para que las besara.

San Martín, antes de abandonar la casa, le dijo con la gravedad de su voz:

—A pesar de todo, me alegro de haberla visto.

La amenaza francesa estaba en ciernes. El pueblo se preparaba para hacer frente a las huestes napoleónicas, cada vez más cerca. Los habitantes en masa tomaron las armas, organizándose en batallones de milicianos y de voluntarios, que alternaban con las tropas veteranas del ejército. Relevante papel adoptaron los salineros, llamados a hacer servicios de vigilancia y protección de las salinas dado que estas contribuían a garantizar la seguridad de la ciudad.

No importaban edad ni condición, los vecinos se prestaban a colaborar en las baterías y en cualquier obra necesaria para hacer frente al enemigo. Llegó mucha gente a Isla de León con el ánimo de contribuir a su defensa y quienes se prestaron voluntariamente los acogieron en sus hogares. Muchos eran compatriotas de Rebecca. Inglaterra estaba fervientemente interesada en ayudar a España a combatir a Napoleón y anunció el envío de cinco mil hombres bajo el mando del general *sir* Thomas Graham. De hecho, la Junta de Cádiz les solicitó auxilio de dinero y de tropa; una ayuda que el pueblo había rehusado tantas veces antaño desconfiando de la presencia inglesa en sus aguas después del desastre de Trafalgar. Al propio Diego de Alvear podría haberle supuesto un esfuerzo aceptarlo, ya que fueron los ingleses los que le quitaron familia y fortuna. Aunque tan cierto era eso como el hecho de que entre ellos había encontrado una segunda oportunidad en la vida de la mano de su

amada Rebecca.

En mitad del desconcierto y del ambiente sombrío en el que vivían, se produjo una anécdota que hizo reír a Rebecca; la protagonizaba un ilustre compatriota suyo: el almirante Purvis, que comandaba una escuadra inglesa. Anclando en la bahía, las autoridades y la población entera recibieron en el puerto con alborozo al almirante, que desembarcó entre vivas y vítores de alegría en la misma ciudad que durante tantos años había tenido a los ingleses entre sus mayores enemigos. Realizados los primeros saludos, emprendió camino con algunos de sus oficiales hacia las Casas Consistoriales, cuando, para sorpresa general, le oyeron indagar por la señora de Alvear, aduciendo que su primer deber en esa plaza era el de visitarla en su casa. Sin explicación, cambió el rumbo y se encaminó hacia el mencionado domicilio acompañado de su Estado Mayor, generales y demás autoridades españolas, más todas las personas del séquito. El barullo que armaban provocó que Rebecca, al igual que muchos otros vecinos, se asomara al balcón, desde el que observó con extrañeza cómo la insólita y numerosa comitiva iba dispuesta a entrar en su casa, y se echó a temblar. Se apresuró a recibirlos, pero el almirante se adelantó anunciándole que iban a presentarle sus respetos y, «como compatriota, también mi protección, por si hubiera sufrido algún incidente durante la guerra a causa de su nacionalidad inglesa». Era la primera vez que una muchedumbre apostada ante su puerta no auguraba infortunio ni alboroto.

Aguantándose la risa, Rebecca le aseguró que no había tenido, desde su llegada a España, sino muchos motivos de agradecimiento por las continuas atenciones, el respeto y la afectuosa amistad con que la distinguían en todo momento los españoles. Quedó con ello satisfecho Purvis y, exageradamente ceremonioso, se despidió y reanudó el paso, seguido de la numerosa comitiva. Rebecca y su ama de llaves, el mayordomo y los sirvientes, estallaron en risas al cerrar la puerta.

Sin embargo, la poca alegría que podían permitirse fue arrancada de cuajo por las tropas napoleónicas. El 5 de febrero de ese dramático año de 1810 comenzó uno de los más nefastos episodios de sus vidas y de la historia de España: el sitio de Cádiz. Nunca antes Diego y Rebecca habían tenido una noción tan clara, tan diáfana y precisa, del transcurrir del tiempo como el que se preveía que podría durar el sitio, durante el que Rebecca se quedó embarazada por tercera vez. Si era niño, lo llamarían Tomás José de Alvear y Ward.

El coraje del pueblo gaditano no bastaba para pararle los pies a Napoleón. Apenas había suficiente contingente para poder combatir contra los sesenta mil hombres del mariscal Victor. La guarnición con la que se contaba, compuesta por milicias urbanas y batallones de voluntarios, no cubriría ni tan siquiera la defensa del puente de Zuazo. Por eso la llegada de casi diez mil soldados de las tropas de infantería y de caballería del duque de Alburquerque elevó los ánimos. No en vano preocupaban poderosamente a José Bonaparte, del que se decía que andaba por Chiclana y los Puertos porque quería ver de cerca lo que estaba ocurriendo.

Tan solo otros seis días tardaron en llegar los aliados ingleses y portugueses comandados por el teniente general *sir* Thomas Graham. Coincidiendo con el refuerzo, Diego de Alvear tuvo ocasión de demostrar el poderío de su artillería al abrir fuego contra el enemigo con tal potencia que lo obligó a replegarse hacia Chiclana. Un rugido que presagiaba el despertar del brío español.

Los primeros días del sitio fueron brutales y sangrientos. A todas horas resonaban los cañones, no había tregua. El fuego de cañoneras y castillos se perpetuó en las calles, se apoderó de la vida de la gente incluso en lo más íntimo, entrando en las casas, los salones, las alcobas...

Rebecca, en los ratos en los que la contienda se recrudecía, tapaba los oídos de sus pequeños con almohadones. Incluso se inventó un juego para ellos: a ver quién resistía más con los oídos tapados. Pero a solas, cuando no la veían y Diego estaba en combate, se desahogaba con el llanto. Tenía que acabarse algún día, pensaba, no se podía vivir así. No tenía idea de hasta dónde estaba dispuesto a resistir Cádiz, bastión erigido por mérito propio en la plaza más difícil para los franceses. Todo un símbolo del que España, esa España derrotada, estaba pendiente.

El gobierno efectivo de la nación, tomada en su totalidad por los franceses, se asentaba en ese único reducto libre, aunque sitiado. La Junta Suprema se trasladó a Isla de León y nombró una primera regencia integrada, entre otros, por personalidades de la talla del general Francisco Castaños, gran vencedor de la Batalla de Bailén; Pedro Quevedo, obispo de Orense; el consejero de Estado Francisco Saavedra y el general de Marina Antonio Escaño.

Cumplido el mes de iniciarse el sitio, en marzo, Diego fue nombrado gobernador político-militar de Isla de León, otorgándosele la responsabilidad de buscar el lugar donde ubicar las Cortes Generales y Extraordinarias en la Isla a fin de asentar el Consejo de Regencia. Quedó asignado como emplazamiento del primer hemiciclo el edificio del Teatro Cómico, que acondicionaron para que pudiera acoger a los redactores de una futura Constitución de leyes para el pueblo. La primera sesión de las Cortes Extraordinarias tuvo lugar en la Real Isla de León el 24 de septiembre de 1810, en una ciudad asfixiada por el cerco al que la estaba sometiendo Napoleón.

Una ciudad que no estaba dispuesta a rendirse.

Si España moría, moriría con ella América. La agitada situación política, el caos extendido a lo largo y ancho del territorio español, en manos del ambicioso Napoleón Bonaparte, y un rey, Fernando VII, que no sabía hacerle frente y al que le tocaba mantenerse en liza con José I, hermano del emperador... Todo tenía sus efectos en las posesiones americanas. El conocimiento de la caída de la Junta Suprema de Sevilla actuaba de detonante para que el gobierno de los virreinos fuera cuestionado por los nativos. El enfrentamiento entre los nacidos en las colonias y los procedentes de España provocó la división en dos bandos: el de los partidarios de mantener el gobierno de la Corona, los llamados «realistas», y el de aquellos que consideraban llegado el momento de independizarse y, de ese modo, evitar que les alcanzaran las funestas consecuencias que podían derivarse del inestable régimen. El Reino de España era una incógnita de la que el Virreinato del Río de la Plata no quería ser partícipe. Por nada del mundo aceptarían ser una extensión de Francia. España estaba a punto de serlo. El riesgo, por tanto, era elevado.

Esos aires de revolución procedentes de tierras tan lejanas encontraron en España un lugar en el que dejarse sentir como un eco; como un corazón que latía al otro extremo del mundo fulminando la distancia en el mismo sentir insurrecto. La mano se tendía entre los dos continentes, introduciéndose en los recodos aparentemente más inverosímiles de la sociedad.

A América le dolía una posible España afrancesada, y se rebelaba contra ello.

Durante el año que transcurrió hasta el verano siguiente, la resistencia en Cádiz fue un quejido sordo. La vida se estancó y poco, o nada, había más allá de los cañones y la lucha. Cuando Carlos convocó a su padre y a Rebecca para contarles «un asunto muy importante que afectará a mi futuro», imaginaban cualquier cosa menos lo que resultó ser. Por un momento creyeron que les iba a anunciar el embarazo de Carmen.

Nada más lejos, sin embargo. Carlos se presentó solo y excusó a su mujer por no acompañarlo.

—¿Tal vez ya algún mareo? —preguntó su padre dando por hecho que la ausencia se debía a los primeros síntomas del embarazo.

—¿Mareo? No, no, Carmen se encuentra perfectamente de salud.

—Bueno, nadie dice que se trate de una enfermedad, ¿verdad, Rebecca? —comentó Diego animoso tomando la mano de su esposa con complicidad—. Tú lo sabes mejor que nosotros.

Creyendo que recibirían al matrimonio, en lugar de solo a Carlos, Rebecca había dispuesto una agradable merienda, ingeniárselas con la escasez de harinas y de todo, y unos vinos dulces de Jerez.

—Es una lástima que con el sitio no puedan entrar nuestros amontillados —

comentó Diego escanciando en pequeñas copas de cristal fino.

—Padre, ante todo quiero dejar claro que lo he pensado mucho antes de tomar la decisión que voy a darle a conocer.

Pese a la seriedad de Carlos, Diego no se quitaba de la cabeza la idea preconcebida.

—Los hijos son deseo de los padres pero voluntad de Dios.

—No seré yo quien contradiga la voluntad de Dios, pero lo cierto es que la decisión la he tomado sin ayuda de nadie. Eso sí, mi esposa consiente. Le parece una aventura interesante.

—Más que una aventura es una gran responsabilidad. ¡Salud!

Los tres alzaron sus copas y bebieron.

—Padre... —Carlos carraspeó un poco—, marchamos a América.

Los dedos de Diego se aflojaron dejando caer involuntariamente la copa, que se hizo añicos al estrellarse contra el suelo. Una criada acudió a recogerlo dándose prisa para volver a dejar sola a la familia. Silencio. La alegría que presagiaba el matrimonio Alvear con la visita de Carlos quedó suspendida, como el tiempo en una ciudad sitiada.

—Estoy esperando una explicación. —Diego habló dotando a sus palabras de una severidad que provocaba la mayor tensión habida entre padre e hijo.

—Contaba con que no le gustara la decisión.

—¿Quieres explicármela de una vez? —Era un mandato.

—Aquí me ahogo, padre. Mi carrera está paralizada, o avanza demasiado lentamente. Todavía estoy a tiempo de recuperar lo que creo que me falta.

—¿Te vas cuando España está más necesitada que nunca de hombres como tú?

—España saldrá adelante sin mí.

—¿Y qué pasa con tu esposa?

—Nos vamos juntos. En realidad, nos vamos los tres.

—¿Los tres? —Diego recuperó por un instante la esperanza de lo que presentía—. Entonces ¿Carmen está embarazada?

—Eso sería maravilloso —dijo Rebecca ofreciéndole un dulce, que Carlos rechazó con amabilidad.

—¿Embarazada? —El joven se sorprendió de que su padre diera por hecho algo que ni había llegado a mencionar—. No sé qué le hace pensar eso. A lo que yo me refiero es a que viajaremos con el teniente San Martín. Él tiene claro que las posibilidades que existen ahora en Améri...

—¡Debí suponerlo! Así que es cosa de San Martín... —Diego, que había traspasado la frontera del enfado para ir más allá incluso, se puso en pie furioso—. ¿Desde cuándo ese hombre traza el curso de nuestras vidas?

—No es eso, padre. Me ha hablado de lo que está bullendo en el virreinato y quiero probar fortuna.

Diego realizaba un esfuerzo de titanes para evitar derrumbarse. Se quedó

pensativo antes de decirle a su hijo:

—Así que... él también se va... —Su voz se apagó de repente.

—Volvemos a nuestra tierra.

—¿Qué dices, insensato? ¡Esta es vuestra tierra! ¿Es que no te importa que tu madre, tus hermanos, tu primo, perdieran la vida queriendo alcanzarla, deseando llegar a esta patria a la que tú te permites ahora desdeñar?

—Es injusto que diga eso, padre.

—¿Injusto? Ellos querían a esta tierra, la amaban sin haber nacido en ella. ¡Solo por su memoria tú deberías hacer lo mismo! No tengo más que añadir.

Carlos se marchó sin despedirse, sintiendo la ofensa de la verdad hirviéndole en las venas.

Rebecca y Diego no se atrevían a hablar. Volvieron a sentarse. Esperaban. No se sabía qué. Él notaba helado el pensamiento, de nuevo los gritos de socorro entre las gélidas aguas atlánticas, el olor a pólvora y a sangre..., la explosión... Creía haberlo superado desde que se casó con Rebecca, pero había vuelto. Y ahora su hijo Carlos, al único que pudo rescatar de la barbarie, renunciaba a seguir a su lado. Era cierto que últimamente no le había hecho demasiado caso y que entre ellos algo, difuso, comenzaba a despedazarse. Era esa maldita guerra la que había cambiado las prioridades de los habitantes de Cádiz; la que estaba a punto de fulminarles.

Rebecca se decidió a hablar:

—¿No imaginabas algo así en ese San Martín?

—No sé qué pensar...

—Está claro: San Martín ha sido el verdadero instigador de la decisión.

—¿Crees que el problema solo está en San Martín? Yo, sin embargo, creo que en los últimos tiempos tal vez no haya sido el padre que Carlos necesitaba. Ha sufrido tanto a raíz de la tragedia de... —Le dolía lo que estaba pasando, como también lo que habían sufrido hasta que pudieron llegar a Montilla.

—Las circunstancias imponen que solo sepamos estar a la altura de la guerra. La guerra rige nuestras vidas. No somos ni los padres, las madres, los esposos, los hijos que los demás querrían de nosotros.

—No. —Diego respiró hondo—. En este caso la guerra no es el problema. ¿Has oído lo que ha dicho de América? En mayo hubo una revolución, duró una semana. Aunque a mí me parece que no ha terminado. El virreinato quiere ser independiente de una España invadida por Napoleón. No puedo imaginar a un hijo mío luchando contra la patria de su padre.

En realidad, la invasión que más daño le hacía era la de la amargura que en esos momentos se había apoderado de él.

Rebecca, en el salón de la casa, con el ruido de los bombardeos de fondo, se preguntó qué podía hacer para ayudarle.

Esa misma noche, se sentó a su buró a escribir una carta. Cerró bien el sobre y por la mañana ordenó a un criado que fuera a entregarla.

La obligada clandestinidad de la cita asustaba a la propia convocante. Rebecca no temía a San Martín, pero había algo en él que no le gustaba. Quizá fuera porque ese algo escapaba a su control, pero su familia estaba por encima de todo, y se atrevió a emplazarlo a escondidas para averiguar qué había detrás de la determinación de Carlos a marcharse.

El sitio escogido para el encuentro era la fortaleza del castillo de San Sebastián, en un extremo de la playa de La Caleta, a la caída de la tarde.

Cuando el teniente llegó, la encontró inquieta. A ella le preocupaba que pudieran ser vistos. No quería ser motivo de murmuraciones maliciosas.

El teniente San Martín se mostró correcto aunque parco.

—Muy grave tiene que ser el motivo para haberme citado. Me gusta este lugar. ¿También a usted?

Rebecca no tenía tiempo que perder. Fue directa a lo que le interesaba.

—¿Ha sido suya la idea de abandonar España junto a Carlos?

—Vaya..., así que era eso. Qué decepción, señora de Alvear, pensé que la razón para vernos respondía a asuntos de interés superior.

—Sería una lástima que me hiciera pensar que es usted un ser desaprensivo, de veras que no querría hacerlo, pero me lo está poniendo demasiado fácil. ¿Le parece una tontería separar a una familia que ya ha sufrido otra separación irreparable como es la muerte?

—¿Me cree con el poder suficiente para imponer nada en una familia que no es la mía?

—¿Por qué lo hace, teniente?

—Yo no he hecho nada, señora. Carlos puede tomar sus propias decisiones, y además tiene derecho a hacerlo.

—Pero ha sido usted quien le ha convencido para irse. Y sé que él está en su derecho, pero sus condiciones familiares no son las de cualquiera, y ni mucho menos las suyas.

—¿Qué sabrá usted de cuáles son mis condiciones familiares!

La mujer lo miraba seria y, como si quisiera retarlo, le preguntó con tono de sentencia:

—¿Quién es usted en realidad, San Martín? ¿Qué quiere de nosotros?

—A veces yo mismo me lo pregunto.

—Pues respóndamelo ahora.

—¿Acaso sabemos quiénes somos? ¿Tenemos clara nuestra identidad? —Entre cada pregunta, José se detenía a pensar—. Solemos ser quienes nos dicen que somos.

—El ser humano lo es por sí mismo y por la gracia de Dios, que es quien nos concede la vida.

—No me hable de Dios.

—Entonces le hablaré de lealtades. ¿Cuántos años lleva sirviendo en el ejército español?

—Veintidós.

—Son muchos años, teniente. Su actitud es ingrata. Regresó de América con sus padres, ha tenido una excelente formación que ha propiciado su carrera militar y ha servido a esta patria. Algo ha tenido que pasar para que abandone el ejército al que sirve.

—A mis treinta y tres años, no me siento de ninguna patria —replicó San Martín.

—Quizá sea ese el problema.

—El suyo..., porque para mí no lo es, señora de Alvear. Prefiero sentirme del lugar en el que se me necesita. Aquí ya he cumplido. Al menos así lo creo. ¿Está al tanto de la revolución que se desencadenó en el Virreinato de la Plata en mayo del pasado año?

—Sí, algo sé, lo que mi esposo me ha explicado. —La respuesta de Rebecca fue cortante.

—No sé cuál es la mejor manera de seguir contándole sin que me malinterprete o crea que soy un desagradecido.

—Mala cosa es que se anticipe a lo que yo pudiera pensar, porque entiendo que en eso consiste el sentimiento de culpa. ¿Lo tiene usted, teniente San Martín?

—No. No lo tengo, se lo aseguro. —Ahora era él quien utilizaba un tono de acero—. ¿Nunca ha sentido la llamada de un lugar, la necesidad de estar en otro sitio donde posiblemente sea más feliz?

Claro que la había sentido. Rebecca sabía lo que sucedía cuando deseas estar en otro sitio porque es allí donde te aguarda una vida mejor. En el fondo, entendía a ese hombre llamado San Martín al que tantas sombras envolvían.

Pero se resistía a que así fuera.

Él continuó:

—Estoy convencido de que estar junto a quienes ansían la libertad en América es una buena causa.

—¡Haga usted solo su revolución, teniente, y deje en paz a Carlos!

—Insisto en que Carlos es mayor para tomar sus propias decisiones.

—¡Es usted quien le ha metido esas ideas absurdas en la cabeza! Jamás, siendo hijo de quien es, se le habría ocurrido luchar en contra de la Corona. Porque... ¿es eso lo que van a hacer, verdad? ¡Es eso! ¿Es que carece de sentimientos? ¿Tan poco le importan los lazos familiares? ¿La fuerza de la sangre no supone nada para usted?

Rebecca, enfadada, puso fin a aquel encuentro.

—No hace falta que diga nada. Imagino las respuestas.

La visión de la figura femenina alejándose bajo la luz de la dolorosa luna llena anidó en San Martín con intención de no abandonarlo nunca.

En el domicilio de los Alvear, Diego, extrañado ante la ausencia de Rebecca, contemplaba desde el jardín la misma luna. Había llegado antes de lo previsto. La intensidad de los cañonazos se había rebajado esa tarde y no veía razón para permanecer en su puesto de mando. Le intranquilizaba que su esposa no estuviera en

casa.

Había tantas razones para preocuparse en esa ciudad... Aunque a él lo que le rondaba era el deseo de alejarse que se había apoderado de su hijo.

—¿Para qué me ha mandado llamar?

Carlos acudió a la invitación de su padre con recelo. Permaneció de pie. No iba en son de paz después de la última visita. Lo que no sabía era que Diego sentía el ánimo quebrado al tener que separarse de él. Quién sabía si volvería a verlo algún día. Alvear pensaba en los nietos que posiblemente no conociera nunca y en la condena que su hijo le imponía sin aparentes razones.

—Mi única intención, hijo, es explicarte por qué no me parece bien lo que vas a hacer. Aunque ya te anticipo que, considerando que vas a hacerlo con o sin mi consentimiento, prefiero que partas contando con mi bendición. —Tras unos segundos de respiro, continuó—: Durante un tiempo, oscuro, sombrío, terrible —dijo, y un gesto de amargura se le marcó en el rostro—, fuiste lo único que me quedó en la vida. Y en ese tiempo te convertiste en mi única razón para vivir, o, lo que es lo mismo, para no morir. ¿Recuerdas cómo me empujabas en Londres a asistir a cenas y a reuniones sociales? ¿Y recuerdas también mi impenitente negativa?

Consiguió que Carlos sonriera muy a su pesar.

—Fue muy dura nuestra estancia en Inglaterra. Llegué a pensar que el Cabo de Santa María era también nuestra tumba, la tuya y la mía. Jamás superaremos del todo las consecuencias de aquel ataque infame. Es imposible. Pero podemos hacer que no nos duela tanto y vivir una nueva vida, como ya estamos haciendo. Y... cuando me anunciaste tu partida... —añadió, y los ojos se le empezaron a inundar de lágrimas— sentí que también iba a perderte, como perdí a tus hermanos, y no entendía que fueras tú mismo quien quisiera provocarlo.

Se fundieron en un abrazo y ambos lloraron.

—¿Qué ha pasado, hijo, para que quieras irte?

—He de hacerlo. Tengo que salir adelante por mí mismo. Mirar hacia delante. Y siento que aquí no puedo. Tengo demasiado lastre.

Carlos no podía darle más explicaciones, se despidió y se marchó. Hacía tiempo que se encontraban en mundos diferentes. Diego tenía claro cuál era el suyo. Carlos estaba decidido a encontrarlo.

En mitad de la noche, José de San Martín y Pepa paseaban cerca del mar amparados por la oscuridad y el silencio. José se despedía de la mujer más importante de su vida. Había habido otras, aunque tampoco demasiadas. Decían de una tal Lola, la de Badajoz, de cuando estuvo en Extremadura sirviendo en el ejército. Pero ni Lola ni ninguna otra dejaron en él la huella ni la amistad sincera de Pepa; tal vez porque fue la primera...

San Martín conoció a Pepa, la Gaditana, en un prostíbulo de Cádiz. Acababa de

cumplir dieciséis años y sintió el impulso de sentir, y de hacerlo como sienten los hombres. Le habían hablado de la casa donde trabajaba la joven. Sin pensarlo dos veces, reclamó un servicio y acabó en el catre encamado con Pepa. Fue lo más parecido a un noviazgo que había vivido nunca. Así, despojada al principio de cualquier sentimentalismo, comenzó una relación que acabó convirtiéndose en una historia de amor. A su manera. Diferente. Pero amor al fin y al cabo.

Una relación en la que ambos se regalaban sexo y compañía. Y con una cosa y con otra paliaban sus respectivas soledades. Desde entonces, con inevitables intermitencias y sin exigirse nada el uno al otro, San Martín no había abandonado a Pepa. Jamás se había separado de ella tan definitivamente como lo iba a hacer esa noche.

Se levantó oleaje. Las olas se llevaban los últimos besos y en sus bocas quedaba el sabor de lo concluyente; de lo absoluto.

De lo que no tiene remedio.

El matrimonio Alvear despidió a Carlos, a su esposa, Carmen, y a José de San Martín en el puerto de Cádiz. Embarcaron en la fragata *George Canning* con destino a Londres, donde tenían previsto permanecer una temporada antes de emprender rumbo a Buenos Aires.

Rumbo a lo que consideraban la libertad.

Estrenando primavera, la alegría asomaba con la concesión del siguiente ascenso a Diego de Alvear, flamante nuevo brigadier de la Real Armada española. Una gran novedad que la familia celebraba como se merecía. Tantos desvelos, tantos sacrificios, tantas decepciones, tanta entrega, tanto sufrimiento, y tanto... y tanto...

Todo se veía recompensado con el ascenso. Ese reconocimiento le alentaba a seguir luchando por los suyos, familiares y también compatriotas junto a los que había querido regresar a España costándole la pérdida de esposa, hijos y sobrino. Costándole casi la propia vida.

Buscando más recursos y comodidades, así como una mejor consideración y un mayor prestigio de la institución, el brigadier Diego de Alvear dictaminó el traslado de las Cortes al Oratorio de San Felipe Neri, en la populosa Cádiz. Trece días después de decretarse su promoción en la Armada se promulgó la Constitución. Los ciudadanos jamás olvidarían haber vivido ese 19 de marzo del año de 1812. La libertad no había muerto sometida al yugo francés. Esa era la grandeza del pueblo gaditano.

El día 24 de agosto amaneció raro. Extraño. El oleaje del océano, leve de movimiento, sonaba sin embargo a cueva y a misterio. Las calles, convertidas en desiertos, imploraban un grito ahogado. A los nueve meses de vida del pequeño Tomás de Alvear, los franceses levantaron el sitio. Y al día siguiente desaparecieron después de haber destruido toda su artillería, compuesta por más de seiscientas piezas, con la que cubrían sus líneas y fuertes hasta Rota y Chiclana. En su mayoría estaban inservibles al haber reventado debido a la excesiva carga que soportaron.

Lo mismo fueron haciendo en toda Andalucía. En menos de una semana no quedaba rastro francés.

La familia Alvear estaba muy cansada. La población acusaba el agotamiento de haber hecho frente al cerco que había durado treinta meses y veintitrés días, ocasionando graves problemas sanitarios y de abastecimiento, entre muchos otros. Había sido tan largo, que acabó instalándose una monotonía entre los habitantes de Cádiz, que se movían entre las incomodidades y las bombas con la naturalidad de lo habitual y cotidiano.

El único al que parecía que no le flaqueaban las fuerzas era Diego. Su espíritu gozaba de tal fortaleza que, por lo menos en apariencia, era quien mejor había resistido en esas adversas y crueles circunstancias. La tragedia había curtido a ese montillano convirtiéndolo en un luchador imbatible. Luchaba hasta contra el paso de los años, pues no aparentaba los sesenta y tres que tenía.

Con Rebecca era distinto. Al ser levantado el sitio y poder disfrutar de la olvidada libertad fue cuando se dio cuenta de la asfixia que le producía la ciudad.

Para su desgracia, el suceso que podría haber supuesto la posibilidad de salir de esas tinieblas, no le trajo más que tristeza y dolor; la misma tristeza y dolor que acompañan siempre a la muerte. Su madre, doña Catalina Hopwood, había fallecido en Londres. Un duro golpe asestado de lleno a su fragilidad derivada del puro agotamiento.

Su padre se quedaba solo, al desamparo de la viudez. Diego no lo dudó, solicitó de inmediato licencia real para que la familia al completo se trasladara a Londres.

Motivos políticos y personales nublaron el presente. Su pretensión de que le aplicaran retroactividad en su remuneración y ascenso, en consecuencia con su clase, se le declaró infundada. Pero eso no fue todo. El rey pidió que se le reprendiera por el modo poco respetuoso e impropio de su petición. Como si no hubiera luchado ni sufrido lo suficiente. Como si no hubiera entregado su vida, desde los veinte años, a servir al Reino de España. Lo consideró una humillación. La Isla de León fue el único reducto en el que los franceses no habían conseguido entrar. El pueblo, codo con codo con sus militares, protagonizó la gran gesta de, no solo hacer frente a Napoleón, sino lograr que sus tropas se replegaran. Diego fue uno de los principales artífices de semejante hazaña. Había cumplido con valentía y honor con todos los cargos que había desempeñado en esa plaza: comisario provincial de Artillería y comandante del Cuerpo de Brigadas del Departamento de Cádiz, vocal de la Junta de Defensa de la Isla de León, gobernador político y militar, y corregidor de esta.

Y mientras él se sentía humillado, la sociedad estaba perdida, sin rumbo. El verdadero rey que era Fernando VII dio la cara. La peor, desde luego. Mediante un decreto de 4 de mayo de 1814, el soberano declaró nula la Constitución y todas las decisiones de las Cortes.

El país volvió a ser una catástrofe. A Alvear le preocupaba el dejar atrás una caótica situación política ante la que había mucho trabajo por hacer. Hasta entonces no se había sentido defraudado por su gobierno. La decepción era un sentimiento nuevo para él.

—No te engañes —le hizo ver su esposa—. Dado el empeoramiento de tus relaciones con el rey y el desarrollo de los últimos acontecimientos, lo mejor que puedes hacer es poner tierra de por medio. Sé que no es fácil. Yo te ayudaré. La grandeza de don Fernando como rey es una gran incógnita, y, por lo que parece, no va a ser mucha. Aceptar que nos traslademos a Londres es un gran gesto por tu parte que aliviará a mi padre de la pérdida de mi madre.

Diego era comprensivo con la pérdida. Pocos hechos le conmovían tanto. Perder a un ser querido es irreversible y doloroso. Era hora de centrarse de lleno en su familia. Posiblemente abandonar España en aquel momento fuera lo más aconsejable. La situación se le había vuelto insufrible. Con la perspectiva del viaje atisbaba, después de muchísimo tiempo, la libertad.

De nuevo la libertad.

Recompuestos del desastre de la guerra, a finales de julio de 1814 embarcaron en Cádiz rumbo a Londres. Para entonces eran seis de familia. El cuarto hijo en nacer, bautizado con el nombre de Enrique José Gregorio, apenas alcanzaba el medio año, mientras que el mayor, Diego, ya contaba cinco y medio.

Fijaron su residencia en el domicilio de los Ward, en Saint James's Park, vecinos del Palacio Real. Al entrar en la casa, las emociones se agolparon en la pareja. Rebecca tenía muchos y emotivos recuerdos de su infancia en ese hogar, pero también de las visitas de un entonces desconocido oficial español llamado Diego de Alvear, que alcanzó fama muy a su pesar por haber vivido la tragedia del Cabo de Santa María.

Precisamente a Diego se le hizo presente, como un fogonazo, la visión del momento en que decidió que aquella bella joven iba a ser su futuro. Pero ese pensamiento lo condujo a otro ocurrido justo poco antes; lo condujo a un tiempo sombrío tras la batalla naval, y a sus pequeños ahogándose en el mar junto a la madre. Demasiado dolor para un hombre solo. Por eso se alegraba de haber tenido la oportunidad de compartirlo, gracias al amor surgido entre ambos, con Louise Rebecca Ward.

Aunque lo más importante era poder compartir el presente y lo bueno que estaba por llegar. Juntos. Inseparables. Por lo pronto, lejos de España y de sus revueltas políticas.

Con la novedad del lugar, los niños trasteaban tocándolo todo mientras sus padres iban de un lado a otro organizando qué espacio se le asignaba a cada uno. Catalina se colgó de las faldas de su madre sin intención de soltarla, decidida a observar lo desconocido desde la seguridad que ella le proporcionaba.

Hacía tiempo que Rebecca no disfrutaba tanto. Tardó poco en correrse la voz de su presencia y pronto empezaron a ser invitados a fastuosas fiestas en las que tenían ocasión de alternar con personalidades del rango del gran zar de Rusia, Alejandro I, el emperador de Austria, el rey de Prusia o los príncipes de Gales. Por un tiempo, la Inglesa, como la llamaban en Montilla, fue capaz de olvidar su padecimiento en tierras españolas. Un tiempo que volaba.

Hasta que un día...

Le había costado dar el paso, pero en esa jornada amaneció decidida a hablar con su marido. Era una de las pocas mañanas soleadas en Londres casi rozando el invierno. Rebecca envió a los niños a jugar al parque para que nadie los molestara.

—¿Estás resuelto a que pongamos fin a nuestra estancia en Londres?

—Nadie nos obliga. Pero llevamos meses aquí y simplemente considero que ha llegado el momento de regresar.

—Diego, quiero volver a agradecerte que accedieras a que nos trasladáramos aquí. No creas que no valoro tu generosidad. Al contrario, ha sido tan importante para

mí... He podido estar otra vez con mi padre, ya que no pude asistir a mi madre en el momento de su muerte. Sin embargo, al llegar me di cuenta de lo mucho que echaba de menos todo esto: Londres, mi casa, mi familia inglesa, ¡hasta la niebla! —bromeó sonriente.

—Mi querida Rebecca, es comprensible lo que cuentas.

—Y no creas que no estoy bien en España. La guerra interfirió en nuestras vidas sin que estuviéramos preparados, pero ya ha pasado. Volveremos a ser felices en Andalucía, en Cádiz, en tu Montilla, donde sea. Pero quiero pedirte que nos quedemos un tiempo más en Londres.

Diego no lo esperaba.

—¿Estás segura?

—Lo necesito. Aunque entenderé que no pueda ser.

Posiblemente, su marido también lo necesitaba. A pesar de que nunca lo reconociera abiertamente, el viaje a Inglaterra había supuesto la honrosa salida a un inequívoco destierro. Pensaba en lo que le esperaba en España y no veía allí el cielo más abierto que en Inglaterra, al menos por el momento.

—¿Quién ha dicho que no pueda ser?

Una de las mayores alegrías con que la vida les obsequió durante su permanencia en Inglaterra fue su hija Sabina.

—Ya tenemos dos inglesas en la familia. —Fue lo primero que dijo Diego al verla nada más nacer.

—No imaginas lo feliz que me hace haber tenido a esta criatura en mi Londres querido. Ni se me pasó por la cabeza que algo así sucedería.

—Tampoco yo lo imaginé. Pero te aseguro que siento la misma felicidad que tú. Además, ¿te has fijado bien en ella? —Diego contemplaba embelesado a su nueva hija—. Esta niña será inteligente y lista como su madre. Dará batalla en la vida, ya verás.

Después de tres años en Londres, y por más que Rebecca viviera los últimos meses deseando que su esposo no dijera nada de emprender el regreso, ese día tenía que llegar. España era para ella una tierra acogedora y cálida, pero le había tocado vivir unos tiempos tan agitados que temía abandonar la tranquilidad y la felicidad que les estaban acompañando en Inglaterra, por la incertidumbre que suponía volver. Era imposible saber qué les esperaba.

—Ya te lo dije en una ocasión, pero quiero volver a repetírtelo. Tengo un deber con mi patria, que es España, aunque mi verdadera patria, la que siento en lo más hondo del corazón, comience y acabe en ti, Rebecca —le recordó Diego al percibir la contención de las lágrimas de su esposa, a la que jamás se le habría ocurrido quitarle de la cabeza la idea del regreso.

Poco antes de llegada la hora de la partida, Rebecca se enteró de que estaba de

nuevo embarazada. Tal vez llevado por la alegría de la noticia, Alvear cambió la ruta que tenía prevista y dispuso que pasarían por París.

—¡París! —A Rebecca se le iluminó la mirada—. Me encanta la idea. Es el mejor regalo.

No era, desde luego, un mundo fácil para alumbrar en él nuevas vidas, pero Rebecca y Diego habían demostrado saber cómo sacar hijos adelante en circunstancias hostiles y desfavorables. Mayores gestas había realizado el brigadier Alvear.

Encontraron París majestuosa. Las visitas a museos y a monumentos, los paseos por interminables avenidas, la efímera vida, en definitiva, en la capital del Sena, les llevó a concebir una felicidad a la que se aferraban temiendo perderla en cuanto pisaran suelo español.

Abandonaron París con pena, pero el viaje por el centro de Francia les resultó agradable. ¡Qué distinto del que hizo Rebecca con su madre atravesando Extremadura y Andalucía! La familia Alvear y Ward viajaba en coches con caballos propios, dieciocho adquirieron, de las mejores razas, con el fin de reponer las bajas causadas por la guerra en la ganadería. La caballar era la que más había sufrido, y para las haciendas de Diego en Montilla resultaban indispensables.

Pero no fueron los únicos destrozos ocurridos en tiempos de la invasión napoleónica. Alvear, hombre inquieto y adelantado a su tiempo, había aprovechado su estancia en Londres para comprar máquinas trilladoras y aventadoras del grano, que aún se desconocían en España, y las ordenó enviar a Montilla. «Hay que abrirse a la modernidad», comentó satisfecho al vendedor. Tenía razón, sobre todo cuando esa modernidad iba a ser más que productiva para sus negocios.

Continuaron viaje a través de Toulouse, Montpellier y Perpiñán para entrar en España por Barcelona, donde, además de atender asuntos de negocios, les complació el reencuentro con su buen amigo don Francisco Javier Castaños, destinado como capitán general de Cataluña. El general les convenció para que se quedaran algunos días más de los previstos. Nada lo impedía. Habían tomado ese viaje como un periplo placentero.

Después continuaron por la costa de Valencia, para más tarde desviarse hacia Granada antes de enfilarse, por fin, camino de Montilla.

Al entrar en la casa, Rebecca tuvo una impresión similar a la primera vez que pisó el pueblo, cuna de su marido. Ahora tenían que enfrentarse de nuevo al escenario político que habían mantenido en la lejanía.

Ese primer día de su segunda vida en España —¡así que ella también tenía dos!— se preguntaba cuántas veces puede el ser humano volver a levantarse después de haber caído.

Corría el año de 1817 y era como volver a empezar, solo que habían pasado una guerra, perdido familiares y amigos, enfrentado a un rey absolutista, y la familia no paraba de crecer: a mediados de noviembre nació el sexto hijo, Francisco.

El país que se encontraron distaba mucho de la prosperidad. Despacio, con esfuerzo y paciencia, se iban reparando los inmensos daños causados por la guerra. Pueblos en ruinas, puentes destrozados, fábricas e industrias destruidas, ganaderías mermadas, cultivos aniquilados, eran el drástico balance. Hasta el Cuerpo de Marina se resintió enormemente anotando numerosas bajas. Los mandos quedaron, en su gran mayoría, sin puesto ni servicio activo. Un desastre mayúsculo.

En los años siguientes, Diego, acompañado de su esposa y de sus hijos, alternaba temporadas en Montilla para ocuparse de sus haciendas, con su disposición a cumplir órdenes del gobierno según las necesidades, lo que le obligaba a residir también en Cádiz.

En esa ciudad estaban cuando se desarrolló una devastadora epidemia de fiebre amarilla que tantas veces había asolado la ciudad en los pocos años que llevaba de siglo. Alvear se encargó de dictar las extraordinarias medidas sanitarias para controlar la terrible plaga. Lo mismo que en su día hizo el marqués del Socorro, don Francisco Solano, nada más llegar a Cádiz antes de la guerra. Diego lo recordaba muchas veces. Al principio no había rincón en Cádiz donde dejara de escuchar los gritos de la turba sanguinaria a la caza de su amigo. Creía ver el rostro afable del general por las esquinas. Con el tiempo se le fue pasando, dando lugar a un poso amargo que se reavivaba cada vez que pisaba Capitanía o pasaba por la plaza del Pozo de las Nieves.

Cádiz seguía siendo un escenario poco recomendable para ponerse de parto, pero la naturaleza empujaba. Un nuevo embarazo de Rebecca dio su fruto.

Días después de haber nacido el séptimo hijo del matrimonio, sin ninguna complicación aparente, la madre sufrió un aparatoso desmayo. Al médico, al que reclamaron de urgencia, le llevó su tiempo realizar el reconocimiento de la enferma. No es que los síntomas no fueran claros. Por desgracia se trataba de lo contrario: eran tan evidentes que intensificó la exploración para estar seguro antes de comunicarlo, dada la gravedad.

—No hay duda —concluyó al fin—. Es un cuadro de fiebre amarilla.

Eso era precisamente lo que esperaba, lo que deseaba, Diego no tener que escuchar. No bien el médico acababa de emitir el diagnóstico, irrumpió en la habitación un criado en evidente estado de agitación.

—Señor, su hijo Tomás... Está muy mal.

Diego y el doctor se miraron incrédulos. No. No era posible.

No tenía por qué serlo, pensó Alvear.

Pero lo era. La epidemia se extendía por los miembros de la familia. El tercero de

sus hijos también estaba contagiado, y grave. Diego echó de menos a Carlos, del que apenas tenía novedades desde América. En cuestión de días, todos sus hijos, así como muchos de los criados, fueron atacados por la fiebre. Todos al mismo tiempo. Alvear se desesperó e intentó combatir sus fundados temores. Pero resultaba difícil no pensar en la posibilidad de que la muerte quisiera rondarle siempre, sin tregua, y acabara arrebatándole a su nueva familia y, con ella, su segunda vida. A la memoria le venía su primogénito habido de su unión con Josefa, Benito, fallecido precisamente ahí, en Cádiz, lejos de sus padres y víctima de esa misma enfermedad.

La terrible fiebre le devolvió el temor de que, de nuevo, corriera el riesgo de verse solo en la vida, a sus años. Desde el hundimiento de la *Mercedes* no había vuelto a sentir el zarpazo de la soledad y los demonios del miedo.

El pequeño Tomas, que tenía ya once años, empeoró colocándose a las puertas de la muerte mientras su madre no acababa de recuperarse, todavía convaleciente del parto.

Diego se vio desbordado, atrapado por el oleaje que antecede a la tragedia. Las noches eran terribles, lo colocaron en el mismo punto en el que estuvo después de la catástrofe del Cabo de Santa María. Veía su vida sin futuro, sin la perspectiva que todo ser humano necesita para no dejarse morir.

La fiebre amarilla era tan letal casi como los franceses. Diego estaba presente en el reconocimiento que el médico volvió a hacer al recién nacido, que se desarrolló de manera similar al primero que hizo a Rebecca, largo y laborioso.

—¿Qué pasa, doctor? —preguntó Diego, inquieto.

El galeno no respondió. Siguió palpando a la criatura desnuda. Hasta que se vio en la obligación de decir lo que en verdad era.

—Su situación es... extremadamente delicada. —Tras una breve pausa añadió—: En realidad su estado es crítico. Esta fiebre en un niño de tan corta edad actúa como un veneno en sus órganos. Raros son los casos en los que lo superan.

¿Cabía la posibilidad de que Diego se encontrara viviendo una pesadilla y nada de eso estuviera ocurriendo? No podía soportarlo, creía volverse loco.

—¡Dígame qué puede hacer por él! Debe de existir algo, acaba de llegar al mundo, no puede irse tan pronto.

—Ese es el problema: es demasiado pequeño.

El médico miró al recién nacido y luego al padre. Le hubiera gustado poder anunciarle otro diagnóstico. Pero él ya nada podía hacer. No estaba en sus manos y lo sabía.

—¡Algo se podrá hacer! —insistió Diego sin querer rendirse.

—Rezar.

El verbo cabalgó por el aire a lomos del silencio.

—Doctor... —temblaba al hablar—. ¿Sabe lo que es caer hundido, creyéndote muerto, y volver a levantarte?

—Cálmese, don Diego. Lo entiendo.

—¡Respóndame! ¿Sabe lo que significa volver a alzarse tras la peor de las caídas? Yo no me rindo, doctor, ¡yo jamás me rindo!

—Usted no, estoy convencido de ello. —El médico miró al niño y añadió—: Pero él, sí. Carece de fuerzas para luchar.

—Un Alvear nunca se queda sin fuerzas para luchar. —Hablaba entre sollozos que ya no conseguía contener.

—Su hijo no puede quedarse sin fuerzas porque ni siquiera le ha dado tiempo de cogerlas. Es imposible. —El médico se mostraba compasivo—. Lo lamento muchísimo, don Diego. De veras que lo lamento.

Alvear se tambaleaba. Empezó a dudar de que fuera cierto que nunca podía quedarse sin fuerzas. Temiendo la respuesta, preguntó:

—¿Y mi esposa...?

—El parto es demasiado reciente. Se encuentra muy débil.

—¿Qué quiere decir, doctor?

—No puedo decirle más. Es difícil prever cuál será su evolución. Es comprometido ser optimista teniendo en cuenta su débil estado.

El mundo se desplomó.

—Mi amor no... —musitó.

El médico abandonó la casa impresionado al haber sido testigo del sufrimiento de un hombre fuerte y valiente como había demostrado ser Alvear en tantas batallas, defendiendo a su pueblo. La impotencia de un hombre en cuya mano no estaba salvar a quienes más amaba.

Diego se postró ante el cuerpo menudo y se adormeció un rato arrullado por el murmullo de las olas que escuchaba entre sueños. Pero volvieron a asaltarle los gritos de socorro y los cañones, y la explosión de la *Mercedes*, y el olor a sangre y a pólvora...

Al caer la noche, acudió junto a su esposa, que se revolvía febril en la cama, delirando. Permaneció junto a ella un par de horas, la dejó bajo la vigilancia de dos sirvientas y acudió de nuevo a velar el sueño imposible de su pequeño y frágil hijo.

El fatal desenlace se presagiaba. De madrugada, Rebecca, con la respiración agitada hasta límites insostenibles, lanzó un terrible grito que se extendió por toda la casa como un alarido desgarrador; como si una daga incandescente le rasgara las entrañas.

En ese mismo instante, Diego era incapaz de reaccionar al grito de su esposa, cuyo eco retumbaba en la habitación en la que asistía, con los minúsculos dedos de su niño agarrados a uno suyo, a la dolorosa extinción de esa corta vida que él había contribuido a dar y que tan pronto se apagaba entre sus manos.

Su esperanza, la misma que perdió en las gélidas aguas del Atlántico, volvía a hundirse, esa vez a los pies de una cuna, cuando los pequeños dedos se aflojaron y se soltaron del padre dejándose abrazar por la muerte.

El funeral del pequeño fue desolador. Se resolvió con la brevedad que había determinado su vida. Ningún miembro de la familia asistió, más que el padre, todos afectados por la fiebre en desigual medida.

El siguiente en gravedad, Tomás, experimentó una ligera mejoría, lo cual ya era mucho. A la madre, en cambio, le estaba costando superar la enfermedad. Aún desconocía la muerte de su hijo. Diego rezaba a su lado, incansable. Y, después de mucho tiempo de tenerlas en el olvido, buscó respuesta en las estrellas. Habían pasado cincuenta años desde que, antes de emprender una expedición para delimitar los territorios, se asomaba a los cielos de Montevideo y de Buenos Aires buscando unos luceros que no volvió a ver en ningún otro lugar. Ese día, tampoco. La práctica de hablar con las estrellas nunca se pierde. Diego encontró abrigo al calor de la bóveda celeste, que mitigaba la soledad impuesta por la enfermedad en su casa.

Una semana más tarde, su hijo comenzó a recuperarse y Rebecca, con la carga de la pena tras conocer la muerte de su recién nacido, estaba fuera de peligro. El hogar había quedado devastado. Varios sirvientes también habían muerto. Quienes estaban sanos tenían tan pocas fuerzas para afrontar la realidad como los que aún seguían enfermos. Todos se hallaban desorientados, como si hubieran perdido el rumbo del quehacer diario. En pocos días habían pasado de la alegría de un nacimiento, a la preocupación ante una terrible enfermedad como antesala de la muerte.

Rebecca salvó su vida, pero la vida que encontró al sanar era bien distinta de la que tenía antes. Era otra vida, con un bocado dado a sus entrañas. Ese pedazo de vida arrebatada le faltaría hasta que muriera.

En esos días, Diego salía a caminar mucho por las calles de Cádiz. Se sentía bien a solas con sus pensamientos. Ya notaba a sus espaldas los años que pesaban, pero no por la edad, que también, sino por las duras pruebas a las que reiteradamente le había sometido la vida. Tampoco es que se quejara, no debía, teniendo a su lado a una mujer como Rebecca que le hacía feliz y con la que había formado una nueva familia. Pero sí acusaba los golpes. Tenía setenta años y el último había sido brutal.

Una noche, caminando en dirección a su casa por una calle estrecha y a esas horas solitaria, oyó unos pasos que cruzaron para colocarse en su misma acera, a corta distancia. Se trataba de dos hombres. Uno de ellos se adelantó mientras el otro lo siguió por detrás; un comportamiento que levantó sus sospechas, aunque pensaba que dos jóvenes no se atreverían a meterse con un hombre mayor. Además, si de algo podía presumir era no solo de no tener enemigos en Cádiz, sino de gozar del respeto popular. Pero enseguida comprobó que eran capaces de hacerlo. Agarró bien el bastón con el que caminaba, preparado para cualquier posible ataque. En efecto, Alvear, sujetando fuertemente con las dos manos el bastón, se giró preparado para

defenderse, y en esas el que venía por detrás se abalanzó sobre él puñal en mano. Diego le dio un bastonazo tan fuerte y atinado, que el agresor cayó abatido sin conocimiento. Entonces el compinche corrió hacia él con igual intención, pero al ir a tomar impulso con el bastón para repetir la misma defensa, Diego tuvo la mala pata de tropezar con un montón de escombros que no había visto y de caer de espaldas, circunstancia que su agresor aprovechó para lanzarse sobre él y asestarle dos terribles puñaladas. En ese momento, el otro se levantó del suelo, aturdido, y ambos emprendieron la huida dejando a su víctima tirada y desangrándose. No parecía que las intenciones fueran otras que las de robarle.

A Diego se le nubló la visión. Sintió la sangre correr por la cara. Era tanto el daño, que no distinguía dónde había entrado el puñal y cuántas veces. Inexplicablemente le quedaban fuerzas —ya se lo dijo al médico, un Alvear nunca se queda sin fuerzas— para ponerse en pie apoyándose en lo que tenía a mano sin que distinguiera lo que era. Tambaleándose, pudo mantenerse erguido. No dio una voz, no pidió auxilio. No acababa de creerse lo que había ocurrido. Extrajo un delicado pañuelo de seda para empapar la sangre y, con gran dificultad, recogió el bastón dañado y el sombrero antes de reemprender la marcha serenamente hacia su casa.

Hasta ella llegó sin ayuda y, al abrirle el criado la puerta, pareció, más que un hombre de carne y hueso, un espectro. Verdaderamente la naturaleza de este hombre era prodigiosa. En mitad del revuelo que se produjo al verle llegar en aquel estado lamentable, todavía se permitió tranquilizar a su esposa y a sus hijos, y ordenó llamar al médico sin darle más importancia. Rebecca advirtió la gravedad de las heridas, que más tarde confirmó el doctor. Una, en la cabeza, la consideró grave, pero no tanto como la de la garganta. Cualquiera de las dos podía haberle costado la vida, y no estaba claro que no ocurriera en las horas inmediatas. En el caso de la segunda puñalada, el cuchillo le entró tan hondo que le había alcanzado la tráquea.

El médico le practicó una aparatosa cura, tardó horas, y le administró medicamentos para que descansara y calmaran los fuertes dolores que causaban ese tipo de heridas.

Diego quedó por fin adormilado y la habitación, vacía. Tan solo Rebecca permaneció a su lado. Acusaba todavía el impacto que le había causado el suceso. Se acercó a su marido y le dio un beso en la frente, de donde partía uno de los vendajes. Después se asomó a un estrecho balcón y contempló la noche. Hacía frío, pero menos del que sentía ella. Una brisa gélida con sabor a sal se coló en su cuerpo mientras buscaba estrellas en el universo, como había oído relatar tantas veces a su marido de su vida en las Américas. Pidió ayuda en silencio para salvarle la vida. «No puede morir», se repetía sin cesar.

No podía morir.

Rebecca se dispuso a pasar la noche en un sillón a un lado de la cama. Se arrulló con una gruesa manta sosteniendo en las manos la corbata que llevaba puesta su marido en el momento de la agresión. La prenda, de un tejido excepcionalmente

grueso y almohadillado, le había salvado de la muerte al evitar que el cuchillo penetrara en la garganta hasta el fondo. Se quedó a un hilo de seccionarle la tráquea. Cayó en la cuenta de que hacía años que no usaba esa corbata que compraron durante su prolongada estancia en Londres para protegerse del frío. Fue una afortunada casualidad que ese día se la hubiera puesto. Tenía restos de sangre y un agujero que mostraba el tamaño del arma. Hecha un ovillo, la estrechó contra su pecho, permaneciendo así largo rato.

Antes de quedarse dormida, contempló a su marido admirándose de su fortaleza y del milagro de la vida.

Superada la primera jornada, el médico afirmó que se salvaría aunque le iba a llevar su tiempo recuperarse. Y no se equivocó. Con mucha paciencia y esmerada atención a sus heridas, Diego lo consiguió.

—¡De eso nada! No eres un muchacho —le reprendió su esposa cuando al primer día de levantarse de su convalecencia quiso salir a la calle.

Y es que no había quien pudiera con él. Un hombre que había protagonizado victorias en abundancia y superado derrotas, era un hombre que no caía fácilmente. Rebecca sentía el orgullo y la satisfacción de ser testigo de sus ganas de vivir, y a ellas se unía más que nunca.

El desasosiego que circulaba en los ambientes sociales y políticos se hizo más patente en esos días. El pueblo estaba asfixiado con tanto impuesto que impedía la recuperación tras los casi siete años de guerra a los que había hecho frente. El rey parecía ignorar lo que pasaba. El corazón del pueblo volvía a latir furioso, con el peligro que ello entrañaba. Pero, lejos de cambiar su política en beneficio de los ciudadanos, el monarca los siguió acribillando a impuestos para llenar las arcas de la Hacienda pública al tiempo que los sometía, esquilmando aquello por lo que más habían luchado hasta dejarse la vida: sus derechos y la libertad. Se escuchaba por las esquinas la protesta de qué pasaba con las leyes constitucionales redactadas a tal fin. La situación era intolerable.

La gente ya no podía más. En la última noche del año 1819, muchos hogares se preparaban para una nueva revolución. El día 1, en la localidad sevillana de Las Cabezas de San Juan, tuvo lugar un pronunciamiento militar encabezado por el joven teniente coronel Rafael del Riego. En un acto solemne y brillante, Del Riego emitió un bando en el que se promulgaba la Constitución española de 1812, hasta entonces derogada en la práctica. El coronel Antonio Quiroga se alzó en Alcalá de los Gazules. Los militares estaban con el pueblo y con la libertad.

El 9 de marzo, el rey se vio obligado a jurar la Constitución. Cádiz se volcó en las celebraciones. Al día siguiente la gente salió en masa ocupando calles y plazas, secundando el levantamiento de Quiroga y Del Riego, festejando el aire de libertad que anunciaba la abolición de los privilegios de clase y de la Inquisición, un futuro Código Penal que se atendería a las nuevas leyes o el retorno de exiliados políticos,

entre otras muchas medidas.

Alvear animó a todos los miembros de su familia a mezclarse con el fervor callejero. El clima convertía el festejo popular en una agradable jornada que olía a playa y a primavera. Los Alvear se dividieron. Rebecca decidió unirse a un grupo de amigas, esposas de militares compañeros de su marido, llevándose consigo a varios de los hijos. Diego cogió otro camino con los niños mayores.

La realidad, de repente, sin aviso, decidió virar alejándose del ambiente pacífico que imperaba en la calle. El día se nubló, pero no en el cielo, donde aún brillaba el sol. Sin que ningún hecho lo motivara, en apariencia, dos regimientos se echaron sobre el pueblo atacando a diestro y siniestro con balas y puñales. Nadie lo esperaba. En cuestión de minutos, reinó la muerte llegada a traición. Aquel giro de lo predestinado cogió a la gente desprevenida.

Diego buscó a los suyos con desesperación. Por suerte no había dado tiempo a que se distanciaran demasiado y se encontraron sin dificultad a pesar de la confusión sembrada. Lo que ya era más difícil y, sobre todo, peligroso, era llegar a casa, así que buscaron refugio en la de unos amigos. Allí se quedaron hasta bien entrada la noche. Colocaron a sus hijos en fila, los abrigaron bien y les hablaron muy seriamente antes de salir.

—Cogeos todos de la mano. Vamos a marcharnos a casa. Tenemos que salir en orden, no corráis pero tampoco caminéis despacio. Y no habléis, podrían oírnos.

Tomás preguntó asustado:

—Si salimos, ¿nos van a matar?

—¿Crees que tus padres os llevarían a la muerte? —respondió Diego conmovido por el miedo infantil—. No va a pasarnos nada.

—Vuestro padre sabe bien lo que se hace —terció Rebecca para contribuir a calmarlos—. Si hacemos lo que él dice, no nos pasará nada. Pero tenemos que obedecerle. Cuanto antes salgamos, antes llegaremos a casa, donde nos espera una rica sopa caliente. ¿Os lo imagináis, con lo que os gusta? —Rebecca lo contaba como si fuera un cuento—. Chis..., pero tenemos que estar callados, no habléis entre vosotros hasta que lleguemos a casa. ¿Seréis capaces?

Todos asintieron. A Diego, el mayor, se le hizo un nudo en la garganta y se cogió a Tomás. Así fueron haciendo una cadena hasta unirse los ocho, padres e hijos. Diego tomó en brazos al más pequeño, Francisco, que no llegaba ni a los dos años y medio, abrió la puerta y respiró hondo antes de empezar a andar. Fingiendo un absurdo interés en el reclamo de la sopa salieron conformes a la aventura.

Terminaba así una jornada sangrienta en la que se quiso acabar con un nuevo país que empezaba a desprenderse de la piel de la infamia absolutista.

—Vámonos a Montilla. No aguanto más aquí —imploró Rebecca a su marido cuando estaban a punto de acostarse después de un día en el que el miedo y la muerte les había podido—. Esto es muy serio. Tenemos que pensar en nuestros hijos y en el

peligro que corren.

—¿Crees que no lo sé?

Diego estaba muy afectado por lo ocurrido. Compartía la preocupación de su esposa, a la que se unía su desencanto con la actual monarquía, que lo estaba maltratando injustificadamente, y la inseguridad en la que parecía perpetuarse ese Cádiz por el que se habían desvivido.

Llevaban años viviendo a caballo entre la capital y su ciudad natal, manteniendo las dos casas.

—Por favor, Diego, no lo pienses mucho. A mí se me agotan las fuerzas.

También a él, aunque su orgullo le impedía reconocerlo.

Pero no importaba. Lo esencial era el resultado. Diego estaba decidido a dar la orden de desmontar por completo la casa de Cádiz para trasladarse a Montilla.

Por la mañana, sin embargo, se rectificó a sí mismo, pidiendo al servicio que organizara los equipajes, sin mencionar en ningún momento que abandonaran Cádiz para siempre.

Nunca se sabe cuándo una decisión es la acertada. Llegaron al pueblo en busca de la paz que Cádiz ya no podía garantizarles, pero descubrieron con gran pesar que tal vez no hubiera un solo rincón en calma en toda España. La segunda época constitucional fue contestada por los partidarios de Fernando como soberano absoluto en consonancia con lo propugnado por la Santa Alianza. La masacre de Cádiz, detonante del traslado familiar a Montilla, había sido la cruel y sangrienta demostración de que el país estaba dividido, y una parte de él no pensaba quedarse de brazos cruzados viendo cómo los derechos de los ciudadanos se ampliaban no con órdenes reales sino a través de leyes. Para ellos, únicamente en el rey debía recaer la autoridad de la nación.

—Este es un país de locos —afirmó Alvear—. Es la segunda vez que intentamos acatar la Constitución y eso nos lleva a matarnos entre nosotros.

Diego y Rebecca compartían un rato de conversación a solas en una sala de estar mientras los niños jugaban en el campo.

—Tienes razón —secundó su esposa—. Creíamos que el verdadero enemigo era Napoleón y, ya ves, el enemigo está en nosotros mismos.

—¿Cómo se entiende que, después de haber estado a punto de caer en manos de los franceses y perder nuestra independencia, todavía haya quien no esté de acuerdo en apoyar la libertad?

—Querido, guárdate de hacer esos comentarios fuera de casa. Tus ideas liberales podrían costarnos un disgusto, y ya bastantes hemos tenido.

—¿Liberales? No exactamente.

A Rebecca le hizo reír el comentario de su marido.

—Las ideas no se miden por su exactitud. Son o no son. Y, exactas o no, las tuyas están más del lado de los constitucionalistas que de los fernandinos.

—Vaya, de haber nacido hombre te estaría proponiendo entre los ilustres que van a dirimir leyes en las cámaras de representación —ironizó Diego alabando el razonamiento de su esposa—. Ah, y no te preocupes: no solo de hablar me guardaré, sino también de tomar partido públicamente o de actuar. Ha llegado la hora de dejar que sean otros los que luchen.

Era una declaración de intenciones que le iba a costar cumplir. Las bodegas y el campo lo mantenían ocupado. Pero ¿era suficiente?

La idea de las dos cámaras de representantes le atraía, le parecía un verdadero avance que hombres distinguidos y bien formados discutieran las leyes utilizando razones y argumentos con el fin de servir al bien común que debía acatarlo.

Había reprobado las ideas reaccionarias y absolutistas, y la violencia utilizada para defenderlas, como los conatos de rebelión contra el gobierno constitucional restablecido. Sin embargo, tampoco le gustaba el hecho de que algunos

constitucionalistas, quizá por excederse en su rebelión contra los primeros, empezaran a dar muestras de una agitación que crecía peligrosamente. Ya le cansaba tanta lucha permanente.

Los Alvear se adaptaron bien a su nueva vida. Mientras Diego se entregaba a sus negocios, Rebecca reorganizaba la casa. Trabajo tenía. Las dimensiones eran amplísimas, las propias de una mansión. Constaba de varios y suntuosos salones, y de muchas habitaciones principales que se comunicaban en los tres pisos que tenía la vivienda a través de claustros o corredores sostenidos sobre columnas, que rodeaban un hermoso y extenso patio cuadrado. Con tanta grandiosidad se explicaba que poseyera dos azoteas, una coronando el inmenso frontis de la fachada, y la otra sirviendo de agradable desahogo, llena de plantas y flores, como imaginó Rebecca el día en que vio las obras, en el piso primero, junto a la capilla.

A la casa principal se unía, a través nada menos que de otros cinco patios, una especie de casa de labor, con varias bodegas, graneros, almacenes para guardar los útiles de trabajo, y despensas.

Rebecca era feliz aquí. Le gustaba el aire andaluz que se respiraba en la casa, y no solo en la construcción.

—Este lugar produce sosiego. Los habitantes de Montilla son tan tranquilos que hace años que no se juzga una sola causa criminal, ¡eso es impensable en Londres! — comentó un día a una prima de su marido.

Le divertía volver a ser la Inglesa, como la llamaban los vecinos. Y no recordaba haber gozado nunca de una paz como la que sentía teniendo a su marido al lado, alejado de la guerra.

Sin embargo, la intención de Diego de mantenerse pasivo no duró más allá de un año. La situación social se tensó y se vio en la obligación, como brigadier y jefe de mayor graduación en Montilla, de actuar cuando la ciudad fue atacada por el Cuerpo de los Carabineros Reales y el Regimiento Provincial de Córdoba con la innoble pretensión de que se unieran a ellos en su intento de derrocar al gobierno para restablecer el absolutismo.

Alvear tomó el mando de la milicia, con pocos medios y mucha fuerza recobrada. Entendió que a Rebecca le doliera verlo a su edad dirigiendo más batallas, pero era su deber. Tampoco era que él lo deseara. Las circunstancias se habían impuesto requiriendo una respuesta de su parte. De ninguna manera hubiera dejado de darla. «Un Alvear nunca se queda sin fuerzas para luchar». Se encomendó a la memoria de su último niño muerto.

No pudo evitarse que hubiera derramamiento de sangre durante los días que duró el enfrentamiento. Al final, bajo las órdenes de Diego de Alvear, ganó el pueblo, cuya resistencia se acabó imponiendo, para mayor júbilo de la ciudadanía.

La tarde en que llegó a casa maltrecho aunque victorioso, convencido de lo afectada y posiblemente enfadada que iba a encontrar a su esposa, ella, nada más

verlo, se echó a sus brazos para besarlo dejándose llevar por una efusiva alegría. Diego no entendía su reacción.

—Jamás pensé que te alegrarías tanto de una victoria. Compruebo con satisfacción que se te ha pasado el enfado por haber ido a combatir.

—La satisfacción la vas a tener ahora. —A Rebecca le brillaban los ojos en sintonía con su preciosa sonrisa recuperada—. ¡Estoy embarazada!

Una sensación conocida y placentera renació en ellos. Volvieron a abrazarse. El júbilo por los hijos anteriores nada tenía que ver con el de este. Hacía cuatro años que el último en nacer murió, a consecuencia de la fiebre amarilla, a los pocos días de vida. Lejos de superarlo, Rebecca llegó a creer que su cuerpo, tan dado a engendrar, se había negado, a su manera, a concebir una nueva vida después de que otra se extinguiera tan precozmente. Lo tomó como una recompensa que se había hecho esperar.

A los pocos días tuvo lugar en el ayuntamiento un acto oficial para concederle a Diego, en una sesión pública, el título de comandante de la Milicia Nacional de Montilla. Rebecca se colocó en primera fila, pletórica, llena de vida. La nueva que albergaba en sus entrañas.

Cada vez le gustaba más Montilla. La consideraba una ciudad limpia y clara, bañada por unos extensos campos bellos y fértiles que daban prósperas cosechas. Pronto, en el otoño, sus frondosos viñedos dejaron ya ver los racimos de exquisitas uvas. La divertida faena de la vendimia atrajo a casi todas las familias del pueblo hacia las blancas casas de lagares de la sierra.

Cuando llegaba la fiesta de la Inmaculada Concepción, el 8 de diciembre, se recogía la aceituna, dorada o negra, antes de que cayera de las cargadas ramas de los árboles, para llevarla a los molinos aceiteros, que trabajaban hasta que el retorno de la primavera llevaba a renovar esperanzas. Ese año, antes de que eso ocurriera, nació Cándida Escolástica. Pero para entonces el truncamiento de las esperanzas había obligado a los Alvear a volver a Cádiz.

Se avecinaban nuevas sombras en el cielo de la libertad.

El 7 de abril de 1823, Francia intervino militarmente España en virtud de los acuerdos de la Santa Alianza, formada por Rusia, Prusia y Austria, que se concedía a sí misma el derecho a la intervención contra todo tipo de aspiraciones liberales en el país que fuera. Los Cien Mil Hijos de San Luis, las tropas de Luis Antonio de Borbón, duque de Angulema, acudieron en auxilio del rey Fernando invadiendo el país con la intención de restablecer el absolutismo. España no podía ser menos que el resto de las monarquías europeas que lo eran por la Gracia de Dios.

El oscurantismo y la falta de libertades volvían a implantarse. Se hizo complicado soportar la acumulación de desastres que suponía el restablecimiento del poder absoluto. El primero y fundamental, declarar nulo el Trienio Liberal y suspender las Cortes, como si jamás hubiera existido ni lo uno ni lo otro, lo cual suponía la

eliminación de cuantos ascensos, contratos oficiales, nombramientos y demás se hubieran realizado en los últimos tres años. Lo siguiente era igual de lamentable: se aplicó el llamado decreto de Purificación de todas las clases de empleados civiles y militares. Se ordenó nombrar Juntas que actuaran como tribunales en la capital del reino para juzgar a los de superior graduación, y en las de las provincias, para los de menos.

Y en mitad del caos social, Diego se vio abocado al abismo de la ruina económica, por segunda vez, después de la que le supuso la tragedia de la *Mercedes*. Fue un hecho inesperado. ¿Cómo había podido llegar a esa situación? Y, lo más importante, ¿cómo iba a salir de ella en una época tan mala?

Lo insólito fue que la ruina le sobrevino por un arranque de excesivo patriotismo que le llevó a considerar que no era justo tener invertidos sus capitales en fondos extranjeros cuando la nación los necesitaba. Así que vendió la mayor parte de los que poseía en los fondos franceses en casa de acaudalados banqueros de París, los Delessert y el célebre Laffite, e invirtió en la compra de bonos españoles de los llamados «de las Cortes».

Quién iba a pensar que estos serían anulados por sorpresa e indefinidamente sin que se revocara la atroz medida ni se indemnizara en lo más mínimo a los incautos que, actuando de demasiada buena fe, habían arrimado el hombro al margen de ideologías ni intereses.

Perdió ese dinero en su totalidad, capital e intereses, que no era poco, por cierto: casi quince mil pesos fuertes de renta anual, de los que había venido disponiendo desde hacía años. La falta de ese dinero obligaría a la familia a modificar su modo de vivir.

No sabía cómo contárselo a Rebecca.

—Es evidente que se trata de una broma. —Fue la primera reacción de su esposa al conocer el desastre.

—Por desgracia es algo muy serio.

—¡No puede ser! Dime que no, Diego, por Dios. —Cabía esperar que Rebecca se enojase, como así ocurrió.

—Fue un acto patriótico —intentó justificarse Diego.

—¿Un acto patriótico? —Su esposa seguía sin poder creérselo—. Eso es una tontería. ¿Qué ha hecho la patria por ti?

—No digas eso, Rebecca, no sería justo. —Aunque el tono de Alvear era conciliador, sabía que difícilmente podría contar con el apoyo de su mujer.

—No se trata de justicia. ¿Se te ha olvidado el trato que te dispensó el rey después de que salvaras Isla de León de caer en manos de los franceses? ¿Tuvo en cuenta, acaso, tu papel en la celebración de las Cortes Extraordinarias? Tuvimos que irnos, Diego, esa es la realidad. Mi madre falleció, sí, pero esa no fue la única razón de que permaneciéramos en Londres tres años. ¿Has pensado qué habría pasado en caso de

habernos quedado?

Diego no podía responder porque carecía de respuestas que no conociera ya su esposa sobre lo que le estaba preguntando.

—¿Qué haremos ahora? —se lamentaba, muy afectada—. Tienes una familia que depende de ti, de nosotros, pero sobre todo de ti. ¿Es que no has pensado en tus hijos?

—Lo siento, querida, sé que es difícil entenderlo.

—Es más que difícil.

Rebecca se dejó caer en un sillón, abatida.

—¿Qué haremos ahora? —repitió—. Si me hubieras comentado tus intenciones, yo te habría convencido de la locura que suponía lo que pensabas hacer.

—Nadie podía imaginar que el gobierno adoptase una medida tan extraordinaria, que causara semejante desbarajuste y que encima después se negara a indemnizarnos.

—Tienes razón, nadie. Pero tú, igual que yo, sabes que España todavía no es un país financieramente fiable. ¿Cómo se te ocurrió? —Rebecca no conseguía entenderlo.

—Te ruego que no sigas —le pidió Diego—. Soy consciente de la barbaridad que he cometido, pero te aseguro que lo hice con la mejor intención. Creí que serían rentables. Saldremos de esta, ya verás.

Salir era mucho esperar. Hubo un pequeño alivio gracias al carácter previsor de su esposa que, confiada en la estabilidad del gobierno de su país, en su día insistió en conservar los bonos de su dote, depositados en Londres. No era mucho. Pero menos aún era nada. Y, sobre todo, lo que fue es una gran lección acerca de la ingratitud de los gobernantes.

Diego se sentía responsable de haber llevado a su familia a la ruina y además de esa forma absurda. Salió de casa y se acercó a la playa de La Caleta para dar un paseo. Disfrutó del olor del mar y escuchó el ruido que nacía en sus tripas, las que tan bien conocía. De noche, en medio de la oscura soledad, sonaba a un rugido sordo que se imponía sobre la vida de los naufragos. Al puerto de esa ciudad tenían que haber arribado la fragata *Mercedes*... y la *Fama*, y la *Clara*, y la *Medea*... Pero ninguna de ellas lo hizo. La *Mercedes*, ni a este puerto ni a ningún otro.

Y ahora había llegado la hora definitiva. El momento de abandonar ese Cádiz inalcanzable entonces. El Cádiz de sangre que usurpó la vida de su amigo el general Solano. El mismo Cádiz que había visto nacer a cuatro de sus hijos y morir a dos.

Ni luna ni estrellas le alumbraban en esa noche que guiaba su último paseo por aquella playa. Se desprendió de los zapatos para pisar la arena húmeda. Y descalzo caminó hacia su casa gaditana por última vez.

Fue así como levantaron su hogar de Cádiz —esta vez lo de definitivamente iba en serio— y se retiraron al de Montilla para encontrar tranquilidad y sosiego.

O al menos eso creían...

A principios de 1824 se instalaron en la ciudad natal de Diego. Rebecca confiaba en que su esposo, a sus setenta y cinco años, se dedicara a seguir más de cerca el negocio bodeguero de la familia y que ello lo alejara de las disputas políticas que tantos sinsabores le habían reportado en los últimos años.

Pero una vez más las circunstancias se impusieron a los deseos, haciéndoles ver que la pretendida vida tranquila en el pueblo era una ilusión. En ningún lugar se estaba a salvo del amenazante fantasma del absolutismo, cuyo objetivo último era someter al pueblo.

Como era de esperar, al llegar a Montilla se encontraron con un cambio radical de autoridades derivado del nuevo régimen. El partido realista, en completo auge, dominaba la situación con mano dura, entendiendo que para gobernar bien era preciso ultrajar, perseguir, maltratar y hasta aniquilar, si era posible, al partido caído. La falta de escrúpulos hizo que entre los proscritos figuraran algunos eclesiásticos de gran respetabilidad, dos especialmente dolorosos para Diego: los de sus hermanos José y Manuel de Alvear. Ambos recibieron la orden de ser encarcelados en Córdoba, adonde fueron trasladados en un contingente con otros detenidos. A Manuel le tocó ir. Pero José, delicado de salud y anciano, rehusó salir de su casa como no lo llevaran a la fuerza. Diego acudió a hablar con él, pero salió convencido de su negativa; encontró injusto y desproporcionado el castigo de prisión para un hombre que no había hecho nada más que ganarse el respeto de todo un pueblo promoviendo el bien. Finalmente se le concedió el arresto domiciliario.

Un tercer hermano, el coronel Miguel de Alvear, llevaba preso casi un año en el castillo de Santa Catalina, en Cádiz.

Diego, impotente, asistió a la locura imparable del entonces gobierno municipal. Los miembros del ayuntamiento anterior en masa, y mucha más gente importante de las antiguas autoridades, fueron igualmente apresados y encausados sin ninguna garantía legal, y llevados de manera humillante de cárcel en cárcel, y de pueblo en pueblo. El intento de impedir esta ignominia casi le cuesta al propio Diego quedar también detenido, ante la desesperación de Rebecca.

Otro de los encarcelados era su amigo don Miguel de Trillo, hombre bueno e inofensivo, ilustrado y aficionado a la lectura. Su delito: habersele encontrado un libro de Benjamin Constant de Rebecque al registrar su casa. El filósofo, escritor y político francés de origen suizo, destacado liberal, estaba propugnando en Francia un proyecto político basado en la libertad de los ciudadanos a la hora de elegir a sus representantes para que defendieran sus derechos en el Parlamento. El pobre don Miguel fue conducido a un miserable calabozo de Granada. Así se las gastaban los absolutistas.

Aquella noche, ya en la cama, Rebecca no consiguió conciliar el sueño. Visitó

cada una de las habitaciones de sus hijos mientras dormían dejándose llevar por la necesidad de constatar su presencia. A la pequeña Cándida, a la que encontró destapada, le dio un beso en la frente y la arropó. Terminada la ronda, regresó al lecho entre lágrimas pensando que Diego podría ser detenido en cualquier momento.

—¿Estás despierto? —le preguntó.

—Sí —respondió lacónico su esposo.

—¿Y por qué estás tan callado?

Hablaban entre susurros por si alguno de los niños, con la alteración de los acontecimientos de la última jornada, tuviera el sueño ligero y pudiera despertarse.

—No le veo salida a esta situación.

—La habrá. —Para Rebecca siempre había una salida, aunque no hubiera esperanza que lo avalara.

—Hoy vino la mujer de Antonio, el panadero.

—¿Manuela? ¿Y qué quería de nosotros?

—Me ha pedido que interceda por su marido. También se lo llevaron preso.

—¡Antonio!

—Chis, vas a despertar a los niños.

—Pero ¿qué de malo ha podido hacer ese hombre? Siempre he bromeado con que se ha metido a panadero porque es un trozo de pan.

Diego sonrió con tristeza.

—¿Y qué de malo han hecho todos los demás? —reflexionó con amargura—. Nada, mi amor, nada. Tengo tres hermanos en la cárcel sin razón alguna. ¿Te das cuenta de lo que están haciendo con España estos bárbaros? ¿En qué la están convirtiendo? En un país donde no existen las ideas, donde el pensar no se castiga siquiera con prisión, sino con la muerte.

—Algo podremos hacer por tus hermanos.

—Asaltar la cárcel a cañonazos —ironizó él—. No podemos hacer nada. Eso es lo peor.

De repente les sorprendieron unos golpecitos en la puerta del dormitorio.

—¿Sí...? —Diego se incorporó en la cama.

La puerta se abrió lentamente y emergió una figura menuda.

—¿Mamá...? —preguntó la pequeña Sabina con voz llorosa sin atreverse a entrar. Rebecca dio un salto y fue a buscarla.

—Mi niña, ¿qué te pasa?

—Vámonos a Londres.

Los padres se quedaron perplejos con la petición.

—¿Por qué dices eso?

—Tengo miedo.

Rebecca la abrazó, luego la condujo a la cama y la sentó en el borde. Sendas lágrimas afloraron en la inocente cara de Sabina, que hacía pucheros involuntarios para contenerlas.

—No has de pasar miedo, pequeña. Tienes que ser tan valiente como tus hermanos. Además, no hay nada que temer.

—No me mientas. Sé que no volveremos a ver a mis tíos.

—¿Quién te ha dicho eso? —le preguntó el padre.

—Me lo ha dicho una amiga. También se llevaron a un tío suyo y ahora está muerto.

Se hizo un silencio. Tenía nueve años. Había ciertas cosas que no se le podían contar, pero tampoco cabía mentir.

—Eso no les va a pasar a tus tíos.

—Por favor, vámonos a Londres. Mis hermanos dicen que allí se divierten más y que no están en guerra.

—Bueno... —Rebecca decidió mostrarse condescendiente para detener la inquietud de la niña—, papá y yo vamos a pensarlo, ¿de acuerdo?

—Gracias. Mamá... ¿puedo quedarme a dormir con vosotros? Solo esta noche...

Rebecca le dio un fuerte abrazo y sin soltarla la metió en la cama con ellos.

A la mañana siguiente, asegurándose de que Diego estaba revisando las vides en el campo, Rebecca fue a ver al nuevo corregidor. Sorprendido por la visita, este escuchó atentamente lo que quería pedirle.

—Los hermanos Alvear son inocentes. Imagino que habrá oído decir esto mismo muchas veces. Pero le aseguro que en este caso es la pura verdad. Todos los miembros de la familia Alvear son personas de bien y de orden. Ninguna hay que se salga del camino.

El corregidor la escudriñó con la mirada. Le hablaba en un tono prepotente y pausado.

—¿Y no se le ha ocurrido pensar que, siendo estricto, también podría detener a su esposo?

Rebecca temblaba por dentro, pero por fuera se mostraba firme y segura.

—Podría hacerlo... si tuviera razones para ello. Pero no existen. Tampoco para haberlo hecho con sus hermanos.

La esposa de Diego permaneció media hora en las dependencias consistoriales. En el momento de marcharse realizó el siguiente ruego:

—Por favor, mi marido no debe enterarse de que he venido a verle.

—No se preocupe por eso. No tengo tratos con su marido, y, créame, eso es lo mejor que le puede pasar a él.

Rebecca salió del ayuntamiento espantada de la soberbia de la autoridad mayor, pero a la vez agradecida porque hubiera atendido sus súplicas.

Las audiencias se repitieron, a pesar de que nada inducía a creer que pudieran dar resultados positivos. Ella estaba dispuesta a acudir cuantas veces hiciera falta. No pensaba claudicar hasta no tener claro que el esfuerzo no servía de nada.

Pero sí sirvió.

—¡Cariño, ve a abrir tú! —voceó Rebecca a su marido cuando llamaron a la puerta.

—Pero ¿es que no hay nadie en esta casa que pueda hacerlo? ¿Dónde están todos? —se quejó Diego mientras se aprestaba a abrir.

Cuando Manuel de Alvear franqueó la puerta de la casa de Rebecca y Diego, este se frotó los ojos, no podía creer lo que estaba viendo, carecía de noticia alguna que le hubiera anticipado la posible puesta en libertad de su hermano. Ambos se abrazaron y Manuel le pidió que buscara cerca al «culpable» de su liberación, mirando sonriente a Rebecca.

—No tendré vida suficiente —le dijo a su esposa— para agradecerle al destino que cruzara nuestras vidas.

Y los tres lamentaron que, sin embargo, Miguel, otro inocente, continuara encarcelado.

Contra todo pronóstico, la suerte les siguió acompañando. Al cabo de pocas semanas volvieron a llamar a la puerta. Entonces ni la propia Rebecca intuyó qué buenas nuevas estaban a punto de asaltarles. Era Miguel, el tercer hermano de Diego que permanecía encarcelado. Lo habían liberado. Su presencia traía consigo nuevos aires de esperanza.

El día se iba apagando. Diego llegaba de una de las haciendas tras una intensa jornada. Hacía frío y el cielo oscuro, atrapado en negro, dejaba relucir una estrella grande y clara. Hacía años que no observaba el cielo con su instrumental de astronomía, como anduvo haciendo durante tanto tiempo en tierras americanas. Hacía mucho también que no se acordaba de aquellas tierras, seguramente porque ya entonces había decidido aparcar los recuerdos en un diván de su memoria debido a que —ya lo había comprobado dolorosamente— los felices se entremezclan con los trágicos y estos últimos tendían a borrar todo lo demás.

Esa noche, sin embargo, un lucero se le coló en la conciencia atrayendo hacia ella fragmentos de las noches guaraníes que quedaron suspendidos en un espacio de su biografía, de su historia personal plagada de vivencias extraordinarias, y trayéndole, igualmente, el olor a pólvora y océano de aquella infausta mañana del 5 de octubre, a punto de arribar a las costas donde el hogar y sus orígenes los esperaban, a él y a toda su familia. Pero llegó un hombre solo, derrotado por el destino y con la única compañía de uno de sus entonces ocho hijos.

Pasó de largo del comedor, donde la cena caliente estaba dispuesta, y subió al desván. Removió entre trastos viejos hasta encontrar un pequeño baúl donde guardaba sus instrumentos de medición; más que tocarlos, los acariciaba mientras los extraía. Tomó con delicadeza un astrolabio parecido al que le regaló al joven oficial muerto en Yapeyú.

Yapeyú... el río Uruguay... Buenos Aires... Montevideo... Londres...
Montilla.

Volvió a salir a la calle y miró las estrellas, más de veinte años después de abandonar el Virreinato del Río de la Plata, y reconoció en ellas todo lo vivido.

Y en lo vivido, Diego tuvo que escribir otra página negra a esas alturas de su existencia. Apenas diez días antes de cumplir los setenta y ocho años, le llegó una de las noticias más ingratas que un militar y hombre de honor pudiera recibir: caía sobre él, con implacable rigor, el abominable decreto de las Purificaciones, que hacía depender la reputación, la suerte, la vida acaso, de tres informes reservados que se basaban impunemente en las opiniones políticas. No importaba que se tratara de personas inocentes y de antiguos y dignos servidores del Estado. Sin juicio alguno, anulado su derecho a defenderse, Alvear fue declarado «impurificado» en primera instancia por la Junta Suprema de Purificaciones Militares de Madrid, a la que le correspondía clasificarle por ser alta su graduación. No se le manifestó la causa que para ello hubo, ni los medios a los que podía apelar para deshacer el agravio. El peor de los criminales no sufre semejante trato.

Diego no creía que en su limpia hoja de servicios pudiera encontrarse mancha alguna de desafección hacia la Corona, ni de culpabilidad de ningún tipo, que le hiciera merecedor de ese severo juicio. Entró en cólera. Rebecca temió que enloqueciera de pura impotencia.

—Tiene que haber un error... —Diego intentaba justificar el hecho incomprensible que tanto daño le estaba causando.

—No califiques de error la locura de este rey —replicó su esposa—. Una locura que no parece tener fin. —Pocas veces Rebecca se había mostrado tan indignada.

—¡Santo Dios!, esto tiene que acabar como sea, ¡como sea! —exclamó Diego; a pesar de todas las penalidades sufridas a lo largo de su vida, ninguna había conseguido que perdiera los nervios de esa manera.

—Diego, cálmate. No eres hombre que se rinda. Seguirás luchando, y ahora la lucha será otra.

—¿Luchar contra un rey déspota y majadero?

El semblante de Alvear se había transfigurado con aires de inusitada derrota. Rebecca, dolida por el dolor de su marido, le acarició el rostro.

—Amor, no te hundas... ¿Cuántas veces has caído y te has vuelto a levantar con fuerza, con toda esa fuerza que hay en ti y que jamás vas a perder porque nació contigo?

Diego se tambaleó y tuvo que sentarse. Siguió hablando pero ahora con una cadencia lenta que parecía arrastrar años y tragedias.

—Estoy cansado... tremendamente cansado. Agotado de tanta lucha. Vencido por la injusticia.

—¡Eso nunca! Jamás te has dado por vencido y no creo que vayas a hacerlo tampoco ahora. Mírame, Diego, ¿dirías que el amor puede acabarse en nosotros? ¿Crees que podría?

En la corta distancia a la que Diego contemplaba a su esposa se instaló un océano de buenos recuerdos de la Inglesa llegando a su vida; olas y tempestades en los que la pasión y el amor borraron el doloroso rastro de la tragedia igual que el agua acaba con las huellas en la playa, poco a poco, desdibujándolas primero para después hacer que se desvanezcan por completo. Y su corazón se fue templando.

—Claro que no... No creo que el amor pueda acabarse.

—Pues de la misma manera, tú jamás te rendirás ante nada ni nadie.

En ese momento llamaron a la puerta. Rebecca se apresuró a salir de la habitación y se encontró a la pequeña Sabina aguantándose las lágrimas.

—Mamá... —El nudo en la garganta le obligaba a hablar con dificultad—. ¿Qué le pasa a papá?

Rebecca se emocionó y la rodeó con sus brazos para calmarla.

—Oh, vamos, Sabina, no tienes por qué preocuparte.

—Es que le he oído gritar y me he asustado.

—No hay motivos, a papá no le pasa nada.

—Sí le pasa, mamá, y quiero que me lo digas.

—A veces, los mayores nos entristecemos, eso es todo.

Sabina se deshizo de los brazos de su madre para mirarla de frente antes de decir tragándose las lágrimas que afloraban:

—A los niños también nos pasa.

Rebecca pensó que era digna hija de su padre. Le dio un beso en la frente y la acompañó a su habitación mientras organizaba planes de salir al campo para aprovechar el buen día que hacía. Sabina se agarró a su mano con tanta fuerza que hubiera podido hacerle daño de haber sido más mayor.

Acostumbrado a no rendirse, Diego de Alvear elevó al rey una solicitud para que revocara la orden; en ella le recordaba sus largos servicios y su lealtad, pero sobre todo le aclaraba los verdaderos motivos, considerados por él justos, que le llevaron a tomar el mando en defensa de la ciudad de Montilla durante los duros ataques que quisieron acabar con el régimen constitucional. Su inequívoca voluntad fue salvarla del saqueo y evitar un mayor derramamiento de sangre del que ya hubo.

Aunque se negaba a perder la fe en un cambio de esa radical postura, sabía que las posibilidades de que ocurriera eran escasas. Desde principios de año se había recrudecido el sistema del terror bajo la influencia del ministro de la Guerra, el general José Aymerich, y el ministro de Gracia y Justicia, Tadeo Calomarde; represión y persecución eran los principales mandatos. Las listas de sospechosos estaban a la orden del día, e incluían por igual hombres y mujeres. Se persiguió también por subversivos a quienes tuvieran en su poder libros, folletos y demás papeles prohibidos, abarcando todos lo que se hubieran escrito o impreso en España o introducido del extranjero.

Una de las peores medidas era la que asoló a Diego de Alvear, el infame decreto de Purificación, al que no escapaba nadie. Estudiantes de universidad, ¡y hasta de colegios!, y gentes de todas las clases de la sociedad militar y civil, fueron impurificados mientras por el país proliferaban reglamentos, órdenes, instrucciones, comisiones, todo lo que hacía falta para aplicar las exageradas medidas.

Pero Diego no se rendía. Siguió confiando en que se restableciera la cordura, nada más que eso, ni siquiera esperaba nobleza. ¿Podía llegarse tan lejos en la ignominia como para tachar de «impurificado» a un hombre como él? ¿Había algo peor que eso?

Lamentablemente no tardó mucho en comprobar que sí. Tratándose de un rey como Fernando VII cabía esperar algo todavía peor...

Es posible que la fecha del 25 de enero de 1827 no pudiera olvidarla en lo que le quedara de vida. En esa invernal mañana le llegó una comunicación sobre la Real Orden de Su Majestad el Rey para que, habiendo sido «impurificado» en segunda instancia, le fueran recogidos todos sus reales despachos, cédulas o diplomas que

hubiera obtenido, y quedó dado de baja en la Real Armada.

Dado de baja en la Real Armada...

Expulsado del ejército.

Leyó el papel varias veces.

Expulsado del ejército.

Dado de baja en la Real Armada...

Semejante atropello arrancó de cuajo toda la entrega de Alvear durante una vida entera de servicio al Reino de España. ¿Y cómo Fernando VII se atrevía a despreciar la desgracia sufrida por este hombre y por los más de doscientos seres humanos que murieron en el ataque injustificado de los ingleses ocurrido la mañana del 5 de octubre de 1804? No pudieron con Alvear los franceses. Tampoco los ingleses. Pero esa drástica Real Orden puso demasiado a prueba su capacidad de resistencia.

Pasado el tiempo empezaron a conocerse las razones de su «impurificación». Fueron determinantes los falsos informes de algunos montillanos, autoridades y también líderes del partido realista, que calificaron de exageradas las opiniones liberales de Alvear y tacharon de poco religiosa su conducta, llegando a asegurar que nunca se le veía en la iglesia y que su influencia era perniciosa en el pueblo. Las calumnias fueron de tal calibre, que, entre otros muchos, salió en su defensa el capitán general de la Armada, don Juan María Villavicencio, alegando que todo era mentira, y que incluso ya de guardia marina le llamaban «el beato». Aunque de nada sirvió.

Sesenta años de servicio. Seis décadas de grandes y de dolorosos sacrificios, de peligros, de útiles trabajos, de tragedias sufridas, de entrega a la patria que ahora lo abandonaba... para nada.

Obedeció la orden de devolver diplomas, nombramientos, cédulas, despachos de sus grados, cruces y, en definitiva, todos los honores militares. En casa, se encerró con Rebecca en el dormitorio para realizar el lacerante ritual de guardar su uniforme, de una vez para siempre. Lo doblaron con delicadeza y dolor. Diego lo observó en silencio durante minutos, hasta que agachó la cabeza despidiéndose de él.

Rebecca le ofreció el pequeño botón de ancla que solía llevar, creyendo que querría conservarlo, pero él lo rechazó. A sus setenta y ocho años volvían a arrebatarse la vida, pero no por el ataque de ninguna flota enemiga sino por el delirio de un gobernante borracho de injusticia y de poder.

Montilla, 1827

En el ambiente flotaba el olor a campo y a aceituna. Olivos, viñedos, bodegas, la campiña plagada de cosechas que estaban a punto de reventar con la misma fuerza con la que estallan las olas contra las rocas... Ese desbordamiento derivó para Diego de Alvear en un horizonte al que entregarse y se reavivó en él la pasión que siempre había sentido por aquellas tierras y por su hacienda.

En esos días de bonanza sentimental y anímica, en los que Diego se reencontraba con las esencias de su infancia como si nada de lo vivido después de abandonar su pueblo hubiera dejado huella, como si siempre hubiera estado allí, recibió una carta fechada en París. Una carta que lo devolvía a los años de América. A las selvas. A los recuerdos fundidos con el deseo de la juventud que entonces era capaz de estallar las costuras del decoro al tentar al amor prohibido.

A aquella América que le dolió en el alma durante mucho tiempo.

El correo era de José de San Martín. Sus palabras estampadas en un papel le hicieron presente la vívida evocación de su hijo Carlos, al que no veía desde que marchó a Argentina. Al joven no le había ido mal a su vuelta a las tierras americanas que le vieron nacer. Con solo veinticinco años, Carlos fue nombrado director supremo de las provincias unidas del Río de la Plata, cargo que le enfrentó a San Martín, por aquel entonces gobernador de Cuyo, que le acusó de ejercer el poder dictatorialmente. Diego comprobó con gran dolor que la gran amistad fraguada en España entre Carlos y José se acabó truncando en aquellas lejanas latitudes.

Le quedaba el orgullo de que ambos hubieran destacado en su carrera militar. Pero los pasos que cada uno dio para desarrollarla los fue alejando hasta hacer de ellos dos enemigos políticos. San Martín, después de haber servido durante tantos años a la Corona española, se había rebelado contra la colonización convirtiéndose en el libertador de Argentina, Perú y Chile; en este último país, por cierto, acababa de abolirse la esclavitud, según le decía en la carta. Cuánto habían cambiado los tiempos, pensó Alvear, rememorando la impresión que le causó presenciar por primera vez una venta de esclavos nada más desembarcar en Montevideo siendo joven.

El general se había casado con una joven de buena familia, Remedios de Escalada, que al principio no vio con buenos ojos el matrimonio de su hija con un plebeyo del que, para mayor deshonra, se rumoreaba que podría ser mestizo. Y aunque él no lo decía en su carta, Diego sabía de sus hazañas guerreras en busca de la independencia de los que consideraba verdaderamente como los suyos.

Le habían llegado los ecos de su grandiosa entrada en Lima, donde fue recibido

como el hijo del Sol del que hablaban las antiguas profecías, para ser coronado como un nuevo dios; como el Inca esperado. Pero la corona acabó en la cabeza de Simón Bolívar.

Jamás imaginó que algún día José pudiera llegar a escribirle en semejantes términos. Releyó la carta deteniéndose en los párrafos en los que adivinaba, entreverada con frases que escondían reproches, la identidad de un hijo que no se reconoce a sí mismo:

Las incertidumbres no duelen tanto como mutilan. Solo un necio es capaz de vivir en paz mientras sobrevuelan, a cada paso que da, sombras que empañan su origen. Nunca le he juzgado, don Diego, y no será ahora cuando vaya a hacerlo. Sé agradecer la buena formación que se me ha facilitado y que me ha brindado la posibilidad de luchar, como tantos otros compatriotas, por lo que consideraba justo. En definitiva, por un mundo mejor.

Pero ¿quiénes son mis compatriotas? Me doy cuenta de que nunca me he sentido de aquí ni de allá. Y a nadie puedo culpar de una circunstancia con la que he cargado mientras libraba batallas y lidiaba con la vida así con Europa como en América.

Se ha pretendido hacer de mí un héroe, pero nada más lejos de la realidad. Un héroe, como en verdad lo es usted, le gana la partida a la vida. Y yo siento que la estoy perdiendo.

He querido regresar a Europa, a un lugar que no fuera España.

Sin sueños. Sin batallas. Solo vivir.

Dobló el papel con cuidado, cerró los ojos e inspiró hondamente para sentir el olor a campo y a aceituna. El olor de siempre.

Los sonidos de su niñez fueron atrapándole el pensamiento mientras repasaba una a una las caras de todos los hijos que había tenido, primero con Josefa y después con Rebecca. Hasta que pensó en José. El libertador San Martín.

Su rostro se difuminó a través del tiempo en los campos de Montilla.

La llegada del día cogió a Diego desvelado desde la madrugada. Esa mañana amaneció con un ambiente denso y extraño. Rendido a la evidencia de que no podría recuperar el sueño, decidió levantarse temprano, desayunar algo ligero y marchar al campo. Anduvo visitando las casas solariegas y el molino de aceite, donde se paró a acariciar una de las dos piedras de prensar, recordando que lo hacía de niño y dejándose envolver por el cálido abrazo de la nostalgia.

Hacia el mediodía salió a contemplar la línea del horizonte bajo un cielo claro y soleado mientras seguía pensando en su hijo Carlos y en el general San Martín. A pesar de la claridad y la limpieza del aire, sentía la atmósfera extrañamente irrespirable. Pero entendió que era cosa suya. Una sugestión, o quizá nada más que una simple sensación.

Tras la comida volvió al campo, a las viñas, a trabajar pero sobre todo a respirar la brisa que se mezclaba con la tierra. Sus pulmones se llenaron de aire puro y de satisfacción. El día se le pasó volando.

Era prácticamente de noche cuando Rebecca decidió darse un baño asumiendo que la cena, y todo lo demás, iba con retraso. No importaba. Los pequeños habían

estado jugando por la tarde entre las viñas más tiempo del habitual, acompañados de su padre, y eso les encantaba. Todavía no habían regresado, aunque ya no tardarían en hacerlo. El desorden, al menos por esta vez, se podía aceptar con buen talante.

A la espera de que toda la familia consiguiera al fin reunirse para cenar, Sabina decidió sentarse a leer en la sala de estar saboreando un tiempo de quietud y silencio inusual en la casa, siempre tan viva y tan sonora.

Pero el sosiego se quebró abruptamente cuando una de las criadas llamó a la puerta del baño de Rebecca con golpes enérgicos y apresurados.

—¡Señora, señora! Tiene que salir cuanto antes —gritaba nerviosa—. ¡Ha ocurrido una desgracia!

Rebecca, que estaba acabando de arreglarse, abrió asustada.

—¡Fuego! ¡Hay fuego, señora, dese prisa!

—¿Fuego? ¿Dónde?

Antes de que a la muchacha le diera tiempo a responder, se percataron de la confusión de voces en el exterior.

—El molino está ardiendo...

El molino de aceite... Al saber que el molino era pasto de las llamas, Rebecca sintió un puñetazo en el estómago, tan intenso que le causó verdadero dolor porque sabía que nada afligiría más a su marido que perder esa parte de la hacienda familiar, donde por cierto él había pasado toda la mañana. A mediodía había disfrutado contándoselo, como si fuera un hecho extraordinario lo que hacía a diario. Además, sabía que la bodega se hallaba repleta de aceite. Un desastre irreparable.

Se vistió apresuradamente con el deseo de que no se tratara de nada grave, aunque no era eso lo que parecía a juzgar por el nerviosismo de la criada. Al bajar corriendo las escaleras fue llamando a voz en grito a su hija Sabina para que se uniera a ella camino del molino. La niña ya la esperaba en la puerta. Todo sucedió con rapidez y desconcierto.

El fuego era tan grande, que nada más salir a la calle, madre e hija divisaron el cielo iluminado por el resplandor de las llamas, y a ambas se les encogió el corazón. Al llegar al lugar se mezclaron con el alboroto de personas que corrían de un lado a otro colaborando en la dificultosa extinción. Peones de la finca, albañiles, carpinteros y muchos vecinos del pueblo se movilizaron para intentar evitar que el desastre avanzara. Pero de poco estaba sirviendo. Las descomunales llamas trepaban hacia el cielo oscuro en un alarde de furia demoledora. Rebecca y Diego se abrazaron, y al hacerlo, ella presintió un cambio en la vida. Fue un instante en el que le pareció que el cuerpo de su marido escapaba a la tensión que cabía esperar ante un desastre como el que tenían ante sus ojos.

No tardaron en personarse autoridades que, aun con su buena voluntad, no hacían sino entorpecer. Rebecca ordenó que se llevaran de allí a los niños, atemorizados ya ante las dimensiones del fuego.

Sabina se resistió.

—Me quedo con usted, padre. ¡Le ayudaré! —gritó frente al ruido de las llamas.

Su arrojo conmovió a Diego y le convenció de que, a sus doce años, la única inglesa de sus hijos era una criatura dotada de algo especial que la hacía distinta a las niñas de su edad. Como pensó al nacer, su hija llevaba camino de convertirse en una mujer capaz de plantarle cara a la vida: su espíritu de lucha recordaba al de sus progenitores.

Esa noche, mirándole mientras se ofrecía a ayudarlo y demostrando su valentía, Diego la encontró a un paso más de ser adulta. Un paso alejada de la niñez. Y le apenaba tener que aceptarlo.

Después de un par de horas de denodado esfuerzo por controlar las llamas sin éxito, de repente Diego cogió a su hija y tiró de ella hacia la entrada de la casa principal.

—¡Vamos!

Sabina, sorprendida, le siguió con preocupación y sin que le diera tiempo siquiera a preguntar qué ocurría. Se abrieron paso entre la multitud de personas que se habían concentrado para ayudar, algunos, y para curiosear, la mayoría.

En la puerta de la casa, antes de entrar, el padre se detuvo y le dijo:

—Subamos a la azotea para ver el fuego. Seguro que es un espectáculo grandioso.

Ella pensó que su padre se había vuelto loco, pero no le quedó más remedio que ir tras él. La azotea se hallaba, por supuesto, solitaria y también caldeada por la cercanía del incendio. Diego volvió a cogerla de la mano, ahora con más suavidad que antes, y la llevó a sentarse junto a él en una zona donde una pronunciada pendiente hecha de obra les permitía observar cómo ardía el molino y se deshacía comido por el fuego todo lo que había en su interior.

—¿No te parece bello lo que ves?

La niña no entendía lo que le estaba ocurriendo a su progenitor.

—Padre... —dijo con un nudo que apenas le cabía en la garganta—, su molino se está quemando. ¿Qué pasará con el aceite?

—No te preocupes ahora por eso y fíjate en la belleza de las llamas. ¿Habías visto algo semejante? No, ¿verdad? ¿Y crees que podrás volver a verlo alguna vez mientras vivas, Dios quiera que por mucho tiempo? Posiblemente la respuesta también sea no. Entonces estás ante un espectáculo único, un suceso irrepetible. Ha querido la vida que esto sucediera y ya ves que nada, por más que lo hemos intentado, se puede hacer para detenerlo. Es una señal, ¿no te das cuenta? No puedes permitirte no disfrutar de ello. —Hizo una pausa—. Ni yo tampoco.

Varias lenguas de fuego se elevaron hacia las estrellas alcanzando mayor altura. Resultaba extraño el que de pronto parecía que las llamas se sofocaban, debido a que algunas columnas de pasta de orujo se desplomaban al quedar destruidas sus bases, y de inmediato se avivaban y volvían a subir más brillantes y esplendorosas, iluminando a su alrededor todo el espacio. Verdaderamente constituía una escena digna de maravillar al ser humano si este era capaz de abstraerse de la desgracia que

significaba que el fuego estuviera devorando uno de los pilares del negocio familiar.

—Hay que aprender a mirar detrás de lo que se muestra ante nuestros ojos.

Abajo, algunos amigos se quedaron atónitos al verlos contemplar la escena tranquilamente sentados en lo alto de la vivienda.

Sabina empezaba a estar asustada, y más aún cuando su padre le preguntó:

—Hija, ¿qué esperas de la vida?

No fue por la edad. A cualquiera le hubiera sorprendido tal pregunta en la circunstancia en la que se encontraban.

—Padre..., ¿no le importa que todo se queme? —acertó a decir la niña con voz trémula.

En ese momento, una bola incandescente estalló en el aire y subió como una burbuja. El fuego había alcanzado las tinajas que, cual gigantescas lámparas, contenían el aceite ardiendo. Pero el fuego engullía mucho más que los enseres del molino.

—¿No vas a responderme? ¿Qué esperas de la vida?

—¡No lo sé! —La niña estaba al borde del llanto viendo las proporciones del fuego—. Es que todo se quema.

—Tienes que saberlo. Mi querida Sabina, tranquilízate. Claro que me importa que se esté quemando todo. Pero el mundo no se acaba en esta hacienda. Y te confieso que ahora ya no sé si ni tan siquiera comienza. Perdí a mi primera esposa y a siete hijos, niños más pequeños que tú algunos de ellos, cuando saltó por los aires, cañoneada, la fragata en la que viajaban. Perdí entonces mi verdadero tesoro. Y he asistido a la muerte de tres hijos más. ¿Crees que me hundiré ahora por perder una casa de campo? La vida es lo que importa. No imaginas cuánto he luchado siempre, creo que no ha habido ni un solo día en el que no lo haya hecho. Y he conseguido, a veces, cumplir mis sueños. Pero ya soy anciano. Y la mayor certeza del presente es que la vida es lo que importa. Aquí estamos, tú y yo, hija, vivos.

«Sin sueños. Sin batallas. Solo vivir».

Sabina agarraba con todas sus fuerzas la mano del padre mientras se iba tranquilizando. Giró la cabeza hacia él, lo miró con dulzura y le dijo:

—Ya sé lo que espero de la vida: vivirla.

«Sin sueños».

Sobrevolaban entre las llamas los años, sus ancestros, el abuelo fundando las bodegas, su padre tomándole el testigo, la marcha a América, Yapeyú, la ribera del Uruguay... el refugio y la calma en el corazón de Josefa...

El deseo de regresar a Montilla con ella y sus hijos, y ese deseo roto por la pólvora y la sangre esparcida en el océano.

«Sin batallas».

La injusta expulsión de la Marina se le antojó lejana, desdibujada por el zarpazo de las llamas. Primero, los ingleses le arrebataron su vida. Después, su propio gobierno, al que tanto y tan bien había servido, se la expropiaba una vez reconstruida.

«Solo vivir».

Rebecca alzó la mirada hacia la azotea y, con los ojos inundados de emoción, pensó una vez más en cuántas veces puede un hombre levantarse después de haber caído. Y halló la respuesta en la imagen de Diego sentado junto a su hija Sabina contemplando cómo ardía hasta la última viga del molino y, con él, todo lo malo a lo que la vida obliga.

Un viaje hacia el olvido

(A modo de epílogo)

Martes, 10 de enero de 2006,
aguas internacionales del Estrecho,
océano Atlántico

Dicen que el mar es traicionero. También el hombre cuando lo usurpa.

Aquella gélida noche en la que todo parecía en calma a lo largo de la costa gaditana, la Guardia Civil del Mar interceptó un barco extranjero, el *Odyssey Explorer*, que arrastraba un cable submarino con un detector de densidad de metales y una potente sonda de barrido utilizada para localizar con precisión cualquier objeto enterrado bajo el lecho marino. Pertenecía a la empresa estadounidense Odyssey Marine Exploration, dedicada desde los años ochenta a la búsqueda de pecios en cualquier parte del mundo. Ningún Estado podría asumir el coste económico de la alta tecnología y los avanzados equipos que utilizaba.

Hacía ya años que la compañía privada rastreaba a conciencia el fondo submarino español, uno de los más ricos del planeta. Valiosísimos tesoros atestiguan naufragios legendarios bajo nuestras aguas.

El capitán del *Odyssey Explorer*, que recibió varias órdenes de las autoridades españolas, se negó reiteradamente a detener el buque y a sacar del agua sus aparatos, lo que propició una denuncia en el juzgado de guardia de la localidad gaditana de La Línea de la Concepción bajo la acusación de desacato y resistencia a la autoridad, y también por haber violado las aguas territoriales españolas contraviniendo su legislación.

Con total impunidad, durante días mantuvo un ir y venir sin impedimento alguno entre Gibraltar y la zona del Estrecho, contraviniendo la prohibición de la Junta de Andalucía, competente en excavaciones arqueológicas en aguas de su territorio.

No habían transcurrido diez días cuando el Ministerio de Exteriores tuvo claro que el barco cazatesoros realizaba «actividades ilícitas» en aguas jurisdiccionales españolas en la bahía de Algeciras. Estaba a punto de estallar un conflicto diplomático, ya que horas antes la embajada de Estados Unidos en Madrid había declarado oficialmente que la empresa Odyssey estaba facultada, mediante un contrato con el Ministerio de Defensa del Reino Unido, para recuperar los restos del galeón *HMS Sussex*, un navío británico que naufragó debido a una fuerte tempestad en febrero de 1694. El problema era que el pecio del supuesto galeón dormitaba bajo aguas que eran españolas, como tantos otros barcos hundidos a lo largo del tiempo.

Pero ¿era realmente el *HMS Sussex* lo que buscaban?

Finales de enero de 2006

La empresa estadounidense confirmaba la extracción de muestras arqueológicas con el fin de identificar la localización de los restos del galeón, a pesar de no contar con el permiso de las autoridades andaluzas.

Viernes, 3 de febrero de 2006

El juzgado de La Línea en el que la Guardia Civil denunció al *Odyssey Explorer* dictó una orden de busca y captura contra el barco cazatesoros y su tripulación por los delitos de desacato, resistencia a la autoridad y violación del espacio territorial marítimo español. Ese mismo día, el buque zarpó desde su lugar habitual de atraque de la base naval militar de Gibraltar con rumbo desconocido hacia el Mediterráneo.

Dos semanas más tarde, un satélite lo localizó atracado en el puerto de La Valeta, en la isla de Malta. Durante meses, mientras permanecía perdido en algún punto del Mediterráneo —se sospechaba que lejos de España—, los abogados de la compañía negociaban en Londres y Madrid para conseguir permisos y autorizaciones.

A finales de julio fue avistado frente a las costas de Tarifa.

Abril de 2007, aguas internacionales del Estrecho, océano Atlántico

La noche en el océano resultaba inabarcable y fría. El poderoso ruido de las aguas sonaba a huecas bofetadas. Daba miedo adentrarse en las gélidas profundidades próximas al Algarve portugués. Pero la búsqueda de un tesoro vence todos los miedos.

Poco a poco, irrumpiendo en el silencio, fueron emergiendo a la superficie monedas de plata y oro, hasta quinientas mil; lingotes de cobre y estaño; cajas de oro macizo, y fragmentos de cañones, balas y cerámicas... Fragmentos de una vida pasada cuyo rastro se había desvanecido; la vida de hombres, mujeres y niños, de familias enteras, que viajaban para cumplir el sueño de regresar a sus raíces, sin poder imaginar que estaban haciendo un viaje hacia el olvido.

Dos siglos después, lo que quedaba del barco que los trasladaba al sueño incumplido estaba siendo extraído por el Zeus, un robot de última generación, manipulado por control remoto, que enviaba fotos de alta resolución y cuyo peso era de casi seis toneladas y media. Los brazos mecánicos del Zeus no parecen los de un robot cuando recogen monedas o toman una copa de cristal fino sin quebrarla, tal es su delicadeza.

Con nocturnidad y alevosía, saltándose los acuerdos internacionales y burlando la

vigilancia de la Guardia Civil del Mar, Odyssey había expoliado las tripas de la *Mercedes*, varadas en el océano.

Jueves, 17 de mayo de 2007

Amparada en el hermetismo de las autoridades del Peñón, Odyssey fletó de madrugada un Boeing 757 de North American Airlines, cargó los tesoros encontrados y puso rumbo al aeropuerto JFK de Nueva York.

Seguía intentando hacer creer que el pecio correspondía a la nave inglesa *HMS Sussex*. De ahí que la operación se llamara, en un primer momento, «Black Swan», Cisne Negro.

Tarde del viernes, 18 de mayo de 2007

Odyssey Marine Exploration sorprendía al mundo anunciando el hallazgo del hasta ahora mayor tesoro rescatado del fondo marino en toda la historia de la humanidad: su valor ascendía a 373 millones de euros.

Miércoles, 23 de mayo de 2007

La embajada británica confirmaba que el hallazgo de Odyssey bajo el nombre de Operación Cisne Negro no guardaba relación con el galeón *HMS Sussex*. Para el gobierno español, el descubrimiento había sido sospechoso desde los inicios.

Junio de 2007

La ministra de Cultura, Carmen Calvo, alertó sobre la firme posibilidad de que el pecio sustraído pudiera corresponder a un barco de bandera española, y hablaba ya abiertamente de «actividades ilícitas de Odyssey por presunto expolio».

Mediados de agosto de 2007

Odyssey envió a un tribunal de apelaciones de Estados Unidos un documento de cuarenta páginas en el que argumentaba que la respuesta del Estado español, «aunque está bien escrita, es solo ficción», e insistían en que la empresa actuó legalmente y que el pecio recuperado correspondía al *HMS Sussex*, a pesar de que Gran Bretaña lo negara.

Fue algo más que ficción lo que llevó a España a denunciar ante los tribunales a quienes consideraba unos verdaderos piratas del siglo XXI.

Miércoles, 9 de enero de 2008

Tampa (Florida, EE. UU.)

El juez instructor del caso, Mark A. Pizzo, dio a Odyssey un plazo de catorce días para que facilitara al gobierno español información detallada sobre el tesoro y las coordenadas de dónde fue localizado y extraído.

Pero llegó el mes de marzo sin que se hubiera cumplido la orden. Los abogados de ambas partes se vieron las caras en una vista en los tribunales de Tampa. Allen Von Spiegelfeld defendía a Odyssey. James Goold, al Estado español.

Entretanto, el tesoro continuaba custodiado por un tribunal federal estadounidense y, a este lado del Atlántico, los rumores sobre la verdadera identidad del navío expoliado surcaban el proceso judicial como las velas de un barco: podría ser una fragata española y no un velero inglés. Esta teoría cobraba fuerza.

La situación empezaba a torcerse para los americanos, que pedían ahora pactar con el gobierno español, a pesar de que se mantenían en una posición inflexible en sus planteamientos iniciales: el barco hundido era inglés y las aguas donde localizaron el pecio no se hallaban bajo jurisdicción de España.

Pero no hay peor empeño que el de la mentira encubierta, porque es fácil que acabe siendo vencida.

Madrid, sede del Ministerio de Cultura,

8 de mayo de 2008

El temido fantasma que llevaba por nombre *Nuestra Señora de las Mercedes* golpeó la soberbia de los americanos, quienes, en su afán de protagonismo y de demostrar al mundo el alcance de la gesta realizada, cometieron un error con el que cavaron su tumba judicial: publicar fotos en las que aparecía en primer plano una moneda en la que podía verse con nitidez la fecha de acuñación, 1802, y la efigie del rey Carlos IV. Ambos datos concordaban a la perfección con dos hechos constatables: era verosímil que el hundimiento se hubiera producido en 1804, como le ocurrió a la fragata española *Mercedes*, y, por otro lado, en los archivos del Museo Naval de Madrid fue hallada una Real Orden de Carlos IV en la que el monarca ordenaba que «se formara una escuadra de guerra para que la carga que se iba a transportar no lo hiciese en buques particulares», sino en fragatas de guerra como las que componían la escuadra comandada por José de Bustamante y Guerra. La hundida *Mercedes*, a cuyo mando estaba José Manuel de Goicoa y Labart al haber tenido Diego de Alvear que

transbordar a la *Medea* en el último momento debido a un imprevisto, había sido construida en La Habana en 1789, cuando Cuba era todavía colonia española; pertenecía a la jurisdicción militar de El Ferrol, estaba dotada de treinta y cuatro cañones y el último registro anotado de viajes correspondía a 1804.

Así pues, se procedió a confirmar públicamente la sospecha que España tuvo desde el primer momento en que el buque *Odyssey Explorer* comenzó a rastrear el fondo de las aguas del Estrecho. En una rueda de prensa en la que comparecieron responsables de Cultura, Bellas Artes y Patrimonio, el abogado James Goold, con visible satisfacción, habló ya abiertamente de expolio al anunciar la verdadera identidad del pecio sustraído por la empresa Odyssey.

Tras una ardua y exhaustiva investigación, gracias a documentos hallados en el Archivo de Indias y en los fondos históricos de la Armada española, no hubo ninguna duda de que se trataba de la fragata *Mercedes*, que formaba parte de la expedición en la que también viajaban otras tres, *Clara*, *Medea* y *Fama*, y que había sido hundida en la mañana del 5 de octubre de 1804 en la zona donde había sido hallado el tesoro. La carga que constaba en los documentos históricos coincidía con las monedas halladas y pertenecía a la Armada.

El subdirector general de Patrimonio dio la clave del caso: «Es un tesoro, pero no comercial sino un tesoro de conocimiento. Estos restos encierran la memoria de nuestra historia». La memoria de más de doscientas sesenta personas muertas en el océano Atlántico. La memoria de vidas y esperanzas engullidas por el mar.

La memoria usurpada por modernos piratas sin escrúpulos.

3 de junio de 2009

Juzgado de Tampa (Florida, EE. UU.)

La satisfacción surcó el Atlántico a gran velocidad en un gran día para el Estado español: el juez Mark A. Pizzo sentenció a su favor. El tesoro debía ser devuelto a España ya que no cabían dudas de que correspondía a la *Mercedes* y, por tanto, la carga de la fragata española estaba protegida por la ley de inmunidad soberana.

Pero la empresa Odyssey, no dispuesta a rendirse a la evidencia, se negó a entregarlo. Ni siquiera cuando el mismísimo presidente de Estados Unidos, Barack Obama, lo pidió, llegando a presentar incluso un informe favorable a los intereses de España.

A finales de ese mismo año, otro juez del distrito federal de Tampa instó a Odyssey a la devolución del tesoro sustraído. Pero seguía resistiéndose y recurrió la decisión judicial, esta vez en una instancia superior, el Tribunal de Apelaciones, con sede en Atlanta. Pero en noviembre fue desestimado su recurso y quiso, contra viento y marea, quemar su último cartucho recurriendo al Tribunal Supremo.

Odyssey le echó un pulso a la historia. Y perdió, seguramente porque desconocía

que no se puede luchar contra la fuerza natural de la historia.

Febrero de 2012

Tribunal Supremo de EE. UU.

El juez Clarence Thomas fue breve y contundente: denegó el recurso de urgencia solicitado por Odyssey para que se paralizara la ejecución de la sentencia que le obligaba a devolver el tesoro a España.

El círculo se cerraba, atrapando en su interior el descanso de las almas olvidadas en la profundidad oceánica durante dos siglos.

25 de febrero de 2012, 12.05 y 12.20

Base aérea MacDill, Tampa (Florida, EE. UU.)

Después de cinco años de lucha en los tribunales, por fin la carga del pecio de la *Mercedes* regresaba a España. A pie de escalerilla de los dos aviones Hércules del ejército español que estaban a punto de despegar con el tesoro de diecisiete toneladas de peso repartido en seiscientas cajas, el almirante Gonzalo Rodríguez González-Aller, entonces director del Museo Naval, declaró haber acudido a Tampa para «cumplir de manera simbólica una labor que el Rey ordenó a la Armada hace doscientos ocho años». A su lado, el embajador de España en Estados Unidos, Jorge Dezcallar, apelaba a la evocación: «Hoy estamos contemplando el final de ese viaje que terminó en tragedia. Es nuestro deber recordar las vidas de aquellos marinos que perecieron y completar esta operación satisfactoriamente por su memoria».

Esta es una historia de cuyo final hemos tenido el privilegio de ser testigos en pleno siglo XXI. En este caso, el final, como ocurre en las grandes historias, es solo el principio; el preámbulo de la odisea de un héroe, Diego de Alvear, de los que ya no quedan, y de dos mujeres, Josefa Balbastro, que demostró su valentía al acompañar a Diego en las peligrosas tierras salvajes de América, primero, y siguiendo el sueño de regresar a España, más tarde, y Louise Rebecca Ward, quien supo sobreponerse a un tiempo convulso en una tierra extranjera.

Resurgiendo de unas tristes cenizas ahogadas en el húmedo llanto del océano que se tragó la vida de Josefa y sus sueños, Diego y Rebecca quisieron crear juntos su propio paraíso.

Y el paraíso, como ocurre con el infierno, no conoce patria ni fronteras.

Nota de la autora

La admiración de Sabina de Alvear y Ward por don Diego de Alvear trascendía la relación entre un padre y una hija. Al igual que la trascendencia del amor nos inmortaliza, de alguna manera, ella hizo perdurar la presencia de su padre en la historia de una España convulsa que transitaba de un siglo a otro, del XVIII al XIX. Y la mejor forma de hacerlo fue a través de la palabra.

Durante años se dedicó concienzudamente a reconstruir la vida de su progenitor para publicar su biografía, que vio la luz en 1892 bajo el título completo de *Historia de D. Diego de Alvear y Ponce de León, Brigadier de la Armada, los servicios que prestara, los méritos que adquiriera y las obras que escribió, todo suficientemente justificado por su hija Doña Sabina de Alvear y Ward*, (Madrid, 1891, Imprenta de Aguado, 592 páginas). Lejos de comportarse como una hagiógrafa permitiendo que la fuerza de la sangre nublara cualquier capacidad de discernimiento, elaboró una obra de notable altura intelectual que fue considerada de gran interés para entender la historia de España y de América, tierra donde Diego de Alvear pasó buena parte de su vida. La Academia de la Historia vio con tan buenos ojos la biografía escrita por Sabina, que encargó al historiador y erudito Cesáreo Fernández Duro un informe sobre la misma, leído en la sesión del 19 de febrero de aquel año de 1892. Por acuerdo unánime de los académicos, el elogioso texto acabó publicado después en el boletín oficial de la institución. Comenzaba así:

Digna es de notoriedad la vida que don Diego de Alvear y Ponce de León consagró al servicio de la patria en época azarosa de guerras y de perturbaciones políticas que ponían a prueba las condiciones de los hombres. Los que en cualquier tiempo se elevan por la inteligencia y la energía sobre el nivel ordinario, dejan memoria honrosa que es bueno conservar.

Fernández Duro alababa la aportación de Sabina a la hora de relatar historias particulares antes desconocidas, cuyos detalles pormenorizados suponen, por ejemplo, un esclarecimiento innegable de los primeros momentos de la defensa de la Isla de León contra el avance francés.

Los ecos de esta intensa personalidad plasmada por escrito llegaron hasta Nueva York a través de las reseñas de un autor insigne, Juan Valera, que destacó como virtud la unión perfecta de lo trágico y lo poético en la narración de la hija de Alvear.

A través de las páginas de esta novela he querido rendir un sincero homenaje a la dedicación y el esfuerzo de Sabina por dar a conocer, no solo la vida de su padre, sino también el retrato magnífico de una sociedad agitada de la que tendremos que seguir aprendiendo en los siglos venideros.

Por esa razón me he permitido, con el mayor respeto, mantener la literalidad de algunos pasajes de su biografía para trasladarlos al universo literario en el que posiblemente las estrellas del cielo que tanto amaba don Diego brillen con una

intensidad distinta. Él, sin duda, brilló, por sus acciones y pensamientos. Y el presente ejercicio literario pretende contribuir a que ese brillo no se apague; a que permanezca presente en el vuelo de la imaginación. Perpetuado en la memoria.

En el último tramo de su existencia, un rey déspota y enloquecido por la soberbia propia de los necios, Fernando VII, le asestó el último duro golpe al expulsarlo de la Marina. Fue como expulsarlo de la vida. *In extremis*, muy poco antes de morir, el monarca se echó atrás en su delirante decisión. No puedo imaginar cuántas veces don Diego debió de leer el siguiente oficio de Capitanía General del Departamento de Cádiz, emitido por el excelentísimo director general de la Real Armada. Un escrito que le devolvió la poca vida que le quedaba:

He dado cuenta al Rey nuestro Señor de una instancia promovida por D. Diego de Alvear y Ponce, en que, exponiendo que se halla impurificado en segunda instancia y privado de los honores y distinciones adquiridos en sesenta años de servicios señalados, implora la soberana clemencia y justicia de S. M. para que, por medio de informes de personas respetables, se digne volver a su Real gracia.

Teniendo S. M. en consideración los informes que se ha servido pedir de este Oficial, y asimismo lo que Vuestra Excelencia tiene expuesto sobre sus distinguidos méritos y servicios, ha tenido por conveniente mandar que sea desde luego repuesto en su empleo de Brigadier de la Real Armada, así como en el goce de sus honores y distinciones.

Dios guarde a V. S. muchos años = San Fernando, 29 de junio de 1829 = José Quevedo = Sr. D. Diego de Alvear y Ponce

Restituido su honor militar, Alvear abandonó este mundo con la pena del merecido ascenso a almirante, que nunca llegó. Una gran injusticia.

Diego de Alvear falleció durante uno de los inviernos más fríos que se recuerdan en aquel siglo. La fecha de su despedida fue el 15 de enero de 1830. El azar, que le había arrebatado en el Cabo de Santa María cuanto era y tenía, quiso que fuera un viernes.

Él siempre había dicho que el viernes era el mejor día para morir.

MARI PAU DOMÍNGUEZ
Madrid, 2012-2014,
cerrando con esta novela
un largo capítulo de mi vida.

Agradecimientos

A mi querida amiga Carmen Calvo. Ella me embarcó en esta fascinante historia que tan bien conocía, primero como consejera de Cultura de la Junta de Andalucía y después como ministra de Cultura. Su tesón fue indispensable para plantear batalla judicial por lo que indudablemente era de ley: que el tesoro de la *Mercedes* regresara a España.

A Silvia Bastos, mi agente, que ha estado a mi lado en todo momento alentándome más allá de la literatura.

A Ana Liarás, mi editora, por haber creído en esta novela y mostrar una increíble paciencia ante los avatares personales que la han estado dificultando más tiempo del debido.

Al almirante Gonzalo Rodríguez González-Aller, exdirector del Museo Naval, por su generosidad conmigo y con la historia que quería escribir.

A M.^a Pilar del Campo Hernán, jefa del Archivo del Museo Naval, por su apasionamiento y diligencia a la hora de aportar documentos relacionados con el «caso Odyssey», que han sido fundamentales para la narración.

A Vicente del Campo Hernán, técnico superior destinado en el Archivo General de la Marina «Álvaro de Bazán».

A Almudena Fontanals Pérez de Villamil, archivera, historiadora y geógrafa.

A José M.^a Moncasi de Alvear, por su empeño en la recuperación de la memoria de su antepasado Diego de Alvear y Ponce de León. Una tarea a la que se han sumado y han compartido, a través de su trabajo, todas y cada una de las personas que aquí aparecen.



MARI PAU DOMÍNGUEZ nació en Sabadell, Barcelona, en 1963.

Estudió Ciencias de la Información y comenzó su trabajo periodístico en el *Periódico de Catalunya* y posteriormente en *Diario 16*. Fue redactora y reportera en TVE en Catalunya, pasando después a la misma cadena en Madrid, después en TV3, Telemadrid, en donde tuvo programa propio, la SER y Punto Radio. Ha colaborado en revistas como *Elle* o *Interviú* y más recientemente en «Yo Mujer» de *El Mundo*.

En 1993 publicó su primer libro *La ex siempre llama dos veces* y desde entonces ha publicado las novelas *La tumba del irlandés* (2000), *Dime que no eres tú* (2006), *El diamante de la reina* (2008), su primera novela histórica, *La casa de los siete pecados* (2009), con la que obtuvo el I Premio CajaGranada de Novela Histórica, *Una diosa para el Rey* (2011) y *Las dos vidas del capitán* (2014), así como el ensayo sobre la maternidad *Ahora o nunca* (2001). Su poemario *Universo en ciernes* se ha convertido en un disco-libro en el que han colaborado intérpretes como Miguel Ríos, Ana Belén, Víctor Manuel o Luis Eduardo Aute.

Notas

[1] Una toesa es una antigua medida de longitud equivalente a 1,946 m. <<